

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Los días siguientes y otros relatos

Selección de Jorge Isaías

Lermo Balbi





Lermo Rafael Balbi (1931-1988) creó para su literatura una comarca propia, imaginaria pero con mucho de real, a la que llamó Corda. En Corda, Balbi fusionó el espacio de las chacras y de los pequeños pueblos del departamento Las Colonias, en el centro de Santa Fe. Y también un tiempo, el que transcurrió en su infancia campesina cerca de Jacinto L. Arauz: «Una época de oro, llena de estíos, cosechas, olor lúbrico de semillas, galpones con cereal almacenado, caravanas de colonos y peones hacia la trilla, cuadros de luz y aroma a siega, muchachas con ropas claras, anchos sombreros y pañuelos frescos bajo el sol llevando la merienda a los trabajadores al pie de las parvas, a la sombra de la cortitrilla, en medio del campo refulgente», según sus propias palabras.

Balbi combinó su trabajo de escritor con el docente. Fue ese itinerario el que lo devolvió a los pueblos y los campos una vez que se graduó de profesor de latín, castellano y literatura en el Instituto Superior de Rafaela. Ejerció como maestro rural en Sotomayor, Providencia y Pilar. Recién después de varios años retornó a Rafaela, que lo consagró como uno de sus grandes escritores.

El origen de su extraño nombre de pila está rodeado de misterio: «Él nunca supo o quiso decir su significado y por qué se le impuso. Solamente aclaraba que había partido de la tía Luisa en cuya casa había nacido. Incluso le fastidiaba cuando en alguna reunión se insistía sobre el tema», señaló su biógrafo Enri Milesi.

Además de su narrativa, que incluye *Los días siguientes*, *Tres cuentos*, *Los nombres de la tierra* y *Continuidad de la gracia*, Lermo Balbi publicó tres libros de poesía: *El hombre transparente*, *La tierra viva y Arauz muerto y celeste*.

La presente edición electrónica de *Los días siguientes y otros relatos* reúne, bajo el cuidado de Jorge Isaías, una serie de relatos (tanto publicados como inéditos) de Lermo Balbi. En todos los casos se respetó las ediciones y los manuscritos originales. Se agradece muy especialmente las contribuciones de Enri Milesi, Osvaldo Raúl Valli y María Cristina Renard.

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Los días siguientes y otros relatos

Selección de Jorge Isaías

Lermo Balbi

LA VERDAD

Esteban podía quedarse a cielo abierto pensando en un hombre con cara de pájaro, o las más de las veces, con cara de estatua, y después reflexionar acerca del destino de la humanidad. Pero nunca se sentía satisfecho con esta última parte a pesar de que algo, adentro, le urgía a olvidar. Estaba, por otro lado, acosumbrado a imaginar especies diferentes de seres vivos: relojes que atrasaban malignamente, un tren lejano en la noche y estatuas con túnicas ondulantes al ritmo de una fuerza interior.

Allí, a su lado, caminaba una. Llegó a la casa de su amigo y le sonrió desde afuera a través de los cristales. Lucio trabajaba en una parte de su taller y entonces eso le pareció románticamente una imagen de cine sin sonido. Pero le hablaba a alguien desconocido que él no veía desde la vereda. Esteban reaccionó con un leve terror de otoño bajo el cielo picado de evanescentes luces amarillas. Encontró la puerta abierta y entró. Desde el primer contacto con la casa sabía todo lo demás. Lucio, algún tiempo atrás le había mandado la carta, y él se decidió por una sola de sus frases: «Es posible que en algún día no muy lejano sepa en definitiva en dónde acaba la eternidad. Aquí hay miles de posibilidades». Quiso explicarse —mientras evocaba ese trozo—, qué estaba haciendo su amigo. Debía estar deleitándose hablando solo. Pero no, él sabía que no podía estar hablando solo. Sin embargo, cuando entró en esa parte del taller, después de atravesar las habitaciones, lo primero que vio fue la ropa en desorden, los libros sobre la mesa y parte de su herramienta. La evidencia era concreta porque aparte de Lucio, su ropa, sus libros, las herramientas y las estatuas, no había otra cosa. Se miraron largamente y entonces fue cuando Esteban sintió en el movimiento del aire y en el olor percibido, una presencia que se le escapaba.

—Vos sos Esteban. Ave.

—Vos sos Lucio. Ave.

Le indicó con un dedo las estatuas nuevas.

Había un efímero Mercurio que no había visto antes, por supuesto. Una Rebeca con su cántaro desvencijado, un cupido barroco con cara de zafado y una

gárgola deprimente apoyada contra una columna salomónica. Relucían todas, bellas y ecuánimes entre el otro conjunto familiar y, con sus carnes de yeso, de mármol, de cemento, de madera estofada, hacían lo imposible por crear una atmósfera.

Todas las mañanas, cuando se encontraban, ellos hablaban de las estatuas. En los primeros días de su arribo a la ciudad, Esteban encontraba divertida la actividad de Lucio, ahora le parecía subyugante.

—Debo restaurar estas tres para una película en donde se discute la perdurabilidad del arte. Pero terminé esta madrugada, pasadas las dos, la cara de aquella Victoria de Campeny, muy amada por la señora Yudita R. de Robledo.

—¿Y vos?

—Creo en la perdurabilidad de los sentimientos como la venganza y el remordimiento, no en la del arte.

Como no quería saber más, Esteban pasó ligeramente el dedo sobre la nariz recompuesta de la Victoria y sintió debilidad en las piernas.

—Nosotros queremos café —dijo tímidamente.

—Yo terminé de tomarlo hace unos momentos.

No se animó a preguntarle con quién hablaba antes. Solo fue a la cocina como si oyera desde muy lejos fácil música de cuerdas después de pasar debajo del brazo en alto de un Julio César en madera negra que daba reflejos borra-vinos a un trozo de pared. En esa pared, Lucio —probablemente— había escrito TU QUOQUE FILI MI! Pero él ya conocía esa frase.

—Hay que abrir la llave del gas —le gritó Lucio a través de las habitaciones que terminaba de cruzar.

Miró la pared de la cocina, recorrió suavemente todo, imbuido de esa sugestión que lo electrizaba con gusto a limón sobre la lengua. La casa en esa parte estaba acomodada; parecía fresca y llena de un limpio aire de hogar. En la repisa del aparador tenía una ronda de amercillos con una damita celeste del siglo XVIII en el medio. Esa debía ser nueva, no la había visto antes. Al lado, sobre el piso, un poco inclinada y dulce en su honda tristeza estaba Níobe con su hija menor, y sin mover los ojos determinó la presencia de Menelao con el cadáver de Patroclo. Pensó en la cara de pájaro muerto que tenía Patroclo, acaso como antes y se asustó apenas la imagen empezó a coincidir con la cara de Lucio.

—¿Qué? —preguntó.

Pero no le contestó. Un momento después se dio cuenta de que no había estado hablando con él. Pero Lucio hablaba.

Abrió la ventana de la cocina y miró la calle. Tenía curiosidad por el tarro de residuos. Las nubes amarillas no estaban más. Era la parte de atrás de la casa y vio en el tacho de basura trocitos de yeso, astillas de madera, papel de lija y algún resto de láminas de oro, muy pequeños, imperceptibles si no les daba el

sol. El perro que había aparecido antes por el otro callejón, husmeaba, después se aburrió y decidió abandonar el lugar.

Cuando comenzó a sentir el olor del café, cerró la ventana y volvió a escuchar a Lucio. Intentó oír con precisión, luego desistió. Era el rumor inconfundible de su vozarrón, pero confuso. En las pausas, otro susurraba en la habitación.

—Algún día te voy a hacer una pregunta —le dijo Esteban cuando entró.

—No estemos tan distantes —le contestó Lucio que retocaba con minio la pintura de una crátera.

Se sintió confundido y le vio la cara endurecida como de una sustancia que fragua rápidamente. Solo pudo preguntarle:

—¿Es auténtica?

—Como una moneda falsa —y se rió estúpidamente dejando entrever clara vaguedad de pensamiento.

En la calle decidió volver más tarde, a la hora del crepúsculo. Algo le hacía estar muy mal. Tal vez por sus medios descubriría en dónde existía la verdad.

En efecto, volvió al atardecer; hacía frío y se había levantado un viento zumbador que venía del oeste. Las veredas estaban desde allí destinadas a una soledad de invierno. Lucio parecía no haber ido lejos. La puerta estaba abierta pero entró con sigilo. Otra vez creyó oír el rumor de la mañana. Algún paso en los cuartos. Después el silencio absoluto. Pensó con angustia si debía seguir mirando, en una de esas se convertía en otra estatua de sal; pero nadie le había prohibido nada. Miró a su alrededor para sentir la impresión que le daban las estatuas en la semioscuridad. En las memorias de alguien figuraba la historia de un escultor poseído que podía comunicarle vida a las estatuas. Pero solo a aquellas que representaban figuras con destino trágico. Recordó otra vez la frase de la carta: «Es posible que en algún día no muy lejano sepa en definitiva en dónde acaba la eternidad...». La torva mirada del San Jorge de Von de Heide, lo cubría. En tenebrosa perspectiva y en el desorden más enredado sobresalían con siniestra impunidad ángeles del Apocalipsis o tullidas figuras de tumbas y templos antiguos. En un rincón posaba burlona y exactamente perversa la cabeza de Medusa arrancada por las bellas manos de Perseo. Más alto casi en su imperio, cierta imagen de Jesús con aire prerrafaelista, bendecía con su corazón a la intemperie todas las calamidades del rebaño. Desde alguna habitación del fondo oyó la voz de Lucio. En verdad estaba cerca y hablaba. Avanzó cautelosamente en medio de un frío catastrófico y pensó en alguna revelación.

Lucio imploraba con un matiz lastimero que ya no concordaba con su voz:

—¿No es suficiente castigo estar tanto tiempo perseguido por el remordimiento?

No tuvo voluntad para esperar. Algo flotaba como una fuerza pujante y si hubiera sentido la más leve reminiscencia de lo humano tal vez evitaba la escena. Pero lo que sentía no era humano y consiguió ver objetivamente, con despia-

dada claridad la cabeza de yeso de su amigo Lucio Bruto separada del tronco, limpiamente cercenada, en el suelo.

Detrás, Julio César con el brazo en alto, lucía un fiero semblante.

1968

EL CRECIENTE DOLOR DEL ABANDONO

Leí la historia del jesuita joven que se suicidó. Eso fue allá en la segunda mitad del siglo dieciocho tal vez. Goethe menciona el hecho. Pensé en hacer un poema —mitad cerúleo y mitad de escamas— que tuviera como protagonista a un bello hombre joven nutrido por la desesperación y después muerto por su propia mano. Pensé en la madre del jesuita suicida y en las duras piedras del claustro y en la mañana serena en que lo enterraron. Su madre lo había llevado en el vientre, le había dado la vida, señalado los caminos, abierto las puertas. Él pudo haberse trepado por las paredes reptando como una bestezuela y llegar a lo alto, contemplar el hecho que concierne a las virtudes y decidir desde qué puesto se podía formular el deseo vehemente de la muerte sin caer en la vulgaridad absoluta. Las referencias me dieron demasiado poco para intentar dolerme en su dolor y reptar yo por mis paredes. Lo último que pensé fue en la tumba de ambos, perdida en la oscuridad del tiempo, desconocida hoy, lejana de mí. Pero yo estaba dolido y un peso deprimente me hacía pensar en lo perverso de la existencia. Nadie puede reprocharme por eso. En esa existencia que obliga a morir cuando se puede sentir el esplendor del cuerpo que termina de crecer, cuando se puede captar el deseo de los otros con la chispa de sus miradas y el olor de uno mismo en todas sus gamas.

Pequeño cementerio junto al mar
Espeso de amargas hierbas
Y de cruces.
Sólo ese destino que disuelve en la tarde clara
Los pasos del sol,
Puede cuadrar la muerte ante la vida.
Nadie suspira en su silencio
Pequeño cementerio junto al mar.

Esta mañana era otra vez domingo, con mucho sol, de esos que solamente producen tristeza al caer la tarde cuando el recogimiento tiene otra forma y puede

ser atrapado con los gestos engañosos, hechos de cenizas y de luces. De allí su dimensión distinta y que sin embargo guarda el alelante parecido con esas estampas vacías dentro de los lejanos paisajes en los cuadros de santos que se hicieron durante el Renacimiento. Y si no que miren, los que dudan, el Noli me Tangere de Hans Holbein el Joven. Allí en el fondo del transfondo puede aprender menuda y prolijamente desde los vahos azulosos de lejanía, qué calidad suele tener el mundo cuando se dan en la vida ciclos de esa naturaleza. Basta poner el pensamiento en tal límite y si se vibra de igual manera, todo ha de suceder como en el domingo, como en el fondo de un cuadro de santos. En mí quedaba el recuerdo de la noche anterior, de algunos poemas que pensaba hacer (excluyendo ya el poema dedicado al joven jesuita), en la fatalidad del aire provisto de todas las sales marinas que venían desde la costa.

Debí parecerle feliz a la gente

Caminé vagamente suprimiendo mi sombra que me seguía a veces en un costado y a veces en otro y rememoré aquello de la fatigosa alusión a los homúnculos fertilizándose en la sustancia de la vida que cada ser humano deja escurrir en sus propias poderosas meditaciones de inseguridad. En lo más crudo de la arena, frente a los hombres, a los niños que miraban estupefactos a aquellos perros horribles y a los padres que no querían dejar mirarlos, me vino la idea fugitiva. Algo me dio una breve pista de que se habían acordado de mí o de nosotros, aunque no es nuestra costumbre escribirnos cuando salimos de vacaciones a pesar de que nos enseñaron muchas veces a ser fieles y tener atenciones. Por eso entré en la agencia —tantas veces mirada con los coches en la entrada— y pregunté si había algo para nosotros. Me dijeron que sí, que había una carta para mí. Nunca había nada porque no acostumbramos a escribirnos, pero este domingo sí. Tomé el sobre y reconocí la letra de Eneas. Algún día tenía que ser Eneas, le dije, pero yo no estaba seguro si ahora él podía atrapar mis mensajes. Hace mucho que no practicamos. Reconocí su letra toda alta igual (RASGABA EL SOBRE Y MIRABA LA HOJA), apretada, redonda, narcotizante de palabras llenas de vocales como abrazábamos, extraordinaria, replegándose y muchas otras que yo le había enseñado a usar y que seguramente hoy volvía a disponerlas en homenaje a mi persona. Pensé en que ya sabía a qué se iba a referir, pero no, me fallaron las presunciones y me sentí desolado por no haber pensado un momento que me escribía por otras razones. Al fijarme en la fecha me di cuenta de que ya se había casado porque la carta estaba fechada el jueves, la ceremonia era para el sábado y el sábado ya pasó y estamos en domingo. Esa fue la segunda sorpresa de la mañana. Yo me estremecí: una pluma que caía desde el cielo me rozó el cuello porque una gaviota en no sé qué momento de oro de la mañana la había desprendido sobre mi cabeza que quedó purificada. A pesar de

que estaba protegido por el dios las cosas no me fueron muy bien. María fue mi novia en un tiempo no muy lejano, a punto de casarse conmigo, después, empero, yo me casé con Elsa y Elsa se me murió. Anoche alguien se acordó de ella; lo sé claramente, lo hacen para dolerme de recuerdos ahora que estoy en este mismo lugar. Yo ignoro a la gente, he decidido dejarla pasar a mi lado aunque no sé por cuánto tiempo. Cuando sentí su nombre me volví vivamente y era como en uno de aquellos momentos cuando con Eneas inventábamos rostros de mujeres poniéndoles los cabellos de una, los ojos de otra, la boca de una tercera. Él siempre se me adelantaba en algo que yo ya tenía pensado y me hacía quedar como un principiante. Tendrá que recordarlo todo cuando se ponga a pensar en mí y algo le va a doler mucho, lo mismo que a todos cuando lean esto y sepan de qué está hecho un hombre además de los huesos, de la carne y del olor a jornadas. Era muy hermosa la mañana del domingo (PERSISTE LA IMAGEN DE LOS PERROS), sutil, plañidera, pero no conmovía a la pena por ella que se desgastaba, si no por el desgaste de cada uno que la ocupaba. Se podía estar risueño, ganando el mundo; reconocer los matorrales, las avispas solferinas, las cometas que remontaban los niños. Yo seguía pensando en cuál era la causa que los había movido a hablarme de Elsa. Amanda que conversaba conmigo y me apretaba una mano para que no me diera cuenta de lo que comentaban me pidió que la llevara a bailar a La Adelita o a pasear por la playa. Quería hacer ver que me hacía un favor dejándome elegir pero en realidad yo no elegía; no tenía otra posibilidad que llevarla a pasear por la playa porque hace mucho tiempo que no bailo y ya no tengo la menor sensibilidad para eso. Nos fuimos un rato a caminar. Brillaban algunas luces en las casillas de los bañeros. Hacía frío y sin embargo ellos estaban aún vestidos con sus pantaloncitos y apenas un pulóver sobre el torso. Comían asado. Prefiero no ver a la gente desde lejos y haciendo cosas así. Me frustran. Yo hubiera querido estar con Elsa. Desde que me la habían nombrado, de tanto en tanto lloraba un poco y miraba el cielo y dejaba que la arena me entrara en los zapatos porque era tan tibia y tan parecida al sol en ese mismo momento de oscuridad y un poco de pavor. Hacía tiempo que no deseaba comodidad y dulzura y también inconsciencia como en esa noche del sábado y me dolió todo.

Amanda me dijo en la playa que debí casarme con Irene. Le contesté que al morirle Elsa hubiera preferido casarme con Adriana y no con Irene. A Irene era a quien más quería después de Elsa, la quería demasiado como para hacerle cosas, en cambio Adriana es un monstruo. Pero no me casé con ninguna. Cuando el dolor fue menos intenso pude razonar y darme cuenta del error que iba a cometer por ambos lados, por eso no me casé con Irene, ni con Adriana. Quizá Eneas pensó en mí cuando se estaba uniendo a María.

Pequeño cementerio junto al mar
Espeso de amargas hierbas
Y de cruces.
El sol ya ha oscurecido.
Los arrecifes hacen el último intento
Por no morir entre las olas.
Debajo de las losas todas iguales
Ya sin dolor y sin recuerdos,
Quizá qué extraña cantidad de almas
Reposa para siempre.

Hice un esfuerzo después de leer la carta para acordarme con absoluta cronología qué había pasado en mí durante todo el sábado y de pronto se hizo la luz. Estaba seguro de que Eneas me había dedicado un pensamiento e íntimamente se lo agradecí, fue en ese momento en que yo me subía a la terraza y saludaba con una vara de nardos a un lejano velero sobre el mar. Cuando yo reconstruí mentalmente el rumbo del velero en un poema, sin escribirlo, había aparecido un rostro nuevo hecho con mil detalles pensados juntos y en ese momento Eneas se estaba acordando también de todo. Nadie puede dudar de una cosa así. Esta mañana, por eso, estaba muy solo. Ya me imaginaba que vendría el mediodía, después la tarde, después la noche otra vez doliente con el peso de las melancolías del domingo y la gran seguridad de que no se es nada, de que nunca se posee nada. Caminé solo buscando en mí el fragoroso vaho de gritos que venían atropelladamente desde el mar color cinabrio, los pies marcados en la arena y que el aire sutil ensuciaba de diminutas escamas minerales, el plancton submarino que un día sería el más frío y el más blando de los lechos en el fondo limoso del océano; pensé en las ventrudas mujeres avanzando por los caminos y reservándose el orgullo de llevar a los hombres no nacidos, pero engendrados. Eso era un dolor y un miedo pero no tanto como el otro, en el trasfondo subiendo demoledor y resbaloso como un gran trozo de lomo de tiburón. En ese momento no tenía otro recurso que tomarme del olor de las resinas y pensar que con cosas semejantes —aunque se esté mullidamente muerto— la vida tiene sentido y los jóvenes bellos, seguros, risueños, dorados y salvajes están en vías de salvarse. Nadie estima los hechos pequeños. Yo sí, a mi manera porque me hacen el mundo, y fui al bar y pedí mi desayuno más o menos habitual y recordé la gran ciudad, el amanecer aún no terminado y la ternura de los trasnochadores que de mano de Amanda son capaces de tomar un whisky más y sentirse tan terrenales y perversos. Yo pedí, en última instancia, mi desayuno. Las pequeñas cosas son en general la cara del mozo que me atiende y que esta mañana no tenía la cara de una Santa Cecilia, sino apenas la cara vulpina de un pequeño demonio de plomo. Eso me decepcionó. La iglesia del pueblo hizo

sonar su campanil afligente como la voz de un niño a la distancia. Yo deseaba saber entonces por qué me habían puesto sobre la Tierra. No importa si muero, pero de todos modos la verdad tendrá que venirme de todos los costados para justificar lo que ellos, uno a uno me han hecho para condenarme como me condenaron.

Solo ese destino que disuelve en la tarde clara
Los pasos del sol,
Puede cuadrar la muerte ante la vida.
Nadie suspira en su silencio
Pe-que-ño ce-men-te-rio
Junto al mar.

(AQUELLOS PERROS, INSTANTES MÁS Y ESTARÁN PERPETUADOS, LA VIDA SE PROLONGA Y LA MUERTE NACE DESDE UN ESTUARIO VACÍO).

El café hacía acordar a la mostaza y me tuvo mal del estómago por un rato, mientras pensé en su gusto. Pero me había comido en cambio pequeños paste-
litos árabes bañados en almíbar y eso estuvo mejor. Imaginé mi muerte en un clima de vapores de mostaza, luces color jacinto y coronas de hojalata negra bajo el resplandor de velas oscilantes o de luces eléctricas con focos que imitan las llamas de los cirios. Allá en la casa todos prepararían mi última presentación para los ojos de la gente y se retorcerían las manos acusándose unos a otros de la carroña que estaban llevando adentro y que no imaginaban nunca tan peligrosa y letal. Me dolía al pensar que Eneas pudo creer que me iba a dejar pasmado con su casamiento, precisamente porque lo había hecho con María, y que aprovechó mi ausencia para casarse e irse. Eneas, además, se fue a Francia y de allí no regresará. Volví a mi casa y dejé la marca de mis pisadas en la arena y las iba contemplando con depurada nostalgia mientras se producían. Fueron partes mías que se escaparon de mi continente y que testimoniaron algo de mi persona en los miles de detalles del camino (LAS LATAS DE SARDINAS, HINCHADAS; LOS HUEVOS DE LOS CARACOLES EN LAS ESPADAÑAS; RESTOS DE LA RED; UN ESTUCHE DE ROUGE; UNA HOJA DEL CLARÍN DEL VIERNES 21; VIDRIOS VERDES Y AZULES; ESPUMA DE LA PLEAMAR; UN HOMBRE MUERTO). Nadie las encontrará jamás; nadie dejará su tiempo para pensar en rescatar mi tiempo y para hacer con él una reliquia que deba superar el desgaste de los siglos. El Santo Grial, la sangre de San Genaro, las astillas de la Cruz, los higos del desierto, los melones que dan aroma a la tarde, el resplandor de la victoria desde Troya al palacio de los Átridas no significaban nada ya al lado de mis huellas y de mi tiempo de existir: porque ¿quién hará una reliquia que pueda superar tanta carne devorada y tanto hueso apilado uno sobre el otro? Todos

desaparecen a su vez, hasta los pájaros que parecen no morir, y vienen otros a reemplazarlos y luego desaparecen ellos y vienen otros más. La eternidad es cruel tanto como la vejez, como los hombres que se sienten solos, como el sol que no sale en los hospitales.

En la casa Norma y su marido habían salido para la iglesia; Eduardo, que comparte la pieza conmigo, dormía. Entonces me dediqué a escribir mis poemas. Lo hice con fiebre, ESA QUE VOS CONOCÉS, delirando entre los rumores y las visiones sísmicas que derriten a las montañas y que llueven fragores desde nuestro mundo en penumbras. Porque nuestro mundo está entrando en la penumbra, ha llegado a su ocaso. Y supe desde el principio que había empezado a hacer algo y que no dejaría hasta finalizar porque como nunca, las palabras me nacían desde la esencia de la sangre y tenían ese singular aliento de la inconsciencia sublime. Escribí en el baño para que nadie me molestara. Cerré la puerta con llave y pude estar todo el tiempo que quise. En algún momento temí que Eduardo se levantara antes del mediodía —cosa que nunca ocurre—pero tampoco ocurrió. Eduardo fue siempre un par de ojos celestes que atravesaban a cualquiera y me lo hacía notar. Eduardo, Eduardo, ¿dónde está el pan? Escribí durante mucho tiempo, después sentí frío y alrededor de las trece oí pasos en la escalera: bajaba Eduardo y de la calle entraban Norma y Andrés. Eduardo, Eduardo ¿dónde está el mar? ¿No volvió Alfredo?, preguntó Norma. Eduardo dijo que no sabía. Su voz sonaba distante y con sueño. Eduardo, Eduardo, ¿dónde está la paz?

ANDRÉS: Se habrá quedado en el centro, a veces lo hace.

NORMA: Nunca hasta tan tarde.

NORMA DESDE LA COCINA: ¿Les gustaría comer fideos apenas condimentados con salsa de mariscos?

Entonces yo estaba terminando de escribir mis poemas y sus palabras perturbaban la selección de los últimos vocablos. Debía discernir de inmediato entre algunos, tal vez no acerté con el mejor: rampante,

tu corazón con el águila rampante¹.

A esa hora hacía calor, entonces yo estaba terminando y se me ocurrió pensar en algo diferente pero no pude. Lo intenté antes desconcentrarme cuando tuve momentos así. La experiencia me dijo siempre que no daba resultados si no terminaba primero con todo. Pero hoy, a esa hora tenía hondo deseos de dedi-

1. Alfredo utilizó aquí el galicismo rampante: rastrera.

carme a los recuerdos y tomar sustancia orgánica y con vida maravillosamente independiente. Los tamariscos y las acacias reflejaban verdes y amarillos en las paredes del baño a través de la claraboya y me hacían sentir como en el fondo de las aguas. Esos poemas eran los definitivos, pero no resultaba imprescindible meditar ese detalle. Primero hablaba de todos ellos, mis hermanos; después de los dioses de los antiguos, del mar, de las danzas de la muerte; de las cárceles con muros altos y cubiertos de miradas y de la guerra. (Después algunos van a señalar que en ciertos versos estaba descubriendo —o encubriendo— a Novalis en el logro de esa poesía universal progresista).

Sin embargo, para quien quiera adivinar los símbolos, todo está por demás claro. Cuando los lean Norma, Andrés y Eduardo, acertarán a descifrar sus contenidos y serán a partir de allí dolor carcomido de remordimientos. Eduardo en la cocina se estaba preparando café. Era posible que de un momento a otro me descubriera, así que me puse a pensar cómo salir de allí. Mientras Norma hacía ruido en la cocina, Andrés se puso a leer el diario. Se había sentado cerca de la puerta y yo oía muy bien cómo el papel crujía. Un momento después toda la casa quedó en suspenso. Por la ventanilla del baño los árboles fluían sombras, ahora a ratos verdes y a ratos doradas con contornos violetas. Estaba terminando mi trabajo. Son muy hermosos, me dije, como nunca. En eso Andrés le gritó a Norma: escuchá lo que dice el diario. No te oigo, le dijo ella desde el lugar en que estaba cocinando. Andrés levantó la voz para que TODOS lo oyeran. La noticia se refería a mí y decía que me habían visto dar vueltas por las playas de la villa. Nombraba también el título del libro que edité hace unos meses, después de casi dos años de silencio Saeneasle (Nubia 1569). Por último hacía referencia al encuentro que tuve con Borges en La Casa del Médano, hace unos días. Citaban algunas palabras que dicen hemos cambiado entonces. Norma le preguntó ¿de cuándo es el diario? Andrés le contestó que era de anoche, 15 de febrero. Cuando dijo la fecha me estremecí y tuve que sostenerme de la pared. Detrás de la puerta, ellos, todos quedaron de piedra, yo lo sabía porque lo estaba recibiendo como un impacto de silencio y de corrientes vacías. Eduardo fue el primero en hablar para decir son dos años hoy ¿no? Volvió a hacerse el silencio, ellos estaban pensando. Adentro, en el baño, yo contenía la respiración, no quería perderme una sola palabra de lo que dijeran de allí en adelante. Entre mi miedo y mi dolor disfrutaba de algo muy leve, pero que se iría intensificando desde entonces hasta alcanzar el último borde. Mi corazón latía pero no sabía exactamente con qué ritmo e impelido por cuál emoción: quizá el comienzo de todo, del propio sufrimiento de ellos, o el olor a simiente y lluvia que venía de algún rincón del mundo; el primer llamado del otoño hiriendo con su ausencia tan larga, tan inapelable e ilimitada. Norma en algún momento muy asustada les preguntó: ¿Cuál será el motivo que empujó a Alfredo a venirse aquí, a los dos años exactamente? Le contestaron que no lo imaginaban; pero se estaban ate-

rrorizando de verlo tan claro. Siempre pensé que Alfredo nos culpa, en el fondo, de la muerte de Elsa, No seas ridícula, le dijo Andrés, él es el único responsable de su muerte.

—Sus actitudes no podían dar otro resultado —opinó de pronto Eduardo.

—Sí, pero nosotros habíamos hablado. ¿Qué hubiera resultado si Elsa no preguntaba o si nosotros no explicábamos?

Eduardo intervino otra vez para decirles: Tarde o temprano las cosas se dirían... Eduardo, Eduardo, ¿dónde está la boca? Todo estaba dependiendo cada vez más del tiempo, de un grito, de un hallazgo.

MORIR EN DOMINGO

Miró alrededor para ver una vez más el sol de la tarde invernal y después comenzó a caminar hacia la nada. La tierra tenía un color muy pálido barrida por el frío viento del norte y la ciudad toda en soledad, tan vacía como una estación de tren pueblerina, era contundente con su mal de domingo. Nadie vivía. En el cielo se gastaban algunas nubes chatas y el tono de la atmósfera se parecía al tono de la enfermedad. Había que reconocer que él estaba triste, pero más allá de eso, todo tenía un significado de sopor exclusivo mientras contagiaba a cada uno de los elementos que hacían al universo. En la plaza el reloj floral se hacía eterno; el reloj de la torre de la iglesia no aparentaba menos y una estatua de animal, blanca y renovada, desafiaba los siglos y las edades desde su pedestal. Debía buscar la humanidad que despedían algunas personas más cercanas a su existencia, pero ¿a dónde recurrir? Siguió caminando, y hacía mucho frío como para que hubiera algo —la temperatura al menos— que disimulara la intensidad sombría de la jornada. Desde ahora a las tres de la tarde, y después, de las tres a la noche, y luego de la noche al día siguiente, había un retumbante espacio de tiempo que necesitaba ser llenado de alguna manera. Debió fumarse un cigarrillo y meditar el humo. A veces cosas así daban resultado, pero en ese momento las novedades habían caducado definitivamente. Quizá Alcides no durmiera. Y decidió ir a su casa. Entró; la puerta estaba entornada, la casa en silencio; el olor de la comida del mediodía aún flotaba y eso contribuía a que sintiera en el estómago la misma plenitud que en el alma. Alcides no aparecía por ninguna parte. Fue hasta su habitación: adentro, en la cama —arropado como para pasar una larga temporada de frío y nieve—, Alcides dormía por no afrontar como en todos los domingos, su miedo a la vida.

Se sintió desolado; al menos con él hubieran podido herirse, decirse que se estimaban, insinuarse que no se aguantaban ya, comentar que en alguna parte del mundo, ambos habían dejado para siempre el amor que les tocó. Volvió sobre sus pasos. Intentaría recorrer otro camino, ir a lo de Nelly. Nelly sí estaba en la casa y lo recibió con alegría. Se dijo que por fin alguien le daba un poco de significado a su vida.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—¿Qué estoy haciendo? —contestó ella— esto es lo tremendo, nada.

—Nada no, estás haciendo algo.

—¿Qué?

—Estás haciendo nada. Hacer nada es hacer algo. Yo ni siquiera hago nada. Hacer nada es la más sencilla de las actividades y a veces muy satisfactoria porque en definitiva es una de las pocas cosas que te da la posibilidad de remordimiento con el mínimo esfuerzo, y al tener remordimientos se está a un paso de la esperanza.

Nelly lo miró apabullada y después le propuso echarle las cartas. Desde una habitación apareció Amalia soñolienta, aterida, bostezando, llena de vejez, pero de una vejez especial, la de esos días únicamente. Tenía los ojos hinchados; debajo, grandes bolsas que implacablemente le gritaban algo. Se saludaron. Si se encontraban algún vestigio de persona viva podrían trasmitírselo, pero al rato se daban cuenta ya de que no tenían nada adentro.

—¿Es existencial? —le preguntó Nelly mientras barajaba los naipes.

—Ni siquiera.

—¿Qué es?

—Es el error de haber nacido.

Estaba seguro de que Nelly se iba diciendo «madre te agradezco el haberme dado la vida» pero que no lo expresaba en voz alta porque todavía no había descubierto el cinismo.

Ahora Amalia habló con agresividad:

—En un tiempo creías en Dios, en la vida, en la gente, ¿no?

Él respondió que ya había pagado el tributo. Eso era cosa de una edad.

—Creo en Dios, en la gente, en la vida —agregó— finalmente mientras prestaba atención a Nelly que estaba echándole las cartas—, pero de otra forma. ¡Muy de otra forma!

Afuera los gorrones piaban y eran apenas las tres de la tarde. El patio debía estar gris, los malvones helados, el césped reseco. La pared del fondo perdía arena, y el revoque y los ladrillos se transformaban en polvo. Amalia se preparó un café, silenciosa, alejada de todos.

Nelly echaba las cartas y le decía que iba a tener noticias de alguien que estaba en el extranjero. La heladera, con ruido a pereza, blanca y algo maléfica rozaba desde adentro el resto de los sonidos que venían de alguna parte. Amalia encendió la radio. Esta, desde el fondo de su entraña diabólica y sensible de transistores, dejó fluir un eco lejano, un rugido de muchedumbre y una voz como siempre que daba los datos del partido. «Otro más», se dijo él y observó sus manos. Una motocicleta afuera, comenzó a hacer ruido; los gorrones que intentaban recluirse ya, por un momento quedaron mudos de espanto. Pero Amalia insistió con el partido, se dejó estar en una emisora que prometía la

dicha y la belleza con solo pintarse las uñas de «Rojo diávolo». Amalia se miró las uñas y después dijo sin que nadie se explicara:

—El mundo está enfermo.

—¿De qué? —le preguntó él.

—Reumático —le contestó Nelly antes de que Amalia pudiera decir algo. Las cartas le declaraban también que se cuidara de las extremidades inferiores y que una persona rubia del sexo femenino le preparaba una trampa.

—El mundo no está reumático —casi gritó Amalia—, el mundo está ¡podrido!

Los dos se rieron; no tenían obligación de hacerlo, pero Amalia, pobre, quedaba tan desvalida si uno no hacía caso de sus palabras. Ella se sintió reconfortada y eso fue un inconveniente porque debieron suspender un momento el juego con las cartas y hacer como si la atendieran concienzudamente.

—El mundo está podrido de aburrimiento —siguió.

—Pero hay gente que no se aburre —le dijo Nelly imbuida de una dulzura repentina, tal cual lo hacía siempre pensando en hogar, madre e hijos.

Él repitió:

—Hay gente que no se aburre... ¡pero no somos nosotros, seguro que no!

—Lo mío no es aburrimiento. Pero hay gente que no se aburre —insistió Nelly—: las mujeres que han podido casarse, las que tienen niños, las que estrenan el amor.

Pero no servía repetir como otras veces ese juego de ansiedades o de plenitudes humanas. Todos sabían que en algún lugar, alguien con hijos, esposa o esposo, se sentía de la misma manera. El viento empezó a zumbar, malvado, transportador de desgracias, de vejez que se iba acumulando, y los tres tuvieron al mismo tiempo el deseo de correr al espejo y mirarse para ver si en ese instante les había nacido una arruga más. De los patios vecinos llegaban los rumores del partido que se jugaba, y la voz del relator era hueca, bella y maldita, capaz de perforar la carne y horadar hasta los huesos.

—Esta es una buena carta. ¡Qué suerte tenés!

Miró a Nelly tratando de estar reconocido por los esfuerzos que hacía en favor de él; después buscó a Amalia con la mirada pero no la encontró.

—¿Qué le pasa? —preguntó con un susurro.

Nelly se puso tensa y trató de escuchar, por último percibió algo que venía de un lugar cualquiera de la casa, de un rincón.

—Está llorando como cada siete días.

Él comprendió; en algún lugar de la ciudad, desprendido de todos los hombres que pasaban a su lado, a veces había llorado de esa manera, en silencio.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada —le dijo Nelly.

—¿Caminar?

—No, hace mucho frío.

—No hace tanto frío, aquí adentro se siente más.

—Sí.

No se movieron. Estuvieron latentes, dispuestos a hacerse añicos, a explotar de un momento a otro, pero no tenían motivos: ni sufrimientos, ni amor contrariado, ni enfermedad, ni dolor concreto. Era el dolor en sí, tan sagaz que los desorientaba.

Nelly le trajo una revista y le señaló el horóscopo. Él lo leyó, pero por supuesto no creyó nada. Comenzó a dar vuelta las hojas con la esperanza de crearse un goce nuevo. Su deber hubiera sido decirle alguna palabra alentadora a Amalia y hacerla gozar con un recuerdo o una frase, pero a las cuatro de la tarde, con el invierno afuera, con la tarde cansina y desfalleciente, con el rumor lejano de una radio que dejaba el partido por un bailable, no había posibilidad de construir mundos de amor y felicidad, ni para creer que se estaba bien.

El silencio era demasiado grande y Amalia surgió para ver qué pasaba.

—¿Por qué no vino Alcides? —le preguntó.

Alcides era una esperanza de salvación. Él sabía que no, pero para Nelly y Amalia, Alcides podría llegar para decirles que todo era lindo y que el mal pasaría rápido; sin embargo él sabía que no.

—Estaba durmiendo, tapado hasta las orejas.

—Así se le pasa el tiempo más rápido; Alcides está mejor que nosotros —aseguró Nelly, y en eso le implicaba una disculpa.

Amalia sonrió pero nadie supo por qué. Sin proponérselo formalmente los tres comenzaron a pensar en Alcides, intensamente, poniendo toda su ciencia, deseando fervientemente que llegara, enviándole oraciones. El deseo unido fue tan grande que allá en su casa Alcides se despertó y también tuvo pensamientos para ellos.

—Debería sucedernos algo —dijo Nelly.

—La guerra con gases y cohetes y bombas que destruyan el mundo.

Amalia y Nelly lo miraron: odiaban la violencia, no querían guerra ni destrucción. Ellas pedían poco: una paz beatífica, el hogar colmado, la ansiedad de las manos y la piel absorbida por otro cuerpo, otra boca, otro espíritu y otros ojos, que probaran distintos puntos de vista.

—Los cohetes y la destrucción —siguió afirmando para hacerles un poco de daño.

Nelly fue a buscar las viejas fotos: era el recurso de último momento, el tablón al que aferrarse para no naufragar; solo las sacaba de tanto en tanto, cuando ya todo parecía astillado y negro por el desastre. En más de una ocasión había dado resultados porque les era sumamente fácil creer que ahora estaban mejores, más selectos, maduros y refinados. Las viejas fotografías no demostraban nada, absolutamente nada aparte de que en comparación, cada uno se daba cuenta después que habían pasado demasiado días iguales y que los días

se habían acumulado en años y los años en edades: edad para los cabellos, para la piel, para los ojos, para el porte.

Nelly con su tesoro de fotos procedía como un avezado director teatral, conocía el efecto de todas y la reacción de los otros. Por eso las iba seleccionando y mostraba las que convenían en el momento preciso, ponía boca abajo las que tenían reservadas para los finales y enseñaba aquellas que iban creando el clímax.

Amalia, ya más reconfortada, trajo una copita de algo y los tres se sentaron alrededor de la mesa. Con las fotos delante y sorbiendo un poco de licor se disimulaba bastante bien los deseos vehementes y el dolor del abandono. Volvieron a reírse de la misma cara que tenía Nelly una tarde en la plaza al lado del león de cemento. También, de las medias de Amalia, del abrigo de las amigas, del peinado que habían lucido en mil novecientos cuarenta y nueve. Eso era tal cual había sucedido un tiempo atrás, y más atrás también y mucho más. Pero nadie se decía la verdad y cada cual procedía como si la diversión fuese nueva y los impulsos a partir de las imágenes fueran creados por primera vez. El viento calmó. Comenzó a oscurecer, los gorriones, a piar desesperadamente. Las pausas de la ciudad se agrandaron y de pronto, pasado un tiempo matemático, otro ritmo quebró el silencio: la noción del crepúsculo y la realidad de la tarde muerta. Cuando las fotos se terminaron y no había nada que hacer, decidieron que era hora de llamar a Alcides para que los ayudara a vivir.

—No va a tardar en venir —dijo Amalia que siempre depositaba muchas esperanzas en Alcides.

—Si hace mucho frío no creo que salga. A veces a estas horas se pone a escribir cartas —indicó él con cierta duda.

—¡Pero escribir en domingo es como asestarse un golpe suicida, algo tan soez como una palabra obscena! ¡Nadie puede escribir nada en domingo salvo que sea su propia agonía! —les dijo Nelly.

Amalia hizo alusión a un diario que alguna vez hacía Nelly. Ella pareció sorprendida en una mala acción y titubeó un momento antes de decir palabra. Comprendió que Amalia se burlaba. Ese era el momento preciso en que empezaban las peleas, el gritarse, el tratarse de ridículas, de enfermas, de abúlicas y holgazanas. Él deseó —por esta vez al menos— que llegara Alcides para salvar el desastre y Alcides imprevistamente asomó su cara por la puerta del fondo, detrás de las cortinas. Los tres quedaron en suspenso, maravillados, llenos de un dulce terror, hasta temblorosos. De allí venía la fama de Alcides, eso no podía negarse, llegaba siempre en el momento que más lo necesitaban. Todos callaron, estaban preparados para empezar de nuevo. Realmente la vida podía recomenzar desde allí. Punto y aparte y a iniciar un capítulo distinto. Se salían de la propia persona por tanta ansiedad, por el gozo de saber qué les traía él para salvarlos.

—¡Alcides, por fin! —le dijo Nelly con una histérica reconvencción.

Amalia se le acercó e intentó tocarle una mano, pero Alcides con un gesto

rudo la retiró, parecía tener un agudo miedo al contagio. Se acercó silencioso, tomó una silla, se sentó a un costado de la mesa y los miró uno a uno sin decir una palabra. Solo abrió la boca para un largo y despiadado bostezo.

Después, cuando él regresó a su casa y la noche era negra y hostil; cuando algunos volvían del kiosco y traían La Nación ilustrada debajo del brazo para meterse en la cama y leerla, cuando las estrellas arriba, se desmenuzaban heladas como un trozo de escarcha, se dijo tan lleno de placer, como si hubiese llegado a la verdad absoluta, que comprendía una vez más por qué algunos deciden morir en domingo.

1966

DETRÁS DE UN LARGO SÁBADO

Muchas cosas se daban sin necesidad de buscarlas. Ella miró el tiempo, aspiró con seguridad el aire ambiente de la mañana y se dijo: «Sábado, levanté temprano y anduve descalza por los corredores». Se tocó el pelo. Barbaridad de mujer con semejantes preocupaciones. Los chicos van a quedar con tía Felicidad y Oscar tendrá una larga noche para no aburrirse dentro de casa. Hacía un poco de frío, era casi el invierno; los mutiladores de árboles de la Municipalidad no habían cortado todavía las ramas, pero pronto todo estaría cambiado, con esa sensación de agobio en las calles que se vaciaban y los muñones hacia arriba. En los pies podía haber arena del veraneo pasado, en el pecho un poco de bronquitis, pero la ciudad muda, inestimable, displicente, se tornaba fuego e infierno. Cena, café en el Munich; dedos que irían y vendrían, un encontronazo frente a la estufa, una mirada que dice invariablemente «con vos sería más que feliz». Ah, pero antes el salvaje de Rafael con sus tumbas al óleo y reminiscencias de cipreses puesto que no puedo dejar de mezclar la pintura con la poesía; porque esos dos o tres premios mal adjudicados habían hecho un estropicio y se sobreentendía que él se consideraba ya internacional; vengan a casa les muestro mis lacas con atmósfera naif. O el retrato de los Horacios, los que lucharon contra los Curiácios. La cara de cada uno siempre era de la de alguien que él no revelaba y los demás debían adivinar. «Más allá de las islas Filipinas / hay una (que ni sé cómo se llama / ni me importa saberlo) donde es fama / que jamás hubo casta de gallinas / hasta que allá un viajero / llevó por accidente un gallinero». Adiós señora Ana. ¿Tan temprano? Oscar no podía traerla, en el taller todavía un turno, los más roñosos, los más pedigüenos, qué personajes para Buñuel (como dice siempre el abogado); un tullido que ataba paquetes, una prostituta recién recuperada por el párroco y que le había conseguido trabajo allí, un menor que no figuraba en planillas, un medio castrado, el que había caído en un baño de acaroína cuando chico y los demás; la corte de los milagros (como dice siempre el profesor). A pie la distancia era relativamente grande y cansaba, pero su silueta lo recibía bien. Lindas flores, crisantemos bola de oro, color amarillo; bola de nieve, color blanco. Había algo más lindo que su propia

ansiedad de nada: saber que detrás de todo no había nada. Mil aparatos más para la ciudad y entonces libérese quien pueda, adiós tranquilidad, adiós «no tengo teléfono, así que vení personalmente y combinamos». ¡Norma! Esta soy yo, este es Oscar y estos son los chicos. La nena tuya se llama Marcela. Marcelitas, Adrianitas, Fabianitas y Andreas. El disco de Olga Guillot giraba anoche, viernes, siempre prometedor y esos estúpidos aburriéndose en el comienzo. Pulcro abogado, carrera meteórica desde los veintitrés años, acumulando porcelanas en todos los rincones de la casa y haciendo como si entendiera de vinos oliendo el corcho delante de todos. Paso a paso. Hola señora Norma, ¿qué podemos comer hoy? Bifes al ajo («idiota») y un par de huevos por persona, a los chicos cuáquer con una cucharadita de manteca y que esté todo listo porque voy a hacer un rato de siesta. Para él, ya más allá de su título, recompuesto y organizado hasta el día del juicio final, ¡mi papito leguleyo...! Pero ¿qué valía más que la propia libertad añorada? La noche con cansancio y la madrugada es lo que empieza a envejecer, hacen una trifulca debajo de los ojos. Deberle tres años al dentista y mandar el cobrador de vuelta, se necesitaba ser audaz. Oscar, daño; no dueño mío, ocurrencias olímpicas. En Grecia podría haber brillado antes, con la antorcha en la mano, abriendo el juego. Llevando la ofrenda a... ¿a quién? No, abriendo la competencia de la carrera LA CARRERA DE LOS CHEQUES VOLADORES, del Banco A al Banco B, del B retroceder al A y saltar al Banco C. Se encontró con la Gerlero, honda, esquiva, pintarrajeada, debajo del secador.

—Buenos días.

—Buenas, no soy la única.

—El trabajo de la casa, la ropa de los chicos —tartajeó ella—, por eso prefiero venir temprano.

«Mentirosa, la casa es una mugre».

—¿Cuándo nos vienen a visitar Norma?

Era un asco de profundidad. La mañana se acentuaba con un lindo sol. Hoy es sábado, mañana domingo, pasado lunes...

—Puede ser el martes, Dora. Oscar me va a dejar un par de días sola.

Dora sonrió. En el cristal de la vidriera se reflejaba tiesa como una estampilla grande. Era ancha y chata.

—¿Qué programa tienen para esta noche?

—Algo —le contestó con indiferencia.

—¿Vas al cine?

—No, con esas porquerías. Aquí no hay nada, este pueblo es para gringos que cambian el tambo por el empedrado y para los mocosos.

—Norma, en todas partes se cuecen habas.

—¿Habas aquí? Apenas sí porotos.

La peluquera se rió.

—Vieron que murió el del corazón injertado y que no quisimos ser menos

que el Brasil. Para qué operan si se mueren todos. Yo no me dejaría.

«Para prolongarte la vida, decrépita, se necesitarían ocho corazones».

—¿De qué se ríe señora Norma, de sus picardías, eh?

La calle se poblaba, siempre los mismos recorriendo ese mundo inferior. Yo en este extremo, ellos en el otro, una, una, una... ¿Qué vale todo eso? En el mundo debiera haber cinco o seis personas, el resto sobra. El marido de una, una misma, otro marido cualquiera y dos o tres amigas.

—Oh Jesucristo, fue un milagro —le contaba la peluquera.

—¿De qué?

—Que papá no se nos fuera.

—¿No se les fuera a dónde? —le preguntó pareciendo ser estúpida. Y la peinadora seguía, seguía, seguía.

—No, quise decir que no se nos muriera.

—Es cierto, estuvo enfermo en enero querida. Debieron haber pasado malos momentos. «No le daban de comer, decían las cuñadas».

Miró al vacío. Todo salía fuera de foco. Una mosca, el cuarto de espera a la nada. Eso tenía que ver con Mallea. El abogado: ¿Leyó ese libro Norma?, puedo prestárselo. Oscar escuerzo mío no reventés. Hambre, sed. La peinadora seguía.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias Norma, fumé mucho anoche en casa de Alexander.

—¿Estaban todos?

—¿Todos quién?

—Los del grupo, digo.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, todos. Hicimos un juego. Cada uno debía elegir una personalidad y a que no sabés qué eligió nuestra Perla.

—De raposa.

—Pero la bruta no entendió. ¿Qué otra cosa podía elegir Perla: de zorra, infinita zorra para quien nunca las uvas estaban verdes? Y la mujer de Federico es maestra ¿no?

—Sí, pero no ejerce. Él nunca quiso, mi hermano se afirma en sus principios, Norma, y de ahí no sale. Pero la mentalidad de ella, sabés bien de qué familia venía. Mirá, con sinceridad, es burra, a veces indecente.

—Pero, ¿por qué?

—Estrenó los otros días un tapado de nutria con un vestido de acrocel. ¿Querías gafe más tremenda, más indecencia?

—Es bárbaro, es bárbaro —decía la peluquera y se reía circunspecta.

—Estaría Amanda —dijo con un aire que daba a entender todo.

—Seguro, lo difícil fue elegir un juego que no le diera la remota posibilidad

de empezar a mover la rabadilla. Dos whiskys y ya está buscando quién la provoque y está tan lamentable... la pobre... Amanda...

—Es preferible eso a que se ponga a contar de sus viajes. Cada vez viene más confundida. Ahora dice que en Siracusa le hicieron derramar lágrimas dentro de la bañadera de Arquímedes. En Micenas creyó que los monumentos fálicos eran las ruinas de un acueducto y se hizo fotografiar sobre los restos de uno, con los brazos abiertos y lanzando suspiros de helenismo hacia el cielo. El peligro está en que anda ofreciendo siempre sus diapositivas para cuanto audiovisual se esté preparando.

Llegó la señora Fermini; aguda, maquillada; como una macarena, los ojos santificados; la peluquera le dijo:

—Señora Fermini, enseguida estamos con usted.

La empleada apareció desde un biombo con abanicos y dijo: «A la señora Fermini la hago yo». Y la señora Fermini sonreía toda vestida de rosa, hasta con el alma rosa. Nunca se había dicho nada de ella, salvo que era una estúpida. Pero resultaba tan neutra que apenas si molestaba una o dos veces al año. Norma, no estemos tan distantes, no nos visitan nunca. Oscar es un buen asador, pueden hacerse un tiempo y venirme a visitar cuando se les ocurra porque yasaben, mi casestá siempre abierta a los buenosamigos a los quequeremos deuna manera especial, y con granamplitud. Nos vamosuna noche ala quintai disponemos todo paraquelos chicos se pongan cómodos. Hasta ellos pueden venir iantes de dormir juegan con Fernandita y Claudito.

—¿Qué personalidad eligió Perla?

—¡Un diamante en bruto!

Todas se rieron.

—Alguien le quiso hacer entender que debía elegir a un ser vivo pero le faltó tiempo porque sirvieron los postres —un magnífico postre que había hecho Coca— y nadie se acordó del asunto.

«Pero vos sí».

—Que te diviertas y pases un lindo fin de semana. Ya nos veremos señora Fermini. Querida, cariños para todos, cariños a Fernandita y Claudito.

Después se fue también la señora Fermini y entró la señora del doctor Ottolini que hacía garganta, nariz y oídos (el doctor). Iban a bailar todos los fines de semana por ahí para disimular lo que el mundo conocía, y ella vestía casi como los dioses, corno los dioses tobas, por supuesto. A la señora del doctor Ottolini la hago yo.

—Me espera un minuto señora del doctor Ottolini y estoy con usted —dijo la patrona saliendo de detrás de un biombo con tres pierrots y una gran guía de hiedra artificial.

—Sí, cómo no querida —contestó la señora del doctor Ottolini atiborrada de buena educación y de gran mundo.

—¿Cómo está Norma, les falta mucho para la casa?

—Dos meses, estoy tratando de convencer a Oscar para amoblarla en estilo lombardo.

Estilo lombardo, únicamente su casa. Ninguna va más allá del Luis XV o XVI, a quienes no diferencian tampoco. La única con sillones cuyos tapices se han terminado a mano; Oscar, razonable cónyuge que solo piensa en los cheques la había imaginado toda funcional. Pobre, no había evolucionado desde 1955.

—Me digo siempre señora del doctor Ottolini: los sábados de 6 a 8 es el turno de las amas de casa; de 8 a 9 es el turno de las esposas de doctores y de 9 a 12, es el turno de las maestras. —Lanzó una carcajada impúdica, llena de reminiscencias zoológicas.

La señora del doctor Ottolini queriendo ser indiferente:

—¿Decía usted, Zulma?

—Sí, de mis clientas que son maestras, llegan siempre más tarde que todas.

—Es correcto Zulma, aprovechan los sábados para levantarse tarde. Yo le decía los otros días al doctor: «Necesito muchacha y voy a poner en el diario un aviso que diga «Se necesita maestra para servicio doméstico»». Es hora de que las hagan volver a la realidad. Tienen tres meses de vacaciones y la primera medida educativa que toman al empezar las clases es la de entrevistar al ministro para exponerle una justa de-man-da.

«Todas las mujeres de Rafaela son maestras. Yo soy de Rafaela, por lo tanto soy maestra».

—Claro Norma, nosotras somos maestras, pero no ejercemos, de ahí que nuestra mentalidad sea diferente.

—Tiene razón señora Azucena («cada día con menos cabellos por teñirse en casa, ojalá se quede calva»), no me explico por qué toman siempre ese aire de explotadas. La pedagogía ha evolucionado, verdaderamente, pero digan lo que digan no es ya como en nuestros tiempos; las maestras trabajaban mucho más; desde el vamos nos daban hojas y hojas de deberes. Ahora por no corregir («esta seborrea le va a comer hasta los huesos»)... La última novedad es traer los cuadernos de los alumnos a la peluquería y corregirlos acá. Bastó que una lo hiciera... ¿Siguió el tratamiento señora Azucena? Hágalo con constancia, usted tiene una buena cabellera y sería una lástima que por un poquito de... por un poquito de descuido no la luciera como se debe.

Norma, esto es para lucir en El Ciervo. ¡Astrakán! No puedo creerlo Oscar, como a mí me gusta. Si se decidiera el invierno a venir como corresponde; toda la semana frío y el sábado sol radiante con un tapado por estrenar.

—Adiós Azucena, ¿no eran ustedes el jueves en el cine?

—Estuvimos, pero nos levantamos.

—¿...?

—Este Bergman es la lepra, ya no lo entiende nadie. Hermano y hermana.

Antes uno podía quedarse con el mensaje; ahora, salvo que esa impudicia sea mensaje, lo pedestre es beneficioso alimento espiritual. Debieran prohibir una vez por todas. Adiós querida, no te pierdas.

Las nueve y diez. Toda la mañana todavía, larga, desprovista de interés. La tarde después de una siesta malévola si a Oscar no se le ocurría antes mamá no vio a los chicos en toda la semana y vos sabés cómo es ella, y empezar el recorrido para el programa de la noche. ¡Toc, toc! ¿Quién es? Un ángel. ¿Qué busca? Un programa para el sábado a la noche. ¿Qué programa le gustaría? El abogado para comer en el Country pollo con champiñones, palmitos con salsa golf, vino Suter rosado y charlot. Veintiocho años, ex socialista y ya casi un vientre para chaleco. Whisky al final en la casa y la fiebre de la selva entre su colección de porcelanas. ¡Toc, toc! ¿Quién es? Un ángel. ¿Qué busca? Un programa para el sábado a la noche. ¿Qué programa le gustaría? Coca y el marido. Alexander y el marido, Perla y el marido a El Ciervo para no perderse un solo detalle ni de la fauna ni de la flora, apretados adentro, haciendo circular la mirada desde la cara de alguno hasta las máscaras de las paredes, hacia la pajarera imaginándose pájaro, la hora que no pasaba. Los niños del siglo con las niñas del siglo y su lema: «reventad a un viejo». ¡Toc, toc! ¿Quién es? Un ángel. ¿Qué busca? Un programa para el sábado a la noche. ¿Qué programa le gustaría? Los Corrado al cine, después café en las poltronas, intelectuales masturbadores estériles y Sopa de Pollo que hemos visto en Buenos Aires no la entendería la gente, pero Atendiendo al Señor Sloane, que hemos visto en Buenos Aires, solo para algunos, y hablar del limbo, de las cámaras de regresión, de la cultura congelada, del Che y de los problemas de Tucumán. Un tapado de astrakán sin estrenar y por supuesto, también Olga Guillot cuando estoy contigo, no sé qué es más bella, situ figura hermosa ounave queinverna. Sábado, levanté temprano y anduve descalza por los corredores.

—Adiós Norma, saludos a Oscar. ¿No estaban el sábado pasado en El Ciervo? Ya sabíamos que eran ustedes, no sé por qué no nos cruzamos.

1969

¿QUIÉN OYÓ GRITAR A ELSA?

Estos minutos, los últimos, eran tan valiosos como un siglo, o más importante que los siglos. Se estaban preparando para ir a la mesa, pero nadie tenía ya mucha hambre, comerían a duras penas y sentirían algo detrás, en las espaldas de cada uno y después empezarían a mirarse de reojo y a querer eludirse.

Tal vez Dios lo dispuso de esa manera, sentenció Norma mientras se oía el ruido de la canilla abierta. Pero después dio rápidamente un paso atrás en la apreciación; se disculpaba, evidentemente: el sufrimiento de Alfredo, del principio, ha tenido sus compensaciones.

Eduardo —que era el que mejor me consolaba en los primeros tiempos— opinó con un vulgar tono de misericordia: No creo en el sufrimiento de Alfredo; las cosas pasaron como debían pasar, él no tiene por qué acusarnos de nada. Hoy, si se acuerda de la fecha va a estar un poco melancólico, pero esta noche se va a ir a alguno de esos lugares misteriosos con Amanda... o Dalila. Eduardo, Eduardo, ¿dónde está la estopa?

Sonreí mientras me tragaba el veneno. Lo aspiraba por la nariz. Debí gritar allí pero no era posible. Yo ya no existía, estaba en función mi máquina, mi corazón solo serviría para un rato más. Y otra vez el silencio muy especial por lo que se oía el desplegarse y replegarse del mar sobre la playa y a algún grupo de gaviotas que pasaron chillando sobre la casa. El domingo había llegado a su cúspide y deseé emborracharme, estar desnudo, mostrarles mi piel, tirar al tacho de los desperdicios la máscara y hacerles ver que en mí no había nada de pudor, que nunca lo hubo. De una vez por todas necesitaba hacerles comprender el afán, la gloria, la sustancia de los suspiros, la materia inerte que compone al amor y la otra parte que lo hace efervescente para que desborde una vez que se lo tiene dentro sin advertir si lleva a la deshonra o a la gloria permanente. ¿Pero qué de todo eso valía algo ya en ese momento? Nada, nada de nada, la nada absoluta, áspera, lejana y tétrica como un pozo del Malabolge. ¡Oh Eneas, Elsa! El domingo había llegado a su cúspide y ahora comenzaba el descenso. Vendría la mediatarde, luego el crepúsculo y el color del agua con la luz última y silente, agusanada como una corteza de pan entre la basura, con las ondinas huidizas

y aquellas sirenas que ellos y yo conocíamos gritando su propia desesperación por la condena que le habíamos impuesto. Respiraba acordándome de todo. Los perros que no querían los padres que sus hijos miraran.

Pequeño cementerio junto al mar
Espeso de amargas hierbas
Y de cruces.

Eduardo, Eduardo, ¿dónde está?... —ALFREDO, ALFREDO, ¿DÓNDE ESTÁ ELSA? En mil novecientos catorce comenzaba la última de las guerras románticas y el 15 de julio de 1918, cerca de Reims mi padre mataba con su fusil: la caza, el vacío, los pozos en el lecho reseco, las últimas tonalidades de la flauta. No debía recordar un solo hecho, decir Fin como en el cine y correr el telón. Después la noche, la orfandad, los gemidos, los baños en la playa comiendo el asado; el frío y la ausencia mínima de las noches anteriores en las que Amanda caminaba a mi lado y me iba diciendo que debía casarme. ¿No estás solo Alfredo? Estoy solo mi amor. ¿Quién es? Creí verlos juntos cuando venía hacia acá. Sólo pasó a mi lado y me pidió fuego para su cigarrillo.

Norma propuso que fueran a buscarme con el auto. La comida estaba lista. Andrés salió y Eduardo fue detrás porque quería comprar revistas y cigarrillos para ir al mar después de comer. Norma quedó en la cocina. Salí del baño con mis cosas, sin hacer ruido. Fui hasta la puerta del frente, la abrí y la volví a cerrar como si viniera de la calle. Cuando Norma me vio dio un grito. Por la tarde todos ellos se fueron a la playa. Yo me quedé y pasé a máquina mis poemas. Cuando el crepúsculo empezó a delimitar sus pertenencias fui a hacer el camino que dos años atrás hizo Elsa. Era una tarde bastante fría, dos años atrás también. Todo parecía nuevo ahora. Yo iba diciendo algunas de las cosas más hermosas que se me ocurrió poner en mis poemas. Cuando Eduardo, Norma y Andrés vuelvan y busquen entre mis papeles, los encontrarán. Yo ya no podré participar para explicarles. Fui hasta el árbol y en él enganché mi saco. Allí, en ese árbol —un alambre con formas y cazador de vientos en la más honda negrura nocturna— Elsa dejó su abrigo. En aquella época el árbol estaba verde, ella lo merecía. El mar poseía su atractivo indeclinable, inverosímil, metálico en su audacia, casi humano, viril como un soldado nuevo, nacarado, de últimas gaviotas dispuestas a buscar la costa para pasar la noche. A lo lejos, pero demasiado lejos para que me viera, un pescador estaba aprontando sus avíos para la pesca. Lo despedí con un gesto. Estaba acostumbrado a verlo en esa hora cuando pasaba por el lugar en mis secretas adoraciones de reliquias, cuando reconvenía a los caracoles su fortuna de pasos sobre la arena fragante de cuerpos, cuando miraba el cielo y le mandaba los rostros silenciosos de Eneas. Dentro de un momento todo sería diferente. Me metí en el mar, me lamieron hermandad de

algas, me cortaron en dos las olas heladas pero no me rechazaron. El viento diligente me empujaba adentro.

Arriba había una cierta claridad de verdes iridiscentes —contagiosos unos de los otros— y desde las aguas brotaba un rugido dominante, una espuma de gloria que me llenaban de una certeza de eternidad hasta la más olvidada célula de mi piel. El mar se hacía mi capitán. Una ola, un nuevo empuje. Ahora un hervidero de aguas sobre la cabeza, la oscuridad total, el viento que retumbaba como alguna vez desde un pozo vacío, el sonido de una caracola muy grande, el corazón que me estallaba, los oídos sin oír. Por fin la muerte, como en Elsa.

Cuando rescataron el cuerpo los diarios le dedicaron algunos artículos. Fue noticia, pero no mucha. Hablaron de la prematura desaparición de Alfredo Dillón con ese lenguaje que solo se puede soportar en los diarios. Recalcaban que había surgido como una figura de las letras hacía tres años (él tenía dieciocho entonces) cuando el gobierno por medio de su embajada en Suiza organizó el certamen internacional de poesía en lengua española. Habían participado más de veinte países y Alfredo Dillón demostró lo que era su genio. La originalidad de sus escritos —que iba a abrir una nueva tendencia literaria algo después y con la denominación de nubialismo— conmovió a los entendidos. Entonces fue famoso y ganó dinero con el espectáculo de luces y sonidos que Ricciere preparó con sus poemas cerca del lago Como en la temporada de verano. El poeta adolescente era un nombre en el mundo. El nubialismo, por otra parte, influyó mucho en aquellos otros poetas que lo leyeron en Europa, y hace pocos meses Adelqui Formal Paz tradujo un tomo de nubialistas franceses que se editó a principios de año, con el testimonio más completo que se haya hecho hasta ahora sobre las alucinantes gradaciones de sus metáforas.

Los periodistas preguntaron si había dejado algo escrito. Su hermano Eduardo dijo que sí y les mostró el grupo de poemas. Les dijo también que había dejado una carta en la que describía su propia muerte y todos los pasos anteriores desde la mañana de ese domingo. Pero no la darían a conocer. Quizá la no publicación de esa carta fue lo que hizo olvidarse pronto del asunto. El festival de cine, los problemas de una estrella que había sido picada por un alacrán en alguna parte, y en el corazón por un buen mozo argentino, absorbieron la atención.

Un periodista leyó los poemas de Alfredo para tomar algunas ideas con el fin de hacer el gran artículo.

—Parecen escritos por el mismo demonio —dijo con un escalofrío y los devolvió.

Alfredo los había titulado «POEMAS PERVERSOS, para haceros todo el mal posible».

1967

USTED ESTÁ ALLÍ

Usted está allí. Nunca pensó que podíamos estar tanto tiempo juntos sin hablarlos, sin tocarnos, sin que usted pregunte y yo conteste. Y yo estoy triste, pero ya no le conmueve mi cara, ni me mira, ni me despeina, ni me pregunta por qué me he puesto tan serio y tan callado. Todo empezó tan inocentemente, apenas con un pensamiento de miedo. El miedo venía de mi parte, no de usted que fue siempre tan exacta, que podía ser tan fría y distante si ese era su propósito o ser tan dulce o cariñosa si en cambio quería mostrarse así ese día. A veces sí, la veía distante como ahora en que ya no podemos cambiar una sola palabra ni decirle que todo esto ha sido una locura, ni preguntarle o pedirle un consejo para saber de qué manera voy a explicar mi cansancio o cómo sucedieron las cosas, cómo vinieron las palabras unas tras otras, cómo se dieron las miradas y después los días hasta que empezamos a encontrarnos en alguna parte, yo muerto de miedo al principio, más sereno luego porque usted me decía que no estábamos haciendo ningún mal a nadie, pero no perdiendo del todo ese miedo y siempre alguna idea como de loco que me duraba hasta la noche muy tarde cuando estaba en el aula escuchando a los profesores que nos tienen cierta consideración porque todos trabajamos durante el día y queremos progresar y ser hombres de bien haciendo los estudios cuando el resto de la gente está cenando con los suyos, o divirtiéndose por ahí, o no haciendo nada en las calles, detrás de la otra gente, mirando la ropa en las vidrieras, sentándose en un bar. Y ellos me preguntaban al principio qué me pasaba porque me encontraban distraído, porque las lecciones no me importaban como antes, porque cuando teníamos que escribir me equivocaba mucho y debían explicarme las cosas dos o tres veces. Era porque yo pensaba en usted y aunque apenas hubieran pasado dos horas del momento en que nos habíamos separado, yo quería correr para encontrarla y cuando volvía a mi pieza me tiraba a la cama sin comer solo por quedarme en el lugar en que habíamos estado juntos ese día. Y usted estaba entonces en su casa, seguro que riéndose así, como en las veces en que me decía que se encontraba muy feliz, preparando la cena para dos, arreglándose la ropa o haciéndole a él alguna cosa que después me contaba, muchas de las cuales le causaban risa como lo

que me contó aquel domingo en que yo jugaba al fútbol y usted me fue a buscar con un ramo de flores en la mano cuando nos encontramos en el portón del club. Usted le había dicho que salía para llevar flores al cementerio y en cambio se encontró conmigo y ya tenía pensado ponerlas bajo el busto del prócer en la placita, aunque nunca en su vida había visto que alguien le colocara flores a ese prócer. Esto le dio mucha risa y me hizo reír también un rato largo porque nos pudimos ir a mi pieza y estuvimos hasta la tardecita juntos y tomamos la cerveza que habíamos llevado para allá. Fue una tarde muy linda esa, creo que nunca volvimos a reírnos de la misma forma. Casi siempre usted se reía más que yo, casi siempre usted se reía cuando yo estaba triste, en eso no nos podíamos entender muy bien y era tal vez porque con su risa me hacía mucho mal. Aquella tarde también tuvimos tiempo para estar quietos, uno al lado del otro mirando el techo, no diciendo una palabra, y era porque estábamos bien, realmente. Y no sé por qué cosas de aquí adentro, ahora me parece que estuviera repitiéndose ese momento, usted tan quieta, yo tan callado, con la diferencia que usted no me toca y que yo pienso que todo debe empezar de nuevo, hablar con la gente, explicarles en dónde comenzó o cómo se fueron dando cada uno de los momentos que yo y usted tuvimos y ensuciamos de tal forma que al final en los dos todo resultó una porquería, algo muy pegajoso que en vez de darnos mucha alegría terminó dándonos mucha pena, una pena grande y oscura. Usted que se daba cuenta mejor que yo de todas las cosas, debió pensar un poco en lo que podía pasarnos. Tal vez lo pensó pero no me dijo nunca nada, no me avisó, no me dio el consejo que podía serme útil en un momento como el de esta tarde. Pero no dijo una sola palabra, no hizo nada para que no pasara lo que pasó, no fue capaz de preguntarme cómo me sentía yo aunque siempre tenía una risa diferente para darme pena, para hacerme sentir muy tonto y muy infeliz como aquella vez no hace mucho, en que me dijo que no la tomara como madre, que era una vergüenza como me estaba comportando, que en vez de ternura usted quería otra cosa de mí. Yo lo único que sabía era que usted me arrebatava y usted lo supo desde el principio. Yo llegué allí el último, el más infeliz que casi no sabía hablar del miedo que tenía porque esa mañana me había sucedido de todo y lo único bueno era que me aceptaron para el reparto y yo empecé a trabajar con la bicicleta ese mismo día, por la tarde, pensando que en los estudios me andaba mal, que la plata se me había terminado y que me había quedado sin pieza porque me peleé con Aníbal Pozzo que me usaba la ropa y se cambiaba a mi cama cuando él llevaba alguna chica a la pieza. Entonces entré a trabajar ahí gracias que me acordé de la dirección de esos parientes de los Aleón que a la larga son también parientes míos y que cuando me vine de Arauz me recomendaron que no dejara de verlos si necesitaba algo. Ellos fueron los que me dieron la dirección del almacén y entonces entré a trabajar ahí y verla a usted entre la gente ese mismo día fue sentirme menos triste porque su cara era muy linda y

me hacía acordar de alguien muy cercano a mí aunque no me diera cuenta de quién. Pero hasta después de mucho tiempo no hablamos y yo la miraba a usted, a veces de escondido y más adelante de frente nomás porque usted me sonreía y era como si me estaba dando fuerzas. Entonces me di cuenta que siempre estaba mirándome y créame que no me voy a olvidar nunca de sus ojos porque estoy seguro de que llegaban bien atrás como usted me dijo. Fue aquella tarde en que nos encontramos lejos, al lado del río y estuvimos mucho tiempo solos, cerca del cañaveral. Usted me volvió a mirar a los ojos como la primera vez y, como entonces, me hizo sentir un poco mal y me dijo que podía leer en el fondo de mi alma y que nunca la engañara porque lo iba a saber todo con solo mirarme. Yo nunca la engañé, usted lo sabe. Fue muy lindo esa tarde estar solos, a pleno sol, al aire libre juntos porque siempre nos habíamos estado encontrando a los apurones, en lugares cerrados, al oscuro. Era como si en el mundo no existiéramos nada más que usted y yo. Todo fue poco y mucho al mismo tiempo, quedarnos quietos, hablar, y hablar, usted preguntándome de cuando yo era chico y yo con la cabeza en su falda contándole todo, jugando con el junco en el agua, y diciéndole que siempre me gustó el fútbol, pero que en la vida todo me había ido tan mal que lo único que pude hacer desde que me acordaba era trabajar para los otros y sentirme siempre muy pobre y con miedo, muy separado de la gente, hasta que usted empezó a estar conmigo y a mí se me pasó la vergüenza de ser Domingo González. Le conté ese día que había dejado mi pueblo porque no podía seguir viviendo de lo que me daba mi hermana que en realidad no era mi hermana del todo, sino una criada de mi madre que ahora estaba casada y que tenía que atender a sus hijos y a su marido y algunas costuras que tomaba y no podía hacer mucho por mí. Le conté que me vine aquí, quería estudiar y trabajar porque en la escuela la maestra de sexto grado me dijo que hiciera lo posible por tener un título. Conseguí esa pieza con Aníbal Pozzo que era de mi pueblo, pero después nos peleamos, él tenía mal genio, como le conté. Usted me preguntó todo. Nunca me expliqué por qué quería saber tanto de mí y me pedía continuamente que le contara todo y cada vez que estábamos solos tenía que decirle qué hacía en los momentos en que no nos veíamos y yo le contaba minuto por minuto pensando que la aburría, pero usted no se aburría y seguía averiguando más y en algún momento me preguntaba si hablaba con la cajera y usted insistía en que Mabel hacía todo lo posible por hablar conmigo. Yo nunca se lo dije porque sabía que eso la iba a disgustar, pero si usted me hubiera dejado —ahora estoy seguro— yo la hubiera querido a Mabel y ella me hubiera querido a mí y todo esto tan sucio no existiría. Estoy sintiendo asco de mí, si usted me escuchara le diría que hiciera algo para que yo no sienta ese asco. Estoy solo aunque estemos cerca, con muchas ganas de llorar que estoy seguro me va a quedar para toda la vida. Y si el lunes voy al colegio, ellos me van a preguntar por qué estoy llorando y voy a tenerles que contar todo y se van a

dar cuenta que no es porque perdí el partido de fútbol de mañana que seguro voy a perder por las condiciones en que me encuentro. En la cara de ellos voy a ver ese mismo asco que me estoy mirando en el espejo. ¿Y usted qué puede hacer ahora por mí? Muchas veces me dijo que si me pasaba algo se lo contara porque si yo estaba triste usted se daba cuenta y tenía que decírselo para que pudiera consolarme. Es cierto, usted supo consolarme, pero a veces terminaba gritándome que usted no era mi madre y que estábamos juntos para pasar momentos de alegría y no de penas. Me costaba trabajo, es cierto, hacer lo que usted quería, a veces se reía de las cosas que yo le decía y me hacía burla diciéndome que no era más que un chico y que lo que necesitaba era que me dejaran sin postre como a los niños que no se portan bien. Yo sabía lo que quería decir con eso de dejarme sin postre como a los chicos y le pedía que no se fuera y trataba que mi pieza estuviera bien arreglada y no se viera ropa sucia de mi compañero en ningún rincón. Si hubiera podido créame, yo tendría un dormitorio como el suyo para que usted estuviera siempre cómoda y no sintiera miedo de ensuciar su ropa cuando la dejaba sobre estos muebles. Usted fue muy buena una vez cuando se quedó sola y estuvimos un sábado y un domingo en su casa y me prestó un pijama amarillo y me preparó el desayuno. Comimos a las doce algo que pidió por teléfono porque yo le dije que el día antes había cumplido los diecisiete y me dijo que se sentía muy feliz de poder festejarlos juntos. Me regaló una camisa muy linda, era antigua, pero de todos modos me quedaba bien y también me dio algo de dinero. El dinero lo conservé mucho tiempo, no quería gastarlo y la camisa me la ponía los domingos cuando iba al club para ver el baile. Yo no bailaba, usted no quería que bailara y aunque algunos me hacían preguntas y me decían que había mujeres que se morían por bailar conmigo yo le había prometido que solamente iba a mirar y a tomar unas copas para no aburrirme, porque los domingos, si no jugaba al fútbol y no podíamos estar juntos, eran muy largos, muy aburridos para estar solo y no hacer nada. Yo nunca sabía qué era lo que más le gustaba a usted por eso tenía siempre un poco de miedo. Una vez le regalé una flor y usted se la colocó en el pelo, o sobre el pecho mientras estuvimos juntos, pero otra vez le traje un pañuelo y usted se rió porque tenía un color que no andaba con su piel. A veces me decía que yo no sabía hacer las cosas, que me lo tenía que enseñar todo. Y era cierto, usted me enseñó mucho, casi todo lo que sé, pero yo siempre le estuve agradecido aunque me retaba por no hacer lo que justo ahí necesitaba. Yo no quería que estuviera triste por mi causa y hacía lo posible para gustarle, para ponerla contenta, para hacer las cosas de mi vida de la forma que anduviera con sus deseos y si me equivocaba, créame, no era porque no quería hacer lo mejor, sino porque en algunos momentos no la entendía del todo o me resultaba difícil dar con lo que usted esperaba de mí. Ahora quisiera hacer lo más lindo para usted, pero aquí solos, sin hablarnos no hago más que mirarme las manos y a veces miro esa

foto y vuelvo como al principio de esta tarde en que usted la sacó de la cartera y me dijo que tenía que dejarme el bigote así. Entonces todo marcha hacia atrás y me miro al espejo como antes y miro la foto y vuelvo a mirarme al espejo y después la foto y voy empezando a entender, a entenderla también a usted y a pesar de que antes le tuve mucha rabia, ahora me va ocupando una lástima muy grande y quisiera que las cosas no hayan sucedido como fueron pasando, primero hablando lentamente y yo preguntándole, después usted gritándome y a mí subiéndome el enojo como nunca. Si al menos usted me mirara en este momento y me dijera una palabra o dos para que no me sienta tan triste y tan culpable. Usted sabe que nunca quise hacer nada que la disgustara y lo que hice esta tarde la disgustó —sé que sí porque se rió de esa forma fea que usa cuando está enojada conmigo—, quiero que sepa ahora que yo también estuve muy enojado y usted conoce muy bien que cuando uno está enojado no piensa en lo que hace, se pone ciego, ve todo oscuro y no tiene idea de lo que es bueno y de lo que es malo. ¿Cómo no va a saberlo que tantas veces me lo explicó para que yo no me pusiera triste cuando me quedaba callado después de algún disgusto suyo? ¿Se acuerda cuando me acarició por primera vez y me puso las manos en la cabeza y yo le dije que hacía mucho tiempo que nadie me acariciaba así? Entonces usted me preguntó quién me había acariciado de esa forma y yo le dije que esos eran recuerdos de cuando yo era chico y usted se sonrió. Era muy dulce así, su voz muy cerca de mi cara era perfumada, su cuerpo era muy tibio y donde usted me había tocado me quedó por un rato largo la idea de que se me había pegado su mano. Ha oscurecido. Es la hora en que usted se va, la de su regreso del cementerio. Tengo sed. Debiera ir hasta la canilla del pasillo pero todo me da miedo. En las otras piezas están viendo televisión. Mi compañero va a venir dentro de un rato, entre ocho y media y nueve; él es mejor que Aníbal Pozzo porque me ha ayudado siempre a que usted esté cómoda conmigo, nunca llega antes de la hora que le digo. Yo le he hablado de usted y sabe que la quiero mucho aunque a veces me ha dicho que entre usted y yo las cosas debían terminar. Yo le conté a él que Mabel la cajera me tiene simpatía y él me preguntó qué espero para invitarla a salir. Le dije que no sabía qué hacer, que todavía no se lo conté a usted. Pero ahora se lo cuento, ahora lo sabe para que no haya secretos entre nosotros. Le aseguro que no los hay y sin embargo usted a mí me estuvo escondiendo cosas y cuando uno se entera que la persona que quiere guarda secretos, uno se siente muy mal, enfermo, como yo me sentí esta tarde y que es lo que hizo que todo sucediera así. Mañana tengo un partido, pero no creo que pueda jugar bien y ellos esperan ganar y yo los voy a hacer fracasar. Tengo miedo de que ellos pierdan por mi culpa. Si al menos supiera que usted me perdona, o que ha comprendido todo y no me guarda rencor, yo podría así empezar de nuevo, más aliviado, y para un tipo como yo que ha tenido tantas dificultades en la vida, empezar sin miedo, sin amargura es dar el primer paso con una bue-

na ayuda para hacer bien lo que a uno le toca. Usted me dijo una vez que yo soy inteligente, que comprendía con mucha rapidez y que voy a tener éxito en la vida porque no soy complicado. Entonces no entiendo por qué no la comprendí a usted desde el principio. Será porque no me ha ayudado demasiado o guardó muy bien lo de su vida. También supo decirme que no tenía secretos para mí, que todo lo que pasaba con su marido yo siempre lo sabía, pero a mí no me importaba lo que pasaba con su marido, yo nunca le tuve rabia a él, ni celos. Su marido es un tipo bueno, me empleó en el almacén, me dijo que me iba a hacer dejar el reparto y me iba a poner detrás del mostrador y si no me puso tal vez sea por lo que me dijo Mabel, que era por influencia de usted para que yo no pueda hablar con ella. No sé si lo que Mabel me dijo debe ser creído, pero la promesa de su marido hasta ahora no se cumplió y con Mabel no tengo espacio para hablar. Usted me dijo una vez que era como mi dueña porque hacía mucho que estábamos juntos, me había visto crecer, salir la barba, poner más cuerpo y por eso tenía derecho a pedirme que me dejara el bigote y me peinara de esta forma. Entonces usted vino hoy con la foto y me la enseñó y me indicó en ella cómo tenía que recortarme el bigote. Sabe que fui feliz a su lado, que la he querido mucho, que siempre he tratado de estar contento y que nunca dejé de hacerle caso. Yo reconozco, lo sabe, que nadie me dio tanto como usted, pero yo le he devuelto con todo lo que quería de mí. Y ahora que usted está callada, que no me mira, que ya no dice una palabra entiendo otras cosas que nunca se me ocurrieron pensar. Ahora debiera contestarme por qué quería realmente estar conmigo, y por qué no me contó muchos detalles importantes de usted. Yo puedo entender algunas cosas rápidamente, otras de a poco. Las cosas que comprendo de a poco no me hacen mucho mal, me van acostumbrando para sufrir menos. Pero en cambio, las que se ponen claras de golpe, esas sí me hacen mucho mal. Y yo lo comprendí todo esta tarde, de golpe y usted se asustó porque yo entendía y le iba diciendo la verdad y me contó recién lo que debía haberme contado desde el principio y entonces era cierto que usted iba al cementerio y yo empecé a gritarle, a sentirme enfermo, lloré, usted también lloró, me pedía perdón y me explicaba que la foto no tenía importancia, que yo nunca iba a entender el dolor suyo, como tampoco su marido lo entendió porque el sufrimiento de una madre no puede compararse con nada. No sé, ahora que la miro, tan callada, tan cerca y tan lejos, pienso que quizá usted tenía razón. Qué importa ya esa foto que ni siquiera distingo porque se ha hecho noche. Afuera siguen los televisores gritando y en frente de ellos los estúpidos que no se dan cuenta de nada. Sabe, tengo ganas de llorar y sentir sus brazos rodeándome y sus manos en mi cabeza. ¿Se da cuenta de lo solo que me he quedado? ¿Se da cuenta de lo cerca que estuvimos tanto tiempo y de lo separados que ahora nos encontramos? No debió hacerme eso, yo siempre he sido bueno con usted, esperé con alegría todos los momentos de nuestros encuentros, traté de cumplir con las

promesas y procuré hacer únicamente lo que a usted le gustaba. Todo está oscuro ahora, y frío. Ya no nos vemos, esta pieza es una caja negra pero no voy a encender la luz, cuando llegue mi compañero la va a encender él. No sé qué va a pensar cuando me vea mirándola a usted tan tiesa sobre la cama.

POR ÚLTIMA VEZ

No nos vendría mal un trago. Un solo trago, en la vereda como hacen todos y te prometo que después nos vamos, seguimos caminando. No vale la pena dilatar nada. Eran buenos tiempos aquellos, no del todo, pero buenos tiempos si nos ponemos a considerar que lo más importante era que teníamos tan pocos años encima. Apostaría a que vos ni yo hemos tenido después un tiempo así. Un solo trago como te dije y seguimos caminando. No, no vale la pena dilatar nada. Aquí puede concluir la historia del mundo en tanto caminamos para serenarnos y añadir a este anochecer algo de nuestras figuras, la mía y la tuya con una forma que puede parecerse a la de otras épocas en estas calles, en esta misma esquina, en todas estas veredas. En esto el mundo no cambia: a esta hora el camión del riego, la gente que sale del trabajo, el parlante de la publicidad que te acuchilla desde las tres de la tarde y los primeros mosquitos de la noche. No hables, todo está perfecto así sin que digas nada, como una vez cuando vos y yo teníamos probabilidades. Un largo camino a recorrer, decía tu papá y nos miraba y miraba más atrás de nosotros figurándose que veía el futuro, experto, protector, magnánimo en su bien ganada mayoría de edad. Era un hombre de efectos, los conocía a todos y sabía hablarnos de esas probabilidades que tienen todos los jóvenes. Más probabilidades, así era. Recursos y chances que nos permitían un poco arrollar el viejo sistema, las fórmulas caducas, pero no tanto, eso sí. Lo justo para no ser viejos antes de tiempo. Qué tarde tan caliente y no es verano todavía. Lo que nos espera en este pueblo... bien, lo que te espera. Yo tendría que considerar el pasado con vos ahora... el presente y también el futuro, pero ya no hay tiempo para eso, ¿no es cierto que ya no hay un poco de ese miserable tiempo que termina por carcomernos los huesos? Nuestros días, los óptimos digo, se han terminado de una vez, de allí en adelante estamos viviendo de presado. En cualquier momento quedamos descartados del todo. ¿Es amargura, es resentimiento? Sí, es posible, y si te hace mal es por la participación que te obligaste a tener en todo lo mío desde una vez que nos pareció que nos queríamos y yo te lo dije y vos también me lo dijiste. ¿Era un baile entonces? ¿O era en aquella cena de verano cuando nos habíamos recibido de bachilleres, durante el

vals de egresados? Después que el rector nos dio el diploma y después que dijo su discurso que les permitió un poco a todas ustedes llorar por esas palabras y por esa despedida. Parece que dijo entre otras cosas que éramos la flor de la juventud y que en todos nosotros estaban puestas las esperanzas de nuestros padres, las del pueblo, las de la patria entera. De este grupo privilegiado saldrán —parece que dijo, ¿te acordás?—, políticos, profesionales, líderes, hombres de paz, de progreso y de trabajo. Era la oportunidad que teníamos para que yo te dijera que te quería y vos me dijeras que me querías. Fue durante el vals, yo de azul y con bigotes, el traje ancho de mil novecientos cincuenta con el saco hasta las rodillas, vos con tu vestido blanco de mangas farolito y con una orquídea natural sobre el corazón. Primero bailamos el vals vos y yo, después vos bailaste con tu padre y yo con mi madre, y el tercero otra vez juntos los dos en ese salón que tenía un cartel grande que decía baile y diviértase en las tertulias de Independiente, música agradable, ambiente familiar y venía Marta Amadio a interrumpirnos a cada rato para que nos sacáramos las fotos los cuatro juntos: ella y Bernardo, vos y yo. Ah qué bien todo. Qué bien también ahora este silencio sobre los ruidos. Cuando se va el día hay ruidos, pero sobre todo hay mucho más silencio. Es el silencio de los desesperados, el silencio de las angustias, el de todos los bienes perdidos y el de los insomnios de una mujer soltera. Un paso o dos más, o tres, o cien mientras decidimos alguna cosa. Nada de absurdos, mirarte las manos sí, los dedos, las uñas, dejar correr algunas lágrimas, naturalmente. La gente viene, va, nos ve, nos saluda, nos ayuda a ser nosotros mismos. Adiós, adiós, adiós a todo el pueblo. ¿Ves que saludo a todos? Se sabe quién soy, quiénes somos los dos, ¿no es así?, quiénes fuimos estrechamente juntos los dos en el cine de los sábados a la noche, en las tertulias danzantes, en el casamiento de nuestros amigos, en la misa de diez de todos los largos domingos en que yo almorzaba con tu familia y a veces vos cenabas con la mía. Nos eligieron la pareja de la primavera y tuvimos que bailar solos, entre toda la gente que rodeaba la pista y todo el baile fue bajo una lluvia de flores. Fuimos los novios más votados en el concurso ÁMENSE Y GANEN SU VAJILLA DE BODAS. En mil novecientos sesenta todavía podíamos volver atrás frente a esa madre mía muerta que no quería morir sin verme casado. Total, ocho años más allá del pueblo, bastante más lejos, no me habían servido de mucho. Pero yo quería agotar hasta el último toque de mi arrolladora personalidad de inquieto emprendedor, como decía nuestro rector. Había aprendido a pisar más fuerte que todos, a pararme y gesticular con las piernas muy abiertas porque eso delataba con cuánta seguridad estaba parado sobre el mundo y qué bien me habían apertrechado para empezar cualquier cosa. No se sabía qué, pero cualquier cosa que emprendiera debía ser el éxito para mí. Entonces no podía venir así con las manos vacías, eso puede entenderlo cualquiera, y decirles a todos lo inútil que había sido gastarme esa plata que me dieron para tratar de meter algunas ma-

terias, en lo inútil que había sido encontrarme con todos los del partido y estar en las huelgas, no tener ganas de estudiar después, buscar trabajo, reconsiderar de tanto en tanto la agonía de los ideales y dejar que de a poco todo se fuera y me acordara de vos y sintiera vergüenza y más tarde ni sintiera vergüenza siquiera. No, no podía venirme así con las manos vacías. Apuesto a que vos tampoco hubieras querido que volviera con las manos vacías. Después de todo no ha pasado tanto tiempo desde mil novecientos sesenta para que estemos tan cambiados. La gente no cambia tanto en algunos años. Sí, es cierto, tal vez exteriormente, pero adentro, en el corazón, en el estómago, en todas las vísceras no se cambia tanto. Dentro de un mes cumplo cuarenta. Que no te importe, no tenés por qué acordarte de mi cumpleaños, no te vas a acordar de todos modos. El tuyo es en setiembre, tal vez el cuatro o el cinco. ¿Y si nos sentáramos a brindar por todos los cumpleaños que no hemos festejado juntos y que ya no vamos a festejar nunca? Entre trago y trago miramos a la gente de siempre, o a la gente que es como siempre en esta calle. Fue mi barrio también y es posible que tengas razón, el mundo cambia, estos árboles eran más chicos, recién plantados, tu hermana apoyaba su pesada bicicleta Raleigh en el paraíso de la esquina y otros chicos hacían ruido con un brote de caña en las paredes de ladrillo hasta que salían las arañas que creían se iban a comer una mosca recién atrapada. Han revocado esa pared y tiene carteles de Coca-Cola y de Pepsi. Nosotros no teníamos Coca-Cola, no entraba por el Código Bromatológico, eran naranjinas Vilma y Yuyenco y Chuncana, y algunos chokolatines Godet o Kelito para después de la matiné y para los domingos a la tarde cuando los grandes se iban a tomar el liso. A veces nosotros estábamos autorizados a tomar un cívico, ese chop chiquito con un chorro de granadina. No quedan chicos que sepan hacer salir una araña de su cueva con solo soplar un brote de caña frente a las viejas paredes de ladrillos. A esta hora el mundo se desmorona, es una ruina, ruina de luces, derrumbe de sombras, un pueblo que es ahogado por la noche y aquella ranchera en las lomas de mi pago yo corté la más linda margarita con primor y a la virgen del pueblecito la llevé pa que ella me curara del amor. Y aunque cambie la música y se vuelva todo diferente ese parlante se va a estar siempre con eso de las margaritas y jazmines que pueblan los jardines de la inmensidad. Alrededor de la plaza teníamos también ese lugar, un sendero estrecho para los dos, ida y vuelta, ida y vuelta, ida y vuelta en las tardecitas de los jueves, los sábados y los domingos. Los otros muchachos del nacional y los del comercial hacían barrera y decían piropos, algunos dejaban la barrera, entraban también ellos en el sendero estrecho y caminaban ida y vuelta con su novia en tanto la banda dispuesta sobre la caja armónica hacía la «Marcha triunfal» de Aída, la «Avenida de las camelias», algo de Carmen y mucho de Verdi que eran esas cosas que el viejo Borla hacía ensayar con una unción que se llevó a la tumba. Ahora nadie dirige la banda como lo hacía el viejo Borla, podría apostar eso y

ganar. La cara se le transformaba, los brazos se escapaban del cuerpo, en tanto, si era octubre o noviembre la magnolia focata crecía en perfumes mientras se hacía más profunda la noche y vos te estabas acordando en ese momento que habías dicho en tu casa, «mamá me voy al bulevar», y ella como siempre te gritaba desde el patio que no volvieras después de las nueve porque si no tu padre se enoja. Vos me decías que esa música de metales tenía la particularidad de subrayar el tiempo y si la escuchabas otra vez vivías de nuevo cada cosa que habíamos dicho o hecho mientras estábamos juntos. Ese era para nosotros entonces el destino de la música del viejo Borla con tantos días de octubres, con tantos jazmines del cielo en los canteros y el feo monumento a San Martín que hacía poco habían puesto en el centro después de meses de polémica para decidir hacia donde debía apuntar su sagrado dedo, el que usó y ensució un gorrión justamente en el momento de la inauguración. Yo tuve que hacer guardia en una de las esquinas del monumento y vos también, con la rompevientos azul y pantalones blancos nosotros los varones y ustedes con la rompevientos blanca y la pollera azul. Más tarde empezamos a irnos. Vos no querías que me fuera, las novias o las madres de los otros tampoco querían que se fueran, pero nos fuimos de todos modos. Ahora estoy en edad de recapacitar, sin duda, pero es evidente que no se puede recomenzar. No sé qué podría prometerte. ¿Sabés acaso qué podría prometerte? Si querés un trago, ahora es el momento justo para una copa de algo frío, algo largo que se vaya hasta el fondo de nosotros. No sé por qué no querías que me fuera. Era tu seguridad de que no tendríamos más esas tardes, ni las misas de diez, ni los almuerzos, ni los premios a la pareja del año. Hasta tu hermana que nos seguía por cuadras con su bicicleta Raleigh no entendía muy bien por qué no querías que me fuera. ¿Quiénes eran los de mi época que también es fueron? Fabio Moschino, Rogelio Carlin que murió ahogado por salvar a ese chico. De Fabio no se sabe nada ya. Se fue también Luciano Operto, sí, es cierto, Ligio Bó también que empezó muy bien en el Club Atlético Nueva Juventud y que lo compraron para aquel cuadro. No quiero decirte que Ligio Bó dejó el fútbol por el boxeo y que está ahora en una esquina lustrando zapatos. El triunfo fue flaco, insulta a la gente y se ha emborrachado conmigo alguna vez y cuando queremos te nombramos, es apenas alguna idea, un homenaje que te hacemos más de silencio y alcohol que de palabras. El te quería y vos me querías a mí, solo en eso estaba la diferencia y pensaba volver triunfante, lleno de gloria, tembloroso de poder y juventud y desplazarme para hacerte saber todo, lo que nunca se había animado a decirte. Cuando está borracho es cuando comprende mejor las cosas, ve todo con mayor claridad. La última vez me dijo: «viejo, el mundo es una trampa. Todos caen, lo que cambia es el cebo que le colocan a cada uno». No sé por qué no querías que me fuera, no sé nada. Una copa solamente, una para cada uno, te invito, puedo pagarla yo. Vamos a mirar desde una mesa encenderse las luces, circular los autos, andar la gente

mientras yo te pregunto qué se hizo de Ethel que fue también un poco mi novia. Era espigada, y con el cabello negro sobre los hombros podía decirse que venía de otra época. Cada cinco palabras repetía que todo era una barbaridad, barbaridad de pueblo, barbaridad de tierra, barbaridad de aburrimientos. Su madre le vestía de blanco y con puntillas. Ethel venía a veces con nosotros. Solo aceptaba un café cortado y un día llegó ese novio. Todos calculábamos que era lo que estuvo esperando por años. La madre le redobló su ajuar con puntillas y fueron felices algún tiempo. Pero no sé qué se hizo de Ethel, lo último que supe era que el novio se fue como había venido y ella se quedó con un gran ajuar y enseñando catecismo en la parroquia, pero de esto hace mucho tiempo. Eran también tus amigas Elsa y Cora, las mellizas que mordían hojas de cedrón cuando salían de la casa para tener buen aliento. Yo las confundía y todos echaron a correr que una vez estuve prolongando con Cora lo que había iniciado con Elsa el día antes. Sí, de Ethel podía decirse que venía de otra época, con sus vestidos blancos y el pelo negro cubriéndole los hombros, también con su segundo nombre que era Ibis y su apellido francés y tan mágica a veces cuando tardaba horas en tomar su cortadito. No quisiste que me fuera pero yo no podía quedarme. Cómo podías saber lo que siente uno cuando ha pasado los veinte años y no tiene nada que hacer en un pueblo. Qué les importaba a todos ellos. Digo todos ellos y debés entender que hablo de tu madre y de la mía, de mi padre y del tuyo, de los hermanos y de los amigos. Pero hay quienes no les importa nacer en un mismo lugar, casarse, venirse viejos y morir sin salir de ahí. Yo creía que vos al menos comprendías, y que iba a ser difícil hacerte tragar eso de que el pueblo progresaba, que tenía comisión de cultura, amigos de la música y del arte, que traían la orquesta sinfónica de Santa Fe, o el ballet del Colón en el teatro del Unione e Benevolenza. No, no podía dejar que ellos nos mintieran con cosas así haciendo juegos florales para premiar a unos versos que saludaban a la bandera o a los colonizadores, a la fecunda idiotez de esos piamonteses que habían dejado el lomo en el surco y en los corrales y una gran herencia para todos los hijos. Total, esas zanjas con sapos y cataratas de grillos a dos pasos de la plaza van a existir siempre, total Ethel debe haber tenido su destino dentro del pueblo, como vos, como las mellizas y eso es suficiente para algunos, pero te aseguro que no es suficiente para todos. De ninguna manera, no puede ser suficiente para todos. Para mí no, para Fabio Moschino tampoco, ni para Ligio Operto, ni para Rogelio Carlín que se fueron y no volvieron. No era yo el único entonces. ¿Por qué tenían que considerarme como un fenómeno? Dicen que a Rogelio Carlín lo encontraron descarnado en el agua, que solo pudieron enterrar sus huesos. Ya ves, la carne de Rogelio todavía anda dando vueltas por ahí. Destino ilustre el suyo, tal vez el destino más célebre que haya salido de este pueblo. No estés apurada, te lo ruego. Son los últimos momentos, es probable que sean de veras los últimos. No más regresos porque ya no pertenezco a nadie en este lu-

gar. Mis hermanos tienen sus mujeres y sus hijos, en ninguna de esas casas estoy bien, no sirvo para hablar de antes ni para hacerme querer como tío o cuñado. Los viejos tienen su tiempo allá. Qué bien, mis hermanos lo piensan todo: los han enterrado juntos. Primero mamá en mil novecientos sesenta, ahora papá. Viejo lindo, nítido, de una pieza. Hecho de esta tierra, no estafó a nadie, no hizo sufrir a las viudas ni descuidó a los huérfanos. Ejemplo de hogar cristiano el de él y la vieja. Te acordás de los discursos de ayer. Veintiocho años presidente del Club Atlético Nueva Juventud, buen deportista también, buen patriota, hijo de esta tierra, nunca se le ocurrió salir del pueblo. Aquí nació, aquí buscó a su mujer, aquí hizo a los hijos. No, no estuve borracho en el entierro, no creas lo que dicen solo porque sonreía en lugar de llorar, y nadie me vio llorar porque tenía la boca ocupada en sonreír, en aguantar esa espuma que venía de las entrañas, que era una mezcla de todo: lágrimas capaz, bilis, bronca y angustia también. Además nadie sabe después de todo cuál es mi pena y mi manera de sentirla o de querer sentirla. Nadie sabe qué es lo que me duele aquí adentro, en donde residen las calamidades. Tampoco ahora estoy borracho, dulce. Ya es de noche y ese parlante sigue, ¿hasta cuándo sigue ahora que no me acuerdo? A medianoche parte mi tren. En la oscuridad el pueblo se va a ir haciendo cada vez más chico entre trigos y paraísales. Después cuando vuelva a salir el sol voy a esta frente a la ventanilla mirando el horizonte. En ese momento nada mejor que un café bien cargado para borrar la mala noche.

LA ESTACIÓN OESTE

Ricardo me dejó frente a la puerta de mi casa pasada apenas la medianoche. Tal vez el silencio que conservábamos desde hacía unos minutos era un principio de arrepentimiento por malgastar la noche. Tampoco considerábamos que la hubiéramos gastado del todo. De cada caso extraíamos una forma infalible de dulzuras, de potestad sobre las sombras, de partículas secretas como si cada vez acabáramos de volver enteramente sabios de la guerra. Pero en la noche y por las calles, y frente a los edificios viejos, y junto a las alcantarillas de los suburbios y en los cercos de las fábricas calladas y oscuras, aprendíamos tanto como entrar en la guerra. Por eso, acostarnos temprano —apenas pasada la medianoche—, podía prepararnos a creer que dejábamos sin destino algo que se nos había adjudicado desde la eternidad.

Abandonábamos la ciudad a esa hora sin seguridad alguna: tal vez porque había empezado a hacer un poco más de frío repentinamente o, tal vez, porque, agotado nuestro inquietante paseo hacia la zona de la Estación Oeste, habíamos hablado demasiado de De Chirico y de que la escenografía del mundo es incuestionablemente metafísica. Pero, a último momento, le pedí a Ricardo que no se atreviera a defender la idea todavía y que me acompañara adentro. Me preguntó por qué.

—Te voy a certificar algo —le contesté.

—¿De qué se trata? —volvió a preguntarme algo irritado— ¿no podría ser mañana?

—No, tiene que ser ahora —le dije—, si no es ahora no voy a poder dormir.

En el pasillo Ricardo habló pero no escuché lo que iba diciendo hasta que encendí la primera luz de la casa. Entendí algo así como que el frío le iba a hacer mal y que debía prestarle un pulóver. Como yo tenía que mostrarle algo, y era absolutamente en eso en lo que estaba pensando desde hacía un rato, me alegré de su inconsciencia: dentro de un momento podría estar pasmado y tal vez quisiera volver a la Estación Oeste para ver si encontrábamos a la mujer allí y decirle: señora, él tiene razón, a usted la han dibujado en la primera mitad del siglo XVI, y que ambos, pasada la medianoche, estábamos como en el corazón

de un secreto y queríamos saber qué pasaba con su cara, con su cabello cortado casi a lo varón y su inmovilidad debajo del gran reloj que también en alguna parte ya había pintado Giorgio De Chirico, lejanamente, con humos de tren y muchachos con caballos.

Ricardo me repitió lo del pulóver. Le traje uno. Lo hice sentar y le ofrecí un trago que no aceptó. Se sentó brevemente, pero al instante ya daba la sensación de estar instalado y de que no tenía apuro. Abrió el diario en Culturales para ver quién estaba exponiendo y me dijo que Debernardi no era un escultor, era un carrero.

—No tiene un poquito de humor; cuando cuenta algo gracioso todo el mundo está esperando saber en dónde ve él el chiste que ya empezó a festejar apenas abrió la boca. Además no tiene conciencia de lo que es elegante. Es todavía de los que dicen: no me cayó bien la comida, la estoy repitiendo desde el almuerzo; convencido de que dijo una fineza.

—Impiedad es lo que no te falta —le dije para apurar cuanto antes su dosis de intrascendencias— todo artista toca con su alma el cielo y hunde las raíces en el barro... ¿Quién puede asegurar que está libre de ser rozado por las vulgaridades de la vida!

Pero él no reflexionó un instante acerca de lo que yo procuraba fuera algo profundo para desviarlo al tema que me preocupaba. Ahora estaba dedicado a Sociales, saltando toda otra noticia, como lo hacía siempre. Ricardo solo leía eso en los diarios. No encontró nada de interés para anunciarme y se obligó a decirme:

—¿Cuál es la certificación, entonces?

Yo había estado buscando el libro en la estantería y ya lo tenía entre las manos. Viniendo a él le dije:

—Aquí está toda la sabiduría, la profundidad del alma y su cercanía con lo inmenso, aunque las vulgaridades de la vida nutran también sus actos.

Me miró azorado interrogándome con expresión sorprendida por la magnitud de mis palabras, pero no abrió la boca, al instante parecía estar divertido ya por una conversación que, muy a su pesar se iba poniendo seria.

—Certifiquemos lo que haya que certificar —concluí mostrándole la tapa del libro.

Se rió: —Ahí no hay nada, pedante, o hay demasiado —me replicó dejando Sociales a un lado—, lo más importante de todo el libro son los tres grabados de la edición xilográfica del Apocalipsis de San Juan.

Me lo quitó. Se trataba de un facsímil de la primera edición de El grabado en madera de Paul Westhein. Lo abrió con seguridad en las páginas 32 y 33. Era capaz de actos espectaculares como ese, mínimos, tal vez, pero siempre de alguna manera ampulosos y teatrales. Del grabado de la primera me mostró el caballero alado que marcha al frente de una legión de centauros-pegasos y

puso mucho ahínco en hacerme notar cómo Ruggoni ya había plagiado la mayor parte de las formas de ese grupo para armar sus enormes afiches un tanto art nouveau. En el de la página 33 me indicó el monstruo manchado, de siete cabezas, que todavía no había copiado nadie pero en el cual, tenía la sospecha, Ramón Portani había encontrado alguna fuente de inspiración para un incierto tapiz que pensaba presentar en los salones de primavera.

Apenas hube rescatado el libro y pude hacer callar a Ricardo, lo abrí en la página 50 y le mostré el *Ars Moriendi*.

—¿Qué ves? —le pregunté maliciosamente.

—Nada —me dijo al principio con desdén, pero se rectificó enseguida; se le pusieron rígidas las manos, luego prosiguió—: está todo lo de esta noche, aquí, o una aproximación, pero la aproximación importa más y, en definitiva, existen el hombre que guarda el caballo, la estación, y la mujer... la mujer es lo más importante; solo que acá es un hombre, ¡no me explico cómo puede ser tan parecido a ella y ser un hombre y ella una mujer!

Tenía el dedo puesto en el rostro moribundo del grabado. Seguía con la uña su contorno. Los monstruos de alrededor, los de la agonía, por el momento no nos importaron, pero sí la construcción, los toneles de uno de los depósitos, los techos, las cornisas, los arcos de las puertas y el joven que estaba entrando el caballo.

Ricardo quedó mirando el dibujo en tanto depositaba su dedo índice en el ángulo superior derecho del grabado. Sin levantar la mirada me preguntó:

—¿Cómo no me acordé antes?

No es que hubiéramos tomado la costumbre de ir a la Estación Oeste porque supimos que allí nos encontraríamos con frecuencia a la mujer debajo del reloj con la que luego tendríamos nuestra primera conversación, después comeríamos juntos y, por último, íbamos a terminar charlando casi noche tras noche con ella. Nuestra costumbre de ir a la Estación venía de un tiempo antes. Una tarde de domingo, por el mes de abril, tal vez, en que había hecho repentinamente mucho frío pero con un sol agradable, y que Ricardo había destinado para hacer un corto viaje al campo con sus hermanos, yo me fui caminando por la larga avenida y me encontré con la vieja estación a medio refaccionar. La parte exterior y el frente habían sido pintados de un suave gris perla que acentuaba todos los detalles y dejaba en evidencia la armonía y precisión de los módulos utilizados para levantar la construcción tantos años atrás. La puerta, por esos días, recibió un azul intenso y el techo un rojo casi tierra que contrastaba con los demás planos del edificio y con el mundo de una manera sustancial y vibrante. Se podía verla de lejos y asimilar como sucesos pretéritos desde los muros cuando se comenzaba a percibir el gris nuevo que le habían dado, pero, únicamente frente a ella, abarcándola de golpe y de una sola mirada, uno se daba cuenta de que podía penetrar en sus andenes y esperar que ocurriera cualquier

cosa antigua y ferviente. Cuando avancé dentro de la construcción y caminé por uno de sus andenes, los obreros de la cuadrilla estaban arreglando rieles, levantando columnas y martillando hierros. Algunos pintaban las dependencias interiores, Otros lavaban los vidrios. Era domingo, sin embargo, y pronto se pondría el sol. A pesar del día santo, ellos trabajaban. Fui al extremo este del andén y caminé hacia el cielo en sentido contrario y, en ese momento, el domo de la tarde intentaba progresar hacia un crepúsculo con aniquilados amarillos de muerte. Poco a poco, muy lentamente, las figuras adquirirían fuerza de contraluz y esperaban su transformación en un repliegue expectante. Yo, en un momento así, lamentaba las ausencias. No tenía nadie a mi lado para mostrarles en dónde estaba De Chirico allí. Una locomotora vieja, imprevistamente armónica en algo que parecía venir desencajándose, hacía maniobras al final. El humo salía muy denso, claro, recto hacia arriba. En esta época de diesel y de poderosas máquinas generadoras de electricidad, la locomotora era desusada y hasta onírica en una idea que parecía venir más de los recuerdos que de la precisa realidad de la jornada. Todo era metafísico, como ven.

El jefe de la estación (tal vez) me miró. Era una mirada sin asombro, lavada, libre de connotaciones. Sobre la toma de agua las palomas encontraban un hueco para pasar la noche; los obreros se secaban la frente, se volvían a colocar sus blusas y pulóveres y guardaban las herramientas. Ahora sí era el ocaso. Me volví al extremo este del andén. Desde allí lo contemplé todo en una prolongada perspectiva seca, austera, tal vez descompaginada por algún punto de fuga que se hacía demasiado importante y maravilloso en contraposición con los otros que iban siendo tragados por las sombras. Como por ejemplo el reloj. Fue entonces cuando lo descubrí y al muchacho con el caballo que atravesaba las vías. Me volví a casa con un estremecimiento. Todo eso junto ya era demasiado para mí porque no estaba preparado ese día para abarcar tanto misterio y tanta belleza de golpe, la imposibilidad de hacerlo me hacía mal, tal vez no: mejor me entristecía. No podía tampoco dejar de contarle y Ricardo no estaba. Pero cuando nos encontramos fue lo primero que le dije y empecé a hablarle de los puntos de fuga dispares, antes que nada; de la máquina de tren antigua, del muchacho con el caballo y del reloj para que él mismo sacara conclusiones. No me equivoqué, lo dijo enseguida y, para nuestras habituales marchas nocturnas, ya sabíamos que también íbamos a tener incorporada la Estación Oeste. Esa noche, al desembocar en la avenida, por la zona en que comenzaban los terrenos del ferrocarril, vimos cómo, contra el cielo oscuro, la luz que le habían puesto al edificio, le daba algo de transparencia; las paredes parecían de alabastro, los arcos se definían en tres dimensiones netas, el azul de las puertas y ventanas se degradaba hasta una densidad de sombras a medida que se alejaban de las orlas luminosas, y el techo del andén sumándose al cielo de la noche, tenía algo de fosforescencia. Ricardo se pasó los dedos por la cara y dijo: —El escenógrafo del mundo es metafísico.

Quisimos ver el reloj, entonces. Tenía dos caras: una miraba hacia el este y otra al oeste; las caras se unían en ángulo que perfilaba hacia el norte.

—Es Jano —le dije—, una esfera apunta al pasado, otra al futuro.

—O al nacimiento del sol una, y la otra a su muerte. Nacimiento y muerte —dijo Ricardo—, es un poco extraño; decirlo en este punto te hace ver las cosas detrás de tus propios ojos; mirarse adentro uno, como quien dice...

Hay momentos en los que, sin motivo preciso, nos sentimos tentados a la risa; tal vez porque uno no entiende bien al otro, o porque no se sabe qué contestar, y un poco de risa breve, liviana, nos da justo la dosis de descarga que sobreviene cuando se acaba de decir, o presentir, algo importante. Por eso, naturalmente, justo ahí nos reímos, y la risa no duró nada. Estábamos solos; había llegado y partido el tren, el andén quedó vacío, largo, como de kilómetros. Únicamente una mujer se iba al extremo oeste, hacia las sombras en donde los locos terminaban como al borde de un abismo y, de allí, al mismo tiempo, surgió un muchacho con bluyíns que avanzaba en sentido contrario. En un punto determinado se cruzaría con la mujer, pasarían uno al lado del otro y, esa circunstancia, nos tenía electrizados. Todo se hacía poco creíble; las figuras humanas bajo los arcos del andén tenían una proporción sin medida: o gigante o enana. De pronto, la mujer era enorme, pero en un instante fue sólo un átomo metiéndose en las sombras, y el muchacho que venía hacia nosotros creció desde el punto que fue en un principio hasta ser grande como la mujer que había pasado a nuestro lado, qué no nos miró, que no miró al muchacho de bluyíns y que se perdió detrás de los focos. Otra vez quedamos estremecidos y comenzamos a volver a la estación casi todas las noches.

Un tiempo después —no habían pasado muchos días— nos dimos cuenta de que estaba la anciana debajo del reloj. Fue porque la vimos una noche, antes de que llegara el tren y fue porque a la noche siguiente la volvimos a encontrar inconfundible con su pelo blanco, corto, ajada, muy vieja tal vez, aunque disimulaba sus años con una especie de brillo sereno y esperanzoso en los ojos. Solo abandonaba su lugar debajo del reloj —invariablemente— siempre que el último pasajero descendido del tren dejaba la estación.

Después, en mi casa, fue cuando la asociamos con el grabado del Ars Moriendi y quisimos hablar con ella. Nos acercábamos, mirábamos la hora, ajustábamos nuestros relojes, decíamos alguna incoherencia como para darle pie para que participara de nuestra charla. Nunca lo hizo, se mantenía tiesa, reservada, trasmitiéndonos una especie de sabiduría que nos hacía sentir muy torpes, llenos de inseguridad y ella, en cambio, parecía tan firme, tan superiormente educada y comprensiva. Hasta que una noche —eso fue a principios de junio—, en cierto momento en que empezaba a lloviznar, Ricardo ofreció llevarla en su auto.

—Solo al final de la avenida—, aceptó con voz pausada en tanto se arreglaba

como una muchacha, un mechón de pelo húmedo de su cabellera a lo varón.

Esa noche yo hablé de la llovizna, de cómo se ponen tristes y hermosas las estaciones vacías, de que mucha gente va allí únicamente para ver bajar a los viajeros y que otros, en cambio, esperan a alguien que no viene. Se hizo silencio y nosotros quedamos tensos calculando si obtendríamos respuesta y pensando también si no habíamos sido demasiado torpes al echarle un anzuelo tan evidente. Pero ella respondió con toda sencillez, sin malicia alguna:

—Mi esposo va a venir, se fue al oeste, desde esta estación; pero ya hace un tiempo que en sus cartas me pone lo de su regreso. Va a llegar en cualquier momento. Está preparando nuestra casa y nos radicaremos allá cuando esté lista. Lo tenemos todo planeado desde hace mucho tiempo. Como estoy sola vengo a esperarlo, estoy segura de que querría darme una sorpresa, pero sé también que va a ser más feliz todavía si me encuentra en la estación.

Llegamos al final de la avenida. Ricardo le dijo que si debía ir más lejos la acercaría. Agradeció, pero estimaba que la molestia había sido ya más que suficiente. Nos dio una sonrisa especial al decirnos que tal vez nos encontraríamos cualquier día —mañana o pasado— y seguiríamos conversando. A ella —nos contó en la vereda—, le agradaba, hablar con la gente joven:

—Siempre están por descubrir algo —dijo—, y me gusta contagiarme de esa emoción.

Había noches en que no la encontrábamos, pero tampoco nosotros íbamos siempre. Así que nunca supimos con qué frecuencia se instalaba debajo del reloj —el Gran Jano— y realmente por qué lo hacía. De lo que estamos seguros era de que nos sobrevenía una especie de indefinible desazón cuando la veíamos, como si el broche final del paseo hubiera sido exclusivamente su presencia. Nosotros dos no nos comunicábamos esta emoción porque nos la adivinábamos mutuamente, y nos volvíamos con la esperanza de que la próxima sería una ocasión mejor para la reservada ansiedad que manteníamos. A mediados de junio, por fin, aceptó comer algo con nosotros en la fonda de enfrente. La mujer pringosa que nos trajo pastas calientes y aromadas nos preguntó si éramos turistas: no nos había visto nunca por allí.

—No —le dijo la anciana—, yo soy de aquí. Parte de mi familia tuvo que ver con la construcción de esta estación, ¡oh, viejos franceses, naturalmente! Mi esposo, en cambio, llegó a la ciudad para otra cosa, pero nunca pudo ser un triunfador como los de mi sangre, aunque ya no quede ninguno. Él tiene esas cosas que los demás consideran defectos, por ejemplo, amar tanto su caballo como a mí.

Elaboró una risa menuda y cristalina como la de una niña. El defecto de su marido parecía una gloria totalmente más jocunda y celebrable que las virtudes de sus ascendientes franceses. Eso fue, al menos, lo que nos hizo sentir.

Por dejar satisfecha a la fondera, le dimos a su vez nuestras filiaciones pero

ella, obviamente, empezaba a sentir la sugestión que irradiaba la mujercita e insistió en detalles. Enseguida le preguntó el apellido porque sus abuelos se habían instalado con ese negocio en el mismo momento de la estación. Tal vez se conocieron.

—Yo soy Santina Dumier, mi esposo es italiano meridional: Cagna, se pronuncia Caña ¿eh? —le recomendó con dulcísima picardía levantando un dedo que de tan grácil que era se borraba en la atmósfera cargada de desorden de la fonda.

La dueña no hizo memoria. No reconocía ninguno de los apellidos. Después aparecieron otros clientes y tuvo que dedicarse también a ellos en tanto nosotros tres, más íntimamente ligados por la tibieza de la comida y la amabilidad del vino, hablamos de las épocas y de los destinos progresando, además, en nuestro conocimiento de Santina Dumier y, al mismo tiempo, medrando en nuestro regosto de encontrar en la fonda un sitio íntimo y placentero. Cuando pagamos y nos levantamos, la fondera parecía estar dispuesta a seguir indagando a nuestra invitada, como si tuviera mucho más todavía que averiguar, pero ella no dio posibilidad alguna de alentar el avance. En esto de mostrarse escueta y reticente para desalentar la indiscreción de un curioso, parecía de repente largamente acostumbrada y experta. Nos fuimos.

Pero a nosotros nos contó, en algún momento, que vivieron mucho tiempo en las quintas de las afueras; que hicieron huertas, plantaron manzanos y criaron caballos. La enfermedad de su esposo se hizo muy difícil cuando murió San Mateo.

—No se trata del Apóstol —nos dijo—, San Mateo era su mejor caballo; ¡realmente un gran caballo! Solo mejoró cuando fue a Tórbila, allí hace calor, es como si hubiera resucitado porque únicamente el calor podía devolverle las ganas de hacer siempre algo como estaba acostumbrado.

Quedó un momento callada para prenderse a alguna evocación o a un detalle que precisaba hacernos conocer. Su mirada había dejado de ser chispeante, era serena; después nos dijo que en Tórbila su esposo había comenzado a levantar una casa y esperaba tenerla lista para venir a buscarla.

Ricardo fue quien recordó más adelante, cuando quedamos solos, el nombre del pueblo a donde se había ido el marido de la anciana. Me preguntó si sabía en qué lugar quedaba. Le dije que tenía muy vaga idea, creía habérselo oído nombrar a mi abuelo. O tenía la sensación de que alguien me había hablado de él como de un pueblo en donde el progreso se ha detenido en una época remota, medieval tal vez. Espero no equivocarme —le dije—, pero es de esos lugares en que se sigue arando con manceras, se recogen manzanas armando una fiesta, se tallan santos para las iglesias. Existen también azafatas que atienden a las señoras, gremios de artesanos o alguna organización parecida. Un tipo de sociedad bien equilibrada, sin estrecheces para nadie.

—Todo eso me parece un sueño, quizás lo es en esta época —dijo Ricardo—, puede ser también que estés delirando.

No hablamos más de Tórbila hasta que una tarde pasamos por el Automóvil Club y, frente a un gran mapa, nos acordamos. Recorrimos con el dedo toda la región que queda al oeste, pero el nombre de Tórbila no figuraba. Para cerciorarnos buscamos más arriba, más abajo, hasta casi en sentido opuesto. No, no aparecía y esto volvía a dejarnos confusos e intranquilos. Le dijimos a Santina Dumier en un siguiente encuentro que no podíamos precisar en dónde quedaba Tórbila.

—Al oeste, hijos, al oeste —nos dijo—, a no muchas horas de viaje; si encuentro un mapa, mañana les voy a mostrar. Y nos dijo también que en Tórbila se vivía como en la Edad Media, que hasta la ropa de moda antiquísima era común que fuese usada allí sin que nadie se asombrara. Ah, y las señoras hacían por la mañana la manteca y la envolvían en hojas frescas y rizadas de repollo que depositaban cuidadosamente en la umbra de los sótanos. Esa era justo su forma de guardar la manteca cuando mantenían aquella huerta con su esposo... y hacían tortas de limón, guardaban albahaca entre las sábanas y abrillantaban los gajos de naranja que aparecían con el tiempo deliciosamente escarchados como si el azúcar naciera del corazón mismo de la fruta.

Cuando Ricardo le habló de algunas piedras medievales talladas que había visto en Huelva, Santina Dumier nos contó que su esposo en Tórbila, después del trabajo, tallaba madera de manzano con figuras inspiradas en una antañosa Biblia Pauperum que ella misma le había puesto entre las manos el día en que partió. Pero no había hecho demasiadas cosas; le costaba un poco, con su vista ya gastada, trabajar a la luz de las lámparas de aceite cuando venía la noche.

—Primero debió hacer algunos esfuerzos para montar su taller, tuvo que trabajar antes, de sol a sol, para preparar nuestra casa; ahora que está por terminarla se ha puesto a embellecerla con tallas aunque tenga que exigirle un poco a sus ojos. Un día va a bajar del tren —cuando tenga todo listo— y me va a decir: ¡Santina Dumier, vengo a buscarte; Tórbila está lista para que la adoptemos para siempre!

Cuando decía algunas frases como esas parecía una novia, la más nueva de todas, y nosotros nos olvidábamos de que existía la noche tan incierta siempre; de que existía la estación de tren oeste con su libertad de perspectivas inalienables, el reloj y un muchacho con bluyíns que a veces salía de las sombras y se perdía fantasmagóricamente por uno de los arcos del andén.

Nos prometió mostrarnos un mapa en donde figuraba Tórbila, es cierto, pero, como en dos encuentros más ella no hizo mención alguna a la aldea detenida en el tiempo, se nos ocurrió pensar que Santina Dumier nos iba prolongando en una mentira. Nosotros no habíamos podido conseguir noticias de Tórbila por ninguna otra parte, salvo esa idea infusa que yo ya había expresado. Ella

nos agradecía el licor de menta o un chartreuse familiar y amable que siempre aceptaba con distinguida neutralidad; nos daba una mano invariablemente fría como las de todos los ancianos, y se separaba de nosotros al final de la avenida las veces que consentía en que la lleváramos en auto. Pero una noche trajo el mapa, lo desplegó sobre la mesa gastada de la fonda y comenzó a buscar con sus ojos miopes sobre el papel que nos mostraba. Hasta la dueña obesa se entrometió a limpiar con un trapo para mirar qué novedad podía estar ofreciéndonos Santina Dumier.

—Este es el camino a Tórbila, hijos, en donde mi esposo y yo volveremos a los manzanos, a las aves de corral y a lustrar las tallas de madera con aceite de nuez...

Recorría entonces con la uña un camino que salía hacia el oeste de la ciudad y se prolongaba casi sin sinuosidades hasta un punto en donde detuvo su dedo. Eso, ahí en el mapa parecía bastante lejos, es cierto, pero existía y, con letra muy pequeña que apenas podía leerse, estaba escrito Tórbila. Ricardo y yo, sin comunicarnos nada, hicimos la misma comprobación. Queríamos saber qué trampa nos estaba haciendo; sin embargo la letra estaba impresa como los otros datos: no se notaba engaño alguno.

Eso fue la noche del 20 de junio. El 21, el 22, el 23 y el 24 no fuimos a la estación Oeste. El 25 la vimos por última vez debajo del Gran Jano; no nos miró a la cara, no reparó en nosotros, no se acordó tal vez de que nos conocía. Parecía enferma, mucho más ajada, llena de ansiedad, pero al mismo tiempo esa mujer no era desdichada, por el contrario, la sentíamos feliz.

Cuando abandonamos el andén vacío, otra vez el muchacho cruzó las vías con su caballo y lo guardó en el galpón más cercano al depósito de agua. Alguien susurró un nombre en las sombras, ¿era el amor?, pero no supimos de dónde venía, ni nos interesó.

El viernes 29 de junio Ricardo vino a casa con la hoja de la sección Sociales del diario de la tarde. Me la mostró; había varias noticias, como es obvio, pero nos ocupó sólo esta:

Cambio de domicilio: Santina Dumier de Cagna notifica a sus amistades que ha radicado su domicilio definitivo en Tórbila. Agradece por este medio las atenciones de que fue objeto en esta ciudad mientras estuvo ausente su esposo con quien se ha reunido ahora.

Como me di cuenta de lo que Ricardo pretendía que yo leyera, no seguí más y le devolví la hoja. Por otro lado, ni un solo renglón más de la mezquina crónica periodística podía agregar algún detalle al verdadero final de esta historia. Más tarde, a la hora habitual regresamos a la estación Oeste. Debajo del gran reloj había una mujer anciana que esperaba. Pero no era Santina Dumier.

MARGARITA, ARMANDO Y SU GALLO

Margarita Azcona: Nacida en Corda, el 27 de enero de 1920. Su padre fue José María Azcona (inmigrante español) y su madre Enerina Costello, hija de inmigrantes italianos. Hizo hasta tercer grado, pero aprendió a leer muy bien en El arca de Noé y le dedicó muchas horas a los cuentos de la pampa argentina que compraba su papá para leer El fogón de las tradiciones, pero ella prefería sobre todo el Para Ti que le prestaba la empleada de la estafeta. Sus primeros años fueron simples y sin altibajos, de un nivel elemental si se descuenta que alrededor de los catorce, o quizá algo antes, empezó a apasionarse por la cría de la Plymouht Rock, con la que quería alcanzar un promedio de 290 posturas por año. Todo terminó con la epidemia de diarrea y con una gran desilusión. Fue feliz en los momentos felices y lloró en los momentos tristes. Tuvo cuatro hermanos, todos varones y nunca los entendió: olían como animales, comían como cerdos y decían cosas que solamente hacían reír a ellos. A los ocho años la llevaron de urgencia a Santa Fe para operarla de apendicitis y, desde entonces, se sintió como si hubiera perdido algo secreto y bastante íntimo. Fue a muchos bailes de su pueblo y de pueblos vecinos. De vez en cuando ayudó en las tareas del tambo, pero José Azcona y Enerina Costello no le exigían mucho porque tenían la ayuda de los cuatro varones de la casa. Aprendió con su madre a hacer carpetitas de punto cruz y masitas de amoníaco. Una vecina de apellido Kreller le enseñó a hacer tortas alemanas y un vecino —a los dieciséis años— le enseñó a desdeñar a ciertos hombres. Le costó demasiado desprenderse de la impresión desagradable que le causó un rudo chacarero que trató de seducirla cierto atardecer cuando regresaba, cruzando las vías, de pedir prestado un pan a sus vecinos los Polletti. Le quedó por mucho tiempo la idea de que los hombres, en general, son como los toros: su función, arremeter, y decidió que no se casaría como las otras. No sentía la menor intención de ser sojuzgada cuando a ellos se les antojara, ni le caían simpáticos los chicos: llorones, hambrientos y sucios de mocos. Pero a los veintidós años, fiesta del pueblo, San Esteban Rey, volvió el hijo de la Vica Strada que había estudiado comercio en Santa Fe y estaba trabajando allá. No le pareció brutal como los otros, tenía ropa buena y un bigote

muy suave, delineado apenas en el lugar justo. Le gustó porque lo asociaba con los tranvías y algunas películas que había visto en el salón Mercurio (ella nunca supo que el de las cintas era John Gilbert). Lo de los tranvías le había quedado como un ensueño de ciudad inmensa desde que estuvo en Santa Fe por el apendicitis. La sacó a bailar y él le dijo que la reconocía (claro, se habían conocido de chicos en la escuela que dirigía doña Eliodet Longo), le dijo que también estaba muy linda, no parecía criada en Corda. Ningún hombre le había dicho antes que estaba muy linda. El se quedó durante toda su licencia —cerca de dos semanas— y la fue a visitar. Algunas tardes se sentaron frente a la plaza en el despacho de bebida de los Bonzi y él tomó cerveza y ella cerveza con granadina. El hijo de la Vica la iba a buscar en el Ford A color lacre, de los abuelos. Cuando se fue, empezaron las cartas. Él pensó que Margarita tenía bastantes cosas que le gustaban como para pedirle que fuera su mujer y se casaron dos años después pasando por un noviazgo lindo y que solamente le pareció a Margarita un poco largo. Ella tenía veinticuatro años y él veinticinco. Se fueron a vivir a Santa Fe, pero algún tiempo después al hijo de la Vica Strada se le presentó una oportunidad de progreso. Le ofrecieron otro puesto mejor pagado como subcontador en el frigorífico y se fueron a Rafaela nomás. Vivieron bastante felices.

Armando Strada: Nació en Nelson, el 15 de diciembre de 1919; su padre fue don Juan Luis Strada, aquel caudillo rural que consiguió colocar en la Casa de Gobierno al maestro del pueblo que tenía la suerte de estar casado con una linda mujer tremante de aspiraciones. Fue por el año 1920, ustedes deben recordarlo a causa de cierto aire de escándalo que envolvió el asunto, y por la huida de la esposa de don Juan Luis a Corda llevándose a Armandito. El chico pasó unos cuantos años en la casa de los abuelos y se hizo de esa tierra como si en realidad hubiera nacido allí. Después, del cuarto grado en adelante, él fue mandado a Santa Fe, a la casa de un tío. Armandito terminó la escuela primaria, el comercial, se hizo hombre y se empleó en negocios diferentes. Fue un excelente empleado porque era hábil para la administración de los bienes ajenos sin quedarse con un solo centavo que no le perteneciera. A los veintitrés años conoció a Margarita, es decir —como contamos— la reconoció y la sintió hecha para él. En el fondo decidió que estaba amasada con la misma pasta seca, desconfiada y celosa de sí misma con que lo habían hecho a él. En pocos años Margarita colmó las esperanzas del muchacho y llegó a ser lo que deseaba de ella para completarle la vida. Le enseñó a no circunscribirse únicamente a las novelas del Para Ti y, en su lugar, interesarse por las noticias económicas que traían los diarios. Le enseñó a decir siempre sí para cuando sus requerimientos, a cocinar las palomas que a él le gustaban tanto y a limpiar los trajes con jabón de palo y bencina como lo hacía la madre.

—Nos vamos a vivir a un barrio de la costanera —le dijo, y ella afirmó.

—Me voy a comprar un traje a rayas de color verde; las rayas dan calidad a la ropa y uno parece más elegante.

—Sí, sí, uno parece —dijo ella.

—Me propusieron un empleo en Rafaela, creo que nos conviene.

—Sí, sí, —volvía a decir Margarita—, nos conviene.

A los cuatro años de casados se fueron a Rafaela y se instalaron en una casa baja y neutra, pero bastante risueña. Ellos, lo primero que hicieron fue plantarle un par de cipreses en el frente. No la concebían sin unos cipreses bien disciplinados. Los vecinos trataban de calcularles la edad. Opinaban que ya estaban superando largamente los treinta años, pero se equivocaban, lo parecían, solamente. Margarita vestía siempre de oscuro y Armando su traje de rayas y su sombrero gris que le tapaba la ya notable calvicie. A los diez años de matrimonio no habían podido tener un chico y sin embargo Armando lo había deseado muchas veces. En su lugar se resignó a prodigarle amor paternal a un auto que compró de segunda mano e hizo pintar de color lacre. A él le gustaba su empleo porque las cosas le salían bien; compraba una rifa de vez en cuando y tenían suerte pues solían ganar tostadoras eléctricas, jarras para preparar copetines, poncheras, centros de mesa en forma de canasto, carpetas para tapar la radio, cigüeñas de yeso y hasta tijeras de trinchar. Margarita guardaba esas cosas para usarlas en días de visita y las tenía pulcramente luminosas de limpieza en la vitrina del juego de comedor, esa con cristales corredizos y una linda carpeta de macramé color ocre en la parte de arriba.

Algunos decían que Margarita y Armando parecían hermanos. Tanto se comprendían que hasta se habían absorbido e intercambiado los rasgos. Para ellos, todo el presente era real; el futuro les llegaba en cualquier momento y el pasado no conservaba ningún interés digno de ser rememorado. A veces —por decir algo— se referían a la época del noviazgo, o al viaje de bodas si por casualidad caían de algún cajón fotos que se sacaron en Río Ceballos para la luna de miel y en las que Margarita lucía pantalones anchos de gabardina, un pañuelo a modo de turbante y aros grandes de paisana. ¡Estaba radiante con Armando sosteniéndola de la cintura, con la dulce quietud de las montañas detrás! Todo lo demás, y que pertenecía al pasado, era siempre fragmentario, por eso vivieron bastante felices.

Margarita abrió la puerta. Armando la miraba. Debajo del brazo él tenía un gallo. Lo primero que vio Margarita fueron las largas plumas del cuello, color de ladrillo bayo, perdiéndose en un campo azul verdoso, brillante, con iridiscencias que cubrían la otra parte del cuerpo. La cresta roja, saludable, se curvaba un poco hacia el costado derecho y el gallo miraba inclinando la cabeza con una determinada dosis de inteligencia maléfica como si estuviera burlándose del momento.

—¡Oh, no! —dijo ella llena de gozosa sorpresa. Quizá era la primera vez ante Armando que emitía un no de manera rotunda.

—¡Sí, sí —decía Armando—, tócalo, es mansito!

Ella lo tocó. Le gustó el calor palpitante del ave en contra de su brazo y se lo llevó adentro. El gallo estaba quieto, doméstico, calculador. Lo miraron un momento y después Margarita dijo:

—¿Con qué número? ¿Fue con el 666?

—Fue con el 666.

La rifa se la habían vendido en el frigorífico, tal vez Anguilesi, como la mayoría de las veces.

—Está flaco para matarlo —dijo Margarita.

—Que engorde, ponelo en el galponcito del auto.

Margarita lo acariciaba y el gallo bajaba los párpados dejándose hacer.

—¡Parece un chico! —dijo después llena de reminiscencias.

—No tanto, es un gallo —opinó Armando con la voz engolada para evitar toda proximidad a la emoción—, Anguilesi dijo que es carnudo, pero es tuyo, hacé lo que quieras.

Margarita lo miró como aquella vez había mirado a su padre cuando le regaló una muñeca de virutas y yeso después de la operación de apendicitis. Pero Armando, que no había visto a Margarita en aquel trance, interpretó otra cosa y se dijo: necesita compañía.

Ella lo puso en el galponcito. Durante unos días no hizo más que hablarle del gallo, de lo que comía, de que iba a estar muy gordo, de que en la casa había otro ruido, más alegría, tal vez, desde que él entró.

—Armando, por las mañanas el gallo canta a las cinco, o cinco y media, a lo sumo. Tenés que oírlo, es como si me saludara. Yo creo que dice ¡Marga-rIII-taaaAAA!

—Sí, mi amor —le dijo él, y se obligó a estar despierto a esa hora de la mañana siguiente para escucharlo.

Armando, que cuando se lo proponía se despertaba sin reloj, se desveló como una hora antes y esperó el canto del gallo. En realidad la espera se le hizo bastante larga porque, por un lado, se había sacudido el sueño demasiado pronto y, por el otro, esa mañana amaneció más tarde debido a la neblina. En efecto, el gallo decía ¡Marga-rIII-tAAA!

Margarita le retribuía. Siempre guardaba algo del almuerzo para dárselo con sus propias manos. Una vez volvió del galponcito y le dijo a su marido:

—¡Armando, ese chico... ese gallo necesita nombre! Me di cuenta de lo tontos que fuimos, solo ahora pienso en que no sé cómo llamarlo.

—Armando sería el nombre preciso —dijo él y se rió.

—Si vos querés, pero el problema será con los otros, cuando vaya a llevarle de comer, las vecinas van a pensar que te tengo encerrado afuera, ¿eh, amor?

—No, lo de Armando fue una broma, el nombre corre por tu cuenta.

Él estaba proponiéndole bromas a Margarita y se mostraba cariñoso porque esa noche era noche de acostarse temprano y ponerse cariñoso. ¿Cómo no se daba cuenta Margarita de que era viernes? Todos los viernes leían un poco a la ligera —él La Opinión y La Prensa y ella el Para Ti— para irse mucho antes a la cama.

—¿Cuál va a ser el nombre? —le preguntó un poco impaciente.

—¡Ay no sé amor, no sé; es tan difícil! Benito parece un nombre soberbio, pero el padre Lozano se llama Benito y como tengo que decirle que venga a bendecir el nuevo Corazón de Jesús de la sala, en una de esas se me escapa y el padre se ofende.

—Yo que vos no lo pienso más; que se llame Benito y basta. ¿Nos iríamos ahora?

—¿Adónde? —preguntó algo atontada—, ah, perdoname, estaba distraída. Es que Benito me tiene absorbida.

Pero Armando, que ya empezaba a sentir a Benito como Benito, íntegro y parte del todo familiar, le tuvo un poco de rabia porque entonces, cuando gozaban abrazados, ella pretendía que Benito estaba con mucho frío en el galponcito de zinc y que quizá había que ir a taparlo o hacerle un nido con trapos de lana.

Ese invierno fue muy riguroso. En las tardes, cuando Margarita quedaba sola frente a la radio escuchando la novela de las tres, siempre encontraba un pretexto para levantarse un momento e ir a ver al Benito por si necesitaba algo. Un día, que había puesto en remojo pasas de uva para hacer un budín de pan y se llevó el tazón, descubrió que el gallo era loco por las uvas. Esto la alegró porque lo había notado demasiado independiente en la última semana, como si él adquiriera de pronto una mayoría de edad que lo hacía indiferente a los cuidados. Al descubrir este gusto, Margarita se decía que Benito estaba obligado, de alguna manera, a depender de ella, como al principio. En adelante, al ver las uvas, se abalanzaba altazón y se hartaba con ellas, desdeñando el maíz o el pan remojado en leche que antes le habían gustado tanto. Ahora Margarita le preparaba por las noches una dosis de pasas remojadas y, al día siguiente, ambos se unían en un solo placer: ella en, el de dar, él en el de recibir. Cuando empezaron los días más crudos, se lo trajo a la sala y le permitía estar quieto junto a la estufa hasta la llegada de Armando. Le decía a Benito:

—Hoy preparamos albondiguitas para papá, ¿eh Benito? —y Benito decía que sí cerrando los ojos.

—Hoy hacemos para la cena una mayonesita con papas y perejil picadito, picadito... ¿eh?

Por agosto se intensificaron las heladas y entonces, Margarita, se compadeció de Benito y le hizo una capa de viyela para cubrirlo por las noches. Demás está decir que la capa era escocesa, elegida cuidadosamente por la rústica dig-

nidad del diseño. Antes de acostarse iba al galpón, encendía la luz de la única lamparita sucia de moscas y, con amorosa solicitud, cubría a su gallo atándole la capa mediante un lindo moño brillante debajo del pescuezo. Armando la estaba esperando leyendo el diario y le sonreía satisfecho, pero si era viernes, le sonreía satisfecho y con expectación. Ella se sentía contenta y en armonía consigo misma, como si cada vez acabara de inventar la caridad.

Pero Benito no aprendía los buenos modales, y por las mañanas, aparecía siempre arrastrando la capa o sin ella. A Margarita le apenaba mucho, no podía soportar que él sufriera frío mientras los dos se recogían temprano y por la mañana dejaban pasar un buen rato de tibieza y bienestar antes de pisar el suelo del nuevo día. Le propuso a Armando en uno de esos momentos:

—¿Por qué no lo vas a buscar?, se despierta tan temprano y debe estar tirando.

Armando fue y lo trajo. Colocaron un papel de envolver sobre la colcha —ustedes se dan cuenta para qué— y allí lo instalaron a Benito quien, desvelado ya como ellos, los miraba fijamente y con sus ojos seguía el menor movimiento que ambos hacían. El acto se repitió a partir de ese día y entonces, Armando, al momento de despertarse iba a buscar el gallo, colocaba cuidadosamente el papel (ya preparado en la mesita de noche) sobre la colcha y encima instalaba a Bonito que quedaba como en hipnosis inexpugnable y con cierto aire de infranqueabilidad que hacía sentir muy dolorida a Margarita. Ella hubiera querido que Benito le retribuyera su cariño de alguna forma más evidente.

—Los gallos son así, amor —la consolaba el marido—, además debés tener en cuenta que por sexo es macho y, en cierto modo, todos los hombres se guardan mejor las cosas.

Margarita se alegraba de las palabras de Armando, pero un fondo de dolor no se le iba del todo.

Al comenzar la primavera, ella que ya conocía del despertar del amor, de los pájaros que hacen nido y de las parejas que se aman en una imagen universal de ternura a fuerza de leer Vosotras y Para Ti de setiembre, pensó que Benito tenía todo el derecho de gozar también su dosis de primavera. Sin consultarlo con Armando (estas son cosas que las mujeres intuyen y que los hombres piensan sólo para sí mismos, se dijo), habló con la señora Lírica de Agnelo, su vecina del fondo, para que le permitiera llevar al Benito un día o dos a la semana, a holgar con sus gallinas. Si bien la señora Lírica se mostró algo reticente al principio porque consideraba que en el gallinero, este año, el gallo bataraz se mostraba más dinámico que nunca, enseguida cedió, puesto que Benito, desde la primera vez, pareció caerles desusadamente simpático a sus gallinas. Naturalmente, a cada entrada de Benito, hubieron de quitar de en medio el gallo titular para evitar toda escaramuza. Y, como las gallinas de la señora Lírica de Agnelo eran muchas y muy fogosas y los gallos pocos, no hubo que lamentar mayores interferencias.

Armando había hablado alguna vez con el médico del frigorífico y pudo explicarle qué le pasaba a su esposa siempre que quisieron tener un bebé. El médico se interesó y los entusiasmó con un tratamiento que podía ser eficaz si se tenía paciencia. Entonces —como a ellos no les costaba ser rigurosos—, Margarita quedó encinta y le faltaba muy poco para convertirse en madre. En los primeros tiempos Benito pareció quedar olvidado, pero Margarita hizo ver en seguida que tenía un buen recuerdo para él. Si Armando y ella salían en auto, lo ponía en la parte de atrás mirando hacia la calle y el gallo se extasiaba como un niño viendo a la gente, las luces, las vidrieras, las señoras con sus hijitos berreadores y los perros que vagabundeaban. Si bajaban a alguna tienda para comprar lana destinada a batitas, mantillas, escarpines y todas esas cosas, lo dejaban dentro y ella le pedía a Armando que trabara las puertas del auto para que no hubiera posibilidades de que Benito fuera sustraído. De regreso, si era temprano, se sentaban los dos en la vereda si el tiempo era bueno, con los sillones de lona y le ponían una trailla y lo dejaban pastar en el pedazo de césped que había frente de la casa. En los ojos de ella había algo especial, no se sabía si por el embarazo que crecía, o porque a esa hora, la ternura se alimentaba de actos y vicisitudes diferentes. Benito picoteaba las hierbas solo y en momentos retozaba como un perro faldero o como un hijo a quien se lo tuvo demasiado tiempo adentro.

Cuando empezaron los soles fuertes a fines de noviembre y ella adquiría en todos sus actos un tono moroso y crepuscular, y el gallo andaba libremente por el jardín, apenas ocupado en alguna pequeñez, solitario a veces, aparentando inteligente reconcentración, otras, Margarita le dijo entonces a Armando:

—Va a necesitar un sombrero. Ahora que estoy tejiendo, aprovecho para hacerle uno de macramé. ¿De qué color te gustaría?

—Pero Margarita... el color es lo de menos, ¿va a aguantar Benito un sombrero?

Benito lo aguantó más que su capa de invierno. Ella le hizo una especie de cucurucho de color de maíz y se lo colocaba cubriéndole toda la cresta y sujetándolo con una cinta más clara que le pasaba debajo de la cabeza. Al principio el gallo retrocedía molesto por la nueva prenda, pero al cabo de una semana caminaba orondo por el patio, como un religioso tibetano, comiéndose las uvas pasas remojadas y tragándose —cuando podía— una abeja laboriosa que frecuentaba las alverjillas del jardín. Y este acto lo practicaba con morbosa delectación, como si estuviera transgrediendo, traviesamente, alguna norma sagrada.

—Pienso —decía Margarita— que entiende lo que decimos, fíjate.

Tomó una pasa de uva, de las más suculentas y lo llamó:

—Nenito venga, mire lo que tiene mamá para usted.

El gallo levantó la cabeza y la inclinó quedando con un oído hacia arriba como hacen los loros para escuchar. Vio la uva y corrió con un ligero abrir de

alas verdinegras hasta el lugar de donde se lo llamaba.

—¿Ves? —decía ella—, este gallo es diferente, reconoce nuestras voces.

A Armando le daba risa el gallo con capuchón, le parecía un unicornio o una bestia de historietas, pero Margarita dulce, tonta, encinta, estaba tan inocentemente alejada de los ridículos habituales...

Cuando nació el niño, Benito quedó postergado y un día Armando lo encontró abatido por la tristeza, pero Margarita, apenas pudo, volvió a dedicarle el tiempo suficiente, pero sin retacearle, no obstante el cambio, ninguno de los tonos de voz que sabía emplearle antes, ni menos las uvas pasas remojadas. Benito se recuperó.

Para la fiesta de Rafaela, aquel 24 de octubre, la madre de Armando vino a visitarlos. Antigua, estruendosa, relamida. Con canastas preñadas de embutidos, frascos de crema, zapallitos del tronco, brevas, huevos, las últimas naranjas y los primeros duraznos, chicharrones y pancetas que desleían aceite y perfumada manteca casera amorosamente envuelta en hojas de col. A la madre de Armando le fascinaban esas fiestas llenas de carrozas, de lindas reinas de la agricultura en cohetes o cabalgando una mariposa gigante, o saliendo del seno de una rosa. Le gustaban esas fiestas con máquinas rurales alrededor de la plaza, concursos fotográficos, exposiciones de manchas para los escolares y el intendente dando premios a todo el mundo. Se instaló como otros años con ellos e hizo todos los proyectos posibles para no perderse ni uno solo de los actos oficiales, ni de los otros.

Estaba estudiando el programa de festejos que había salido en La Opinión, cuando vio el gallo. Les dijo:

—Por qué no lo matan y lo cocinan. No está tan viejo después de todo. Tiene mucha carne.

Y le tocaba los muslos y la pechuga.

—Si ustedes quieren, yo me encargo.

Margarita sintió que se le erizaba la piel; vio en las manos de su suegra una cuchilla que chorreaba sangre caliente de su Benito y tuvo la sensación de que ella manejaba carcajadas tipo demoníacas y miradas de bruja. Le tuvo, a partir de entonces, un sentimiento parecido al miedo y a la repulsión, cada vez que pensaba en que ella podría ser la asesina de Benito. Armando fue quien supo convencer a la madre de que no hacía falta comerse un gallo ya algo viejo por más fiesta patronal que fuese.

El hijo sí fue llamado Armandito y, cuando tuvo el tiempo suficiente, Margarita quiso que Benito lo conociera para que pudieran hacerse amigos. Había terminado de bañar al bebé y lo tenía en la cama matrimonial cerca de una linda muñeca de paño Lenci, cara al techo y pataleando. Le dijo a Armando:

—Traelo ahora para que lo vea que está tan gracioso...

Armando fue a buscarlo. Puso el papel de envolver cerca de las piernas de Ar-

mandito y dejaron al gallo en su posición de siempre para que se acostumbrara al nuevo personaje de la casa.

Benito lo miró inclinando la cabeza; primero a un lado, después al otro. Margarita salió para preparar el biberón y poner al remojo uvas pasas. Dejó a Armando el cuidado del hijo.

—Vuelvo enseñuida. ¿No le parece que Benito ya lo quiere?

Él dijo que sí, que le parecía.

Armando fue a buscar un pañuelo al tocador. Les dio la espalda. El gallo tenía sumo interés en algo que brillaba repetido, grande, redondo en la cabeza del bebé. Estiraba y retraía el cuello con movimientos económicos; ponía el pico muy cerca como para convencerse de que una cosa tan llamativa, tan succulenta, era verdad. Cuando le dio el primer picotazo de prueba, Armandito en su gozo vegetativo, hizo un movimiento hacia un costado y el picotazo cayó en la colcha. El gallo volvió a su posición expectante, puso nuevamente el cuello en tensión, poco a poco y sabiamente, como si estuviese manejando un suave y preciso mecanismo de asalto, para no errar de ahí en adelante un solo golpe. ¡Si al menos Armando, que estaba tan cerca, se diera vuelta para interferir a tiempo! Pero Armando estaba muy ocupado en la búsqueda del pañuelo y calculando la fecha de una factura que se le había atravesado en el camino. El gallo tenía el cuello preparado, listo, pronto a disparar como una confiable arma de guerra, atento como cuando se disponía a engullirse una de las uvas negras y redondas que Margarita le ponía en el tazón. Era el momento de dar el picotazo. Benito, que aprendía rápido, tal vez ya había comprendido frente a esa repentina experiencia, que eso sonrosado y movedizo sobre la cama no era lo mismo que el estático ofrecimiento del tazón colmado. Había que actuar de otra forma y, por lo tanto, parecía tener una decisión tomada. Armandito, por su lado, se había prendado, al parecer, del pico amarillo o de la cresta roja del gallo, vaya a saber de qué. Cuando Armando levantó la mirada y vio a través del espejo, se llenó de un repentino horror que recordó durante su vida como dos clavos en las sienes.

Y aún mucho tiempo después, cuando ya Armandito había pasado por varias etapas o iba a la escuela y hasta había aprendido a leer, cada vez que comía carne de gallina Margarita veía las manos de Armando como las de un asesino y no podía dejar de pensar que, entre ellas, había muerto Benito con el cogote quebrado.

LAS HIJAS DEL REY

L'é il ré che l'ha
tre fije tute tre da maridé,

Cuando en Corda llegaron los König, el marido gordo y rojo, la madre rubia y fuerte y las tres hijas de quince, catorce y trece años, todos pensaron que ellos no iban a poder con ese campo. Eran demasiadas mujeres y se tomaban el trabajo de alquilar esa tierra tan buena que había dejado Simplicio Polletti al irse a Esperanza, entre el pueblo y la rinconada, al lado de la chacra de don Otto Sübber. Simplicio Polletti la dejaba porque estaba enfermo y no por otra cosa, no se vaya a creer, porque si por él hubiera sido, y por Ramona, se quedaban todos en Corda hasta que los hijos fueran grandes y tuvieran que decidir. Es decir, Simplicio y Ramona no tenían ningún deseo de dejar su lindo campo que estaban pagando todavía, pero Simplicio Polletti se enfermó de los pulmones una tarde de diciembre en que había bajado al pozo para arreglar el cilindro del molino. Había bajado con el sol alto y la tarde caliente pero, al salir, después de su trabajo, se encontró casi con la noche y con una tormenta de viento sur maligno y frío que lo tomó con sudor en la espalda y le trajo una rápida y difícil pulmonía. De allí en adelante le quedaron al pobrecito manchas en los pulmones y tuvo que hacerse una cura en Córdoba y el doctor que lo atendía no se cansaba de recomendarle que dejara de pensar en volverse al campo. No les quedaba más remedio que arrendar o vender, y como Ramona se ponía triste cada vez que hablaban del asunto cuando a él le daban permiso para ver la familia, Simplicio le decía sintiendo el mismo dolor de su mujer, pero pareciendo fuerte para consolarla:

—Mirá Ramona, uno no debe pensar que nunca más va a volver, para uno que nació en el campo y se crió en el campo, lo único que le sirve es eso y no otra cosa; no hay otro camino para un chacarero como yo; después me curo, vas a ver, y nos volvemos con los chicos grandes, por eso lo mejor es alquilar.

Entonces, en vez de vender como todos pensaban al principio, ellos alquilaron nomás. Y les salió ese inquilino que les ofreció un buen precio y él le dijo a Ramona:

—Los König son buena gente, van a poner el lomo y van a cumplir con el compromiso que es lo principal, y cuando yo esté sano nos volvemos con el campo pago y los chicos grandes.

En fin, así fue el principio de esta historia: la familia de Simplicio Polletti que se iba de Corda con tristeza y la familia de Mauricio König que llegaba para abrirse camino. Y cuando los König se establecieron allí con el marido gordo y rojo y las cuatro mujeres, como dije, nadie creyó que ellos iban a poder conseguir alguna vez que el campo les rindiera para enfrentar todos los años el alquiler y encima hacerse un capitalito para tirar adelante.

—Cuatro mujeres en una familia, por más alemanes duros que se sea no pueden hacer la plata —decían—, para hacer andar un campo como ese se necesitaba más que cuatro mujeres y encima tres que apenas si saben moverse solas.

Lo que la gente de Corda todavía no alcanzaba a precisar era la manera que tenía don Mauricio para hacer marchar sus cosas y para enseñarles a trabajar a las hijas y, de cualquier manera, si él había alquilado ese campo —de los mejores de Corda— era porque tenía sus propios planes y no se le cruzaba la menor idea de que podían fracasar. Al principio los König parecían tristes y callados como toda la gente que cambia de lugar. Se hicieron amigos de los otros Polletti, los vecinos más cercanos, en la época en que todo reía en esa casa y que siempre tenía las luces encendidas hasta más allá de la medianoche porque no les faltaban visitas o gente a cenar un solo día de la semana. Era la época en que la Neta tenía muchos pretendientes y sabía cantar, cuando trabajaba, todas las canciones que más gustaban entonces, y era la época, también, en que el tío Pablo sembraba el tabaco y los melones, injertaba frutales y operaba a los animales de la casa y a los que le traían de cualquier otra parte. Por algunas de esas tantas cosas que suceden, los König fueron allí y se sintieron muy bien con tenerlos cerca, aunque también hacían largas visitas a los Süber. Pero a los Polletti iban un día a pedirles una herramienta, o el almanaque Bristol prestado, otra noche a visitarlos, alguna vez a invitarlos para una yerra y otra, simplemente para pasar, sentarse en rueda, tomar unos mates y preguntar por la salud de todos. Los König, poco a poco parecieron menos tristes y a los tres meses don Mauricio ya era presidente de la Comisión de Iglesia, a los seis empezó en el baile de la fiesta del pueblo a bailar la hija de quince, y al año, casi nadie hablaba ya del campo de Simplicio Polletti y en cambio decían:

—Viene la tormenta por el lado de los König.

O si no se comentaba que los resplandores se habían visto otra vez sobre la casa de los König y que el campo de don Mauricio era el que mejor rendía cada vez que lo sembraban. No es necesario hacer notar que al año de venirse ellos a Corda, la de quince ya tenía dieciséis años; la de catorce, quince y la de trece, catorce. Y en ese momento no había muchachas más hermosas en el pueblo que las tres hijas de König. Y fue una tarde en que llegaron las tres hermanas enan-

cadadas en un mismo caballo, cubiertas de ropas varoniles para no quemarse del sol, a la casa de sus vecinos a buscar pollitos y llevar saludos, cuando las vio el tío Pablo y dijo que eran muy lindas, que cómo estaban crecidas desde la última vez y que las tres juntas le hacían acordar de un canto que había aprendido de su finada madre.

—Qué canto, a ver don Pablo, —lo estimularon las hijas de König—, si usted lo canta nos quedamos un ratito más.

El tío Pablo dijo que sí, que lo dejaran acordarse porque hacía mucho que no lo repetía, pero como ellas se lo pedían, el canto tenía que aparecer en su memoria. Ya era el atardecer, el sol se iba dejando pasar un polvillo de luz a través de los paraísos inmóviles y, como siempre a esta hora, mientras la Neta preparaba la cena adentro, doña Fornarina sacó su silla de paja y su acordeón para hacer bailar a todos los gatos de la casa. Pero apenas el tío Pablo empezó a cantar ella lo siguió con el acordeón mientras las muchachas sobre el caballo quedaban tiesas escuchando la hermosa canción que les dedicaba:

L'é il ré che l'a
tre fije tute tre da maridé,

recordaba el tío Pablo, y el acordeón alargaba como podía las pausas del cantor para que hiciera resurgir, con su voz temblorosa, lo que había aprendido tanto tiempo atrás. Todo venía de lejos, con la misma luz muriente o de la oquedad enorme de la tarde en repliegue. Pronto vinieron los demás: la Neta desde la cocina, el Balila desde el corral, la Rosita surgiendo de algún rincón de la casa, y el Carlín que dejaba sus cueros hasta la mañana y Tonino bajando de su propio caballo con el que había venido galopando desde la chacra. Allí, alrededor del tío Pablo quedaban sin palabras para escuchar la historia de las tres hijas del rey que no tenían suerte con sus prometidos y también sin saber qué decir frente a las tres hermanas rubias y dulcemente maravilladas sobre el caballo inmóvil. Y cuando la canción terminó ellas se dieron cuenta de que bajaban las sombras de la noche y volvieron a su casa no sin antes decirle al tío Pablo y a doña Fornarina que el canto era muy lindo y que lo iban a aprender. Se quitaron el pañuelo de la cabeza porque ya no había sol, saludaron y con sus pálidas cabelleras flotantes, dejaron el patio de los Polletti, sin comprender que en todos, ese momento, se les prendía muy cerca del corazón. Tonino, Balila y Carlín, también aprendieron el canto del rey y sus hijas, y desde allí en adelante los varones de Corda, todos, se deslumbraban cada vez que veían a esas princesas blancas tan cuidadas por la madre, tan severamente custodiadas por el padre, y tan consentidas ellas en su misión de ser mujeres y hermosas juntamente, como no había otras en Corda. Los hijos de Otto Sübber, cuando se hacían las visitas de familia a familia, podían mirarlas todo el tiempo sin decir una palabra, porque ellos no sabían hablar de

tan callados y vergonzosos que eran, sin embargo, sus miradas no tenían otra cosa en qué ocuparse y, aunque estuvieran escondidos, hacían sentir que les tenían los ojos encima tenazmente embelesados. Y si iban las tres al pueblo, también enancadas en un mismo caballo para hacer las provistas, en los boliches, los hombres sacaban la cabeza por la ventana, o se paraban con las piernas muy abiertas en la puerta y se ponían a cantarles, como el tío Pablo, «L'é il ré che l'ha, tre fije tute tre da maridé», y ellas, las tres muchachas, dichosas, con las mejillas encendidas y los pañuelos al aire, les dedicaban una sonrisa sin destino que, de cualquier manera, dejaba tembloroso a cada uno de los hombres que las miraban, como si ellas hubieran bajado de palacio. Esas miradas, ese canto, el gusto que sentían al verlas y la timidez de tenerlas cerca y no poder ser dueños de ellas, eran como si las hubieran consagrado princesas, y como las princesas tienen un padre rey, resultaba que don Mauricio era el rey y, de alguna manera, al saber del canto para sus hijas, asumió la investidura y como un rey se comportaba. Dignidad no le faltaba, no, tampoco orgullo y tenía sus propios modos que no eran usuales en Corda, pero no olvidemos que él había llegado de otra parte. Don Mauricio era de por sí reticente y si se encontraba con doña María Serafín le decía:

—Un suponer doña María, si usted sigue criando así a sus hijos, cuando sea vieja la van a tratar menos que a un perro.

Y doña María, rechazada por las König a través de los tres hijos que las quisieron y no encontraron respuesta, pelaba sus cebollas y haciendo como que no miraba, le contestaba que ella nunca iba a querer para nueras mujeres como esas que se pasan el día pensando en ser las más lindas del pueblo:

—Esas mujeres don König —le decía—, no hacen feliz a un hombre, no, ni son capaces de criar a un hijo, como nosotras, porque de tanto que se pintan ni la leche les viene.

Y las tres muchachas seguían siendo felices, trabajando mucho, cantando y maravillando a los que las veían. Cuando el verano calentaba con ese sol ardiente que en Corda parecía más cercano de la tierra que en ninguna otra parte, uno las podía encontrar a las tres: Wilfrida, Ilse y Edith metidas en vieja ropa de hombre, con guantes negros, pañuelos en la cabeza que solo dejaban una ranura para los ojos, medias oscuras debajo de las bombachas y gruesos blusones de cambrona. Vestidas así, imposibles de diferenciar unas de las otras, iban sobre la rastra o el arado, encima de la cosechadora, manejando caballos y apartando las reses que si las envolvían en ese polvillo reseco levantado con sus pezuñas en los corrales, en definitiva parecían reinas nimbadas de polen de luz. Solo cuando el sol moría ellas desprotegían su piel. Por eso, cuando iban a los bailes de Corda, de La Oscura o de Isleta, nadie aparecía debajo de las lámparas tan blancas, tan transparentes como ellas. Y no faltaba alguno que se acordara del canto y dijera que el rey tenía tres hijas para casar, pero nadie po-

día darse cuenta entonces cuáles eran los hombres que podían merecerlas. Los mozos de Corda, o de cualquier otro lugar que venían a los bailes, eran como si peregrinaran para conseguir sacarlas y por esa noche no tenían otra meta. Mientras que la mayoría de las suspirantes muchachas, aún las más bailarinas, podían tener sus turnos sin que nadie las invitara, ellas nunca, pero lo que se dice nunca plancharon en alguna fiesta, y era como si la fama las vistiera de gracia, las levantara en un pedestal de nubes que las acompañaba hasta que la última música de la noche se iba por los caminos de la madrugada. La Neta, que después de las König era la muchacha que más requerimientos tenía en una noche de baile, debía a veces reconocer la supremacía de las tres hermanas y le contaba a su tía Fornarina sobre esas historias mágicas de recetas para hacerse hermosas en un solo día y que las hermanas conocían. Las tres, al parecer, hacían tratamiento para ser tan blancas y tan rubias; la tía Fornarina decía que para ser blanca y sonrosada como lait e vin, una de las formas era beber un poco de vinagre todas las mañanas y caminar descalza por la gramilla al levantarse, y como a la Neta esto le trajo un problema de estómago, se decidió por un ungüento del que le hablaron sus primas las Serafín y que era para poner sobre la piel y no para tomar, que eso de tomar, al fin y al cabo podía hacer un daño al organismo como dejar estéril a una mujer, y ningún hombre en Corda era de los que se conformaban, una vez casado, con una mujer estéril que no le diera hijos para arar la tierra y alzarle las cosechas.

Don Mauricio manejando a las cuatro mujeres de la casa, hacía rendir el campo, pagaba el alquiler, compraba animales y producía con el tambo, con lo cual sus opiniones eran escuchadas y día a día parecían más sabias, aunque dijera solamente —si le preguntaban por ejemplo qué opinaba del tiempo— «el tiempo es el tiempo y sabe lo que hace». Y si alguno quería sacarle un parecer con respecto a los que se morían, decía que la muerte es la muerte y Dios sabe cuándo uno tiene que entregarse. Fueron buenos tiempos para todos cuando pasó la sequía primero, las langostas después y, por último, aquellas heladas negras que muchos recuerdan porque se prolongaron hasta octubre. Los König compraron entonces un Wipet para ir a misa, a lo del doctor y al baile. Del Wipet bajaban las princesas, fuertes, hermosas, con sus pies pringosos y las caderas altas, con su ropa blanca salpicada de estrellas brillantes y los labios rojos como una flor. El padre y la madre —puesto que don Mauricio era presidente de la Comisión de Iglesia— las colocaban en primera fila y el cura, cada vez que se daba vuelta a bendecir, liberaba un hondo suspiro y no podía dejar de miraras, sobre todo a la Wilfrida con su melena larga y sus pechos pródigos que la hacían tan parecida a María Magdalena. Después de la misa don Mauricio y doña Sara iban hasta el almacén del Chirín Ferrari a comprar todas las cosas que se necesitan en una casa, y dejaban a la Wilfrida, a la Ilse y a la Edith a que tomaran una cerveza con granadina sentadas frente a una mesa, en el

lugar de más penumbra y hasta donde llegaban con mayor serenidad las miradas de las otras mujeres y de todos los varones que pasaban a refrescarse en el boliche de los Bonzi. Ah, qué temblante resplandor emitían las tres jóvenes mujeres solas, sonrientes y estiradas, bebiendo a sorbos menudos su cerveza ya irremediablemente caliente cuando al fin pasaban a recogerlas. A pesar de los temblores, de los largos suspiros que despertaban, de la inquietud en el corazón y en los miembros, nadie se animaba a sentirse enamorado de alguna de las tres hermanas. Los tres hijos de Otto Sübber podían mirarlas hasta siempre en silencio y hacer suponer que las querían, pero nadie sabía nada porque ellos tampoco decían una palabra. Y Drago que se atrevió a pensar en ponerse a trabajar fuerte para hacer plata y pedir la más chica y tener hijos con ella, costara lo que costara, recibió la respuesta de todos los hombres de Corda representada en las palabras de Ribodón Grosso. El gran Ribodón le dijo con su profunda voz tomada por los años que hacían sabias sus palabras:

—Mirá Drago, un pión no se casa con una reina, don Mauricio ahora tiene plata y tiene orgullo, eso sí, más orgullo que plata, que es pior todavía y por eso quién sabe lo que está queriendo para yerno, pensalo bien Drago y no te enca-richés y aceptalo como todo lo que te trae el destino.

El pobre enamorado bajó la cabeza y si bien nunca había salido mucho, desde entonces no abandonó su cuartito de peón, se enfermó y murió de amor, aunque todos dijeron que era por culpa del over, pero en definitiva si Drago tomaba over era para matar alguna pena y la pena ya se sabe de dónde venía. Así y todo no puede decirse que don Mauricio mezquinara a las hijas con los mozos de allí. Él sabía decirles que no había mayor gracia para una muchacha soltera que ser dada y simpática.

—Una mujer joven y sin compromisos nunca tiene que estar de balde —les decía— y debe arreglárselas para que todos quieran atenderla. Pero eso sí —les advertía a las tres—, no se debe ilusionar a nadie hasta que no se encuentre el hombre que a cada una le conviene.

Ellas decían que sí y la madre se preocupaba siempre de vestirlas de blanco con amplias faldas de organdí en verano y pesadas ropas de gromilán en invierno, y ponerles flores blancas en la cabeza, o como un detalle en los zapatos o en la pródiga curva de las caderas. La Wilfrida, con sus ojos azules y sus pechos que el cura había comparado con los de la pecadora redimida de Magdala, tenía tan grácil transparencia y tal halo de serenidad que cuando en la iglesia se hizo el pesebre viviente, el propio párroco don Cresencio Colomba la pidió para que hiciera de María Virgen. Después don Mauricio y doña Sara una tarde sacaron el Wipet y por más que hacía cuarenta y dos grados de calor, la Wilfrida fue llevada vestida con sus mantos a lo de Moisés Rubín, el fotógrafo de Isleta quien le hizo un retrato en el que aparecía con aureola, las manos juntas y la mirada vuelta al cielo como si estuviera esperando la visita del Ángel Anunciador. Esa era la

mejor foto que había hecho en su vida, le decía don Moisés, con el altar de fondo pintado en lienzo y el jarrón con azucenas de trapo en el primer plano, por lo que don Mauricio pagó con gusto los cinco pesos que costó el recuerdo. Esa misma foto, muchos años después, cuando en Corda se habían olvidado de la Wilfrida y de todos los König, fue encontrada en más de un misal y venerada como una estampita verdadera.

Otra vez Luciano Vaucci, tan feo, tan hambriento y larguirucho y que se había puesto al servicio del juez de paz, se animó a decirle al mismo juez que él estaba así porque no podía dejar de pensar en la Use:

—Ni de día ni de noche, don juez —le decía—, que es como un fuego que a uno le sube y lo ahoga sin que le dé respiro.

El juez conocía todo acerca del amor de un hombre joven y lo mandó por eso a La Oscura, recomendándolo a su colega de ahí, en donde le eligieron una muchacha de los ranchos y lo hicieron casar, porque allí en Corda, aunque lo supiera solamente el juez, a Luciano Vaucci se le iba el hambre y no servía para nada por más que los pensamientos de él fueran honestos y pensara solo en tener lindos hijos y fuertes con la Ilse.

Estos son los paladines de esos amores imposibles porque habría que citar bastantes varones más tras esa causa perdida, pero de cualquier manera, los dos damnificados de que se habló y más Pedrito Sola que se sintió prendado por la mayor, fueron los casos más visibles, o más tenidos en cuenta, o más recordados. Podría hablarse de los tres hermanos Sübber, los vecinos del este que por esa época se los podía encontrar en los caminos, al paso de las muchachas, encaramados en los árboles y mirándolas desde el espeso follaje, o tras las parvas, o bien escondidos entre las hierbas de las zanjas desde donde les clavaban los ojos sumidos, hasta perderlas de vista. Pero de los hermanos Sübber, quién se atrevería a decir algo cierto si ellos nunca hablaban. De Drago, de Luciano y de Pedrito Sola, hay que destacar que fueron muchachos incapaces de sobreponerse a un efecto como el que les producía la presencia, o mejor dicho la existencia de las hijas de don Mauricio, porque eran los más débiles de corazón en Corda y pensaban que en este mundo, para tener una mujer y con ella muchos hijos, bastaba enamorarse, como si eso de unirse a una muchacha y tenerla, fuera una cosa tan simple. Pedrito Sola, que vendía puntillas y jabones casa por casa, con su valija de mercero atada a una bicicleta de color de amaranto, iba al patio de las König a mostrarles las peinetas con estrellas y las medias con cuchillas que le hubiera regalado por docenas a su amada. Es que había leído una vez la Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa y, sintiéndose como el heroico don Rodrigo, amó tanto a la Wilfrida como si la muchacha de Corda y la morisca fueran una sola persona. Tanto la amó, dicen, que terminó por desaparecer. Desaparecer no sólo de Corda, sino de la vida, de cualquier lugar; desaparecer del cuerpo o algo así. Después de tanto buscarlo, un día amarillo de polvo y

viento, en una lejana tapera que tenía una veleta loca en el techo y que solo era visitada por los zorros, en el fondo del Saladillo, lo encontraron apoyado en la pared sur de la casa y Pedrito Sola estaba vacío. Había quedado pegado a los ladrillos, como las cáscaras que dejan las chicharras cuando salen de su pellejo. Lo movieron para todos lados y solo sonaba a hueco. Pedrito Sola ya no estaba adentro de sí mismo. Don Jacinto L. Arauz fue consultado, pero él meneó la cabeza y les volvió la espalda para prenderse con los ojos de una gran nube azul que se iba deshaciendo sobre el monte.

Y algunas de estas cosas se hubieran repetido porque las hijas de König cumplían años y como estaban en la curva ascendente que tienen los mortales, todavía seguían creciendo en belleza, cada día más inquietantes, cada día más regias entre los alfalfares verdes, en los soberbios trigos maduros que crepitan al viento, o sobre el arado y la rastra haciendo sus trabajos. Y aunque la gente de Corda no lo supiera, eran ellas tres valquirias manejando sus caballos que las obedecían en el surco, o en las huellas de los solitarios caminos. Hay que destacar que las muchachas no hacían mal a nadie siendo como eran. Lo que pasaba a su alrededor nos les llegaba como a los demás. Allí ninguno tenía motivos para pensar que las tres lindas hermanas traían algún tipo de desventuras o hacían infeliz a la gente. Los que las querían de veras como Drago, como Luciano o como el pobre mercero que había leído cuentos de amor, cumplían con su propio destino y era porque así debía ser, porque en el mundo está previsto que algunos hombres cambien de suerte por el amor de una mujer. «L'è il ré che l'ha tre fije tute tre da maridé...» seguía cantando alguno en las apretadas noches del duro invierno en los boliches de Corda, o bajo el liviano cielo de verano, cuando Pin del Chuque con su acordeón cochambrosa estiraba la madrugada hasta beberse la última gota de su damajuanita de caña. Y un día las tres hermanas fueron comprometidas por el padre a los tres hijos de Sübber quienes habían tenido que confesarle a don Otto —por fin— que el amor por ellas se les despertó en aquellos días de marzo, cuando desde el campo de al lado las vieron arando y haciendo siembra para el próximo maíz. Nadie supo lo que dijeron entonces, porque ni así esos mozos dejaron de ser hoscós y callados. Don Otto y don Mauricio hablaron largamente de las ventajas del trueque y de todos los demás detalles que encierran los casamientos. Hablaron de las bondades de sus hijos, cada parte defendiendo lo suyo, hablaron también de los días que habrían devenir para ambas familias, de sucesos remotos y de los que se esperaban, y hablaron también de las dotes y herencias.

Y ellas, con el consentimiento paterno para tomar novios, estuvieron magníficas en el primer encuentro que se convino entre amantes y amadas. Pero tampoco nadie supo lo que se dijeron entonces, porque esas, eran cosas que ocurrieron en el patio de König con los tamariscos de follaje plumoso que les hacían sombra a las dos de la tarde. Haciendo pareja con los tres varones silenciosos

en los bailes, ellas parecían más lindas, con las mejillas tomadas por el color del vino y los ojos rientes, hablándoles sin respiro a sus novios callados que se movían un poco agachados para no tocar el techo de tan altos que eran. Y no había risa o palabras, o revuelos de manos y mensajes y miradas que ellas no les dedicaran a los hijos de Sübber en las noches felices de baile o a la salida de misa. Pero de allí en adelante la gente de Corda tuvo de otras cosas de qué hablar.

Si ellas aparentaban ser dichosas durante los primeros tiempos en la casa grande donde las habían llevado a vivir como esposas, no se sabía si en realidad eran o trataban de parecerlo, porque los días en su terrible sucesión les fueron trayendo sus propios dolores, y los dolores, como se sabe, dejan una huella muy honda en la piel y en el corazón de la gente, por más que uno no se vaya dando cuenta de cómo cambian sus ojos, su boca, o la línea de su cuerpo. Una vez se empezó a hablar de la enfermedad del marido de Edith, el más callado y hosco de los tres, que la gente de Corda señalaba como víctima del deseo intenso hacia su mujer y que no era correspondido por ella. Cada vez se lo veía menos por las chacras en donde era sobrevolado por los teros que no lo abandonaron siquiera cuando por último lo pusieron en su cama, de donde no se levantó más. Tuvo que entregarse a la muerte —como decía don Mauricio—, sin que nadie pudiera hacer nada, y fue el primero en ensombrececer a la familia que recordaba al pobrecito con más dolor, porque no había forma de espantar los teros de encima de la casa. Un tiempo después, el hombre de Ilse la abandonó para irse a cosechar trigo con una morena que trabajaba de peona en el Campoldán y que tenía la piel brillante como las sombras de una noche de enero, y el esposo de la Wilfrida se internó en el monte para buscar a los zorros que no lo dejaban dormir en las noches largas de invierno, pero tal vez lo de los zorros perseguidos entre las tuscas del Saladillo, fue un pretexto para estar solo porque desapareció de Corda sin que nadie supiera lo que se había hecho de él.

Las tres hermanas, que se habían ido de la casa vestidas de blanco con la boca roja y los ojos brillantes, volvieron un día vestidas de negro y la mirada vacía, retomaron su trabajo en el campo cubriéndose como siempre con ropas varoniles, pero cuando se las quitaban para andar entre la gente, en Corda, entonces no tenían ya por qué cantar «l'é il ré che l'ha tre fije tute tre da maridé...», y se olvidaron todos de la historia puesto que los König dejaron esa tierra que no era de ellos y se fueron a otro lado, que es como irse del mundo.

LA CASA DE LOS SERAFINES

Serafines rebeldes, serafines con sombrero, de alas rotas, sin alas, negros, quemados por el sol, con polvo de los caminos, con permanente olor a tambo; en los techos, sobre el rimero de bolsas en los galpones, gritando en la noche encima de un potro en pelo, de allí al viento, a las lomas, a los eucaliptos y al borde del balde dando gusto a la sed en un río generoso de agua recién levantada del pozo, y yo entre ellos, en el verano largo, terrenal y febril y ellos que eran los mismos serafines que me esperaban al terminar diciembre cuando todavía se comía algún resto del pan dulce de la Nochebuena, y me tenían preparadas las idas al monte y los camachuses, los nidos de avestruces, los patos siriríes, los cardenales, los chañares maduros hasta que a principios de marzo llegaba papá en el tren de las doce y cuarenta y me venía a buscar porque tenía que empezar la escuela y todos iban a despedirme, o casi todos, los que habían podido acomodarse en la volanta que ya estaba atada antes de las once de la mañana para darme un poco más de tristeza por mi partida. El regreso era muy distinto de la llegada, eso lo sabía cualquiera y si yo no lloraba era porque sabía esconder el secreto de ese dolor intenso, pero por un tiempo largo estaba triste, con ese nudo feo en la garganta y una traba en el estómago. Los primeros días de marzo eran los horarios de la escuela, los cuadernos Educador con forro de tela de araña, el sacapuntas, el frasquito de pasta Elefante con su olor acre a ácido fénico; un buen olor, en cambio, a madera de los Faber número dos, relucientes, afilados, sin ninguna mordedura. Eso era todo el fin del verano, hasta con un movimiento diferente en las plantas y el despertar de agazapadas tristezas en la lejanía. Para lejanía nada más inmenso, atesorante que aquellas vistas de a caballo o desde las parvas con los serafines revoloteando alrededor suspendidos merced a sus alas de trapo y a su liviandad de viento fuerte y oloroso que los mecía con el milagro de mis ojos borrachos de chacras y de esas mismas distancias sin horizontes. Me despedía de todos los Serafines a pesar de que iba a volver en otro diciembre. Me despedía diciéndole adiós a Corda, a sus hondonadas, al horizonte quebrado, a las quemazones, al cementerio de la loma con los huesos sagrados de ambas partes de la familia, a la estación de tren; de todos

me despedía diciendo tristes palabras como si estuviera partiendo para la guerra. Papá muy grave me daba la ventanilla y yo me imaginaba la radionovela con el muchachito bueno muerto de tristeza después de un gran sacrificio, no sé ahora con qué música, pero con una melodía que sonaba a veces eléctrica, espeluznante, lloradora. El tren pesado, en ese momento de las trece cincuenta porque volvía, me rajaba en dos el pueblo. A un lado el caserío aplastado, de techos oxidados, la casa de los Prola con sus aleros pandeados y una veleta torcida por una mítica centella que dejó caer el mismísimo diablo en una noche de perros. Más allá, emergiendo entre la fronda quieta que soportaba el último sol de verano, vislumbraba la iglesia petisa con el campanario que había ayudado a levantar el mismo padre de Florentina, de lo cual me enteré muchos años después; la casa de la Véspera, la tapera de la Tunga, el tunar del Ñato Rioja, los corrales de los Abatte, las trojes de los Frumento, un poco de jardines con gallardías y escabiosas, algún fulgor de duraznos tardos en madurar ya entre la hojarasca amarillenta, un poco de ropa al viento bajo el sol no tan blanco ahora, sino rubio, corriéndose para el lado del otoño, las enredaderas pata de gallo en los alambrados a un costado de los profundos caminos estivales; las falsas caobas con sus flores como temblantes manos pálidas y los tamariscos plumosos con sus amentos de rosa viejo. Del otro lado más mundo, más lejanía y más espacio para la melancolía que ya venía en avanzadas presurosas y zumbantes. Tonino mi primo sobre su caballo gordo llevando terneros al corral para el ordeño, los dos hijos de algún Vaucci, siempre juntos cual sombra uno del otro, corriendo alguna liebre con sus perros pardos y flacos, consumidos de hambruna renuente, como ellos sus amos. Eran finalmente figuras de más allá, más distantes que todos los días, que se quedaban en su ámbito, se hacían más pequeñas y me punzaban en el corazón con persistencia de saeta agriada de melancolía. La laguna con su movedizo azogue, y allí chapaleaban desnudos —casi imperceptibles de lejanía que se agrandaba y comenzaba a lastimar—, otros serafines, no los míos, precisamente: Pacheco Frumento, los chiquilines de los Ferraris en sucesión año tras año y tan iguales unos a otros que parecían eternizarse en una edad; el hijito del Bayo Trucco con sus patitas de ave zancuda, el Aníbal Bonzi, Dominguito González... Cheppa Rossa la estafetera se volvía con su sulqui, su bolsa de correspondencia, el pañuelo gris, la sombrilla negra, Mercurio-Carancho sobrevolándola y cuando daba vuelta en la esquina de la Tunga ya se preparaba para latiguar a los hijos bastardos del rancho de las Benavidez, que se le ponían delante, le paraban el caballo, se trepaban al carruaje, le levantaban el vestido y hacían que todos le vieran los calzones largos y las piernas de venas azulverdosas. Los serafines míos quedaban en la estación y me hacían adiós con la mano y muy enseguida dejaba de verlos por una curva cerrada que daba el tren, pero el pueblo se perdía mucho después entre el olor del poleo y el zurear de las palomas en el monte que atravesábamos muy alto por un terra-

plén que era como una cornisa. Los serafines eran el Tucha, Norgo, la Cita, la Delfa, el Grillo, Bimbo, Sefita, Titi y Casio y también la Leni, rubia y chiquita, hija de la Cita y el Bebe Roskoff, el polaco que vivía a media legua, después del bajo en donde estaba la única sombra de toro de Corda, un árbol alto y permanente, de hojas coriáceas que todavía debe estar porque un árbol como ese no se abate así nomás. El Grillo era pelirrojo y era por eso que le gritaba el Casio que era un colorado sangre de toro, cuando peleaban, y usaba anteojos muy gruesos —lo salvaron de la conscripción— y vestía siempre las mejores bombachas que lucía en los bailes y en las jugadas de bochas en donde sabía dejar mudas a las muchachas con su atuendo y envidiosos a los hombres con sus habilidades de bochador. Tenía muy buen gusto para elegir las telas y hacerse-las cortar, y cuando la Cita, que cosía para todos los hermanos, se ocupaba de él, el Grillo iba a buscar algún modelo en casa de los Michelasi que se compraban la ropa en El Palacio del Estanciero en Buenos Aires, y todos los años tenía un detalle nuevo que hacía que sus bombachas fueran las mejores, no solamente en Corda, sino en Isleta, en Campo Bonetto, en La Oscura y en La María. La Cita, por otra parte, era quien mejor hacía los detalles; ni la propia Porota Pautasso que había estudiado corte con el sistema Mendía en Santa Fe, podía hacer mejor que ella los nidos de abeja, los ruches, los godets, las rositas rocó que en alguna bombacha del Grillo aparecían al desgaire pero con viril sobriedad, y no había caso que otras pudieran comparárseles. Tal es así, que todas las veces en que la directora de la escuela, doña Eliodet Longo preparaba una velada y hacía números patrióticos con el pericón, el escondido, el cuadro vivo de la nueva y gloriosa nación, y cosas así, recomendaba que fueran a pedir prestadas las bombachas del Grillo porque eran las que mejor lucían en el escenario. El Tucha era el mayor de los serafines, y el más chico era el Casio a quien le decían arruinao: «¡no jodás arruinao!», «andá a encerrar los terneros arruinao», y arruinao de aquí y arruinao de allá casi no lo conocían de otra forma porque tenía fimosis y cada tanto se desgarraba y había que hacerle una cura de emergencia, y otra de sus características era que se le llenaban las manos de verrugas porque era el que siempre acompañaba a la madre a buscar tunas temprano por las mañanas antes de que el sol calentara, con un tarro de querosén agujereado en el fondo, que tenían nada más que para eso, para juntar tunas. Entonces las espinas se le clavaban en la piel de las manos y no se le desprendían como a los otros, sino que se le incrustaban y le dejaban unas verrugas ásperas y duras. Una por cada paja, le decía el Grillo con socarronería y esa suficiencia de los mayores que creen estar lejos de los ardores adolescentes, mientras todos los otros se reían del pobre y avergonzado Casio que agachaba la cabeza con la cara roja y la boca temblorosa de indignación. Y de allí que él tuviera siempre las manos escondidas cuando estaba hablando con alguno y que a veces, cuando quedaba solo, uno pudiera sorprenderlo mirándoselas atentamente como si

contara en silencio, profesando secretas ilusiones de milagro, cada estigma de la piel. Ellos eran todos los serafines de la casa, incluyendo la Leni y a quien se le agregaba la Neta que venía a pasar el día con el carro del lechero y se traía una muda de ropa para la tarde cuando todos se lavaban y cambiaban y se iban a esperar la hora de la cena tomando mates frente a la casa, tocando el acordeón, haciendo un partido de bochas o compitiendo a quién clavaba más veces el puñal en el tronco del eucalipto, tirándolo desde lejos. Y ella, la Neta, debía esperar la volanta del Chirín Ferrari, el verdulero que la llevaba de vuelta al pueblo y la devolvía a la casa de la tía Fornarina con quien vivía porque su madre había muerto en el manicomio. Era muy de tardecita ya y la Neta quedaba con mucha nostalgia por esa partida —se le notaba en todos los gestos, en el abandono del cuerpo, en los ojos— y las muchachas de la casa le decían «adiós, adiós», con las manos, y «volvó pronto Neta», en tanto la volanta del verdulero se perdía por el camino largo entre una nubecita de polvo dorado que permanecía suspendida livianamente en el turbión melancólico del ocaso. Ellos eran todos los serafines de la casa; le daban ruido, color, olor, peleas, la hacían alegre, la llenaban de risas, armaban grescas descomunales, se pegaban, pero en definitiva, qué hubiera sido la casa sin ellos, como ahora que ya nadie vive en ese lugar y que tantos murieron.

Venía la Delfa y decía que tenía ganas de comprarse una yunta de pavos reales para hacer una crianza y la tía María despaciosa, seca, chiquita, cínica, neutra, decía que no, que mejor era criar Rhode Island que eran carnudas y ponedoras, que con los pavos reales no se podía tener productos para el consumo, y la Delfa que total para el consumo estaban las gallinas, los pavos y los patos y las gallinetas también. «Las gallinetas son más para adorno que para otra cosa», decía tía María. «Y los gansos —seguía la Delfa—, y hasta las vizcachas que los muchachos traen del monte». «Tienen una carne más seca y negra —porfiaba la tía María—, no, no se comen, al menos nosotros no, no sé para qué quieren pavos reales y gallinetas». En discusiones de este tipo la polémica podía durar horas con el tío Pedro Serafín que decía: «Dejala, que se dea el gusto, para eso trabaja, pero que se gaste su plata, la que le toca del ordeño y vos María si querés hacer una crianza de rode islan, sabés que nadie te lo prohíbe». El Grillo se había comprado una linterna de seis elementos, pesada, niquelada de arriba a abajo, con luz roja, blanca y verde para cazar vizcachas y peludos, que como se sabe se deben cazar por la noche. Y el arruinao, o sea el Casio, se le había dado por comprarse con su plata del tambo una guitarra, que no se sabía para qué carajo —decía el tío Pedro Serafín— porque óído no tiene. Pero con sus dieciséis años grandotes e incontenibles —era el que más abultaba de los serafines—, se subía a veces, los sábados a la tarde en el caballo con la guitarra terciada entre las alas, y se iba para el lado de las muchachas de Franco que lo hacían suspirar mucho con sus bocas tentadoras y sus altas caderas cimbreantes. «No sé para

qué —decía el tío Pedro—, para impresionarlas nomás, porque al final termina sacudiéndosela y con la punta rota y vuelve la guitarra tan virgo como él con la diferencia que la guitarra no sangrea». La Cita le decía: «Movete Casio, todo el día con las manos en las verijas, macho grandote y al pedo, en el tambo no sirve para nada, arrima mejor la Leni tan chiquita y que ya se gana el pan mejor que este; ¡vaya hermano que me dio usted papá!». «Me lo truje equivocao», decía el tío Pedro Serafín que había levantado cosechas en Corrientes en su época de soltero y que por eso podía variar sus conversaciones con lueñes arcaísmos como vide, chipá, luengo y dende. Cuando se encontraba con Domingo Viola, su vecino del sur, hermano de Juan Viola, el Juez de Paz y que eran mis tíos por parte de madre, le decía: «¡Qué sirvienta se trujo tu hermano Juan que en vez de limpear ensucea! Esa no es sirvienta para un juez de paz...», y se reía con borbotones de carcajadas y los bigotes blancos le temblaban en la cara hasta que se ponía serio de golpe como si nunca hubiera tenido el menor humor. O si no nos decía: «Vayan ansí, ansí, llegan al bajo y al lao de un curupí quebrado por la centella está el ternero de la Servanda embichao y me lo curan que endemientras voy de doña Margarita Viola para que me lo siñe a palabra». Entonces con el Titi y el Casio, iba yo a caballo, a ras de verano, los tres en el mismo matungo, olor a boñiga en la mediamañana con las chicharras gritonas en los tamariscos y moscas verdes y zumbonas —«moscas culeras, espantalas», decía el Titi que sentenciaba siempre—, íbamos, como nos habían mandado, a buscar el ternero embichado y le mirábamos la oreja agusanada. El ternero apoyaba la cabezota en el suelo y se quería arrancar los bichos con las patas porque no podía más con el dolor. Ellos le ponían creolina que traían en una botella tapada con un marlo, arrollaban un poco de lana de oveja de cualquier alambrado y hacían un hisopo con un palito. Se lo metían en la oreja y revolvían creolina, gusanos, sangre y pus hasta parecer que la cabeza de uno mismo iba a reventar con la del ternero sometido al tormento de la cura, y con el mismo hisopo sacaban cantidades de gusanos grandes como granos de arroz que se retorcían en el suelo. La creolina les daba olor en las manos y ese olor, por más que se lavaran con el jabón amarillo y cáustico que hacía la tía María y las muchachas, iba a quedar en el pan y en cualquier otra cosa que tocaran hasta mucho tiempo después. Quizá si ese rastro de desinfectante, denso y persistente, no estaba para siempre incrustado en las huellas de sus manos, como otro rasgo ineludible de su carnadura rural.

Decía de cómo los serafines eran propensos a comprarse las cosas más inútiles o lujos innecesarios porque el vicio de malgastar el dinero era común en todos y tanto como recibían lo instrumentaban de las formas más absurdas y sin un poco de sentido común. Una máquina fotográfica que nadie acertaba a hacer funcionar, un equipo completo para decorar tortas, pasta para remendar papeles rasgados que anunciaba La Ideal (Suipacha y Diagonal) en su catálogo

de temporada, semillas de maíz japonés que nunca nacían, palomas mensajeras que no llegaban a ninguna parte, antiparras, pluviómetros con marcas indescifrables, tortugas de agua, lapiceras forradas con hilos de seda que hacen los presos en la cárcel, elementos para armar una radio de galena y hasta el material necesario para iniciarse en la pintura al óleo, con paleta y trementina incluidas. No había anuncios del Maribel, la Pampa Argentina, la Chabela, el Leoplán y la Rosalinda al que pudieran resistírseles. Eso explica cómo llegó a la casa la colección completa de Palcos y por qué un tiempo después había Palcos en los dormitorios, en el comedor, en la cocina, en la despensa, en la mastra y hasta en una incubadora construida por el Norgo y que nunca funcionó. Allí, lo juro, entre serpentinas de cobre, plumas y piojillos, yo encontré a la hora de la siesta las memorias de Cornelio Saavedra, las Charlas literarias de Cané y La novia del hereje de López. A la siesta nos acostábamos un rato, cosa de hacerles creer a todos que estábamos tranquilos, en paz sin intriga alguna con que perturbar el sueño de los reposantes. En tanto la Sefita —que ya tenía edad y prestigio para decidir por sí sola— se quedaba en la cocina preparando algún postre increíble casi todos los días después de que le llegó por el contrareembolso la encomienda con el equipo entero para decorar. Ponía mucha atención en su trabajo y era generosa, pero cuidaba que no le tocáramos las tortas hasta la noche, de lo contrario —alguna vez sucedió— se originaba una delirante contienda entre agredida y agresores. Había en esa cocina de la siesta huevos y dulce de duraznos, manteca y crema para tirar para arriba, subyugantes paquetitos con grageas, el anís fragante, el coco exótico convertido en sutiles virutas, las mágicas perlas plateadas casi de cuentos de hadas y que eran sin embargo comestibles; los misteriosos tubos sellados con la chaucha de vainilla, la lata amarilla y roja de Royal tamaño gigante, nueces, pasas de uva, licor de menta, licor de cacao y las ineludibles barras de chocolate de toda buena repostería. Allí entraba uno a una atmósfera embriagante de olores espirituosos y vaharadas tropicales que envolvían el rutinario acto de las horneadas en éxtasis de golosos delirios. Allí se imaginaba uno el atracón de masas y dulces en un surtido que solo había estado hasta ahora al alcance de los príncipes y de los magníficos. La Sefita experimentaba sus cualidades culinarias probando la masa de las bombas diminutas y rezumantes de crema dulcísima y sustanciosa, la hechura de los alfajores crocantes en sus sutiles hojaldres, la esponja muelle y tibia de los bizcochuelos dorados por fuera y amarillos como el sol por dentro y, como en otra Cocina de los Ángeles, trabajaba en una celosa penumbra para ahuyentar las moscas del verano. La cocina económica descomunal y negra como una locomotora calentaba el horno caldeado con brasas de algarrobo y aumentaba el rigor de la hora. Afuera la quietud, el susurro de las hojas diáfananamente tocadas por el aire tórrido, las avispas amarillas y negras haciendo pocitos en la tierra calcinada, un cogollo declamador y obseso y los vapores de la lejanía que

hacían retemblar el horizonte, los postes, las otras casas distantes, los animales detenidos en el paisaje e incitaban a las cigarras locas a iniciar su rondalla que se trasmitía de rama en rama y de árbol en árbol, hasta alcanzar la plenitud de la tarde. Y junto a eso, la quietud, la absoluta quietud del verano, del tiempo suspendido y de la jornada infinita.

—¿A dónde van che?, ¿son lagartijas que salen a esta hora? —decía la Sefita adoptando una actitud superlativa, feliz de sus logros reposteriles, dueña incólume de sus pailas, de sus peroles, de sus moldes desarmables con ocultos resortes como los aros de un mago. Los serafines pardos, con las alas caídas, descalzos, los talones partidos, pobrecitos, en cuyas grietas se había hecho irremovible y permanente la bosta del corral, raídos y travestidos, se comportaban sin embargo como engolados caballeros de impecable educación. Bajaban prudentemente la mirada y hacían que sí con la cabeza, que con el calor no se puede dormir, que iban a ver las aguadas para que el vacaje no se muriera de sed, que había dos iguanones que se comían los pollos y ya era tiempo de hacerlos reventar, y se sentían buenos y humildes para que la Sefita, ya mujer y mejor respetada, no los castigara contando al tío Pedro y a la tía María que por allí andaban ellos a esa hora de sol inclemente. A veces se nos pegaba la Leni, llorona, chorreando mocos, calzonuda, que se trepaba a los caballos por la parte de atrás, como un monito, tomándose de la cola y usando los garrones de la bestia para ascender. Y la llevábamos y nos íbamos al monte y ya estábamos de acuerdo entre los tres que la íbamos a perder, a dejarla olvidada en cualquier parte, pero después —como siempre— nos arrepentíamos por lo que pudiera pasar y volvíamos compadecidos a buscarla y ella estaba llorando en alguna parte porque la había picado un mosquito, o una hormiga, o una avispa, o había visto el crispín viudo buscando a su esposa muerta y le había dado mucho miedo. «Estaba en esa rama», decía la Leni, y cuando no gritaba me hacía así y sacaba un dedo largo. «¡Abombada —le decía entonces uno de los serafines—, un pájaro no tiene dedos, no sé de dónde va a sacar manos el crispín!». A esa hora, misterio de verdores y de quietud umbría bajo los viejos algarrobos, el monte era enigmático y supremo. Un contenido de sombras frescas y reveladoras, en los tardos movimientos del sol altísimo y pugnaz, convertía las sospechas en temores y los temores en tráfigos por lo que todos teníamos miedo y era lógico que la Leni hubiera visto al crispín viudo buscando su esposa muerta y que nosotros casi la creyéramos pensando en lo desconocido que castiga y en alguna fuerza no aprehendida que amedrenta los ánimos culpables y fantasiosos. Pero, de cualquier manera, la virilidad incipiente nos permitía ser crueles con la pequeña mujer y seguíamos confabulándonos para hacerle sentir lo fuerte y superiores que éramos. «Le vamos enseñar a esa —decía el Casio—, a que se nos enganche otra vez, esa machona que no hace otra cosa que molestar y meterse en donde no debe». Teníamos previsto bajar un camachú nuevo, recién descubrier-

to, para una siesta cualquiera. El Titi era quien siempre los encontraba, no había nadie como él para rastrearlos, se ponía un rato en el extremo de los caños con que arrojaban agua los molinos, miraba desde qué lado venían las avispas, las seguía cuando levantaban vuelo, las rumbeaba hasta que daba con el camachú rebosante de olorosa miel salvaje con cuya sávida dulzura preparaba la sorpresa para nosotros, especulando, adoptando actitudes omnipotentes y maravillándonos con esa sabiduría que los otros no tenían. Y cuando se nos unía la Leni, a la hora de la siesta, la hacían colocar debajo del camachú con algún pretexto, le contaban alguna zoncera que ella siempre creía y sacudía la rama hasta que alguna avispa embravecida la picaba. La Leni corría aullando de dolor a la casa en tanto la madre se levantaba para ver por qué la hija lloraba, y decía: «A esta guachita me la van a matar solamente porque es guacha, si yo los agarro a esos desalmados los dejo de cama con una buena lacedadura y usted papá que es la autoridá de la casa no sé por qué no interviene. Solamente por eso, porque ha tenido la desgracia de nacer guacha, y yo no sé dónde está su autoridá que no interviene. De mamá ni hablar, qué le va a pedir una algo a mamá, a la final es como todas las Pollini que se puede caer una en un pozo pero no le van a dar una mano para ayudarla». Pero la Cita estaba de novia con Antonio Gómez, un cangango que no le importaba que ella tuviera una hija de soltera y se las iba a llevar algún día a las dos aunque supiera que el padre era el Bebe Roskoff a quien le tenía bronca —asunto de bochas—, pero esas eran cosas personales y el Bebe no era un mal tipo y no había por qué extrañarse de que él se hiciera cargo de la guachita que además no tenía la culpa de lo que pasaba si lo más importante era que él y la Cita se querían. Eso se lo había dicho a don Pedro, viejo boludo, que dejaba que todo el mundo se entreverara con las hijas y a él lo vigilaba como si tuviera peores intenciones que los que se le habían arrimado ya a la Cita, a la Delfa y a la Sefita. Y la pobrecita polaquita dejaría de padecer allí que ya se ganaba el pan arrimando en el tambo y todavía no iba a la escuela, y los herejes de los tíos, especialmente el arruinao y el Titi la iban a volver zonza con lo que le hacían, sobre todo de sustos, que le daban con la luz mala, el crispín viudo, el iguanón y el chanco colorado. El Titi, a veces, la mandaba que se pusiera en medio del patio bajo el rayo del sol con un jarrito de agua y le decía: «Cuando veas que el agua hierve me la traés pero no lo dejés hervir sino el mate se quema y vos sabés que mate quemado yo no tomo, apenas cuando empieza a hervir te venís de vuelta ¿no?». Y la pobrecita iba obediente a meterse bajo el sol de la una de la tarde que caía como fuego hasta que alguno de los otros serafines le decía: «Estúpida, andá a la sombra, te falta asoliarte encima, a vos ese grandote te hace creer cualquier cosa». La Leni se volvía resignada, todavía haciendo equilibrios con el jarro de aluminio para no derramar una sola gota de agua. Ella tenía su pasión secreta, casi escondida, una especie de recogimiento sobrenatural y macabro. No había sido difícil descubrirla —al menos en las formas exte-

riores de ese rito solitario— pero después de todo la chica no molestaba a nadie y en la casa, cualquiera hacía como que ese gusto de la Leni no existía. Ella pacientemente cazaba chicharras, día tras día; las sorprendía con el hueco de la mano en los troncos rugosos de los tamariscos y las ataba con un largo trozo de hilo de coser pasando el lacito debajo de las alas. Yo vi mil chicharras, o cien mil, no podría precisar cuántas, aunque pueden haber sido muchas menos si se tiene en cuenta que su bullanguería desaforada multiplicaba la idea hasta lindarla con la inmensidad. Todas volaban chillando alrededor del árbol en que la Leni las tenía amarradas haciendo una confusión descomunal de ruidos de alas, de chirridos, de entrechocamientos, de cantos incontinentes. La Leni azuzaba implacablemente a las que se prendían de las ramas para que estuvieran en continua circulación, quitaba las muertas, agregaba las recién cazadas después de colocarle en el extremo del abdomen una pajita de escoba, repitiendo el suplicio que hacía con todas. En esa fantasmagoría, quizá excitados por el palito punzante, tal vez transidas de dolor, todas las chicharras hacían su canto y en ese reino la Leni vivía, estoy seguro una emoción malévola y vengadora que le era propia, de su pura invención y que nadie perturbaba en su exclusivo deleite. Pero si la Leni intervenía con los serafines en la matanza de los sapos, seguro que su furia reivindicatoria pasaba a segundo plano pues volvía a ser paciente de los despectivos ingenios de sus tíos, y sus afanes estaban dirigidos a recibir en la cabeza, o en la espalda, la menor cantidad de sapos cuando eran revoleados muy alto para que cayeran y se reventaran contra el piso. La matanza consistía en una especie de campaña de represión que se hacía mes a mes y en la que, cada sapo, sin excepción, recibía los más novedosos refinamientos de tortura. Los más comunes consistían en echarles agua caliente en el lomo, o lanzarlos de una pata hasta cierta altura de manera que cuando tocaban el suelo ya no existían posibilidades de salvación porque explotaban los pobres bichos, inexorablemente. Otras veces se llenaba un tarro con sapos, uno de los exterminadores lo remontaba hasta la plataforma del molino y desde allí los arrojaba en masa. Pero los procedimientos más exquisitos no les procuraban una muerte tan ligera y acabada. Los sapos, en el rigor del verano, invadían las piezas frescas, la despensa sótano, el lavadero, el cuarto de baño, la letrina. Se los encontraba en los armarios, entre los zapatos, dentro de las cajas; buscaban con desesperación la penumbra y la humedad mezquina que conservaban los pisos de tierra y se encimaban hasta hacer un zócalo vivo en los rincones. Allí echaban mano los serafines. Se proveían de baldes, llenaban cajones y palanganas. Salían con sapos desde distintos lugares de la casa. Uno revoleaba en el patio, otro les cubría el lomo con sal y vinagre o les echaba en una fosa con querosén y les prendía fuego; otro, en cambio, les frotaba el cuero con la ardiente pulpa de los ajíes del monte y los dejaba secarse al sol, panza arriba, hasta que a los tres días quedaban cocinados, duros, con idéntica expresión de martirio en cada ojo sal-

tón, en cada boca, en cada manecita diminuta y deshidratada. De vez en cuando intervenía la Cita que les decía no sean herejes, no los hagan sufrir por lo menos. Pero, ¿quién podría frenar la excitación de los valientes guerreros en el ardor de la batalla? Los serafines no oían, cumplían su función con éxtasis, con paroxismo, quemando, reventando, punzando, deshidratando sapos hasta que babeantes y oliendo a carne herida se tomaban el justo descanso. Y, por ese día, ya no habría otra tarea que cumplir, era imposible que fueran al tambo, o a atar la volanta. Solo los mayores —que no habían intervenido en la matanza— cumplían con las rutinarias obligaciones, grises y anónimos por la gloria bélica de los hermanos. Los ejecutores quedaban como tristes (¿qué valiente paladín no meditó después de la batalla la responsabilidad de sus actos y la utilidad de las muertes ejecutadas con sus propias manos!), nostálgicos, la mirada perdida en el vacío y con una unción interior que los elevaba. Paladines también ellos de esa guerra santa, tenían inmunidad por un tiempo. Sus actos trascendían los sutiles niveles de la escala de valores por ellos abarcada y en esos momentos merecían respeto, materializado en un código de favores, disculpas, miradas significativas y ademanes muy amplios y alegóricos. Lo que valía sobre todo era la inmunidad adquirida. La Delfa no venía de ningún modo a buscar al Casio con una manea para que se hiciera cargo del trabajo en el corral, y el tío Pedro bajaba por unos días su látigo trenzado, regalo del consuegro el turco Isaías. Porque el Tucha, que era el mayor, se había casado con la hija del turco bigotudo mugriento Isaías, con pelos como alambres y manos como ruedas, sangrientamente odiado y repelido por la tía María. La turca era mayor que el Tucha y de tanto en tanto lo abandonaba y él tenía que ir a pedirla otra vez a don Isaías y debía rogarle por esa mujer tornadiza y lunática, que tenía algunos pesos que heredar y vivía en la casa de los serafines sabiendo, sin embargo que era, para ellos, una de las tantas cosas que se tienen y se dejan de tener en cualquier momento, sin registrar su paso por el mundo. Nadie de los serafines había podido soportarla muy bien y nunca procuraron escondérselo. El padre y la madre de la turca habían intentado muchas veces hacer más sólida la anexión, pero Sarita seguro que alguna vez le tuvo que decir a don Isaías: «Mire papá, no mande nunca más carniada a los Serafín, son gente que no saben aprepear». Digo esto porque yo presencié una vez cómo ella lloraba de rabia, de rabia espesa e ineficaz cuando una tarde llegó su hermano Tufí Calín con una funda de almohada repleta de chorizos, morcillas, queso de chancho, chicharrones y otras menudencias y dijo: «Dice mi papá que le manda este poco de carniada para que usted don Pedro pruebe ni que sea un poco y que le manda saludos a usted y a doña María y a toda la familia y que cuándo van a ir a pasar». La Delfa recibió el tributo, hierática, despectiva, entre superior y munificente, como una reina que estira su mano para ser besada; lo depositó en la gran mesa de la cocina y don Pedro, sobre sus piernas cortas y chuecas, agradecía la molestia y le devolvía los saludos en nom-

bre de todos por la vía del hermano de Sarita y que sí, que le dijera a don Isaías que en cualquier noche de estas se iban todos de visita. Los serafines se juntaron alrededor de la mesa y miraron la funda que los turcos habían usado como bolsa hasta que el Norgo, tomando con mucha repugnancia —y sólo usando dos dedos—, uno de los extremos dijo: «Vean, esta funda está usada y si eso es lo que se ve, cómo serán las otras cosas que no se ven, a mi no me guarden nada, cómanlon ustedes». La tía María adelantó bastante el labio inferior, con lo que todos sabían ya de antemano lo que estaba pensando, y dijo sílaba por sílaba, con el silencio atento de los demás, que ella veía lo mismo pero no quería decir nada para no chocar porque pasaba siempre de chocadora y que ahora lo decía nomás, ya que el Norgo había hablado, qué se podía esperar de esa gente que no tenía respeto por la limpieza. Y entonces los otros dijeron también que no iban a comer esos chorizos mugrientos y encima con gusto a perfume por el anís y esas cosas que los turcos les ponían. Los serafines no eran afectos ni al coriandro abundoso, ni a la canela ni al hinojo con que aquellos adobaban sus facturas, y volvieron a poner los chorizos, las morcillas, el queso de chanco y los chicharrones en la funda, de donde los había sacado el tío Pedro para ver si algo se podía salvar, aunque más no fuera para no despreciar tanto, pero nadie pudo ser convencido. Solamente le dieron un puñado de chicharrones a la Leni que no había dicho que no quería y vi cómo el Casio tomó la funda y la revoleó con lo de adentro en el patio hasta que reventaron las costuras y salieron los embutidos por las rajaduras y desparramó productos de carneada a cincuenta metros a la redonda para jolgorio de los perros, los gatos y las gallinas. Y la turca Sarita, mi prima política, lloraba de rabia y el abultado pecho le subía y bajaba como un fuelle hasta que gimiendo y frustrada desapareció en su dormitorio. Al día siguiente todos los perros y los gatos de la casa tenían diarrea de tanto engullir. Y la Leni también. «La peor cosa es la mugre —decía la tía María—, la mugre en la comida es la peor cosa y si uno tiene un estómago de cristiano eso no se aguanta, ni los animales aguantan la mugre en la comida si no son los chanchos, que si son los chanchos vaya y pase porque sabemos cómo son...». Y seguía pelando cebollas como todas las tardes para la gran tortilla de la cena. Hasta el perro más querido, Padrenuestro, se les murió por el empacho, cosa que los serafines nunca olvidaron. Padrenuestro se sentaba sobre sus patas traseras y ponía las delanteras juntas como para rezar cada vez que esperaba comida y por culpa de los embutidos de don Isaías, se les había muerto, ¡ay, de la noche a la mañana!, y esto era muy difícil de olvidar. Doña Cosme, la consuegra, según me dijo la tía María temblorosa de odio, ya les había mandado una vez comida hecha con carne cruda, mucho ajo y trigo, que ni los perros habían querido comer. «Esas no son comidas de cristiano —me decía—, la pueden comer únicamente ellos que viven en la mugre». Sarita se peleaba primero con el Tucha, después con todos los demás y en especial con la suegra que le decía: «Vos no sabés hacer

feliz al Tucha, pobrecito, tanto que le gustan los chicos y no le has dado un hijo siquiera, tanto que le gustaría uno». Y recalaba siempre las palabras más hirientes dividiéndolas morosamente sílaba por sílaba. «Me voy y me voy», decía la turca. «Andate y no pisés más por aquí». La Leni estaba siempre en algún rincón escuchando cada una de las peleas porque vaya a saber de qué forma las disfrutaba, y la tía María le decía al sorprenderla: «Qué hacés todo el día con la mano en la tabaquera, vos mocosa, mandate a mudar, los chicos no tienen que estar escuchando las cosas de los mayores y vos estás siempre donde no te llaman». La turca preparaba sus pertenencias más transportables en un baúl, ataba por su cuenta el sulqui y se iba a su casa que quedaba en el bajo, y por unos días no se dejaba ver, hasta que al Tucha le venían las ganas de tenerla otra vez en su cama vacía —«y tocarle las tetas», decía el Norgo—, y ataba ahora él la volanta y se iba a buscarla. Después regresaban los dos, con los tres caballos enganchados en la volanta y el sulqui amarrado detrás, levantando una polvareda que se veía apenas estaba saliendo de la casa de los turcos. El tío Pedro decía entonces: «Miren, ya tenemos otra vez el circo en casa». Cuando llegaba había que bajar de nuevo el baúl del cual Sarita sacaba sus efectos que volvían en un momento a ser colocados en los lugares primitivos, moviéndose ella como una reina reivindicada y vuelta del exilio, porque quizá qué promesas había tenido que hacerle el Tucha para dobligar sus reparos. Descargaba también de la volanta bolsas de berenjenas que la intrusa traía de los huertos paternos; atados de menta, paquetes de albahaca, un pernil de oveja y pilas de hojaldres rellenas con semillas de lino y pegajosas de almíbar que hacían fruncir la cara a los serafines y que, estirando y estirando el tiempo de consumición, podía llegar hasta un mes o dos de idas y vueltas desde la credencia a la mesa y de la mesa a la credencia. Muchas veces, las buenas hormigas domésticas cooperaban en reducir el tiempo de utilidad alimenticia en estos dones impuestos por la reconciliación. Y por un tiempo todo era paz y bonanza, y la Sara salía de su cuarto después de la siesta cosiendo algo, algún trapito que bordaba, retazos menudos y de colores suaves como para que se pensara que estaba preparando el ajuar para un niño. Muchas veces se unía, en el calcinante intervalo de la tarde, con la Sefita para colaborar en sus labores de repostería. Le batía las claras a punto de nieve o le hacía la manteca para que la Sefita pudiera preparar sus tortas y se contaban entre sí algunas historias picantes usando un somnoliento susurro de siesta, pero destemplándolo de tanto en tanto con agudas risitas contenidas. El tiempo podía transcurrir de esa manera, o mucho más simplemente si la Sara decidía descansar y solo se levantaba adormilada muy avanzada la tarde, cuando ya todos estaban en el tambo. Eso, claro, en los momentos de paz y bonanza, como dije, hasta que las peleas volvían a armarse por hechos muy simples y femeniles. A veces un reclamo porque del tualé le estaban faltando cosas a la Sara, como el vaporizador que le había regalado su tía Fara para el casamiento

y que ella consideraba irremplazable solo por esa hermosa pera de goma envuelta en seda trenzada que tenía el artefacto. Otras veces las peleas venían paso a paso, palabra tras palabra porque la Sarita convencía al Tucha, una tarde cualquiera, para que la llevara a Isleta a comprarse un corte, un par de zapatos, alguna crema para la cara o un perfume. En poco tiempo el buenazo del Tucha había cambiado bastante: se volvió taciturno, se diría melancólico con grandes silencios de los que nada podía sustraerlo. Tal vez sentía de manera distinta que Sarita significaba algo en su vida y que no era bueno que las cosas anduvieran como andaban y que entre ella y los serafines por fin se podrían arreglar las diferencias para siempre y que en el corazón de cada uno se hiciera también un hueco en el que pudieran recibirla como una parte grata e indivisa de la familia. Por algo él la había buscado como mujer entre todas las otras que en un momento de la vida van detrás de novios y desparraman simpatía con los varones que están en edad de casarse. Todo era muy simple, tal vez: la quería con su poquedad, con su fea nariz, con sus caprichos y con sus piernas oscuras. ¡Sabía ser grata y tonificante cuando tenían sus momentos de intimidad y se contaban y se decían todas aquellas cosas que pueden decirse los esposos lejos de oídos extraños! Hablaban seguramente del hijo que querían y no venía, de la ilusión de un tambo propio con ellos dos solamente si don Isaías le daba por fin la herencia a su hija; de algunos recuerdos de cuando eran novios o quizá de ciertos secretos mínimos, mínimos que los ataban mucho más cada vez que los mentaban. ¡Pobre Tucha, él fue el primero en irse de la casa y el primero en morirse! No sé si tiene objeto que cuente cómo fue, pero algunos dicen que la turca y la hermana de ella lo envenenaron cuando se fueron a vivir solos a ese tambo de Campo Bonetto; que eso fue un crimen, porque en la forma en que lo encontraron podía sospecharse de violencia, pero nadie intervino. La tía María solía nombrarlo después añadiendo a la referencia algunas palabras de dolor y otras de odio ya se sabe para quien, pero su puesto estaba allí en la casa, pelando cebollas día tras día e incubando huevos con sus Rhode Island y sus grandes batallas de patas amarillas. Los demás quisieron creer que había sido muerte natural lo que llevó al Tucha a la tumba, y no otra cosa. Pero cuando era momento de murmurar, se murmuraba.

La Cita le seguía en edad, era la más alta de todas y había aprendido a dibujar en la escuela, hacía mucho tiempo, unos hermosos duraznos que pintaba de amarillo y rojo, esfumando estos tonos con el dedo apenas mojado en la lengua. A veces usaba una pella de algodón cuando la esfumatura requería un trabajo más delicado y la superficie pictórica se ampliaba. Sabía hacer esos idílicos duraznos de un solo trazo, con una bella forma acorazonada y un trocito de tallo arriba del que nacían siempre dos o tres graciosas hojas sanas y de nervaduras remarcadas. Tenía en el comedor un grupo de duraznos que ella había pintado sobre una hoja de cuaderno y al que el Norgo le había hecho un marco con palos

de escobas serrados por la mitad, y si la Cita tenía que hacer un diseño para bordar manteles o algún vestido, allí aparecían otra vez las frutas como aparecían en todas las carátulas de los cuadernos escolares de sus hermanos. Un cuaderno que se inauguraba era orgullosamente exhibido en el aula con los frescos y rotundos duraznos que la Cita pintaba. De ella había aprendido algo yo, tal vez sea ese el dato más intenso que de su persona conservo para perturbar mi memoria que muchas veces flaquea en el borde que separa la nostalgia del recuerdo. Con paciencia me había enseñado a aprenderme de memoria: «doña Rata salió de paseo por los prados que esmalta el estío, y son sus ojos tan viejos, tan viejos, que no puede encontrar el camino». Ella no lo recitaba, lo cantaba cuando cosía a máquina después que todos se habían levantado de la siesta y empezaba la actividad de la tarde. Su voz entonces parecía melodiosa, o lo era, probablemente, con un nuevo ritmo por ella creado y que hacía por un momento aquietar el bullicio de los hermanos, porque la Cita, con su «Balada de doña Rata», por ella misma musicalizada, había arrullado muchas veces el sueño de su pobre guachita en noches de desvelos, de fiebres o de miedos. Y, junto a la máquina de coser, revivía una ternura de madre que le habían permitido solo en partes gozar, mientras los otros, por su cuenta, pensaban alguna cosa en silencio, trasmutando vaya a saber qué mundo cerril y entornando los ojos y la boca en suspenso, ese instante terrenal y rutinario. Era el momento en que se hacía la merienda, antes de que los serafines cumplieran con el tambo. Qué amor entonces lo de doña Rata y el Casio con cara de sueño (porque no había dormido la siesta) llenando la taza con ese sólido pan casero hasta que el pan, el matecocado, la leche y el azúcar se convertían en una papilla desbordante y mórbida que lo hacía meditar a uno acerca de las receptividades del estómago humano. Pero el Casio acompañaba siempre su papilla con un chorizo en grasa, más pan con manteca, más algún pedazo de tortilla que sobraba de las doce (era de las once, en realidad, porque se almorzaba a esa hora) y dulce de duraznos y arropé, y tal vez dulce de leche cuando lo había. Eso no le daba bríos para ir al tambo, al contrario, pereza, modorra, laxitud. Y si no se apuraba a levantarse, entonces venía la Delfa con una manea y empezaba a decirle a las buenas: «Andá Casio, es hora, andá arrimar, la chica está allá y vos todavía sentado...». Los serafines no se sentaban en sillas; se sentaban en el suelo, o en cuclillas sobre las ramas de los árboles cercanos a la casa; algunas veces permanecían enganchados, boca abajo, de los tirantes del techo como hacen los murciélagos, o había que ir a buscar a alguno a la plataforma del molino en donde se acomodaba con las piernas en el vacío y diciendo a gritos qué se estaba viendo desde allí: «¡Por la rinconada viene el auto del juez!... En la casa de los Sbrun el Chono se está por montar la yegua detrás del galpón; ese pión que se trajeron de Malabrigo no les sirve para nada, anda siempre caliente... El Chirín Ferrari anda por lo de Franco, en una hora lo tenemos acá». «Fíjate si el padrillo está alzado

ya —le gritaban desde abajo— que le echamos la Calabaza»; o si no: «Calculá cuánto le falta al suegro del Tucha para terminar la concesión así le pedimos el tordillo y el pangaré para arar nosotros...».

Yo no conocí nunca a nadie que pudiera ver a través de la distancia como lo hacían ellos. Si se encaramaban en la plataforma del molino, o encima de un techo, o en las parvas más altas, dominaban con precisión la mayor parte de la colonia y era el Bimbo el que distinguía mejor a cada persona cuando divisaba a algún grupo yendo a alguna parte, a lo lejos. Podía decir con certeza, sin equivocarse, que en la casa de Adolfo Viola estaba llegando Juan Ricca con la familia pero que la hija mayor no estaba y había otra persona que no se conocía. «Te juego que es la hija mayor, nomás», le gritaba el Titi o el Casio desde abajo. «¡Te juego que no!», les decía él insistiendo en su pronóstico, y no se equivocaba, apostaba siempre y siempre ganaba. Y en los días de lluvia, cuando escampaba la tormenta y todavía había tiempo para que saliera el sol, el Bimbo corría al molino, desafiaba al zumbante viento sur y se encaramaba en la plataforma porque quería ver en dónde nacía el arco iris. Él insistía en que los colores salían como de una fuente en que estaban mezclados todos los tonos y que el agua de esa fuente empezaba a subir hasta que por su propio peso se curvaba y hacía el arco que desde abajo todos podían ver. Desde allí, gritando muy fuerte para hacerse oír, decía: «¡Vean, ahora sale el rojo, ahora se levanta el verde y sigue el violeta, y ahora el amarillo y el azul se juntan y los alcanzan a los otros!». El viento se embolsaba en su camisa de dura lona, y restallante y libre el faldón, tremolaba al aire como las alas de un ángel dichoso que había encontrado justo el lugar de la tregua en su largo viaje por éter. Tal vez yo lo vi volar en aquella tarde en que el arco iris fue doble y dijo: «Si ustedes pudieran ver desde aquí arriba se darían cuenta de que la torre de la iglesia, allá en el pueblo es toda de oro, y la luz reluce como si estuviera hecha de espejos». Él tenía los brazos abiertos hacia la imagen aquella de la que podía disfrutar a sus anchas y, sin embargo, generosamente deseaba hacer compartir. Levitaba, gritaba embriagado, saltaba sobre la estrecha plataforma, se retorció en un éxtasis de luz y viento en tanto, sin que se diera cuenta, toda su cara, y su cuerpo, y el molino, se ponían también de oro y entonces desde abajo no podíamos entender cómo había hecho para que al solo conjuro de sus palabras algo tan vil y tan cotidiano como la tierra, los árboles y la carne de su persona se transformara en otra sustancia de la que nadie había tenido noticias nunca. Y era luz nomás, si uno se ponía a pensarlo atentamente, pero en ese momento, en el mismo vórtice del resplandor comencé a comprender yo que había allí algo superior que provenía de la eternidad, lo cual, muchos años más tarde me angustiaría por no precisar en mi madurez algún detalle que la hiciera patente y significativa como en los tiempos de nuestra infancia. Esa era mi raza que comprendía entonces con la incontenible maravilla de la inocencia juvenil, que comprendí después con la

grande y alible nostalgia de la memoria adulta. Era yo ese niño al pie de la torre dorada, entonces, y aún no eran tan distantes los tiempos de las primeras siembras y de las primeras cosechas y sin embargo no había otra forma de enmarcar a toda esa gente que en los espacios bíblicos como lo habían vivido esos piamonteses de cabeza dura y pies enormes llegados con la azada y la mancera. En alguna pared colgaba todavía el sementero del abuelo que contuvo los primeros granos arrojados al surco, y en algún galpón dormitaba polvoriento la rueca que no hilaba más el rústico vellón. Fabulosa visión de arco iris y carne traspasada de luz, gigantes de mi memoria lontana, serafines cerriles, heridos de rastros, marcados por el sol, que pisaban la tierra con sus enormes dedos separados como si la tierra fuera su hembra o su amada imposible. ¡Hombres y mujeres que adoré, debía hacerles mi propio monumento alguna vez con esa misma luz comprendida aquella tarde después de la tormenta y guardada como un instante de eternidad entrevista en medio de la vulgar rutina del tiempo terrenal! ¡Ah, qué bello todo! ¡Qué imponentes esos datos del mundo de mis serafines que no eran otra cosa que el paso de los días, el ciclo de las cosechas, el nacimiento y muerte de las bestias domésticas, la claridad nutriente del sol en su camino inmutable! ¡Bimbo sobre la plataforma del molino, volando, dirigiendo la mecánica celeste, pero también terrestre como sus hermanos reducidos a pequeñeces cotidianas, era tan imponente e inalcanzable en tardes como esas! Por su parte el Casio era el contraste. Viviendo una atropellada adolescencia se revertía en brutales ímpetus que lo hacían gritar y comer como un gigante, recorrer caminos y trepar árboles, o subir potros en pelo echando alaridos al aire, encaramarse en las parvas más altas y desde allí atronar el atardecer con voces que no tenían destino y que podían ser tanto un llamado de amor como un grito de guerra. Caía después en la inercia más indescifrable embebecido muchas veces en la amorosa contemplación de su guitarra a la que hubiera querido arrancar algunas notas sin poder hacerlo nunca pese a su gran deseo y a su gran dolor que no le entendía nadie. Él era el más grande de todos, había nacido fuerte y crecía todavía más y como era el más grande les ganaba a sus hermanos en comer y en tener modorras después de la ingestión. Y la Delfa que había venido primero a buscarlo por las buenas y no lo podía hacer levantar, empezaba a revolearle la manea frente a la cara y terminaba por darle unos cuantos argollazos en la espalda que sonaban huecos, hasta fatídicos se decía, sobre esa armazón ósea tan estupendamente conformada. Las agresiones mutuas de hechos y de palabras seguían hasta que uno de los dos vencía en la contienda. A veces se partían los labios, daban bramidos de batalla, se aplastaban la nariz, pero nunca empataban: uno de los dos debía ganar. Si ganaba el Casio, no iba al corral, el ordeño se hacía sin uno de los serafines y el triunfador se iba a tirar en un hueco del camino en donde el agua de lluvia descendía para el bajo y erosionaba el suelo. Allí se quedaba quieto, como aletargado hasta la noche, hora en

que volvía a la cocina para reclamar humilde y transido de arrepentimiento su porción de comida. Muchas memorias me quedan de esos encuentros ferales entre hermano y hermana y, de todos ellos —no obstante nuestra participación con risas y pullas para los contendientes— nos persistía la amargura de su cruel y estúpida inutilidad.

No sé por qué una tarde en que había ganado la batalla en contra de la Delfa, el Casio no se metió en su cueva del camino, en cambio se decidió por las alturas de la casa. Era como si el ángel maldito condenado a los abismos, de pronto se reivindicara necesitando de las ascensiones para inundarse de celeste y conseguir el perdón. La tía María después contaba cómo habían sucedido las cosas; era la única que siguió paso a paso el ascenso, el descenso y la caída desde su lugar de pelar cebollas para la tortilla de la cena. Es todavía posible reconstruir la imagen del horno frente a la casa, a la sombra de las cinco de la tarde, con el alto eucalipto a su lado, y la tía María en su silla de paja, bajita, mirando los increíbles sucesos. El Casio llegó a un límite nunca alcanzado con su audacia. Hoy quería volar. «No vas a volar —le decía la madre—, nadie puede volar, estúpido, ni menos un hombre grandote y pesado como vos». «Usted no se meta mamá, que si no fuera por los experimentos en este mundo no se inventa nada». «No vas a volar con eso, cabeza dura, después cuando te pase algo no digas que no te advertí —dijo la tía María que se dijeron entre los dos». Esas pudieron ser las palabras porque así lo contó ella y fue el único testigo. El Casio se subió desde el techo al eucalipto y desde allí consiguió una de las ramas más adecuadas para el lanzamiento. Se puso en los brazos unas grandes alas de caña y papel de diario que había pegado con engrudo y reforzadas muy burdamente con tientos que pasó bajo las axilas para conseguir el planeo que había imaginado con optimismo. Se supone que debió sentirse dichoso en ese momento de iniciar la aventura aérea, y se largó. «Yo no sé cómo pudo ser tan cabeza dura, yo se lo advertí, no tiene nada de juicio», decía después la tía María cuando tuvo que llamar a los otros para hacerlo venir en sí y poder entablillarle el tobillo antes de que se enfriara. «Así vas a aprender para otra vez, cosa de matarse». El tío Pedro lo miró dudando de que eso, desvanecido en el suelo pudiera haber siquiera rozado la reflexión en el instante de lanzarse, y cada uno por su lado procuró ayudarlo para hacer pasar el mal momento del herido. «Yo le dije, cabezón, que no iba a volar», seguía repitiendo la tía María, y el tío Pedro que le decía: «La sin juicio sos vos que no sé cómo una madre puede dejarle que haga lo que quiera y que un hijo se le arriesgue con el peligro en las propias narices». Pero el Casio, algunos días después, repuesto, me contó que había volado, que era una cosa diferente sentir cómo se flotaba en el aire, que a lo mejor después del servicio militar se enganchaba en la aviación porque volar era mejor que cualquier otra cosa para un hombre. Yo no tenía otra opción que creerle (¿cómo no iba a volar después de todo si era un serafín?), y mi fe en él desbordaba cual-

quier evidencia de la realidad. Era tal vez porque yo mismo, en el fondo deseaba ser igual que ellos, otro serafín y volar. Cuando estuvo del todo bien y pudo ir otra vez al tambo, había una especie de jolgorio por el reintegro del arruinao a la actividad de siempre. Juntos, todos los serafines volvieron a hacerse bromas, desclavarse los banquitos del ordeño, empastarse la boca unos a otros con estiércol, atarles latas vacías en la cola de los perros dormidos, ponerle moscas al café con leche de la Leni, tirarle jarros de agua fría al tío Pedro que siempre hacía su profunda siesta sobre un catre desnudo a la sombra de los tamariscos. También eran capaces de actos tiernos a los que se aplicaban de tanto en tanto, como regalarles cajas de Terrabusi a las hermanas, algún faconcito o linternas a los otros varones y pañuelos de cabeza a la tía María. Un acontecimiento como la convalecencia del Casio propiciaba ambas inclinaciones de los serafines y la casa estuvo un tanto de fiesta por varios días. Muchos peregrinaron hasta allí para visitar al Casio malherido, enterarse de los detalles del vuelo y dar sus propios consuelos y también consejos para una situación parecida que a cualquiera podía ocurrirle en el momento menos pensado. Cosas del destino nomás. Las mujeres se ayudaron entre sí a batir las tortas y juntas hornearon más pan para servir grandes tajadas bien frescas con dulce y abundante crema recién desnatada que espolvoreaban con azúcar en el momento de convidar. La Neta vino a pasar el día, y como la tía Fornarina le había recomendado que no fuera un estorbo, sino más vale una ayuda, ella se encargó esa jornada de tener siempre listas en la bandeja de espejo, una tanda de copitas de licor de menta para ofrecer a los que iban llegando. Y vinieron a ver al Casio don Simón Viola y su mujer que ahí nomás hicieron arrodillar a todos para rezar un rosario por la salud del muchacho. Vino también el tío Luis Bueno y gran parte de la familia; vinieron los Ricca que vivían en el pueblo y los Prola y los Michelasi que estaban en el fondo de la Rinconada; y los Franco y los Polletti que vivían casi junto al Saladillo y la buenaza de Tibalda la Grossa (que organizó otro rosario por el restablecimiento del herido) desde su casa mucho más cercana a Isleta que al poblado de Corda. Y vinieron muchos más: los Frumento, los Bonzi, los Ingaramo, los Schmidt, los Racca, etcétera. Don Jacinto L. Arauz llegó un día con los pies cansados, se descalzó y se sacó las medias, y aunque los otros arrugaron la nariz cuando fue a colgarlas para que se secaran, él procedió como si sus plantas olieran tal cual las brocamelias perfuman cuando empieza a moverlas el airecito fresco de la noche. El juez de paz paró una mañana a eso de las diez y media con su Ford A color lacre frente a la casa para pedir una versión exacta de los hechos porque creía que la cosa se estaba agrandando demasiado. «En el pueblo han empezado a decir que con el vuelo llegaste casi hasta la casa de mi hermano Naldo, ¿es cierto? Y algunos dicen que te vieron remontar el eucalipto, ¿es cierto eso o son macanas tuyas?». El Casio no decía ni sí ni no. Por un lado temía la inquisición del juez que casi lo miraba con ojos aviesos para intimidar-

lo, pero por el otro lado le dolía mucho desbaratar la hermosa y dorada leyenda que tanto prestigio le estaba agregando. El reloj dio las once y el almuerzo estaba listo con sopa, puchero y un ganso al horno, por lo que el juez fue invitado y el careo con el Casio se suspendió sin que nunca más volviera a retomarse. La turcada apareció una noche a jugar a la lotería y, a pesar de que su intención fue traer un poco de consuelo al enfermo, se volvieron todos medio disgustados por no sé qué chincuina mal cantada. «Créame don Isaías —explicaba el tío Pedro—, hoy día la muchachada es capaz de cualquier cosa, menos trabajar». Don Isaías se absorbía tanto en sus cartones que nunca llegaba a tiempo para responder. De tanto en tanto decía: «Trambas no, somo tuda gente honesta, tuda gente divertida pero honesta». Las otras dos Isaías, hermanas de Sarita, no jugaban a la lotería sino que charlaban con la Sefita y la Delfa y les ayudaban a cebar mates y podían así reírse de la Pindonga Ferrari y de la hija de Tibalda la Grossa que estaban cada día más solteronas y más viejas. Doña Cosme quería ganar a toda costa y como se angustiaba fervorosamente ante los caprichos de la fortuna, fumaba un Colmena detrás del otro con una ansiedad que le hacía más grandes los ojos saltones hasta hacerla igualita a una comadreja. El Tufí Calín que era muy tonto, quería pasar por muy despierto y trababa el juego a cada rato, con lo que la nerviosidad de los jugadores iba en aumento y se precipitaban los entredichos. Lo de la chincuina mal cantada fue un pretexto tal vez: don Isaías podía quedarse hasta las cinco de la mañana con sus cartones y sus porotos, embrujado por las circunstancias del juego. Reía a borbotones cuando le tocaba cantar a los serafines que inventaban sus propias metáforas y alegorías para decir los números o repetían los tradicionales: el sucio, el roto, la niña bonita, el muerto que habla, los patitos, la edad de Cristo, el mucho gusto, la medianoche. Pero un turco divertido no era cosa que se pudiera aguantar por tanto tiempo. Las muchachas, por su lado, ya se habían enseñado los vestidos de salir, habían ido al patio a buscar agua y de paso contarse de sus festejantes, habían también empezado y dejado muchas veces las cebadas de mates sin que don Isaías entendiera que el tiempo acortaba la noche y el sueño los asediaba. Por eso los serafines empezaron a confabularse entre sí y hacer las trampas más vergonzosas hasta que los turcos se quedaron sin un peso, se levantaron disgustados y se fueron saludando en forma muy reticente. La Sarita despidió a la familia besando a uno por uno, soltó alguna lágrima cuando abrazó a doña Cosme que le decía: «Bobrecita, bobrecita, que mala suerte tiene esta bobre hija mía»; aunque nadie sabía si se estaba refiriendo a lo que había perdido en la lotería o porque estaba casada con mi primo el Tucha. El tío Pedro solo se permitió un detalle explosivo cuando se fueron los turcos, solo una frase que no pudo contener y que largó en el silencio de la noche suponiendo tal vez que nadie lo escuchaba, mientras orinaba detrás del horno: «¡Vieja argolluda!».

Se me fue ese verano. Vino mi padre a buscarme allá en los últimos días de

febrero, como otros años, y a principios de marzo nos marchamos. Me despedí de los serafines, me enfermé por dentro, volví otro verano, y después otro y quizá otro más. El Tucha se había ido a trabajar a ese tambo de Campo Bonetto, después la Cita se casó con un morocho que trabajaba en las vías y vivía en las casillas de zinc que tenían bajo los eucaliptos de la estación: Antonio Gómez se llamaba, pero ella murió de parto en un rancho de Santa Fe, donde el catango la había llevado a vivir cuando consiguió su traslado en el ferrocarril. La Leni regresó a la casa de los abuelos, vestida de negro sometida a un tétrico y riguroso luto, pero nerviosa, pálida y altiva, tal cual la habían hecho. Ahora la pobre guachita ya ni madre tenía. En un invierno de escarchas y ventolinás lo encontraron al Tucha muerto, muy temprano por la mañana, ya duro por el frío. El Bimbo dejó el corral y se fue a trabajar de albañil a la ciudad. Casio se unió a un equipo que iba por toda la provincia y también a otras para levantar cosechas y pasaba muy de vez en cuando por la casa. Titi, el Grillo y Norgo pusieron su corazón y su pensamiento en las tres hermanas Krausse, por no decir que se enamoraron, y en un año, como fueron gustosamente correspondidos, los tres hermanos se casaron con las tres hermanas rubias de aquella familia de alemanes. También se fueron ellos. Yo no tenía por qué volver allá. Los viejos quedaron solos con la Sefita, la Delfa y la Leni y una casa de mujeres solamente no es una casa de charcareros. Redujeron el ordeño que quedó en manos de las tres más jóvenes, porque con el tío Pedro ya no se podía contar, con su agobiante reuma y su corazón desfalleciente. Entre tan pocos hicieron lo que pudieron, nomás. La Leni llevaba la leche a la cremería con una chata vieja que se iba terminando de a poco y que ya no tenía fuerzas para arreglar el tío Pedro. El tiempo pasa rápido, la gente se vuelve adulta, vieja, inútil. La Leni se escapó en una noche de aguaceros con un miserable y hambriento artista de circo que la sedujo, y se perdió en la nada, en los días sucesivos, en las desgracias particulares. Entonces a la Delfa y a la Sefita les llegó también su hora —como dicen— cuando parecía que ya estaban quedando para rezos y vestir santos tal cual la Pindonga Ferrari y la Teco de la Tibalda la Grossa; la Sefita se casó con un mediero y la Delfa con el dueño de un almacén en Isleta. El tío Pedro murió de cáncer ese mismo año, es posible que de cáncer en el alma. Ni siquiera pudieron estar ese día juntos otra vez todos los serafines, faltaron unos cuantos al entierro del pobre y cansado viejo. Casio se hizo operar, aconsejado por un franco y paternal médico que lo vio una vez, y se casó con una maestra rural; después de tanto tiempo lo encontré en algún cruce de caminos y me contó que ya tiene cinco hijos: los dos primeros fueron mellizos. Ya no escondía las manos como cuando se sentía antes observado por alguien, pero tampoco le quedaba una sola verruga. Al Titi se le ahogó un hijito en el arroyo y él se ahorcó no mucho tiempo después colgándose de un tirante. El Grillo fue aplastado por el techo de su casa en aquella gran tormenta del año 1960. Había logrado poner a salvo a su familia debajo de una mesa muy

fuerte de algarrobo, pero él no alcanzó a cubrirse. Norgo murió de un ataque al corazón. La tía María, que enmudecía cada vez más con el rigor implacable del destino que se los llevaba a todos, soportó una dolorosa enfermedad de los intestinos por años y sucumbió en el más absoluto silencio abatida por una muerte amarga y sombría.

Esta es la casa de los serafines. Estoy en ella, no sé si le han sacado el techo o lo voló alguna tormenta. En esta mañana de verano en tanto las chicharras, más salvajes que nunca rascan el aire, aquí, entre algunas paredes que quedan en pie miro este cielo de Corda, un cielo que no ha cambiado, duro como el mármol, pero transparente y luminoso, lleno de ese sol alto y agresivo capaz de enloquecer a cualquier hombre que se anime con él. Qué ruidos de silencios vienen de los montes, de las hondonadas; fantasmales repiqueteos de cascos sobre los caminos vacíos ya sin huellas, balar tedioso de los animales en los potreros que existieron y ya no existen, la pereza detenida del molino en la hora de la siesta preferida por los serafines. De la chimenea no sale humo, nadie cocina pan en el horno, los galpones se han venido abajo, el estanque de los patos está seco. Una hierba feraz, inculta, que nadie ha sembrado cubre los pisos, el huerto en decadencia, los senderos que fueron en épocas de bonanza. Al moverme aquí, algunas culebras serpentean eléctricamente y me producen el repentino sobresalto. Estoy recuperando el tiempo perdido, como dijiste vos Tobi alguna vez cuando te contaba esto, y necesito que aparezcan los espectros para que me atestigüen la verdad. Juro que los necesito y tiemblo de angustia esperando que se corporicen: el espectro de mi tío Pedro Serafín, el del Tucha, primero en iniciar la partida; el del Titi que se ahorcó porque no pudo soportar la ausencia de su hijito ahogado; el del Grillo aplastado por la casa en el instante en que había logrado poner a salvo a su familia; el de la tía María silenciosa y lenta detrás de sus cluecas y apilando cebollas para hacer una cena grande que todos deberíamos compartir, como en los dulces tiempos, alrededor de la mesa larga y riente iluminada por la suave lámpara de petróleo. Pero no hay espectros. Es difícil demostrar la verdad sin testigos. Es difícil no tener miedo por lo que nos espera.

LAS LLUVIOSISTAS

Las hermanas Verónica y Pina Polanta fueron las últimas lluviosistas que tuvo Corda en su larga historia. Luego de que ellas dejaron libre el oficio, nadie quiso intentar el trabajo, ya sea porque la actividad no es propia para el común de la gente (no todos tienen condiciones para hacer llover), ya sea porque el tiempo, al avanzar hacia épocas más modernas, se organizó mejor con sus elementos atmosféricos y los colonos aprendieron a depender de sus regímenes; ya sea porque las hermanas tuvieron sus serios desencantos después de haber dedicado la vida entera a contentar a la gente con sus lluviecitas, sus chaparrones y sus verdaderos diluvios, según fuera la necesidad general de la colonia. Este final quizá influyó en los que hubieran querido seguir las en la ocupación, aunque su vasta fama fuera suficiente para tentar a cualquiera.

Ellas dos fueron munificentes y hacendosas a pesar de su ancianidad. Casi todos las conocieron viejas y nadie alcanzaba a comprender cómo de cuerpos tan entecos podía salir la fuerza de la lluvia. Porque ellas eran además muy delgadas, muy secas de carnes, muy planas, propio que un trozo de cecina y cualquiera que se les pusiera al lado parecían en cambio grueso y exuberante. Mujeres pródigas, como doña Veneranda Suppo, la esposa del juez, por ejemplo, evitaban siempre acercárseles para no parecer una montaña de carne y huesos y las dos viejecitas, en cambio, despreciaban cosas tan notables que ocupaban tanto lugar y no traían provecho. «Una mujer estúpida en cuerpo tan grande —decían ellas— es mucho más estúpida todavía».

Si los colonos de Corda estaban necesitando agua —agua del cielo, se entiende— con el fin de alentar un triguito esmirriado por la seca para que reverdeciera y encañara, iban hasta las viejas hermanas y les decían: «Pina y Verónica Polanta, nuestro trigo de la harina y del pan necesita agua. ¿Qué se precisa para que le caiga la lluvia?».

Ellas se ponían una mano en el corazón, hacían reír sus hondos ojos pesquidores, se consultaban un rato en voz muy baja en un rincón de la galería para que los otros no oyeran y volvían a enfrentarse con la comisión peticionante y le decían punto por punto lo que alguno tenía que hacer para que lloviera el

agua que venían a pedir. Nadie decía ni mu y se iban a cumplir para conseguir la lluvia que llegaba puntual, fresca y vivificante como la habían deseado. Y la generosidad y poder de las hermanas seguían creciendo.

A veces parecían complicados los pedidos de acciones previas que debían cumplirse para obtener la lluvia, pero ellas prescribían y la lluvia venía. Se cumplía tal cual, o no se cumplía. No había más opción que hacer lo que ellas indicaban. Pero en Corda se las apreciaba mucho aunque sintieran la inexcusable tiranía con que ofrendaban sus poderes. Eso sí, no exigían más que lo correcto, porque vivían de su profesión como África Rivero que era modista vivía de la suya, o como doña Teresa Bortolotto, que era desembuchadora y vivía de su trabajo.

«Pina y Verónica Polenta, nuestro centeno está a punto de tomar arañera por falta de agua. Ya que el cielo no quiere llover, ustedes tienen que llamar al chaparrón. ¿Qué se necesita entonces para eso?».

Las hermanas deliberaban otra vez en secreto y venían con la receta que los pedidores corrían a cumplir. Se vestían con largas hopalandas que se echaban encima en los momentos previos a las tormentas para hacer los conjuros y esas prendas eran como de una tela rarísima porque las gotas que siempre las tomaban por las chacras a donde iban a influir con sus poderes, les resbalaban hasta los pies sin dejarle una mancha de humedad. Se decía que la habían obtenido de un mágico llegado al pueblo en un día de fiesta con su baulito al hombro y un teatrillo plegable en el que actuaba una enana blanqueada con albayalde, no más alta que un gato, que traía tapada para que nadie la viera antes de pagar sus veinte centavos.

Pero al mágico, que se llamaba Bartolón y sabía hacer muchas cosas como convertir el agua en dulcísimo vino garnacha y sacar aves de su bonete, nunca había podido hacer llover y, atraído por la fama de las lluviosistas se fue una tarde, después de la última función, a hablar con las dos para preguntarles qué se hacía en esos casos. Algunos dijeron después que a cambio de la receta, ellas recibieron esa tela de Polonia por la que el agua resbalaba. El mágico se fue con su baulito, su enana esparrancada y su teatro plegado y, quizá, también si no se llevó al secreto para hacer llover, cosa que habrían cedido las hermanas —¡mujeres al fin!— por una pieza de tela blanca que ni el turbión más contumaz vulneraba.

Se necesitaba agua para hacer nacer el maíz y allá iba la comisión a pedirles: «¿Qué se hace en estos casos Pina y Verónica Polenta?».

Y ellas iban a consultarse en secreto para volver con la luz de la sabiduría en los ojos: «Se encierra en una lata un sapo enlazado con cabello de mujer rubia y cuando se duerma lo traen para acá».

La comisión pedía enseguida un cabello a Adela Pradolini que ya había aprendido a no cortárselos porque en las recetas, muchas veces, se necesitaban algunas de esas fulgurantes hebras de oro y buscaban el sapo que enlazaban, el cual no tardaba en dormirse arrobado por los placenteros cuidados que los

esperanzosos le dedicaban. Ya en manos de las dos mujeres, a las que de lejos veían cruzar los campos vestidas de blanco, nadie sabía qué destino le daban, al pobrecito, en tanto el cielo se preparaba para la lluvia.

Un poco más adelante, las hermanas empezaron a decir con intranquilidad que los tiempos venían difíciles. Que el Dios del cielo exigía un poco más para abrir las nubes de la lluvia, por lo que ellas debían corresponder con sacrificios más trabajosos.

Beppo Somaglia, que no creía en el buen corazón de las viejecitas, se rió de ellas y dijo que eran unas brujosas que trabajaban con el diablo.

Empezó un período de lluvia remisa y fue la comisión y les dijo: «Nos está faltando el agua para que nazca el alfa y la hacienda se va a morir de hambre. ¿Qué se precisa para que llueva?».

Ellas fueron a consultarse, rieron desde adentro de sus ojos celestes y al volver dijeron con sustanciosa parvidad: «Tomen cabello de mujer rubia y lo atan por doce horas a la lengua del Beppo Somaglia». Y la comisión salió de esa casa e hizo lo que las mujeres mandaban para que lloviera. Cosa que realmente sucedió para alegría de todos. Con lo cual el Beppo quedó conforme y nunca más aludió a brujas y al demonio.

Pero se supo que Margarita Gerlero, por envidia, hablaba descuidadamente de ellas a causa de esa tela blanca de Polonia que no le quisieron dejar tocar. Margarita Gerlero empezó a decir que era un hule cualquiera y que no había nada de mágico en eso, con lo cual el brujo de la enana las había embromado justamente a ellas que eran tan sabias.

Por esos días faltaba agua para hacer crecer el lino nuevo que tenía tantas ganas de florecer y no podía pues sus raíces estaban paralizadas por la sequedad. Fueron como siempre y les preguntaron.

«Tomen plumas de tuyango y hacen un buen pincel. Con ese pincel untado en... (y les dijo en qué debían soparlo) lo pasan alrededor de la boca de la Margarita Gerlero. Se vuelven acá con ese pincel». La pobre muchacha, por culpa de su amor a la verdad, debió sufrir las molestias del emplasto y por más que gritó y escupió de rabia, no la eximieron del sacrificio por el bien de todos.

Doña Veneranda Suppo, la jueza, o sea la mujer de don Benacho Suppo, el juez (que eran los padrinos de la muchacha), dijo que la autoridad del marido no podía ser menor que la de las dos hermanas por más lluviosistas que fueran. Y que hacer llover cuando a cualquiera se le antojara no podía seguir. La mujer, en eso, era bastante cuerda, como se ve. Y que la lluvia era cosa del cielo no de brujas ni de los espíritus, por lo que era necesario hacérselo saber a las hermanas.

Por esos días alguien necesitó agua para su campito en La Rinconada donde la seca se hacía notar antes por lo salado de la tierra y convenció a la comisión para que en su nombre pidiera un poquito de lluvia. No demasiada: lo suficiente

para no molestar a los otros y tener como para aguantar hasta que se precisara realmente una lluvia grande en toda la comarca.

Fueron a pedir el trabajo a las lluviosistas y ellas les dijeron: «Esto exige alguna dedicación, a lo mejor un poco más que otras veces; vaya a saber por qué, pero todo se pone más difícil ahora». Y recetaron.

La comisión se dirigió con mucho respeto, con mucho «disculpe usted» y mucho «es para el bien de la colonia» a hablar con la jueza, pero ella no quiso saber nada de hacer ningún sacrificio de su parte y los despachó como habían venido: con las manos vacías.

Y no llovió. Fue entonces cuando llegaron los tiempos desoladores: vientos de fuego, sembrados mustios, frondas marchitas, animales sedientos y la tierra como ceniza. Ahora sí, la comisión entera tenía una lluvia grande que pedir y allá acudió.

«¡Ay, ay, esto es serio y enorme! —dijeron mermas de ánimo las viejecitas— en tiempos como los de hoy Dios no larga el agua así nomás. Y por algo será».

«Pina y Verónica Polenta, ¿qué debe hacerse entonces para una calamidad como esta?», preguntaron ansiosos. Y ellas se lo dijeron.

Pero por más que volvieron con humildad a la casa del juez, con desazón, con el estado de quien va a pedir clemencia, la mujerona tampoco quiso ceder y esta vez se enojó de veras exigiéndole a Benacho Suppo, su marido, que fuera y actuara por su cuenta.

El desastre de la sequía prolongado por esa dificultad tenía pendiente a todo el mundo y, cada uno, por su parte, pensaba cómo podía ayudar para salvar pesares. Por eso alguien decidió que la única manera de obtener las bragas de la señora jueza era esperar que las tendiera en el alambre cualquier día de lavado general.

Enormes, enormes, flotaron atadas a un mástil una mañana entera, infladas e impolutas, remedando la gran capacidad de contenido que ese viento cargado de humedades y promesas, traviesamente complotado, se empeñaba en sugerir. Allí quedaron hasta que la intervención oficial mandó arriarlas. Pero el hurto del valiente colono que ansiaba la lluvia fue largamente recompensado por el cielo. Llovió. Llovió lo necesario y aún más. Llovió bella y despaciosamente tanto como los campos esperaban y llovió con la paz y la gentileza de quien desea resarcir la larga falta de un don preciado. Llovió para bien y alegría de todos.

Menos para Verónica y Pina Polenta. Don Benacho, ensoberbecido por su mujer, demostró a todo el mundo que sabía manejar la autoridad. Y la profesión de lluviosista, en Corda, desde entonces está vacía.

Ahora llueve solo cuando el cielo sabiamente lo dispone.

EL MUNDO DE MUNDA

«Había estado mirando fijamente el fuego y repentinamente se dio vuelta hacia mí, la cara macilenta de recuerdos:

—¿Ha vivido alguna vez en un mundo propio? —preguntó. Luego levantó los hombros—. Por supuesto que no. Usted es un hombre práctico. El mundo propio está bien, hasta que el mundo de afuera lo invade...».

Hammond Innes, *El caballo de Troya*

Munda Tibaldo —de los Tibaldo que habían llegado con el viento, como se dice, por la falta de historia en esos tiempos en que cualquiera podía hablar de su pasado y de sus abuelos— era la más solterona de todas las mujeres de la comarca. Su soltería resultaba ya una calamidad, y no porque fuera fea o por no saber conversar, sino por un rechazo que nacía de toda su figura y que la hacía aparecer aburrida y desinteresada frente a cualquier varón que había intentado llegar a su casa para conversar con ella cuando aún tenía los labios sabrosos y tersa la piel.

Al fin quedó sola en esa casa, con sus padres viejos, reviejos y estampados en las paredes, tan disminuidos en cuerpo y espíritu que, cuando Munda los sentaba a tomar el sol contra uno de los muros iluminados por la tarde, parecían una mancha más de las tantas que los ladrillos antañones y martirizados iban tatuándose día tras día sobre su propia roña de polvo y de años. Era como si esas paredes los absorbieran, cosa que sucedió finalmente, pero que Munda se cuidó muy bien de informar a las otras nueve hermanas que estaban casadas y se habían ido a vivir lejos con sus maridos, para que no le reprochasen que no los hubiera atendido como corresponde que una muchacha soltera atienda a sus padres en castigo por no haberse conseguido un hombre. Pero este suceso de los viejos tragados por las paredes es otra historia larga a la que quizá vuelva alguna vez para contarla como merece. Por el tiempo en que hablo de Munda, digamos que sus padres todavía estaban vivos, si se puede llamar vivas a dos siluetas de cuero que apenas comían su tacita de leche con migas de pan y unas gotas de garnacha mezcladas con una yema, y que dormían catorce horas por

día y diez pasaban sentados, uno al lado del otro, mirando siempre a un solo punto; una lejanía rehilona y llena de fantasmas sin palabras y sin formas.

Hay que agregar que Munda pudo contar después con la compañía de Bradamante llegada a la casa con hambre y frío no se sabía de qué caminos y que se quedó a vivir con ella sin que la solterona se lo pidiera, pero sin que tampoco la echara. Munda se acostumbró a la famélica y oscura muchacha que caminaba detrás de ella, silenciosa y sombría al principio, como pidiendo amparo y sin reclamar absolutamente nada. Y como esta llegada no vino a cambiar demasiado el tiempo de esa casa, la dueña dejó que Bradamante creciera y fuese poco a poco feliz a su lado, porque solo le bastaban el aire y el sol de todos los días para sentirse viva y contenta como puede serlo una avecilla brincando libre de rama en rama. Un día plantó flores en el jardín que Munda había olvidado; otro arrancó las malas hierbas y remozó el huerto confiándole a la lluvia y al buen sol los esplendores de su lozanía verde y saludable y, más adelante, se hizo tiempo para el corral y las nidadas. Y la casa pareció otra. Pero Munda no se dio cuenta. Además, en eso de ayudarlo a cuidar los viejecitos, fue práctica y caritativa, llena de dulzuras y placidez, abundosa en mimos y en atenciones que en el fondo prodigaba para agradecer el lugar que le habían dado en el seno de esa breve familia tan distante de los sucesos de la vida.

—Bradamante, una hija no los cuidaría mejor —le decía Munda complacida, y la muchacha respondía llena de humildad:

—¡Pero si son tan buenitos! Nunca se sabe si tienen hambre y si tienen ganas de algo, porque ellos se conforman con muy poquito...

—¡En eso no son como yo, que tengo que vivir rodeada de mil cosas para sentir que el mundo es mundo!

Así era. Munda vivía su mundo y gozaba en el encierro de los cuartos acomodando sus tesoros, quitando el polvo hasta en donde no lo había, ensayando entre aquellos nuevas formas de orden, desplazando las piezas que habían perdido un poco de interés e introduciendo, entre todas, las que de pronto aparecían bellas y curiosas, para estremecer su alma expectante de novedades.

Cuando les escribía a cada una de sus nueve hermanas casadas desparrahadas por la tierra, les iba contando pacientemente, con íntimo regosto: «Ayer agregué una tacita con pájaros de fuego; el quince de este mes, el ruso Marcos me trajo por fin la licorera con música que le encargué y que es una delicia; y también añadí a las otras chucherías que ya tengo un anotador de zinc con cuatro picaflres pintados y hojas de papel amarillo que dicen que viene propiamente de la China». Así tenía la casa llena de curiosas naderías que crecían y crecían en un rimero portentoso de sorprendentes objetos, máquinas indefinibles, instrumentos, cristales, lámparas de antiguos esplendores, artefactos abultados y ociosos que alguna vez parecieron prácticos e imprescindibles en la industria doméstica, recuerdos pomposos, libros de estampas sorprendentes

con mujeres que tenían los ojos en el vientre y mariposillas unidas por sus alas en el monte de Venus; tumbagas, abarcas, cofrecillos con disimuladas trampas para guardar algún objeto de veneración; relicarios que habían pertenecido a amantes héticas de alguna historia romántica urdida por la propia coleccionista; bizazas en las que uno podía poner las manos dentro para sacar de ellas lo que menos se esperaba como confetis apolillados que conservaban el perfume desvaído de algún lejano y feliz carnaval y que hacían juego en la memoria con doradas espiguillas alguna vez esplendorosas en un presuntuoso traje de reina micareme. Y seguían en ciertos lugares de esos antepechos y hornacinas los picofeos tiesos en simulados follajes tropicales, con ojos grandes de negra goma micada que lanzaban brillos arteros como si en realidad quisieran robarse la fruta de ónix expuesta un poco más abajo, o como si estuvieran maquinando la acción certera para lanzarse sobre los diminutos zoológicos amasados con molla y sal que los circundaban. Y esto por solo nombrar una parte de los cuantiosos bienes amontonados amorosamente a lo largo de su insípida y tediosa soltería. Cuando sus hermanas querían acallar la propia conciencia por tenerla tan lejos y abandonada a la pobre Munda, algo siempre le mandaban. Celebraban así, a la distancia, un cumpleaños, un santo, una navidad, un suceso cualquiera que les permitía sentirse amables y unidas a ella con ciertos regalos que la complacían. Todos pueden darse cuenta de qué se trataba. Un día le llegaba desde Prestolia, donde vivía la menor, un envoltorio; otro, una caja; más tarde venían desde Arcalanza —donde había formado feliz familia la mayor— Ismael y Pedro con una encomienda, u otro viajero que merodeaba la casa, para hacerle presente el recuerdo de las buenas hermanas distantes.

—¡Nunca se olvidan de mí, qué buenas, qué buenas —palmoteaba Munda al desgarrar los papeles y desatar los lazos—, ellas saben que éstos son mis caprichos y que con eso no hago mal a nadie! Mirá, Bradamante, si no es una hermosura, no creo que tengamos nada parecido todavía.

En los paquetes venían besugos de celuloide, restos de una farándula chinesca introducida sigilosamente en occidente y comprados al pasar en una tienda rural. Venían ramilletes de flores hechas con escamas de pescado e hilos de seda roja, amarilla y morada; frutas de cristal que encerraban deliciosas y secretas fuentes de luz para alumbrar la inmensidad de los cuartos en las noches; tocineras heredadas de suegras y parientas antiquísimas que se fabricaban con esa hermosa loza estampada con el retrato del rey Víctor Manuel y la reina Margarita. A veces engrosaba su caudal con un chisme de cobre, una basquiña de arduo gobelino o un cofrecillo hecho con dos mitades de limón reseco y forradas por dentro con un acolchado de delicado raso y bordado al rococó. En este cofre, por ejemplo, al que estimaba con particular delirio puesto que venía de las manos blancas y temblantes de su pálida madrina, depositó alguna vez un redondo carozo de ciruela sobre el que habían tallado la escena completa del

casamiento del emperador Claudio con Agripina Menor, imitando torpemente el sardónice que se guarda en Viena, aunque la dueña ignorara todos estos refinamientos de información. Si conseguía capturar el interés de Bradamante por sus esperpénticos tesoros, a veces empezaba a contarle la historia de los más queridos, cuando la chica, por conmiseración, la dejaba inventar leyendas de vida y muerte que Munda quería para sus objetos íntimos y adorados.

—¿Ves, Bradamante, este cofrecito? Es una maravilla, pero adentro tiene otra maravilla más pequeñita y misteriosa...

Y se dedicaba a separar con cuidadoso esmero las dos sutiles partes del limón reseco para mostrarle el carozo, hasta decirle triunfalmente:

—¡Un carozo, aunque no te parezca cierto!

—¿Un carozo? —simulaba interesarse la muchacha mientras su alma vagaba hacia la luz dichosa de la campiña que la esperaba afuera con la huerta pletórica, los palomos zureadores y el jardín poblado de lábiles abejas— ¿...de veras un carozo? ¡No me mienta usted doña Munda!

—¡Pero no, no te miento! —exclamaba feliz la solterona embriagándose de la evocación fragante que le producía el contacto de ambos frutos en sus manos.

En efecto, a medida que pasaban los años, más reseca la cáscara cítrica del cofrecillo, más perfumaba con su éter de vejeces y lontananzas y asimismo ocurría con el hueso de la ciruela.

Bradamante estaba afuera y Munda adentro. La dueña de casa no tenía ahora tiempo, con la ayuda de la muchacha, más que para prodigarse al contenido singular y coruscante de sus cuartos que iba poblando y repoblando día tras día y año tras año. Cuando en alguna casa de Corda había algo viejo que desechar, se mandaba a alguno para hacérselo llegar de regalo a Munda y ella agradecía atenciosa y reconocida.

—Todo esto es mucho para que una sola persona pueda cuidarlo, doña Munda —le insinuaba Bradamante.

—¿Pero qué puedo hacer ahora que estás vos en la casa y te ocupás de todo? Esto es lo único que tengo en el mundo... Y algunas cosas son tan frágiles, que hay que acariciarlas como si tuvieran vida para que luzcan con toda su hermosura... —suspирaba seguramente con nostalgias de las caricias que como mujer nunca había tenido.

—¿Y para quién, y para quién? —se alejaba balbuciendo por su lado Bradamante hacia la pollada que afuera reclamaba la comida de la tarde mientras la mujer se quedaba repasando sus botellas de finísimo cristal que contenían como flotando por arte de maravillas unas sutilísimas piraustas halladas en las cenizas de una vieja ciudad excavada.

—No tengo a nadie para dejarle herencia, por eso todos mis afanes los pongo en estas delicadezas que me acompañan y me entretienen —observaba otro día cuando Bradamante venía a querer distraerla con algún comentario de afue-

ra, y abría los brazos para abarcar con jubiloso orgullo sus cunitas de bronce y porcelana, con pringosas muñecas de una cera tan pero tan parecida a la carne, que se diría palpitaban con el solo acercamiento de Munda. En un cuarto, que ya había desocupado de los vulgares y grises muebles de la casa, almacenaba unos guantes de randa hechos con una seda sulfurosa y ardiente que dejaban en las manos cierto calor parecido al del seno de las flores que coagulan el rocío en las noches calientes, allá en lo más profundo de la selva adonde solo llegan los valientes exploradores holandeses con sus cascos y sus mosquiteros sobre la cara.

—Probáelos Bradamante —le dijo una vez—, vas a ver qué tibios son, y ahora que te has hecho señorita merecerías ponértelos para un baile adonde van las hermosas señoras para lucirse con hermosos caballeros... pero de esos bailes no hay en Corda.

Bradamante tomó con recelo los guantes que le ofrecía y solamente se los puso porque ella se lo pidió pero no porque lo deseara. Nada de ahí adentro era deseable para Bradamante. Se trataba de una seda sutilísima, efectivamente, pero no pudo ponerlos encima porque le quemaron la piel como una fiebre repelente y malévola apenas se los colocó.

Al lado de esos guantes podían hallarse medallitas besadas por santos leprosos que habían labrado ellos con sus propias manos a medida que la carcoma inexorable y tremenda labraba sus carnes condenadas. En el reverso podían leerse los datos de una crestomatía afiebrada que sintetizaba la vida de beatos agostados —pero al mismo tiempo santificados— por el terrible mal. Una liviana jaula de trama de falso oro, con una escudilla de agua hecha con el omóplato de un zorrinillo, parecía ser el ambiente gozoso para dos o tres cínifes extrañísimos cuyo origen debía ser —por obvias relaciones— las mismas selvas palustres en donde se obtuvieron aquellas sedas para los calientes guantes de encaje. Pero no nos engañemos, los insectos no eran vivos, sino que pendían, resecos de invisibles hilos que les permitían flotar al menor suspiro cercano cual si volasen felices en su prisión de engañoso oro.

Debajo de un techo de tisú, festoneado por cierta pomposa tela briscada, Munda había colocado avecillas de cristal y alambre que tenían sus propios mecanismos para cantar, para batir las alas y para reproducir otros hechos naturales con la misma facilidad de simetría y oportunidad con que se suceden los propios acontecimientos de la realidad. Había una oropéndola, por ejemplo, que trinaba por la noche, cuando más que nada todos en la casa estaban en silencio y deseaban el silencio. Y también, un gerifalte de ojos de rubí —con los que parecía siempre lanzar miradas maléficas a Bradamante— excretaba, merced a su oculto mecanismo estimulado por el sonido, cuando Munda, precisamente, más circunspección y prudencia guardaba por la calidad de algún visitante al que de vez en cuando había que mostrarle los tesoros.

Y si Bradamante le preguntaba por qué conservaba esos pájaros siendo que

le traían algunas molestias, ella le contestaba:

—¿Podrías desprenderte de una parte de tu cuerpo sin dar un grito de dolor? A mí no me gusta el dolor.

—Pero, doña Munda —le decía la muchacha—, ya no hay lugar en la casa; un día va a tener que sacar todas las camas de sus cuartos.

—Oh, nos vamos a arreglar, no te aflijas; después de todo papá y mamá ocupan tan, pero tan poco lugar...

Y no se podía decir que esto no fuera la pura verdad. Como dije, los viejecitos eran sentados en sus sillitas de anca junto a las paredes rasadas por la luz múrice de la tarde y allí comían su papilla durante las horas que podían ser dejados afuera. El resto, dormían, después de cumplir con alguna que otra exigencia de las que no se pueden sustraer los cuerpos que viven.

—Sí, sí, eso se ve —confirmaba Bradamante—, ellos no molestan para nada... —y dejaba que las últimas palabras sonaran con cierto retintín porque, desde hacía unos días, Munda había comenzado a colocarlos a ambos, para el descanso, en una de las cunitas de bronce y porcelana. Pero a Munda ese reproche no le hacía mella. Por su parte, la chica, sin poder hacer nada allí, en terreno que no era suyo, se iba a sus trabajos y miraba a los viejos reclamándoles un apoyo, aunque más no fuera con un sí o con un no, pero los pobrecitos, cada vez más reducidos y más mudos, nunca tenían iniciativa para hablar, si no era para pedir de comer o para que los llevaran a dormir.

Mientras tanto seguían llegando por correo catálogos y revistas que ofrecían novedades e invenciones en que gastar el dinero y la solterona se los devoraba para ver qué faltaba entre sus tesoros. En el cuarto que había servido de dormitorio matrimonial, con grandes retratos de Parín y Marinna Tibaldo en el día del casamiento, y un crucifijo de nácar ahora olvidado sobre la pared en donde debió estar apoyada la cama, Munda colocó un día una dienea que abría y cerraba sus palpos de ludicante celuloide mediante un ingenioso mecanismo de engranajes y resortes, cada vez que una mosca, inocentemente atraída por el olor, bajaba a la tentadora planicie. Allí mismo, las hojas, orladas de deslumbrantes alfileres rojos, lenta pero inevitablemente comenzaban a funcionar cerrándose cada vez más sobre el cuerpo de la imprecavida víctima que sopaba en los jugos arrobadores. No era este el único modelo de máquina cazainsectos; los había en forma de tortuga que absorbía los bichos por disimulados agujeros en el caparacho mediante una complicada cual efectiva máquina neumática; los había en forma de estorninos cantores, de margaritas con tramposos estambres de velludo amarillo, de rubescentes granadas que desleían cierto arripe tentador desde sus granos de cristal carmesí a través de un sutil orificio como el lagrimal de un ojo. En fin, un rimero de portentosos aparatos de muerte embellecidos hasta el delirio de la imaginación.

Un enorme tapiz de indiana, en el que se reproducía la ingenua visión del

paraíso terrenal pintada por aquel santón de los lupanares que buscaba sus modelos entre las pobrecitas esclavas del placer que también pasaron alguna vez por Corda, ocultaba una ventana de otro cuarto. Con él dejaba a oscuras, durante el día, el ambiente poblado de lamparillas, fanales, faroles, linternas, arañas, mariposas de aceite, lampiones, veladores de petróleo, quinqués y candelabros de pavorosas construcciones en donde los brazos de unos podían ser raíces torturadas de un árbol abatido, o simplemente, en otros, las guirnaldas espléndidas de una cornucopia generosa y agreste. Algunas de esas fuentes de iluminación se encendían con solo suspirar delante, ya que estaban preparadas para velar los insomnios de ciertos nostálgicos del placer. Otras necesitaban de difíciles combinaciones de aceites odoríferos para inundar después la casa, mientras vivía la llama, con inefables aromas que hacían soñar con turbadores encuentros de amor. Algunas otras hacían trepar su resplandor en un tubo herméticamente cerrado para poner en movimiento, por el calor, a una veintena de fluidos coloreados que ondulaban y se movían morosamente despertando de una quietud inope hasta pasar a ser protagonistas de una danza incandescente, jocunda y desquiciada con que habrían celebrado, al parecer, sus primitivos dueños, orgías descomunales de alcohol y enloquecedora carne joven.

Al lado de un santo de Cremona auténtico y distinguido, coexistía un barriquito de grapa contrafajado con el peor gusto del que se echa mano en los puertos para engatusar a los viajeros inexpertos en la estética, pero impresionables para los souvenirs. Junto a un cucharón de peltre, falso Pedro II, triunfaba hierática y desbordante de guaranguería plebeya un caracol pintado al desgaire simulando un paisaje tirolés. A Munda no se le podía pedir discriminaciones ni jerarquías estéticas porque su mundo, coherentemente, era como el de afuera: había de todo. Convivía lo bello con lo feo, lo hermoso con lo hórrido, lo sobrio con lo indigno; lo que tenía hasta en las fibras más íntimas de sus propios cimientos la armonía de todo lo perfecto con aquello que pregonaba ligereza y desgano en toda su factura.

—Esto es todo lo que tengo, Bradamante, y en mí no hay obligación de pensar en dejarle la herencia a nadie, como mis nueve hermanas.

Se justificaba así de los gastos que hacía para poder poblar su universo.

En esas sombras ella consumía sus colores de mujer viva y se iba pareciendo cada vez más a un yeso frío y desalmado que reproducía con sutiles detalles a la Lucrecia del Verrocchio, helada como un témpano y a la que copiaba hasta el peinado.

Bradamante, que ya era una mujer hecha y derecha y que deseaba el amor aún sin conocerlo, se entristecía por su ama insensata y por sus actos estériles, por lo que a veces se animaba a decirle:

—¡Ay, ay, doña Munda, un marido le vendría mejor que todas estas sonseras!

—¡Pero no —le respondía ella—, no todo es sonsera, mirá si no los pájaros

con cuerda y esta abeja de plata que zumba y hasta hace miel!

La abeja, sentada sobre un giróscopo perfectísimo, rozada por un dedo de Munda, comenzó a runrunear y expeler una sávida jalea perfumada que podía hacer relamer de gusto a los golosos.

—Afuera, encima de las clavelinas y de los alhelíes hay abejas mucho mejores que esta porque son vivas y tienen aire y luz en todo el cuerpo. Estas son chucherías y nada más, doña Munda, dele la vuelta que le dé y quiera Dios que un día no la vayan a tapar.

Munda se volvió a su trabajo y su trabajo consistía, precisamente, en procurar que sus objetos, dentro de las cajas que les correspondían, sobre las repisas, en los armarios, en las hornacinas, encima de los antepechos, bajo las campanas de cristal y encerrados en sus estuches no se convirtieran en una montaña abrumadora de basura.

Y mientras dedicaba sus afanes en esa casa muerta, a permanecer atenta a su riqueza de figuras y de lámparas, de máquinas, de juguetes, de botellas, de adornos, de cajas, de muñecas y de mil cosas más, Bradamante se tonificaba con el mundo de afuera y juntaba en su carne y en su corazón el calor de los días y la fuerza de la tierra que pisaba, lo que le permitió ser amada por un mozo garrido que sembraba los campos en el contorno. Él era Yaco Colombo y, efectivamente, como un palomo supo hacerla feliz en las cuatro o cinco noches en que gozaron de la vida escondidos en uno de los viejos galpones que no se habían vuelto a abrir tras una última y lejana cosecha. No se sabe lo que se dijeron ni lo que se prometieron, ni cuáles fueron las palabras seductoras, si es que existieron, pero Bradamante se sintió después como si le hubieran ofrecido tesoros mil veces más tentadores que los de Munda.

—Los hombres son unas bestias desalmadas que dejan hijos detrás —le recriminó Munda cuando descubrió el arrebolado esplendor de la cara joven y comprendió el significado de los cantos y el sentido de la cama vacía por las noches, cuando Bradamante cambiaba la soledad de sus sábanas por los abrazos de Yaco Colombo, que la esperaba en el galpón. Y sí, el niño nació. No podía ser de otra forma. La naturaleza es certera, precisa, busca sus instrumentos en todas las criaturas y por eso tampoco pueden sustraerse los humanos, y solo necesita dar un leve empujón para que la acción se precipite. Allí, entre Bradamante y el fuerte sembrador estuvo presente también, por eso nació el hijo, hermoso como los ángeles, más dulce, más suave, más fragante, más tibio, más, más, más inmensamente palpitante que cualquiera de las muñecas de cera que Munda tenía en sus cunitas, y Munda vivió un sentimiento nuevo y lo amó.

—¡Es mío, es mío este muchacho! —le decía al alzarlo apenas terminaba de amamantarlo con su leche fuerte y caliente Bradamante la feliz, porque entonces en el pueblo no había ninguna más feliz que ella.

—¡Pero doña Munda —insinuaba la madre—, usted se va a cansar teniéndolo

todo el día alzado, déjemelo un poco a mí que tengo la obligación de criarlo!

Pero no, Munda se lo daba a regañadientes si se lo daba.

Si el niño se ponía a llorar, lo consolaba mostrándole la abeja de plata, las becacas trinadoras, la dionea atrapamoscas, los picofeos tiesos sobre sus ramas de cartón y alambre, las lámparas de colores que rebullían en los tubos de lava volcánica incandescente. Le mostraba los chinescos suspendidos de las paredes, los santos de yeso, las caracolas presuntuosas, los ramos de magnolias y amapolas que parecían reales desde lejos pero que no eran más que cuero y trapo al tocarlos.

—¡Usted lo va a enviciar —le decía la madre—, de noche cuando se despierta tengo que venir a enseñarle todo para que se duerma!

—¡Pero él se entretiene tanto! —le contestaba Munda des preocupada— y a mí no me molesta.

El niño aumentaba su entendimiento porque crecía al ritmo de las jornadas, como por lo común sucede en la historia de cada vida, y ya sabía esperar con placer el momento en que su hada madrina lo gratificaba con los nuevos encantos a mostrarle. Se quedó particularmente pasmado frente a la máquina que hacía música a veces con solo dar vuelta una manija y ponerle un cilindro negro en un eje que giraba. Ah, qué maravilla, de allí salían ladridos, gorgojeos, susurros, la voz del viento y de la paloma, el canto de una mujer de garganta poderosa y la voz grave de un hombre que rogaba; el murmullo de las aguas brincando entre pedrones, la placidez de la lluvia al caer, la brisa que hace crepitar los trigales maduros.

Pedía más y más porque nunca se sentía satisfecho, cuando terminaba la exhibición sobre una cortina blanca, de imágenes deslumbrantes y pintadas en vidrio por las que pasaba la luz de la linterna que hacía inmensa la cara de los duendes a través de una lente diáfana y misteriosa. Reclamaba a gritos la oca que corría detrás de un chaval en los suburbios de Jaén; palmoteaba de alegría al ver el degüello implacable del asaltante de caminos que abordaba una diligencia por los tortuosos peñascos de Calabria; se reía a carcajadas del pobre tartamudo que penaba en un rincón de la clase con el bonete de burro por no poder recitar la lección y sentía que era muy cómico ver a Santa Genoveva de Bravante arrastrada por los cabellos entre las zarzas del monte.

—¡Ay doña Munda, me está gastando el chico! —comenzó a suspirar entonces Bradamante, que veía crecer en el hijo esos caprichos insensatos. Pero la mirada y el cariño de la solterona eran tan inmensos y tan implorantes, que la madre lo dejaba un poco más en sus brazos y se iba otra vez a las labores del día.

Hasta que un atardecer, después de haber vuelto de la huerta donde fue a llenar la canasta para la cena, Bradamante se inquietó por el silencio que nacía de todos los rincones de la casa sin saber qué se había hecho de Munda y del hi-

jito, que siempre esperaban su regreso para la última comida del niño antes del sueño. Sintió como un latido urgente en su corazón y se fue de cuarto en cuarto, con un sobresalto en el pecho, a buscar noticias. Los viejos, puestos a dormir en el sol del último ocaso, no le dieron ningún rastro. No sabían nada, nunca estaban informados de nada. Bradamante atravesó las habitaciones muertas sin hacer ruido tampoco, la misma quietud total del caserón la obligaba a una contención anhelante y conturbadora. La solemnidad de las sombras —más espesas allí adentro— y una remota voz de canción de cuna se lo imponían. Era un canto largo, hipnótico, matizado de palabras dulcemente embriagadoras, pero aletargantes y posesivas a la vez. Era un canto que no venía de garganta humana, sino de una de esas máquinas de Munda.

Cuando desembocó en el cuarto, la mujer hamacaba al niño en una de las cunas vetustas de cuya cabecera caía una carcomida tela de tul, repelente de tiempo y de polvo y que había servido siempre de reposo a la cera inerte de una de las muñecas que ahora yacía a los pies.

Bradamante comprendió y se dijo que no iba a permitir una cosa así. El mundo de ella y de su hijito no era eso, no estaba allí tampoco, pero seguramente que Munda no lo pensaba así, por eso la madre levantó suavemente al niño dormido sin decir nada y se lo llevó afuera para que el aire del crepúsculo lo despertara. Esa noche, desvelada, lo pensó bien y decidió partir. Entonces, con un gran estremecimiento de congoja en el corazón le dijo:

—Doña Munda, usted ha sido siempre muy buena con esta peregrina y no quiero irme sin hacerle saber que se lo agradezco, pero como madre tengo la obligación de procurarle un destino a mi hijo; usted sabe, si uno no prueba los caminos de Dios y de los hombres, después se lo reprocha toda la vida.

—Sí, sí —contestó ella en el dolor reticente de su vergonzosa frustración—, comprendo, como viniste te vas —y huyó a los cuartos para buscar consuelo en su soledad sin volver siquiera la cabeza.

Adentro, frente a la cuna, armó de nuevo con paciencia el pequeño lecho y colocó otra vez el cuerpecito de cera sobre las sábanas para que bajara los párpados y se durmiera. Puso el cilindro en la máquina y la voz subyugante empezó a cantar la canción de cuna. Pero cuando Munda quiso bajar el mosquitero para preservar las carnes de la muñeca, el tul se hizo polvo entre sus dedos.

SU ÚLTIMA TIERRA

1

Bernarda es la que tiene el corazón de oso, es la que tiene el ánimo y el valor de un oso. Así era Bernarda Talani, y al verla andar por los caminos, detrás de sus vacas —porque no tenía campo para hacerlas pastar—, la gente de Corda decía: «Bernarda es una mujer valiente, bastante más que muchos hombres de aquí». Y eso que en Corda los había quienes tenían no el corazón de un oso, sino de dos o tres, con unas fuerzas encima para arrancar árboles con solo abrazarlos. Y Bernarda solía entrar en algún desafío con los hombres si de fuerza y valor se trataba. Ella sola volteaba sus vacas cuando se empastaban con la alfalfa engañadora de la primavera y, sin pestañar siquiera, les hundía el cuchillo en el vientre hinchado del que salía a raudales la espuma verdosa. Y era célebre también en las yerras, no había una en donde faltara Bernarda porque les servía para cantar y animar a las otras mujeres, además de trabajar en el corral a la par de cualquier hombre de la casa. Después que murió Ana Mare, fue la próxima mujer que la remplazó en los cantos que armaban los hombres cuando se juntaban en los boliches, o en los galpones a festejar el rinde de las cosechas y, como Ana Mare —a quien Bernarda había respetado siempre— ella se sentaba a horcadas sobre las sillas y tomaba vino directamente de las damajuanas, chicaba tabaco, y escupía las mascadas tal cual lo hacía un hombre ocupado en sus cosas. Por muchos años fue la única mujer —después de Ana Mare— admitida en los coros de varones. Sin embargo, con el suceder del tiempo todo fue distinto porque el paso de los días hace que la vida y los hombres cambien, aunque en las buenas épocas de Bernarda Talani, de Yeppe Leoni, o de Ludovica Racca, por ejemplo, se hubieran podido recoger dulzuras para llenar un libro entero, sin acabar nunca. «¡Bernarda!», le gritaban los muchachos camino de la cremería, tus vacas van a ir al campito del juez y de ahí no salen más... Entonces ella levantaba un puño y se los enseñaba diciéndoles que ese era su medio para hacerse entender por el juez que cada tanto le encerraba su poquita hacienda, mañosa en romper alam-

brados ajenos para ganarse los campos de los que sembraban la jugosa alfalfa. Y si la broma seguía, Bernarda largaba con un fuerte salivazo la mascada vieja, tomaba de su bolsa una nueva pulgarada de tabaco, se la echaba en la boca y así fortalecida los desafiaba a pelear porque ella no le tenía miedo a nadie. Pero algunos se trenzaban aunque supieran que podrían salir con unos cuantos golpes puesto que, muchas veces, entre el simulacro de peleas, Bernarda accedía a rodar por las cunetas con sus rivales convirtiendo la pugna en otros forcejeos de arrebatadoras consecuencias. Bernarda iba del alba a la noche con sus poquitas vacas y cinco o seis perros rosados, filosos de hambre que se entretenían en hacer estragos entre las liebres y en la abundante pichonada de perdices si era la época de nidada, y a ella le gustaba esto.

2

Aunque fuera a trabajar a la casa de los que la reclamaban, solo buscaba la compañía de la Blanca Revello que, como ella, perdía su mente y su mirada por los caminos, con la diferencia de que la Blanca, como se sabe, era inocente y su pobre entendimiento no le daba más que para juntar flores de las zanjas que iba a derramar sobre las tumbas de Corda, y aunque ninguno nunca supo de qué hablaban entre las dos, a Bernarda le gustaba esto. Tenía un pedacito prestado de tierra, unos pocos metros en lo que había sido la antigua chacra de los Talani pero que perdieron ignominiosamente hectárea tras hectárea por no saber luchar contra la molicie y contra todo lo que ella trae: el desgano, el abandono, la cobardía, el alcohol, la pobreza.

Si se cuenta el padre habían sido cinco los varones nacidos para atender esos campos, pero uno a uno dejaron Corda cada vez que una nueva desgracia los conturbaba y fueron perdiéndose en la oscuridad de la nada, del tiempo y de la distancia. El padre había permanecido con Bernarda unos cuantos años, pero todos recuerdan cuál fue su final. El único varón de la familia que quedaba y por medio del cual ella tenía la esperanza de volver a ser lo que había sido, y de regresar a una dichosa época de muchacha para ser toda una mujer hermosamente vestida en los bailes, dijo un día que iba a buscar suerte al sur de la provincia y tampoco se lo vio más. En ese entonces, los que leían los diarios dijeron que habían visto su nombre unido al de muchos otros en el Grito de Alcorta, quizá en un último intento de dignidad campesina, pero para la pobre Bernarda este no fue sino un dato muy vago que no le sirvió para nada. Y nunca supo ya algo de él y, por eso, sola en el mundo, se había tenido que hacer valiente a la fuerza. En el baúl que le servía de mesa y de tesoro y quizá también de apoyo para sus ocultos desfallecimientos, guardaba el vestido de color de azafrán con pasamanería de oro que le había dejado la madre para cuando le llegara el tiempo de ir a los

bailes a encantar a los hombres. Pero a Bernarda no le había llegado ese tiempo como a muchas otras del pueblo, seguro que no, y ese vestido, adorado en los sueños y acariciado en las penumbras, perdía su tersura y se iba deshaciendo en jirones porque estaba cada vez más lejos de recibir el calor de una piel joven y palpitante que lo vivificara. Por eso y por muchas otras cosas que se adivinan, Bernarda se había tenido que hacer valiente a la fuerza. Ella era la única contra todo. Lechaba sus vacas y con ese poquito de producto vivía, para un pan al día, un poco de tabaco, algunas cebollas y la sal y una damajuana de caña. Para más, ella no se tenía que ocupar en sembrar para las pasturas; las zanjas humíferas a la vera de los caminos tenían pasto en abundancia si las lluvias acompañaban, y si no, sus vacas enflaquecían de la misma manera en que se ponía magra y cuerosa la hacienda de los que tenían mucha tierra. El viejo Talani, menos valiente que su hija, mucho menos, puso fin a sus días nefastos y a su desesperación de colono arruinado con un tiro de escopeta en la linde de la tierra perdida, por el lado oeste, cerca de la chacra de los Carli. Allí, precisamente, era en donde aparecía su terrífico fantasma envuelto en neblinas cintilantes. No era la luz agorera con que se confundió al principio, nadie se atrevió a sostener lo que no era cierto, ni para aquietar sus propias conciencias siquiera; la verdad absoluta era que la sombra del finado Josué Talani aparecía desgarrante y desgraciadora en ese rincón en donde su cuerpo, reventado de municiones, había quedado en aquel triste verano del que todos tienen memoria, un día entero bajo el ardiente sol de Corda, después del cual recogieron los pobres restos mortales que enterraron malamente en un cajón amarillo provisto por la comisión de fomento.

—No, no debió hacerme esto —decía Bernarda sin derramar una sola lágrima, que eso se llama cobardía, cobardía de perder la tierra y deshonorar después a la familia con la muerte..., aunque la familia ya no fuera más que ella.

3

Buscó inútilmente el último hermano del que se empeñaba en creer que volvería para compartir sus desgracias, pero su rastro lo perdió en Alcorta, como se dijo, y ella se quedó sola, haciéndose cada vez más fuerte y más valiente para soportar la vergüenza. Ahora, solo muy de vez en cuando miraba su vestido azafranado con guardas de oro en el fondo del baúl y no alimentaba ya pensamientos como en otros tiempos. —Será para alguna otra vez —se postergaba a sí misma Bernarda mientras repasaba la tela que iba perdiendo como una cosa viva que acumula los años, su tersura y su brillo—, será para cuando esta vida ingrata cambie... o para cuando me muera, que es un vestido muy digno para adornar una muerta en su tumba—; y se quedaba con ese único bien en la mano reteniendo algún momento pasado con los ojos rehilones en la distancia. Y na-

die podía decir entonces si eso era un recuerdo, o una ilusión, o un fantástico sueño de mujer.

4

Por ese entonces, Yeppe Leoni ya había agregado a sus muchas hectáreas el campo de ellos, vale decir el campo que había sido de los Talani, y Yeppe Leoni era tenido por fuerte y por valiente, y cada vez que se cruzaban la mirada, no se sabía si el fuego partía de los ojos de Bernarda o si nacía en los ojos de él que la miraba con soberbia, porque los Leoni tenían remotísimas aversiones con los Talani, desde la época de los padres de los padres y, la más fresca de todas, era que se hubiese quedado con ese campo en que había terminado sus días el padre de Bernarda. La cuestión era, sin embargo, sobre todas estas cosas, que con la sombra doliente y terrífica del viejo Talani, o sin ella, el campo era hermoso y de los buenos y el corazón de la hija se estrujaba cada vez que hacía pastar sus vacas en el contorno y veía, en cambio, recorrer con su caballo a Yeppe, arrogante y poderoso, toda la chacra cubierta de trigo o de centeno que ondulaba morosamente al viento de noviembre. Las vacas de ella, siempre con hambre, o vaya a saber con qué otras oscuras intenciones, rompían las alambradas de ese campo y pisoteaban sus sembríos más que ningún otro y Bernarda devolvía miradas ardientes cuando él corría a empujarlas afuera y le gritaba desde el lomo de su zaino:

—¡Bernarda Talani, lo que le hace uno de ustedes a un Leoni no se borra más y esto queda también anotado para cuando llegue el momento de cobrar! —y diciendo eso, o cosas parecidas, levantaba su talero como para cruzarle la cara de un lonjazo pero allí se detenía, hasta que Bernarda se hartaba de sostenerle la mirada y cada cual, se iba por su lado con su propio orgullo y su propia rabia.

5

Es probable que estas cosas no hubieran cambiado si un día, entre los aburridos de los boliches, a alguien no se le ocurría enfrentarlos de veras para que el odio entre Bernarda y el Yeppe se hiciera más grande y más perverso. Les propusieron que demostraran cuál de los dos era el más corajudo preparándoles pruebas de las que salían victoriosos ambos por igual. Primero se encargaban de aumentar el escarnio entre los dos: «Dice el Yeppe, Bernarda, que las mujeres aparentan y que, realmente, frente a los hechos se hacen todo encima», venía uno así, con un mensaje malintencionado, a lo que ella replicaba: «Vayan y díganlen a ese compadrón que si es hombre que me lo venga a pronunciar

de frente»; a lo que Yeppe contestaba con una carcajada petulante, un jarro de vino por beber, dos o tres bebidos y uno de esos ruidos que uno no llama por su propio nombre por decencia, pero él decía: «Vuelvan y díganlen que esto le contesto y que si es capaz de montarse un novillo en pelo»; y Bernarda lo montaba y le demostraba que podía, hasta que un día el mismo vanidoso le propuso una prueba que perturbó a la colonia y cambió también algo de su historia: «Vayan y déanlen este mensaje a la Bernarda, que si cumple en clavar a medianoche una estaca que le voy a dar yo con una marca en el lugar justo en que se reventó el viejo, le devuelvo el campo». Y fueron y se lo dijeron a la mujer y ella no lo pensó dos veces y dijo que iba. El Yeppe nombró al juez de paz de testigo, le mostró la estaca que era bastante larga, como para que la tarea no le resultara demasiado fácil a Bernarda, y le pidió que a medianoche, más o menos, se la entregara para que fuera a clavarla y cumplir con lo pactado. «Pero que sea hasta acá, don Juez —decía él señalándole la marca—, que si no es hasta acá, el trato no es válido, y para que vea esa que juego limpio, dígame que puede llevarse una maza para golpiar».

Sí, como se dijo, el mismo juez estaba como testigo y su persona tenía suficiente lustre para que se creyera en la legitimidad de los hechos, tanto en la promesa de un Leoni como en el coraje de una Talani. Y el coraje de Bernarda fue proverbial de allí en más, aunque sucedió lo que sucedió porque la pobre muchacha no podía cambiarlo ni con sus fuerzas, ya que esas cosas de la vida y de la muerte están escritas en un lugar del cielo y no las gobierna el hombre, seguramente que no, sino que las ordena el Dios del firmamento.

6

Los hechos fueron así y no de otra manera; ahí estuvo el juez para atestiguarlo mientras vivió, y así lo contaron después los que lo habían escuchado de su boca. Lo cierto es que Bernarda engreída en su propio valor, empujada por el odio que le tenía a los Leoni y codiciosa de recuperar lo que había sido de los Talani desde que se fundó Corda, tomó la estaca de la mano del juez y le dijo: —Don Viola, allá voy, y que todos sepan que a Bernarda Talani no la asustan ni los fantasmas de su familia cuando tiene que hacer lo que no supieron cumplir los hombres que llevaron su apellido.

Bernarda estaba cambiada, parecía otra con el vestido de oro que había sacado de su baúl y aunque el vestido se abría en jirones mordido por la humedad y el tiempo, el juez la comparaba con una reina todavía joven y hermosa que iba a embarcarse para volver a su patria. La vio irse con la estaca y la maza en medio de las sombras adensadas hacia el lugar maldito, y no se crea de ninguna manera que esa era una noche quieta como para facilitarle las cosas a la pobre.

De verdad que parecía haber sido elegida con crueldad e insidia por el mismo Leoni, porque el viento bramaba entre las ramas pronosticando alguna tormenta que se estaba armando en la costa, y los perros, esa noche, en la lejanía ladraban muy, pero muy lastimeramente.

Bernarda sola, más sola que nunca, se encontró con la sombra del suicida que parecía estar mirándola con la mirada que tenía en vida, es decir, con esos ojos de la desesperanza en donde el alcohol hacía boyar imágenes de un tiempo feliz en que la familia estaba toda junta sobre la tierra.

—¿Qué estás haciendo Bernarda? —le preguntó la sombra.

—Vengo a hacer nada más que lo que debo hacer —le contestó con soberbio ademán mientras se ponía en cucullas para clavar la estaca—, vengo a hacer lo que no hicieron ustedes y después me voy.

—No, no te vayas, Bernarda, que un padre necesita del recuerdo de sus hijos... necesita que vayan a su tumba, necesita también una palabra, aunque ahora esté fuera de la vida...

—Los muertos son los muertos y los vivos precisan vivir —le decía ella ocupada en lo suyo.

—¿Cuántas veces fuiste a mi lápida Bernarda? —replicaba la sombra—, ni siquiera una... ahora no te vayas que es muy tarde para todos.

Pero Bernarda tenía que volver para enseñarles a ellos cómo había triunfado y se levantó para irse porque la hora de clavar el leño había terminado y no era grato demorarse para nada en ese lugar sombrío.

—No te vayas Bernarda... —rogaba la niebla del suicida, y ella quiso echar a correr para no oírlo nunca más y no pudo. El padre la retenía amarrada a la tierra y fue imposible desprenderse de ese tesón que ponía para retenerla junto a sí, por lo que, la mujer, por primera vez en su vida, sintió el terror de los abismos eternos abiertos a sus pies.

—No te vayas Bernarda, no te vayas... —gemían los ecos lastimeros y antiguos junto al viento y ese gemido impetrante parecía venir desde la bocaza misma de las ráfagas infernales.

7

Después vino la tormenta y la noche parecía haber desatado todas las furias, las quimeras espantosas, las aves de pico corvo, los perros de colmillos de vidrio, los zorros de ojos fosforescentes, los lagartos que escupen fuego y se sacuden sus escamas coriáceas; sobre el techo de cada casa de Corda chillaron extraños seres que pasaban volando hacia un confín desconocido; el polvo golpeó, golpeó las ventanas haciéndolas chirriar cruelmente y hasta hubo quienes sintieron que la Tierra se sacudía enloquecida cuando pensaban qué estaría haciendo la

desgraciada de Bernarda Talani, porque el viento bufaba como cien mustangos desbocados y la lluvia empezó a caer, nadie: ni chicos, ni grandes, dejaron de acordarse de ella.

Como Bernarda no regresó a enfrentarse con Yeppe Leoni a reclamar lo que había apostado, él mismo, acompañado del juez de paz, en la luminosa mañana que borró la tormenta, fue a ver si se había clavado la estaca. La encontró ahí mismo, con el madero traspasando el ruedo del vestido y hundido en la tierra, justo hasta la marca. Ella estaba echada sobre el suelo, sumida la cara, y las manos en el barro formado por la lluvia de la noche. En su desesperación había tragado tierra como si en el último respiro hubiera querido llevársela a la eternidad, no solo en las manos y en el cuerpo, sino también en la lengua con que tantas veces la había invocado. Agachada a su lado, la Blanca Revello vestida como siempre con viejos trapos morados de la iglesia, iba amontonando alrededor, quizá desde qué hora, las flores del camino y murmuraba suavemente tristes palabras. Y Yeppe Leoni arrogante, pero clemente al fin, empujó el cuerpo de Bernarda con la punta de su borceguí hasta hacerlo girar un poco como para mirarla a los ojos y dijo: —No hay vuelta que darle don juez, esta se ganó la tierra nomás.

En algún árbol del camino, como una cuchillada sonora en la mañana, un hornero festejó la alegría de tener barro fresco para su nido.

UNA CAMA DE ORO

*A Marta Zobboli,
en reconocimiento.*

El hijo de don Otto Stiller, es decir el menor, a quien llamaban Teo para acortar el nombre, fue casado con la Verónica Forte de quien alguna vez conté que era tan experta en las carneadas y que sabía manejar el cuchillo para trozar la carne con la misma seguridad y finura con que bordaba lirios y azucenas en las sábanas de su ajuar. Ella era una muchacha para el trabajo y sana, que sabía hacerle frente a todo; él —aunque callado— era un mozo guapo y despierto en la yerra, especialmente cuando había que desguampar o en el momento de capar las reses. De allí resultaba que ambos tenían una destreza en común —si se quiere—, o sea el manejo del cuchillo para trabajos honrados. Honrados eran los dos, porque venían de familias honradas, y porque nunca nadie pudo decir que en Corda se hubiera sabido que los Forte o los Stiller habían dado de qué hablar a causa de sus actos. Don Otto le dijo un día al padre de la Verónica que era tiempo ya para ponerse de acuerdo en eso de casar a los hijos como lo habían hablado alguna vez.

—Mirá Lázaro —le propuso—, el Teo no habla mucho y es tan tímido que parece zonzo, pero eso es por fuera nomás, vos sabés cómo es él y de qué manera le pone el lomo al trabajo.

Y don Lázaro escuchaba asintiendo porque de todo eso estaba más que seguro.

—Y sobre el pucho le doy la tapera para que se ocupen de ese campo —agregaba el alemán— que ahora lo tengo medio abandonado y entre los dos van a hacerlo producir; vos sabés que nosotros somos gente de fiar.

Lázaro entendió que el trato era de provecho y, de esa forma, quedaron unidas ambas familias a través del buenazo de Teo y la industriosa Verónica.

Voy a pasar por alto otros detalles del arreglo de la boda, por ejemplo de cómo la madre de Teo aportó una vieja cama de bronce que después de dejarla como el sol la mandó a instalar en la tapera, y de cómo, a su vez, la madre de Verónica adornó el armatoste con una colcha de bayeta azul para que estuvieran tibios durante las noches en que el viento contumaz gimiera sobre el

techo. Y voy a pasar por alto también, los detalles mismos de la fiesta en la que los invitados bailaron tres días enteros y comieron cerca de cinco mil perdices, en tanto entonaron en líricas competencias, por un lado los Forte y por el otro los Stiller, todas las canciones piemontesas y todas las alemanas que sabían. Pero, de cualquier manera, si no pudieron ponerse de acuerdo en cuáles eran las más lindas, nosotros sabemos que todas eran muy, muy hermosas y llenas de nostalgias porque en el fondo, a pesar de la diferencia de lenguas, no hacían más que repetir los dulces temas del amor, de adioses y de olvidos que dicen todas las estrofas del mundo.

La historia verdadera empieza cuando los novios dejaron la fiesta y ellos solitos montaron la jardinera y se fueron para la casa del monte a abrir las puertas y a darle otra vez vida a la vieja tapera silenciosa. Allí, en la intensa soledad del patio quedaron temblorosos frente a la galería cenicienta que parecía esperar con recelo después de tanto tiempo sin tener gente que la animara, y hay que reconocer que la Verónica, vestida de novia con su hermoso traje de gromilán verde, prolongaba la gemación incipiente de todas las ramas del monte en la casi tibia mañana de setiembre. Los pájaros imbuidos de secretas obligaciones se afanaban en hacer los nidos y en buscar comida, o se perseguían con delirio en las alturas gayadas de sol. La Verónica, conmovida no sabía por qué, hubiera querido una palabra de Teo en ese momento, pero ella estaba resignada a no pretender que hablara, ni siquiera en el día después de su boda, porque los Stiller no eran muy conversadores, no; todos hablaban muy poco y Teo, menos que ninguno. Desvanecido el instante ella entró resuelta porque de ahí en más esa casa era suya y, desde entonces, le nacían muchas responsabilidades. Él se acercó a la pared de la galería, sacó un Colmena arrugado, lo encendió sin mirar nada cierto y se puso a fumarlo tratando de encontrar el modo más cómodo de estarse apoyado en ese lugar, quizá por cuánto tiempo. Era casi el mediodía cuando la Verónica entró en la casa y dijo: —Teo, voy a preparar la comida y, aunque no hay carne que a usted le gusta tanto, algo le hago para que coma.

Pero el hombre no contestó y ella apenas si se animó a mirarlo un poco por la ventana. Pensó en que le iba a gustar una tortilla y sacó de los cajones doce huevos, doce papas y doce cebollas; peló las hortalizas y batió las yemas con tanto empeño porque era la primera vez que nadie la mandaba y porque iba a cocinar para él que era un hombre de su gusto y además su marido. Se sentía sólida y acompañada, aunque Teo que era tan tímido no se animara todavía a empezar la conversación. Cuando todo estuvo preparado fue a la puerta para llamarlo y vio que él no se había movido. A esa hora cualquiera debía tener hambre y ella le decía: —Venga Teo que la comida está lista.

Y se fue al dormitorio pensando que si le dejaba la cocina libre él iba a entrar. Pero no entró. La comida se enfrió sin que nadie la probara y ella se dedicó a preparar la cama por las dudas a su hombre le viniera el sueño. Miró el lecho y

le pareció algo chico para ser una cama matrimonial aunque quitara la respiración por lo hermosa que se veía con sus pomos dorados, sus ángeles lustrados en el respaldo y la tibia colcha de bayeta. Abrió ahora un poquito la ventana del dormitorio lo que le permitió observar a Teo por el otro costado que, tieso y mohíno, oteaba no se sabía qué sombras del monte. Entonces ella se dedicó, por un largo trecho de la tarde, a contemplar la tierra arija del contorno que también esperaba con paciencia, y a aprisionar las mismas imágenes que su marido recogía en secreto. En el patio ya empezaban a amarillear las luces y las torcacitas del monte que aún no habían hecho casal, venían a guarecerse en los horcones porque en cualquier momento la noche se les echaba encima. La Verónica se dijo que si él seguía así, quieto como un tronco, le iban a hacer nido en la cabeza como una vez había sucedido. Ahora debía preparar la cena y se las ingenió para que la comida fuera más fragante y le despertara el apetito que lo moviera por fin a entrar en la casa. Entonces, cuando la tuvo lista volvió a la ventana de la cocina y le dijo: —si usted quiere, Teo, ya se puede empezar a cenar...—, y esperó esta vez allí hasta que tuvo que encender un candil aunque más no fuera para verse sus propias manos.

La noche en la tapera —ahora de nuevo habitada— parecía más grande, como si el mundo se hubiera ahuecado para que el crepitar de los leños en el monte y el chillido de los zorros se escuchara mejor. Bastante tarde salió la luna roja que pintó al descuido el pálido tronco de los algarrobos y el brocal encalado del pozo. Teo se acercó a él y bajó el balde del que bebió después, lentamente, un profundo trago cuando la Verónica, cansada de esperar junto a la cena, le dio cuerda a la victrola y so puso a bailar al compás de una remotísima música que salía de la bocina de lata. Por la puerta entreabierta la figura de ella aparecía y desaparecía con cada vuelta de su danza solitaria y, en esos instantes fugaces, la mirada de la muchacha ardía con la luz del candil que la entintaba con un suave resplandor azafranado. En eso llegó la hora de dormir; ella dejó de darle cuerda a la victrola, se acercó a la puerta y le dijo: —Si usted está cansado y quiere acostarse, la cama está lista.

Un poco más lejos, algunos teros embrollones gritaron y Teo recogió un casquete y se los tiró a mansalva, pero todo eso lo hizo desde el lugar de siempre, es decir apoyado en la pared que daba al poniente y fumando otro cigarrillo que, en las sombras perfumadas de poleo, parecía mucho más fragante.

—No es nada que usted no coma, Teo —le decía ella desde la ventana mientras se sacaba el vestido—, si uno no tiene hambre, no tiene, pero le advierto que el descanso es necesario, que no puede pasarse la noche apoyado en una paré a la intemperie.

Soltó su larga cabellera que viboreó en los hombros y puso la lámpara en el alféizar para que se vieran bien los nomeolvides y los lirios que había bordado en el escote de su enagua, y él, atraído por la luz, giró los ojos implorantes de

socorro hacia su mujer que estaba tan hermosa. Para la Verónica que estuvo toda la noche despierta, expectante en la cama, esas fueron las horas más largas de su vida, y también lo fue la noche siguiente cuando su alegre sensación de estar acompañada empezaba a ser cambiada por la idea de que no podría tenerlo nunca a Teo, a quien siempre había querido mucho. Si él era así, no podía hacerlo distinto de la noche a la mañana, pero nunca como ahora, en esa solitaria casa, lejos de la gente de Corda, había sentido la necesidad de que Teo le hablara, le dijera qué pensaba hacer de ahí en adelante, desde que se habían unido para ser marido y mujer.

Como tampoco al día siguiente el mozo sintió valor para entrar, ella le arrimó la comida y el vino y le puso una palangana y la toalla y una muda de ropa para que al menos, a partir de eso, se sintiera animado a pensar que ya tenía mujer. Y Teo se lavó y comió, mientras ella desde adentro le decía: —Si usted quiere le llevo más sopa, o si gusta más pan le arrimo otra horma y mañana apenas amanezca le lavo todo.

Al caer la noche, una noche serena, con fragancia de camambuses y el perturbador aroma de algunas artemisas en la linde del monte, y con el guirigay vespertino entre los chañares y las tuscas, volvieron algunos pájaros a buscar refugio y ella miró con arrobó un casal de torcazas muellemente arrebujaadas en el nido. Ahora era un solo silencio horadado de los rumores consabidos, pero ella no los tenía en cuenta; allí, lejos de todos, quería mucho a Teo y necesitaba hacérselo sentir. No le bastaba prepararle la comida ni lavarle la ropa, más que nada era necesario que ella y él, como todos los esposos, hablaran un poco del tiempo que vendría, uno al lado del otro en su propia cama, hasta que el leve sueño les cerrara dulcemente los ojos.

—Teo —decía ella en medio de la noche, —Teo, venga aquí a dormir que todo está listo para que descanse y mañana se ponga a trabajar como quiere don Otto.

Pero Teo estaba afuera con la cabeza caída sobre su pecho robusto que le servía de almohada.

—Si usted quiere voy y lo busco —seguía diciéndole—, y si quiere le lavo los pies con agua tibia y salvia para que descanse mejor que eso alivia mucho cuando han pasado horas sin acostarse.

Pero él tampoco dijo una palabra.

Todos saben que las sombras merman hasta los ánimos más templados cuando una tristeza o una angustia se planta en el corazón de un cristiano, y de allí que Verónica comenzara a sentirse amargamente sola, con tanto dolor en el pecho. Ni siquiera sabía qué hacer, si probar dormir, si correr por el campo, si levantarse a trabajar en la casa, si postrarse a los pies del dulce y callado Teo. Entonces comenzó a sollozar con unas lágrimas que nunca habían nacido de su ánimo fuerte y luchador; lloró sumisa y largamente, con un desconsuelo tristí-

simo que abatió el rumor de las sombras, flotó en la soledad del cuarto, atravesó la ventana y se posternó a los pies del gigantón adormecido junto a la pared.

Cantó un tordo al salir la luna agregándose a la secretísima rondalla de las horas. La noche de cercana primavera rebullía de fuerzas genésicas en la hondura de los sembríos, en la arboleda alerta del monte, en el éter burbujeante de minúsculos insectos. La puerta de la casa fue abierta sin ruido y, a contraluz, se vio a Teo tan alto y tan torpe como siempre dándose un golpe en la frente por olvidarse de doblar la cabeza. Cuando se tiró al lado de su mujer y le tocó la mano, ella entendió claramente que le decía: —Esta cama es chica para dos que van a dormir toda la vida juntos, un día de éstos la cambiamos.

Por ese entonces entró la luna a explorar el cuarto en penumbras y avanzó con el paso silencioso por el piso, sobre las paredes recién encaladas, encima de los muebles. Al tocar el metal del viejo armatoste, la cama empezó a relumbrar en un oro gozoso.

LOS PERROS DE MIGUELITO

1

Del amanecer en adelante el viento cambia notablemente. Entonces la helada estremecedora y fría asienta sus reales por toda la naturaleza esparciendo su casi harina de cristal sobre las hojas de la grama y del alfalfar. Las maciegas se ven blancas, espolvoreadas de menudas chispas y la atmósfera tiene una tranquilidad que ahueca los sonidos y magnifica la distancia de las chacras. La presencia blanca de la escarcha ha puesto tiesas las hierbas, brilla encima de la paja húmeda en las parvas ventrudas y endurece el agua rebalsada en los charcos. Algunos insectos han quedado aprisionados en esa trampa vítrea que los cercó fatalmente y, otros, con más suerte, buscan un día mejor para su hambre de mañana nueva. El mundo de la cama es tibio. La carne, el cuerpo entero se confunde en esos abrazos de cosa agradable que son las sábanas y las frazadas con las formas del cuerpo de uno y hasta el olor de uno mismo. Ah, qué respirar despreocupado en el interior de ese tiempo caliente y oscuro sin que nadie intervenga, sin que el menor obstáculo interfiera entre el sueño y la vigilia. Afuera el cielo se pone alegremente rosa y azul, pero es un amanecer tardío, invernal, con gorrones melancólicos en largas protestas, desafiando la escarcha, y pirinchos guarangos que son los primeros en ocupar enteramente los rectangulitos de sol sobre el techo de la casa. Chip, chip, chip, se anuncia a saltos menudos una curruca que busca alguna pluma olvidada por el viento para tapizar su nido zamarreado en la noche. En su quehacer ignora a los otros pájaros que no están dispuestos a ceder a una cosa tan pequeña el lugar ganado en el sol; por eso, cuando la curruca se abalanza sobre una hormiga negra ya de paseo por el zinc que empieza a bruñirse, los pirinchos fuertes e inflados con las plumas esponjadas para parecer más grandes, espantan a la inocente. Las uñas rasgan el techo de la casa y, abajo, en la habitación, los ruidos parecen más sonoros. Capitán que dormita con un ojo sí y otro no, pone tiesa su oreja mejor, la que detecta con insólita rapidez cualquier perturbación sonora y, con el ojo abierto, mira la incidencia casi histórica que es Miguelito al estirar las piernas debajo de las mantas y volviéndolas a recoger de inmediato por encontrarse sin

pensarlo con una zona fría y repelente. Se acerca el momento en que entrará Yeppa a despertarlo con algunos de sus gritos terribles; entonces la casa se va a llenar con el bullicio de los cinco perrazos juntos tirándose mordiscos, gruñéndose recíprocamente o pasando todos a la vez por las puertas entreabiertas e inventando tristísimas figuras para conmover a la Yeppa y evitar algún puntapié, de esos que caen certeros en las costillas de uno cuando se es perro y encima con un poco de olor a carroña. Y ella entra, grita lo de siempre, alcanza al gran Dic con la punta de la alpargata y se va dando un portazo que hace sacudir la casa, para preparar el café con leche y sacar chorizos de la grasa que, como piensa Miguelito a veces, son gordas anguilas en un pozo de barro blanco.

2

Pero si la historia es la misma todas las mañanas, no por eso Miguelito deja de asustarse todas las mañanas, con el corazón en repique como si lo pillaran en algo prohibido. Cuando la madre lo llama se sienta en la cama, un poco congestionado, las manos temblorosas y mirando antes que nada si Capitán está cerca, echado sobre la carona en donde pasa las noches. Capitán es muy honorable, un perro maduro y laborioso y es el único que se ha ganado el derecho de pasar las noches al lado de Miguelito. Tiene su honrilla y la defiende con dignidad. Tal vez por eso, o por su vejez, o vaya a saber por qué (quizá su fama de buen cazador de zorrinos y protector de gallineros), se ha elevado al plano considerativo de Yeppa que es implacable con los otros, a quienes no otorga una sola ventaja por más que el amo se desviva en mentar sus hazañas. «Son unos perros olorientos, únicamente están contentos cuando se revuelcan en carroña», dice la Yeppa como si hablara al viento, pero con la idea invariable y persecutoria puesta en Miguelito para que sepa a qué atenerse. Sin embargo ellos, a pesar de los peligros que el interior de la casa puede presentarles cuando la dueña y señora de esos ámbitos se mueve de un lado al otro, no conocen fuerza que los retenga en el momento en que Miguelito toma conciencia del nuevo día y los gritos lo ponen alerta de la hora nefanda. Entran en el cuarto y empiezan a hacer como si estuvieran delirando de alegría; saltan, lamen, gruñen de manera contenida, soplan por sus narices húmedas y se largan tarascones unos a otros en un bureo de muchachones medio somnolientos y medio tarambanas. Miguel sabe que están contentos de veras y que esa es la forma que tienen ellos de celebrar el despertar del amo. Quién puede afirmar después de todo que los perros no son como personas que quieren a quien los trata bien y son felicísimos en hacérselo saber. Seguro que sí —piensa él— la cama caliente es el mejor lugar para repasar el semblante de sus animales uno por uno, pero hasta ahora nadie le ha dicho que una cosa así no debe dejarse de lado porque todos coinciden en

señalarle que antes que nada está la escuela, y la escuela es algo mucho, mucho más serio por más frío que se venga el invierno.

—¡Mamá! —grita él desde allí— ¿Heló esta mañana?

Desde la cocina ella le contesta:

—¡Uuuuh!

Mientras en la cama, bajo las frazadas, él se encoge un poco y trata que el tiempo se estire.

—Mamá, ¿hay mucha escarcha en el balde de la bomba? —vuelve a decir.

—¡Uuuuh —repite la Yeppa y después abre la puerta y sale a la galería.

Miguelito sabe ya que no habrá manera de detener el destino, por eso saca un brazo y lo estira sobre las cobijas para tantear la ropa que todas las noches más o menos acomoda a los pies. Pero no la encuentra.

—¡Mamá, la ropa! —le grita ahora con inquietud. ¿Qué se propone hacer ella si no está la ropa encima de la cama? Una fúnebre sospecha le contagia algo de rabia, rabia que se hace grandota y opresiva cuando aparece la Yeppa con una muda completa y limpia. ¡Ropa limpia de la cabeza a los pies! Ropa interior pulcra y doblada, camisa crujiente a rayas, sonora de limpieza, mameluco de cambrona que deja escapar brillos ominosos de tanta plancha con que lo han puesto tieso; en fin, ropa limpia de arriba a abajo. Miguelito tiene un escalofrío y se le contrae la espalda: la ropa limpia es siempre una afrenta a que se lo somete sin compasión. Da un puñetazo sobre la pila que le han puesto junto a la cara y dice:

—¡Yo no me pongo eso; justo hoy que hace más frío que nunca!

Su rabia es auténtica y es más grande todavía pensando en la independencia de Víctor y Tavio y con la certeza, por eso mismo, de que se burlarían si estuvieran presentes haciéndole notar, como siempre, que es el más chico de la casa y que todavía lo mandan como a un meón.

—¡No me lo pongo y no me lo pongo! —reitera Miguelito mirando la tortura cercana con desprecio. La Yeppa, en cambio, no emite una sola palabra; avezada como es en doblegar caprichos de sus muchachos reticentes a la limpieza, ya sabe que nada de lo que ella se propone va a dejar de cumplirse. La verdad es que los dos mayores habían tenido las suyas, pero el caso de Miguelito se representa más recalcitrante, hasta con conatos de rebeldía que le importan una fastidiosa renta en su ocupado tiempo de gobierno doméstico. Por eso —opina ella— la indiferencia maternal es la mejor respuesta para un hijo empedernido. Por su parte, Miguelito suspira hondo como si toda la crueldad del mundo se hubiera echado sobre él. La madre se ha ido de la pieza y los perros sombríos, agazapados, con aire de pobres víctimas azaradas, empiezan a salir otra vez de los lugares oscuros. Él comienza a quitarse de a poco la camiseta y, entre tirón y tirón, mira a los animales que tienen el semblante triste de querer compartir tanto su primera desgracia de la mañana. No hay derecho de que a uno lo hagan mudar de ropa —le dice a los perros— cuando tan bien se está con la anterior.

—La ropa nueva es asquerosa, un día se tarda por lo menos en acostumbrarse, pincha por toda la piel y desprende pelusa.

—Oh, seguro que sí —le dicen ellos—, mejor es tener pelos como nosotros y andar siempre tapados con eso nomás, ¿y el baño?, nada más insalubre que el baño.

El queda mirándolos; los ojos de Capitán son dos vidrios azulados que parecieran estar siempre sopesando el martirio de los demás; Dic, en cambio baja los párpados como si se disculpaba por la barbaridad que alguien perpetró.

—El maestro enseña siempre que hay que bañarse —dice cautelosamente Miguelito, pero con cierto retintín de sabio que a los perros les disgusta por ese empeño del muchacho en hacer notar que son ignorantes.

Después de todo, colegio para perros no hay —piensa más de uno— que si hubiera, quién sabe de quiénes serían los adelantos... Pero el tema de hoy no es ni el colegio, ni el baño, de eso van a hablar en otro momento; el asunto ahora es la ropa. —Un día tarda por lo menos en acostumbrarse —sigue diciendo él—, después, cuando todo pasa y la ropa se acomoda al cuerpo y por fin empieza a dejarte tranquilo, ya hay que sacársela y vuelta a comenzar con otra muda.

—¡Me gustaría a mí mandar una vez por todas! —les dice a los cinco— Ya van a ver qué hago con la ropa... ¡y con ustedes!

Se levanta de un salto y se viste del todo; cuando está listo y cercado por esa coraza de limpieza casi santificadora que le han impuesto compulsivamente, les grita: «¡a la cocina!», con lo cual los perros se ponen en formación militar y enfilan hacia la puerta. Pero Toni, que nunca pudo someter su temperamento de galgo revolucionario, empieza a hacer correr la voz de que Miguelito se abusa y es un mandón. En la cocina busca el agua para lavarse. Miguelito no se lava nunca cuando no lo obligan y, a pesar de que es exigente y socarrón con sus perros, para consigo mismo la voluntad le flaquea cobardemente. Es categórico: en invierno lavarse mucho puede acarrear la muerte y no es él quien se va a someter a un riesgo de tal calibre. Los movimientos que hace pretenden ser de una hábil simulación para no dar el mal ejemplo (y para no darle a la madre oportunidad de gritarle), pero sus adorables canes no se engañan tan fácilmente. Los cinco se miran en tácita comprensión de la maniobra, pero callan. Sólo que Toni, más rebelde que otras veces le retruca esos falsos afanes de higiene.

—¡La limpieza es la base de la salud, como dice el maestro! —confirma Miguelito en apoyo de los principios que afecta sostener.

—Capitán no se lava nunca y mírenlo —comenta Corso el más jovencito que reverencia al patriarca y que, también, envidia a Toni por la independencia de opiniones que ha logrado—, no se lava nunca y es el mejor perro de estos lados.

Capitán agradece con una sobria inclinación de cabeza y observa a Miguelito parado frente a la palangana, desde donde los pensamientos de todos los días casi se le están yendo por caminos incontrolables.

PANTALÓN

Pantalón es un
perrazo enorme.

Es manso e inteligente.

Es también un
buen guardián.

En la noche vigila
con atención. No se
le escapa el menor
ruido.

Por eso dormita durante
el día. Duerme
tumbado en el suelo.

PARA PRONUNCIAR BIEN

Manso e inteligente	Buen guardián
vigila con atención	Duerme tumbado

Pantalón	inteligente	atención
pan	gen	ción

Con la punta de la toalla humedecida se limpia los ojos y... ya está. Con ello deja tranquilas su conciencia y su dignidad de amo. ¡Con tener los ojos despabilados, basta! En el espejo, sobre la palangana, se los ve azules y refulgentes; están henchidos de orgullo por la hazaña y como los aprecia muy vivaces y pulcros les dice a sus animales que son unos lagañosos.

—¡Al menos deberían lavarse para no dar asco a la gente —les reconviene—, y verían mejor a las liebres también, que últimamente ni el olor les sienten!

—¡Uuuuuuh, miren quien habla...! ¡Uuuuuuh qué buen ejemplo, no! —le replican zumbonamente, pero de inmediato recapacitan sobre eso de los ojos lagañosos y las liebres y, mal que les pese, concluyen tanto Capitán como Dic, Corbata y Corso que se están acostumbrando demasiado a la molicie. Toni se mantiene al margen, no comparte el sentimiento general, porque según del lado como se miren las cosas, Miguelito ya se está poniendo importante como una persona mayor que siempre quiere mandar; de eso habría que hablar largo y tendido con los otros cuatro, porque a un patrón, por más que se lo quiera, no debe dejársele hacer tampoco lo que a él se le antoje.

Debajo de la mesa, mientras Miguelito toma su tazón de café, los perros se lamentan de su triste destino a la hora de las comidas; siempre hay que esperar, con la Yeppa vigilante, pero mirando como por casualidad si la comida del muchacho no va a parar al estómago de los perros.

—Siempre esperar —les dice el galgo—, y ustedes no ven que la vida de un perro ha terminado en eso, y únicamente en esa humillación.

—No es nada, no es nada si se tiene un poco de paciencia —trata de consolarlo el amo.

—Miguelito tiene razón —interviene Corso que es joven y espera tanto de la vida. Y los otros tres repiten cada uno a su vez:

—Miguelito tiene razón..., Miguelitooo tiene razooón..., Migueelitooo tieeneee razoooon...

Él, halagado baja la mirada, pero para sostener su autoridad les pregunta en qué andan ahora que no dejan de gruñir.

—Como siempre, para hacerse notar, nada más —les reprocha— o todavía no aprendieron que en la cocina no se abre la boca si no es para cazar al vuelo lo que uno de lástima les tira, y todo eso bien calladitos que la cocina es un lugar peligroso.

Y ellos:

—Sí, sí que la cocina es un lugar peligroso —confirman desde abajo, mientras hacen lo que pueden con el hambre que les empuja en el estómago.

Corbata bosteza con la gran boca húmeda que clama por el desayuno y, como tiene las fauces abiertas, le viene bien para tragarse una mosca demasiado madrugadora que pasa por ahí, en tanto les dice a los otros que él le hace caso en todo.

—Los perros somos una raza de bichos que estamos obligados por la obediencia, así que esta no es ninguna novedad— le contesta Toni tan leguleyo como siempre.

Un descuido de la madre y Miguelito, que no los olvida, arrastra con el brazo residuos de lo que desayunaron los otros al volver del tambo: restos de tocino, cáscara de queso, rebanadas de pan a medio comer. Como esto no es nada abundante, agrega unos trozos de chorizo cortados a los apurones porque seguro de que si lo ven le vienen con un fervorín de nunca acabar. Dic aprovecha antes que nadie los pedazos que llueven y se los engulle haciendo un interesante ruido por el apuro con que debe pasar la pitanza por el garguero.

Miguelito se ríe prontamente olvidado de su tragedia mañanera y Dic baja los párpados pensando cuán provechosos son unos pedazos de chorizos comidos en ayunas: calientan el estómago y resultan ser un principio de esas fuerzas que la gente humana obliga a gastar a los perros durante el día tras ese antiguo

e indeclinable capricho de hacerse obedecer. Toni, que por hablar de las injusticias sociales se ha quedado sin comer, siente que le aumenta el malhumor y se muerde los garrones siguiendo la ruta de una pulga que no encuentra a esa hora el cobijo más tibio para seguir durmiendo.

Es el momento de buscar la cartera. ¡Todos arriba a encontrar los útiles! La cartera está en cualquier parte de la cocina. No tiene mucha importancia si uno lo piensa bien, que esa bolsa haya servido en la noche pasada, de colchón para el perro que pudo escurrirse adentro, y después de todo ese es un destino muy memorable para una cartera de llevar cuadernos y libros.

De algún cuarto:

—¡Andate que es la hora, cabeza dura...! —le grita la madre que está abriendo las ventanas para que entre el primer sol de la mañana y ve el reloj grande de pared que les viene del Barba. El reloj tiene un zócalo con caballos arrojados briosamente al tiempo y a la nada y un águila en la cornisa que despliega sus grandes alas sobre la esfera blanca y denunciadora. El reloj es de la mejor industria alemana y el águila tudesca parece guardar con feroz celo la exactitud de esa esfera para no desmerecer en ningún lugar del mundo, la tradición de su remoto país. En esa esfera clava la Yeppa los ojos mientras anda por la pieza y vuelve a gritar recomendaciones:

—¡Y atendé lo que dice el maestro y prestá atención en las cuentas que te equivocás por apurado y no te quedés por el camino a la vuelta y que los perros no te sigan, que hacen pasar vergüenza delante del señor y no te ensuciés la ropa limpia y que no tenga que quejarme a tu padre que agarra la fusta enseguida, vos sabés cómo es él (aunque nunca la agarra) y si el Pachín Frumento te provoca no le llevés el apunte porque después viene la gringa de la madre a armarme lío arrastrando a la gorda de la Servanda todo para ver si tu hermano se decide a afilarla... ¡Bah, todos varones —dice después bajando la voz— nada más que para dar más trabajo!

Es lindo irse por el camino de la escuela, dejar la casa por unas horas y recuperar el tiempo de la mañana y el aire de la libertad totalmente para uno mismo, pero siente el impulso oscuro y rebelde de no salir, porque se lo mandan de esa forma, con esa voz arrogante y esa soberbia de poder maternal.

5

Frente al campo y bajo el cielo que es una gran vidriera azul, siente un torpor delicioso que pretende liberarlo del recuerdo del frío. La mañana se le precipita a los ojos y le llueve sobre el cuerpo con el aire límpido que toda su sangre absorbe con la naturalidad con que degluten las hojas de las humildísimas hierbas la milagrosa luz de sus alquimias secretas e incesantes. Todo es un trabajo per-

fecto, rítmico, sagrado que impulsa la vida al cumplimiento de sus destinos y también todo se manifiesta a raudales con brisas livianas que flotan libremente y sin azacarse, por las chacras fumantes hasta alcanzar con la fantasía de sus formas mudantes el ramaje desnudo trazado con tinta negra sobre la claridad gozosa del día.

En el camino, aprovechando cualquier insignificancia de sol, los pirinchos están quietos, esponjándose en un baño de oro que les revive la sangre. Los perros se les acercan —finalmente lo han seguido—. En bandadas rumorosas, los pájaros remontan el vuelo protestando por la intromisión y se posan en los gajos vecinos. Algún benteveo burlón, desde el árbol más alto, goza el desorden que los perros provocan en la quietud de los campos y, con su plumaje verde amarillo, es una prolongación del último vestigio del otoño que aún perdura en las tonalidades ocres y azafranadas del camino. Miguelito corre feliz por las huellas profundas. Se le ensanchan los pulmones aspirando el olor a frío, el aroma del alfalfar hollado, los vahos que se remontan desde la tierra arada que, en dulce y cándida espera, llama a la siembra. Los tégmenes del invierno asoman ya desde algunos terrones en campos lindantes y en la cimera de esas diminutas plantas en crecimiento, una gota de escarcha comienza a desleírse provocando ínfimos ríos hasta las raíces aún inexpertas.

Lejos, es casi azulada la silueta de la escuela que se levanta por el oeste. Con cada paso que da acompañado de sus cinco perros, la imagen del edificio se agranda otro poco y se va aclarando y en ella sobresalen con nítido fulgor los cristales ya incendiados por el sol. Hay una quietud indecible, un estado de pureza virginal en la atmósfera que deja ver, o adivinar, aún a la distancia, los lejanos movimientos de los animales y la naturaleza en su transformación pujante e indetenible. Allí se orquestan silencios y rumores en armonización sutil para una rondalla de paz y crecimiento; los pájaros errantes, sin la ocupación, por ahora, de nidos y pichones, imprimen iniciales tan gigantescas como fugaces en el domo glaseado de las alturas.

—¡Capitán, Dic, Toni..., la liebre, la liebre...! —va gritando Miguelito de tanto en tanto, y los perros, por darle el gusto, para hacerle sentir que él puede disponerlo todo y a su manera, y usar de los destinos de ellos, como dueño absoluto, corren detrás de liebres supuestas que se esfuman enseguida ante el encuentro con algún tero embrollón y de mal genio por cuyos dominios van cruzando. Después, el interés inmediato para los cinco es el tero y, cuando se aburren de la alarma estéril y machacona del pájaro, en algún recodo del camino esperan a Miguelito que ha quedado a la zaga.

Al pasar frente a la casa de los Grosso, él les dice buen día a todos, como lo hace cada mañana. Y también, como es habitual, alguien grita desde el interior del tambo:

—¡Juera perros cargosos...!

En el gallinero de los Grosso hay un revuelo de aves, un cacareo escandaloso sobre el que quedan flotando dos o tres plumas blancas mal arrancadas de alguna gallina lerdona. Un instante después chilla un marrano, protestan ceremoniosamente los pavos enjaulados para el engorde y, por fin, intervienen los propios perros de la casa. Enseguida se oyen gritos cargados de furia, una maldición que el eco agranda y hace más feroz: «Cal diau t'pörtu vía can'mpestá...!», y el trotar de los cinco perros, cabeza gacha y con la cola entre las patas. Miguelito mira severamente a Corso que trata de esquivarlo con una hábil gambeta: en el hocico trae prendida una pluma como oprobiosa prueba de tan indigno comportamiento.

—¡Disculpame hermano! —le dice Corso con el sentimiento por el suelo y una patada en las costillas.

—¡Cosas de muchacho!, ¿sabes? —le explica Capitán intercediendo por el tarambana.

Don Melón Grosso se presenta al lado de la tranquera y le grita a Miguelito con su voz raspada por el tabaco y también por los años:

—¡Algún día agarro el flover y te mato los perros, esperá no más que me encuentre bien enrabiado... parecen hambreaus, caracho!

Los cinco, ya repuestos, se alejan desdenosos con un trotecito compadrón de matasiete y dicen:

—Uuuuh qué miedo, don Melón Grosso, qué miedo, con la velocidad que corre...

¡Viejo bigotudo!, piensa Miguelito, y supone también que los bigotes sucios por el tabaco que masca, se le deben teñir de huevo cuando come. Don Grosso, apoyado como puede en el portón, envuelto en su faja negra que dice haber traído de Alessandria, que era el único lugar en leguas a la redonda en donde se podía comprar ropa con confianza, muestra, a pesar de los años la camisa abierta en el pecho como si sobre la tierra nunca hiciera frío. Mientras revolea amenazante su bastón Miguelito piensa si se quitará alguna vez esa faja que usa, según los hijos, porque tiene un riñón flotante. Miguelito trata de entender cómo puede haber un riñón que flote y en qué lugar lo tendrá ahora don Melón.

—Revolee nomás, don Grosso, revolee, que le tenemos mucho miedo, ¿no ve? —le dice Dic y para hacerle un desprecio solamente, y mostrar lo guapo que es, corre hasta el sulqui ubicado en el potrero de enfrente para que la rueda recién pintada de rojo flameante, se seque.

—¡Adiós don Grosso y disculpe la molestia! —le dice sumisamente Miguelito, aunque la rabia le hace sentir el picor de la ropa limpia que había olvidado al transitar la jocunda luz de los campos. El camino tiene su trajín y el trajín tiene sus sucesos que Miguelito no se preocupa en entender pero que ama. Alejado de ellos, sería sólo un fantasma de sí mismo. La alfalfa y el centeno sembrados para el pastoreo invernal están crecidos. Su verdor sano y esplendente retiene aún la humedad de la escarcha que va licuándose con lentitud y, alguna verbena adelantada a la fecha de floración, sobresale en la extensión ondulada de los campos pareciendo una de esas marquitas que pone el maestro en el cuaderno cuando hay un error. Y están los árboles viejos de troncos rugosos y las alcantarillas con sus aguas eternas y ranúnculos circulares, el llantén generoso para la medicina casera y la perfumada hierbabuena y, emergiendo sobre el comienzo de las maciegas, la perturbadora artemisa con sus olores selváticos, capaces de embriagar los sentidos si se hace perdurar su presencia en los instantes del arrobamiento amoroso. También están los letreros indicadores del camino, entre los cuales, una antigua chapa oxidada, evanescida por los soles y las turbonadas, aún recomienda a los aparceros que usen «el mejor fluido antisárnico» para bañar a su hacienda. Debajo, casi en sombras, esperando el sol tardío, siguen al camino los zanjones profundos que se llenan de agua en los tiempos de lluvia, de caracoles en la primavera y de todas las otras presencias menudas y secretas que él y sus perros conocen en complicidad irreductible. Cuando el sol de noviembre flote altivo en ese cielo rural ya amenazado de verano, los cinco, con su batahola de rastreos y resuellos anhelantes, en un bureo delicioso de idas y venidas y en estudiadas tontainas que, de cualquier manera siempre parecerán espontáneas, habrán de perseguir en el borde de las cunetas a las lagartijas nuevas o a las mariposas primeras con su delicado color de limón quienes, en fúlgidos revuelos, copiarán el mensaje de luz en sus alas caudadas. Todo, por supuesto, con el consentimiento de Miguelito que los azuzará como ahora, excitará su sangre, les infundirá el arrojo y el valor que les son precisos a todos los perros para templar su cuerpo y su coraje.

—Escuche, compadre, y trate de resolver este caso: «es servicial como el lazo y tan criollo como el mate: pone fuera de combate a cualquier peste dañina...» ¡Milagro si no adivina!

—¿Cree que soy sonso aparcero? ¡Si está viendo el mundo entero, que habla de ACAROINA!

Y al final de ese camino recto y fabuloso, allá en el fondo, está la escuela. Tal vez, como aún es temprano, él sea el primero. Pero el maestro debe estar levantado ya. Nunca ha podido llegar tan adelantado como para encontrarlo durmiendo, siempre está dando vueltas por el patio, mirando el tiempo o detenido frente a cada árbol que se alza junto al edificio y, muchas veces también, observando hasta la infinitud cada gémula de las plantas nuevas que revientan los terrores en el huerto. Mirando hasta la infinitud, como si fuera más allá de lo que pueden ver los otros ojos. Debe ser por eso que sabe tanto, porque si uno mira a la ligera, por arriba nomás, deja pasar muchas cosas por alto. En cambio el maestro clava la mirada en uno, en un animal, en el cielo, en sus propias manos y los estudia hasta que encuentra en cada cosa todo lo que hay que descubrir para enseñarles a los niños y también a toda la gente de Corda que, según él es un pueblo al que quiere mucho. Debe ser por eso que sabe tanto.

Una vez fue invitado a la carneada y enseguida se remangó para ayudar a amasar la carne y la tiraba al techo para ver si estaba a punto con la misma destreza con que lo hacían los más expertos choriceros de Corda. Entonces, como había allí también bastante gente reunida, sucedía que algunos habían pasado por sus aulas y podían decir lo mucho que el maestro sabía. Él explicó ese día con muchas y hermosas palabras lo que era eso del mundo pequeñísimo que hay detrás de cada cosa que vemos del mundo inmenso, y que hay por encima, por debajo, dentro, confundido con su materia de todo aquello que se ve o que no se alcanza a ver. Y todos callan y miran de repente a las alturas, o al vacío de la llanura conmovidos por las palabras graves del que habla, porque eso sí, en Corda nadie deja de apreciar las palabras sabias del que tiene conocimiento. No se oye un murmullo. Porque todos dejaron de cantar, de hacerse bromas, de llamarse por esos apodos que hacen poner coloradas a las muchachas y reír a los hombres puesto que quedaron mudos y pendientes de cada información que él iba ofreciendo, y que los otros recibían con sorprendente interés.

—El mundo no se acaba con lo que uno ve y toca y siente —dijo el maestro y en ese silencio miró estudiando el rostro de quienes estaban presentes, porque quedaron con la boca cerrada pendientes de cada palabra que escuchaban. Ahora trabajaban con mucho ardor, pero el único ruido que se oía era el propio de cada tarea.

—El mundo es mucho más grande y mucho más infinito que todo cuanto nuestros sentidos pueden hacernos creer. Los sentidos son imperfectos, no son adecuados para medir la grandiosidad del cielo y de la Tierra, y aún su pequeñez que, por otro lado, no hace más que señalar esa inmensidad...

Por ese entonces ya todos están prendidos de lo que el maestro narra y ni siquiera el tonto y buenazo de Drago que no podía mantener la atención en

nada que no fuera comer o reírse de historias obscenas, dejó de escuchar hasta el final.

—Si ustedes bajan la mirada al suelo —siguió diciendo el maestro— encuentran lo que ven todos los días. Además de los animales que nos acompañan y nos dan el sustento y que nadie nunca deja de percibir por grandes e importantes, hay otros más pequeños como los sapitos de vientre rojo, las lombrices que horadan la tierra y las lagartijas que buscan el calor. Pero también existen otros más pequeños todavía, otros más chicos como los pulgones, y aún otros más, mucho más diminutos que por lo común nadie distingue si no se observa muy de cerca las briznas de hierba o los anónimos terrones del piso. Y eso no se acaba allí —prosiguió informando sin dejar de atender la carne roja y generosa de especias mezclaba con los brazos enterrados hasta los codos— hay otras cosas más chiquitas escondidas en las flores, en el polvo, en la piel de nosotros, debajo de las uñas, en el aire, en las alas de las mariposas y hasta en las patas de una hormiga que de por sí parecen tan diminutas... y a ese reino tan, pero tan pequeño, y tan grande a la vez, sólo se puede llegar con el entendimiento del que observa mucho y admite las maravillas de la creación y procura por eso encontrar en cada criatura de la naturaleza —no importa su tamaño— una forma de aprender todos los días de la vida algo nuevo... Y está el mundo de lo inmenso, de lo enormemente inmedible —siguió contando—, de lo que nadie, ni siquiera los sabios más sapientes de todos los tiempos se atrevieron a decir en dónde comienza y en dónde acaba... porque si el hombre pudiera remontar a más de mil kilómetros de la Tierra —como dicen que algún día podrá hacerlo cuando perfeccionen los aeroplanos— y vuele por días y días hasta llegar a la luna, desde allí mismo tendrá que admitir que más allá de ella, el cielo sigue y sigue abriéndose en abismos de inmensidad en donde flotan las estrellas todavía más distantes y desconocidas...

En el silencio de ese momento, más de uno siente correr un escalofrío por su espalda pensando lo grande que es el universo y lo poco que saben de él y, como en ese instante el sol de junio se hundía en el horizonte para dejar pasar el frescor plateado del crepúsculo y se lo veía como una gran esfera encendida al alcance de la mano, Otto Stiller que de por sí había siempre sido muy incrédulo y desconfiado, se atrevió a hesitar señalando el globo fulgente y dijo que nunca podría convencerse de que eso estuviera tan distante como decían: —A lo mejor, con cuatro buenos pangarés como tienen los Frumento y una volanta nueva, viajando día y noche y turnándose para comer y dormir, con un acompañante, en un año y medio, a lo más dos, yo diría que capaz que se llegue al sol... solamente habrá que calcular el momento en que se escuende en el horizonte para tenerlo más cerca...

Los otros, que intentaban comprender esos misterios y que creían ciegamente en la sabiduría del maestro, se rieron de una tontería tan grande y espera-

ron con ansiedad la explicación que él ya comenzaba a darle a don Otto Stiller con sus hermosas palabras para tratar de que comprendieran lo más elemental acerca del cielo y del camino de sol que pareciera deambular sin prisa y sin equivocarse alrededor de la Tierra. Miguelito recordaba con orgullo cómo él estaba más al tanto de los conocimientos que proponía su maestro; mucho más que el grandulón de Otto Stiller que, ante tamaña barbaridad, parecía mentira que hubiera venido a cruzar el mar para labrar la tierra en América desde su pueblo en un país que se llamaba Alemania. Habían hablado en la carneada de ese sol que ahora mismo se vuelca en surgientes de luz destinadas a mantener la vida de los hombres, de los animales, de las plantas, del orbe entero con un frenesí apenas demorado por el frío y la escarcha. Pero esa intención ardorosa y vivificante no queda solamente allí porque es al mismo tiempo luz centellante que se engarza en los cristales de hielo y que, con amoroso cuidado termina por fundir para convertirlo otra vez en agua eterna y benéfica. Así la luz, el agua, el aire, la vida palpitante e incontenible sigue su paso y, por ahora, sólo pueden ser tenidos en cuenta por Miguelito en la armonía total de su rotunda mañana campestre.

8

Antes de llegar ve ya al maestro parado, mirando la lejanía quieto y también tieso como algo que se clavara con empecinamiento en la tierra. El hombre enfoca sus ojos en una distancia que para él tendrá algún sentido, pero no para el muchacho ni para ninguno de sus otros alumnos, alejados e inocentes de las dudas y de los ensueños con que se oprime a los adultos. Tiene un instante de desvarío en la abstracción de esas inmensidades que parecen atraparlo con tanto ahínco y después se vuelve despaciosamente y entra en el aula. Su figura tiene algo que no condice con el resto de la realidad que lo envuelve, como si fuese un tremor de decaimiento dramático que contradice el fulgor vivo de la mañana y exalta en cambio su terrosa pobreza frailuna.

—Medio tristón se ha levantado esta mañana el hombre —le comentaba Capitán que, por ser el más viejo de los perros es el que mejor conoce, como todos los viejos, el alma humana. Sin embargo, el perrazo que, por eso mismo también sabe lo imprevisible que puede ser cualquiera de los hombres, sean maestros o chacareros, señores o sirvientes, ya se ha que colocado en prevención, a la retaguardia como sospechando de un acto insólito que puede provenir de aquella contrita figura...

—Bastante medio tristón —le responde Miguelito que siente con cierta premonición como si el sol estuviera dando un paso vacilante, en medio del paisaje riente.

—Hace unos días que viene viniendo así —dice uno de los otros que ha mo-

derado el trote pues esa es una de las consignas perrunas al entrar en área de la escuela.

Ahora los cinco —con el amo seis— han acortado sus pasos y el acercamiento se hace más lento convirtiéndose en un cauteloso arribo a medida que se acorta la distancia. Entre todos llevan un compartido silencio de respeto. Por fin al avanzar, ya dentro del patio Miguelito ahuyenta su perrada:

—El maestro no los quiere en su escuela; hasta aquí está bueno, de aquí en adelante cada uno sabe lo que tiene que hacer y no precisa que yo se lo vuelva a indicar. ¡Váyanse a las casas! —les ordena simulando una circumspecta pero infalible autoridad.

La perrada hace que se vuelve, como siempre; se retiran unos pasos y allí se quedan, cabezudos y pacientes; sabiendo los sobresaltos que podrán vivir durante la mañana, pero esperarán hasta el fin de las clases, cuando puedan salir todos en tropel por el camino, otra vez y, entre saltos y mordiscos, meneo de colas y bufidos de excitación contarle a Miguelito todo lo importante que les ha acontecido en esas largas horas de escuela. Un gorrión burlador, las gallinas del bolichero, un huevo que cae desde los nidos desarreglados por el viento y estalla en el hocico de Dic, la espantosa visión de un gato infernal que surge desde el fondo del potrero y en los entresueños se regocija en tirarles de la cola o echarles un mordisco en las orejas, algún escobazo de no se sabe qué brujosa vecina y etcétera y etcétera llenándole la cabeza de chismes a Miguelito que ya la tiene llena de números y de letras.

—¡Ah cabezas duras, no van a aprender nunca a prudenciarse, y eso que uno les insiste...!

—Andá tranquilo nomás, hermano, andá a tus cosas —le dice socarronamente Toni, mientras el amo le pide a su preferido, o sea a Capitán, que cuide el prestigio de la manada:

—¡Y que yo sepa nomás que fueron al boliche a pelearse con los otros, o que le corrieron las culecas a la Poncia! ¿Entendieron?, ¡ni cascotazos van a recibir!... Y vos Toni, compadrón del diablo, andá a prenderte de los garrones de Pin del Chuque, que por más chupado de giñebra que ande, vos no tenés que ir a buscarle camorra, ¿se entiende?

—¡Seee!, prometen los perrazos y Miguelito enfila hacia su aula pretendiendo que no ha oído una sola palabra del revulsivo Toni que siempre quiere decir las últimas:

—¡Bah... el Miguelito es más pavo, siempre quiere hacer ver que él es el que manda!

Ahora traspasa los umbrales del aula y dice a su vez, sonoramente, con jocosidad un «¡buenos días señor!» que parece más una luz que un sonido. El maestro está escribiendo en la pizarra y con una de sus manos blancas, abarcando toda la puerta y sin levantar la mirada, sólo le contesta:

—...los perros, Miguelito, espantalos, que no se queden en el patio.

Alrededor del hombre hay un vaho blanco de tiza y de frío, la luz rasante produce una extraña ilusión de inmensidad comprimida, por lo que el hombre parece alto y sin peso. Su campera, lustrosa de vejez, quizá si esta mañana lo ampara como debiera y, con la cabeza hundida en la bufanda, parece distante y oscuro. Los perros ya conocen el carácter del maestro y saben que es capaz de salir diciendo cosas tremendas de ellos. A veces aparece con la regla y los hace huir hasta el portón de la escuela mientras él se vuelve, seguramente, con la idea de que todos los perros del mundo son unos crápulas y unos infectos, porque al rato nomás les está haciendo escribir a los chicos cosas como estas: «con perros y gatos ten pocos tratos», o recomendándoles por milésima vez «que el amo aseado tenga su perro alejado». ¡Cuánto quiere Miguelito que el maestro comprenda que sus perros no son ningún fenómeno y que no tienen mala voluntad para con la gente! Ahí está él, si mal no viene como ejemplo de que las cosas entre perros y hombres pueden ser de lo mejor, sin ninguna clase de perturbación, ni de rencores. Tal vez el señor maestro no sería un tipo tan triste si tuviera cinco perros como tiene él, o aunque más no fuera dos, para conversar de vez en cuando y sacarse las penas de adentro que parece le vienen pesando mucho, últimamente. Porque las penas casi siempre se van con solo contárselas a alguno, como dice el Barba cuando se pone a recordar a la finada Marinna Catalina, y al finado Biaggio de Cúneo y a los otros mil o dos mil finados que día tras día va sacando de los remotos rincones del recuerdo. A lo mejor, si el maestro se decide por unos perros, sus penas no serían tan dolientes y quizá si algún día no va a necesitar algún favor de ellos y entonces, sí que va a darse cuenta para siempre de que sus perros viven y proceden como buena gente que son.

9

El patio se va llenando poco a poco con el guirigay de los que llegan y un largo pipiar vicioso de gorriones entumecidos por la larga madrugada que han tenido que aguantarse los pobrecitos. Hay bullicio de chicos y de pájaros. No muy lejos balan terneros en los corrales, retumban los vozarrones imprecisos en tempranas tareas rurales y cloquean los vigorosos gallos que tienen el deber de procurarles el desayuno a su cohorte de gallinas ruidosas.

Los chicos juegan: al ratoncito que come uva moscatel y al gato que dice «¡te agarro!» con siniestra voz de matasiete; al patrón de la vereda que persigue con su creciente y monocorde cantilena al tontuelo distraído que está sumergido en no se sabe qué mundo sin escuela y sin deberes; a la gallinita ciega que, por suerte, nunca es ciega del todo, y juegan también al Martín Pescador donde siempre hay un bando que sabe atraerse los mejores de la escuela y por eso nunca pierde

para mayor crecimiento de sus glorias. Si uno pregunta en secreto al hacer la selección «¿te gusta más la naranja o la banana?» y la tendencia, naturalmente, es la banana, porque es más exótica, porque es más distinguida, porque en fin, viene de un país muy hermoso con selvas y papagayos de mil colores; pero están los que ofrecen la alternativa de una fuente de oro y una de plata con diamantes, o un cofre con anillos de oro al lado de otro con pulseras de esmeraldas. ¡Qué lindo todo, qué ganas de cambiar palabras y contarse sus aventuras más relevantes mientras saltan, aplauden y cierran y abren los brazos para olvidarse del frío! Pero súbitamente llega la orden tonante que ni se discute: «¡Adentro!», grita el pobre maestro a quien le ha tocado una escuela que ni campana tiene, y espera paciente al lado de la puerta para que la clase se acomode. Por arte de birlibirloque se hace silencio, ese silencio que él ha impuesto con paciencia a sus niños y, tan repentinamente callada se pone la escuela que hasta la arboleda desnuda se cuida de no perturbarlo con un solo pipío. Apenas de vez en vez el crujido de algún bando o el roce de útiles sobre los pupitres tatuados desgarran la paz del momento y el señor orienta el sutil oído para prevenir infracciones. Con ese orden, con ese silencio tan atractivo para un desliz, crece el bisbiseo de las plumas que aran palabras en los blancos papeles y las letras nacen con torpes rulos, tan tiesos como si ellos estuvieran también escarchados: las manos aún frías no responden con donosura. De tanto en tanto hay que volver a dar unas palmaditas para ablandar los dedos y luego, todo continúa como siempre. Los más rápidos van terminando el ejercicio y se pierden tras la mosca pesada que revisa la oreja de uno o que, ansiosa de sol y tibieza, se lanza buidamente hacia la ventana sin acordarse del cristal inexpugnable. Pero el entretenimiento solitario no dura y recomienzan las charlas susurradas y los códigos de signos insinuados con el rostro, con las manos, con el cuerpo que se van haciendo impertinentes hasta que el maestro grite: «¡basta ya, no quiero un solo movimiento!».

Nuevamente quietud. El paso del tiempo. Ruidos lejanos que vienen de las chacras, hasta que Miguelito siente que dos ojos lo buscan desde el vidrio de la puerta; después un hocico negro de brillo azulado investiga el aire para oler el peligro; enseguida otro par de ojos y otros dos, y otros más hasta hacer diez globos pesquisidores que reflejan el revés de la ventana de enfrente y la luz que entra por ella.

—¡Señor, los perros de Miguelito! —grita desde atrás la voz de Paulino que es desteñido y antipático. Miguelito, cuando juega al Martín Pescador, nunca lo quiere de su bando, ya se puede dar cuenta uno por qué.

Miguelito contrariado y con apenas disimulado odio hacia el perverso se levanta y le pide permiso al maestro para ir a echarlos. El hombre está mirando la lejanía con su doloroso gesto que pone cada vez que dirige la vista para el lado de sus pagos. Corda queda bajo su mirada porque sobrevuela el lugar; seguramente ha hecho desaparecer su tiempo de hoy, el cielo azul, esta tierra verde,

los anuncios rotundos del invierno. Esa mirada triste se acomoda a una perspectiva de la que los chicos no tienen noticias ni podrían concebir, y el maestro parece muy lejos de la escuela, y de ellos también.

—Señor —vuelve a intentar Miguelito— me da permiso para... —pero el maestro lo corta volviéndose con una tranquilidad diferente que hasta parece peligrosa.

—No, dejá —le dice— seguí con lo tuyo que esta vez voy yo.

Dic es el primero que se da cuenta de cómo se ponen las cosas y, en menos de lo que se chista, los cinco han volado del patio.

—¡Hijosunagran...! —susurra Miguelito dejándose caer contrariado en el asiento y su compañero de banco lo mira con ojos de burla. Otros murmuran en favor o en contra de los perros, nadie permanece neutral, pero con los ruidos de los pasos del maestro que se acerca, todo se pone tranquilo nuevamente.

Afuera se va la mañana ya entibiecida, un poco dulzona con ese airecillo tenue que besa con noble gracia los brotes del alfalfar; recorre los caminos de los hombres y también otros caminos más ocultos y más excitantes que conforman las arboledas dispersas por las comarcas. Atisba en las cuevas de las lechuzas o en la madriguera de los zorros, lambetea como un can fidelísimo los surcos abiertos que esperan por unos días más la simiente. El maestro ha dejado una hoja abierta de la puerta del aula para que el ámbito no se ponga pesado. Aparece en la galería una bataraza con siete pollos que son como siete gandules apegados todavía a las faldas de la madre, y los chicos más rápidos, los que han terminado con las cuentas, discuten, adoptando las poses más genéricas de los adultos, si la bataraza es de los Polletti o es de los Frumento.

—Los Polletti no tienen batarazas, los Polletti tienen todos rodeislan, que les dieron los huevos los Serafín —dice Miguelito que sabe mucho de castas gallináceas desparramadas por Corda—, ¿no ven que esa bataraza es de la Poncia Benazzo?

—Pero las rodeislan son más ponedoras... —alega con desdén Nito Garbagnolo, solo por no dejarle la última palabra al compañero con quien tiene un arduo y largo pleito originado hace mucho tiempo en un enfrentamiento de perros. Suelen recordar todos que los de Miguelito humillaron a los de Nito Garbagnolo marcándoles el cuero con mataduras y tarascones indelebles... y este es de los que no se olvidan tan fácilmente de la ofensas.

—¡Más ponedoras, no sé de dónde! —recomienza la cizaña, Lauro Colombo que, evidentemente toma partido por la causa de Miguelito—. ¡Vayan a preguntarle si no a la Mare Abatte que es la que más huevos junta en Corda y preguntenle de qué gallinas salen!

Y la discusión puede durar el día entero si el maestro no se enoja un poco y pide otra vez silencio con más energía que saca no se sabe de dónde esta mañana que parece tan abatido.

Hablaron en la clase de todo un poco: del frío, de cómo vienen las escarchas, del sol que da vueltas alrededor de la Tierra pero que en realidad es la Tierra que da vueltas alrededor del sol. De los pájaros que van lejos, muy lejos cuando empieza el otoño, tal cual lo cuenta esa historia hermosa de Bautista Pollini, y saben qué camino tienen que tomar apenas la tibieza del sol y los días más largos les anuncian que es hora de volver.

—¿Vuelven y vuelven siempre? —preguntan los chicos asombrados de tanta sabiduría.

—Vuelven siempre y ni siquiera le yerran el rumbo una sola vez, vuelan uno detrás del otro, cruzando mares, ríos, montañas, y todo el cielo de los cuales son dueños, —explica el maestro que tiene tantas ansias de libertad, de esa libertad infinita con que sueñan los que tienen poca cosa que los ata a la tierra—; vuelven siempre aunque tengan que hacer miles de kilómetros y deban volar día y noche, hasta llegar al punto desde donde partieron seis meses atrás.

—¡Ooooooh...! —hacen las bocas asombradas de los chicos que van siguiendo atentos las fabulosas relaciones, y uno, allá en el fondo pregunta: —¿y la gente no los mata señor?

—Sí, sí, algunos mueren porque siempre está el que tiene una escopeta apuntando al cielo para perturbar la armonía de Dios; otros mueren también porque en su camino deben atravesar tormentas y nubes inmensas cargadas de viento y de electricidad, y también porque se encuentran con pajarracos enormes que son voraces y dañineros... pero así y todo el destino de la bandada se cumple, y un día llegan y buscan sus árboles preferidos, y otro día hacen sus nidos y más tarde nacen los pichones para remplazar a los que murieron.

—Señor —chilla entre sabihondilla y excitada Tacuarita Colombano, tan menuda que casi no alcanza su pupitre—... ¿nocierto que los nidos son las casitas de los pájaros?

El maestro se sonríe y dice esta respuesta:

—Exactamente no; los nidos son apenas el lugar dedicado a poner los huevitos y a cluecar. Los pájaros buscan refugios en determinados árboles que son los que los protegen de los peligros rapaces y con su altura, los ponen lejos del suelo para que nadie los alcance.

—Así es la vida —dice el maestro cargado de ternura— la naturaleza ha previsto todo para que el mundo siga andando como lo viene haciendo desde hace millones de años...

—¡¿Cuántos años señor?! —preguntan los chicos espantados por la cifra, y él responde engolados el gesto y la voz, lleno de terrible responsabilidad por el período inmenso que va a arriesgar:

—¡Sí, sí, millones de años, les dije, y a lo mejor se queda corto uno con el

cálculo! ¿Ustedes saben cuántos años son?

—Ooooh —hace otra vez la clase pasmada, pero nadie se anima a calcular cuántos días, o semanas o meses son esa tremenda, inconmensurable cifra que el señor les pone por delante.

Después rieron todos cuando el maestro dijo:

—Escriban el nombre del presidente de los argentinos que es Roberto Mario Ortiz... —y el Casio Serafín preguntó si era con hache, por lo que el maestro le contestó:

—A vos las haches te quitan el sueño, un día se la vas a poner hasta a la palabra mamá.

TRATO HECHO

—Oye pichoncito amigo, yo quiero jugar contigo.

—Niño, si quieres jugar, ven, sube a mi palomar.

—Me faltan alas, no puedo... Baja tú, no tengas miedo.

—Sin miedo voy a bajar y jugaré satisfecho; pero trigo me has de dar.

—Pichoncito: trato hecho.

Y ahí fue cuando todos se rieron —el Casio se puso colorado como una grana— y la clase pareció más alegre, y siguieron con más ganas hablando enseguida de los hombres que gobiernan el país y cada uno hizo alguna pregunta para aprender mucho y poder pasar de grado para ser un hombre de bien y servir a la patria, que no solo se la sirve con las armas de guerra, sino también con las armas del trabajo, como siempre machaca el maestro y, de pronto una vocecita con ruidos a latas chillaba entre risueña y expectante:

—¡Señor, los perros de Miguelito!

Ahora el maestro lleva la regla, la de cantos de bronce y permanece afuera un rato. Los chicos atisban por la ventana y ven que, sin abandonar su estado de tristeza silenciosa, mira el camino hacia una punta y hacia la otra, esperando no se sabe qué. De este lado o de aquel otro tendrá que venir un día la esperanza para el pobre maestro de cara sumida y fondillos gastados. Los perros han desaparecido por arte de birlibirloque. La mañana se hace sumas a sí misma acompañando en las pizarras del cielo las fatigosas cuentas que todavía alguno ha quedado debiendo al maestro. No más perros, no más problemas. Por fin, los cinco botarates habrán aprendido que es imposible hacerle comprender a un maestro triste que no tiene nada de malo estarse en la puerta para mirar a Miguelito cómo forma su mente y su cuerpo para ser un gran hombre el día de mañana.

El señor vuelve a sus chicos: hablan del hogar, de la familia, del trabajo de todos y de cómo hay que querer a los padres. Marieta Frumento, movediza, de pies chiquititos que la hacen andar a saltitos como una curruca, se levanta acercándose al maestro y le dice:

—Señor, nosotros lo queremos mucho a usted, como si fuera nuestro padre...

Él se sonríe un poco. Su sonrisa surge como si le doliera la boca y no cambia el repliegue largo de su frente que le nubla la expresión, aunque mantiene su mano larga y blanda sobre la cabeza de la movediza Marieta cual si estuviera pidiendo perdón por ser como es. Mira para el lado de sus pagos a través de la ventana y la mirada flota por sobre la extensión de Corda, deteniéndose allá en la infinitud, nadie sabe por qué. Es por el oeste, donde el cielo palidece ahora un poco. Unas palabras que no entienden por parte de él, otro silencio, cuchicheos, el redoble de los conocidos gritos del día llegando desde la atmósfera rutilante y cerril. Las horas que pasan lentas, los pensamientos que se escapan, el hambre que empieza a cosquillear ya en los estómagos... De pronto ladridos, bastante lejanos, imprecisos, pero ladridos al fin que Miguelito reconoce; que todos reconocen. Vienen del camino, se acercan. El maestro sale apurado, casi corre, como se diría. Chirridos de ejes que de tanto andar caminos llaman a gritos la grasa suavizante. Esos reclamos, sin embargo, mueven el ánimo del entristado que parece despertar de un sueño neblinoso.

Si los chicos pudieran ver ahora lo que él mira cuando está afuera, comprenderían por qué sus ojos anhelantes se ponen así. Enseguida los perros están allí de vuelta, en el camino, frente al portón. Saltan alrededor del carro de Ismael y Pedro, trasladándose desde un lugar al otro con trotecitos jocundos, como si ellos mismos estuvieran arrastrando, o empujando la bruñida volantita de los mercachifles cual si quisieran hacerla llegar más rápido a su destino. Ismael y Pedro anclan su mercería ambulante, saludan al maestro después de tanto tiempo y hablan con voces sonoras que cortan la quietud de la mañana poniéndola doméstica y festiva.

—¡Lindo viaje maestro, todavía hay escarcha en la cunetas, pero el sol es como una frazadita! —y uno por la izquierda y otro por la derecha saltan a tierra para desentumecer las piernas. Ahora le alcanzan lo que quizá él estaba esperando a lo largo de todo este tiempo absurdo que lo martirizaba con sus horas infinitas, y lo dejan solo con sus sentimientos para ir a beberse una o dos copitas en el boliche de don Mercé, que desde el primer chirrido de ejes ya les ha preparado la rotunda bienvenida en la puerta misma del almacén.

Con esa carta el maestro vuelve al aula y no se preocupa ya por imponer ese silencio que siempre lo obsesiona. Rompe el sobre, se le cae el papel doblado en cuatro, lo recoge, no puede desplegarlo, los dedos le tiemblan y están muy torpes —¡hasta dan ganas de ir a ayudarlo al bendito!—, las piernas no lo sostienen, la mirada se le oscurece, se restrega los ojos, quiere quitarse una mala visión que le perdura en el alma, y también la tiza de las manos con un pañuelo estrujado, como si el trapo pudiera limpiar tan fácilmente oscuros pensamientos como limpia el polvillo. Los ojos caen sobre las letras escritas, pero el ánimo está tan débil que no atina a emprender la lectura por el renglón que correspon-

de. Se exige serenidad, reclama el apaciguamiento de toda su carne temblorosa al mismo tiempo que oye en el pecho dolido, la furia del corazón. Por fin puede. ¡Qué triunfo sobre su miedo, su apuro, su estrechez de espíritu quebrantado! La palidez de antes se vuelve carne viva en las mejillas. El pulso se sintoniza otra vez con el ritmo de la cordura, y se desploma en la silla del escritorio como si lo bajaran de la horca, en el instante de llegar el indulto sobre el que se había perdido toda esperanza.

11

Sobre el final de la mañana el maestro les da un mezquino recreo para tener tiempo de llorar a solas, retirado a su escritorio con el pretexto de redactar un informe al Sr. inspector de escuelas, y enseguida vuelta al aula a copiar los deberes. Miguelito se levanta para mostrarle lo que ha hecho en el cuaderno. El maestro tiene la carta desplegada sobre el escritorio sucio y cargado de libros, de cuerpos geométricos, de instrumentos, de lápices romos y tizas quebradas. La carta, encima de todo eso tan cotidiano y archiconocido, es como una flor nueva de níveo resplandor y hasta parece que tuviera aliento propio con su aroma a papel limpio, a doblez prolija y quizá con algo del latir de quien la había enviado. Miguelito la mira sobre el hombro del maestro, sin curiosidad, sin malicia. Lee un pedazo que le parece muy lindo y que cree comprender palabra por palabra aunque su sentido completo se le escape:

«...estoy arrepentida de todo porque ahora sé que no lo merecías; tus hijos te extrañan mucho y yo estoy contando los días que faltan para que volvamos a...

—¡Esto vale un muy bien grandote! —lo interrumpe el maestro devolviéndole el cuaderno en el que ya ha estampado la buena nota con lápiz rojo— prepará los útiles nomás...

Y lo corta finalmente la voz chillona de Paulino que siempre quiere ser el primero en dar las malas noticias:

—¡Señor, los perros de Miguelito, otra vez...!

Allí nomás están los diez ojos oscuros, nuevamente, los cinco hocicos húmedos con las fauces acezantes, las veinte patas escandalosamente embarradas anunciando a su amo, con su mirada suplicante que ya se acerca la hora de salida y que es tiempo de escapar a la libertad.

—¡Porfiados del diablo, —les dice él— ya van a ver cuando lleguemos a las casas la laceadura que reciben, uno por uno y no va a escapar nadie...! ¡Molestar al maestro justo ahora!

Y los diez ojos van desde el maestro a Miguelito, aunque en algún fugaz instante miran con desprecio la cara desteñida de Paulino para decirle con sorna que es un alcahuete. Miguelito cree ser entonces protagonista de algo memo-

nable, es una fiesta del corazón que golpea en el pecho; las voces antipáticas y rivales no tienen importancia ya; la ropa limpia no molesta y uno queda tan bien con ella. El maestro se vuelve un poquito a los perros y dice pausadamente, como sin ganas, pero en voz muy alta que la clase recibe como un anuncio esplendoroso:

—¡Dejalos nomás...!

12

Miguelito, un rato después sale a la mañana que promete un fugaz y maravilloso mediodía. Corre, corre como el viento del oeste por el camino pisando su polvo un poco perfumado de hierbas invernales; corre suelto como una liebre-cita joven que no tiene terrores y huele el trébol tierno como una cuajada desde largas distancias; va silbando con importancia, con el orgullo de ser el dueño de toda esa dulce libertad de luz, de tierra expectante, de inmensidad celeste, y los perros inician su acostumbrado bureo cruzándose por delante y por detrás. A veces le muerden el pantalón en un jolgorio que es total, desde el sol que alumbraba sin economías hasta los pájaros encrespados al borde del camino. Ahora sube a la volanta de Ismael y Pedro que ha alcanzado cerca de la alcantarilla desmoronada, donde medran las espadañas afelpadas y los plácidos nelumbios amarillos que ennoblecen la materia corrupta de la charca. Ismael extiende la mano y lo impulsa en la subida; el muchacho se sienta a su lado.

—¿Es bueno el maestro? —le pregunta Pedro.

Miguelito le dice que es muy bueno y que él y sus perros lo quieren mucho en tanto se acuerda de los cinco tarambanas y mira hacia abajo. Allí andan cerca de las ruedas que levantan un poco de tierra reseca y ve cómo, con la lengua afuera, van echando miradas explorativas hacia la volanta.

—¡Yo corro más ligero que ustedes...! —les grita desde el pescante Miguelito que tiene muchas ganas de chacotear.

—¡Uuuuuuh, capaz nomás! —le contestan ellos.

—¡Cuando baje en el cruce les juego!

—¡Jugamos! —les dicen los cinco aceptando el loco desafío con un movimiento burlón de las colas.

Miguelito se da vuelta una vez más y ve cómo se va achicando la figura del maestro frente a la escuela, ocupado en darle el adiós al último de sus muchachos. Después nada, será hasta la mañana siguiente, con los deberes hechos, cuando el frío que impulsa al paso rápido, aguce también el poder de los ojos, para distinguirlo desde muy lejos, como ayer, como hoy, como siempre, tan dulce y callado...

—¡Díganle hasta mañana al maestro! —les exige ahora a sus perros— que

si uno no les está indicando continuamente hacen pasar vergüenza por el mal educamiento que tienen.

Los cinco comprenden y hacen un saludo de cola y un corto ladrido para la figura de la distancia, después corren alocadamente hasta el cruce para esperar el descenso del amo.

—¡Pucha que si no fuera por la carta que ustedes le traían qué triste se queda!... ¿no? —les dice antes de descender a Ismael y Pedro. Arriba el cielo azul es más azul que de costumbre.

ADIÓS ADIÓS LUDOVICA

1

«PREGHIERA DI RAGAZZA DI QUA TTORDICI ANNI

-Pelegrin che andé an San Giaco, o preghé cul sant per mi!

ó preghé-lo de bun core, che mi daga un bün mari.

Ch'a m' lo daga d' quindis ani, che quatórdes j' ai già mi.

Ch'a mi prunta na cambreta e 'nt al mes ün belletin;

e d'ün materass de piüma, i linsói di teila d' lin;

una cuverta de verdüra, tûta pienha di ciochín!

E trament che m'viro e volto, i ciochín faran din din».

La Vica Racca tenía unas cuantas cosas que decirle a todo el mundo esta mañana, empezando por las nueras que, seguramente, le habían estado hablando mal a sus espaldas. Ayer nomás había pasado el Ruso Marcos con sus bártulos en la volantita y ella les había dicho: «Cómprenle al Ruso Marcos una lata de aceite», y eso quería decir que lo que se estaba necesitando en la casa era una lata de aceite y no otra cosa; por eso, ellas no tenían que haber comprado ni la vainilla, ni la conserva de tomates, ni el bañanás, como se lo compraron, sin preguntar y sin el permiso de nadie.

—Es que usted no cocina, mare —le había dicho la Eda—, y no sabe lo que se necesita para tener las cosas en orden y hacer bien la comida.

—¡Para hacer bien de comer se necesita voluntad para el trabajo y ganas de que las cosas salgan bien que aquí no se vive en la ciudad y no es casa de ricos! —les dijo ella a las cinco nueras que hacían los turnos para atender la cocina y la limpieza de las cacerolas y de los platos—. ¡Y apréndanlo nomás, como les digo siempre, que yo por más vieja que sea mi manera de pensar no la voy a cambiar y saquen un ejemplo que me ocupé de criar a mis hijos y ellos, si no me

equivoco, saben lo que les aconsejó siempre esta viuda que desde los catorce años viene luchando como Dios le impone a una cristiana y no como a la gente se le antoja...!

—Pero mare —le dijo la Chun—, no es que se malgasten las cosas y se invierta mal la plata, si hasta la Yepa, que se crió en esta casa, dice que en la cocina se necesita tener de todo para no cansar siempre con la misma comida.

—¡No me interesa si se necesita o no se necesita —le dijo ella, porque en esta casa mientras yo esté viva, yo soy la que manda! Y se dio vuelta en la cama y no se habló más del asunto. Después de un rato en que se hizo la dormida para poder serenarse, ella decidió muchas cosas más, y era capaz, con sus ochenta y tantos años, todavía de hacerse escuchar y se decía que, si no podía conseguir el respeto como toda madre que ha criado tantos hijos, valía más que Dios se la llevara antes que estar vieja, enferma y pisoteada por los más jóvenes, que los jóvenes nunca piensan que van a llegar a la edad de una y encima con la obligación de tener firmes las riendas de una familia tan grande que había pasado tantas necesidades y que si ahora estaba un poquito bien era justamente por lo mucho que habían trabajado y por lo mucho que habían economizado durante una vida entera. Un momento después vinieron Pedrín y Gabriel a pedirle permiso para ir al baile y ella no se los dio.

—Sí, nona —le dijo Gabriel que era el más bailarín de los nietos—, considere que uno trabaja todos los días y las diversiones nunca llegan.

—¡No y no —dijo ella—, ahora hay que juntar la plata que se necesita para alambrar, no vaya a ser que uno ande por ahí teniendo que descuidar sus cosas por una diversión, solamente por darse el gusto!, que yo, a la edá de ustedes, estaba casada y con hijos.

Lo cual era cierto, porque a los doce años la habían comprometido y eso lo habían hecho sin pedirle un solo parecer a ella, sino que lo habían decidido entre el tío y el novio, y a los trece ya estaba casada como los otros quisieron y no como ella hubiera querido en esos momentos. Los nietos salieron de la pieza con la cabeza gacha a esperar otra oportunidad, y ella quedó de nuevo sola pensando que ese verano se mostraba bueno y que si seguían así las cosas, según le había informado Batistín iban a vender bien la hacienda. Después de comer iba a hablar con los cinco hijos para preguntarles si tenían noticias y de cómo habían vendido los otros, o si convenía más poner en pastaje para esperar el engorde del invierno. Estaba haciendo calor y las moscas molestaban demasiado por lo que golpeó con el bastón uno de los barrotes de la cama hasta que el ruido fue escuchado y llegó corriendo la nuera Eda secándose las manos con el delantal.

—Esta mañana no me trajeron la rama de cedrón y las moscas están que no me dejan tranquila —le dijo.

—Si quiere, mare —le propuso la nuera Eda—, le pongo el mosquitero.

—¡Cómo vas a poner el mosquitero, inconsciente, con el calor que hace me

asfixio debajo de tanto traperío; nunca piensan en nada ustedes y mandame la rama de cedrón enseguida así espanto a los bichos, y mañana miren la cama porque para mí este colchón tiene chinches!

—No puede ser, mare —le dijo la nuera—, en esta cama hay limpieza de sobra, que con jabón y brazos todas nosotras respondemos por un chiquito de suciedad que se pueda encontrar.

—Sí —dijo la Vica—, responder de limpias pueden responder, pero también hay que ver que el presupuesto en lejane y jabón te devora... un día que puedo me hago llevar la cama y voy a enseñarles cómo se limpian las ollas y la cocina con un poco de ceniza y mucho brazo, de la manera en que lo hacíamos todas nosotras cuando no había tanto para gastar.

La nuera Eda, que tan abochornada había quedado por el trato de mugrientas que les dio la suegra, salió sin decir una palabra y volvió con el acento de la ofensa y la mirada ciscona a entregarle la rama de cedrón que había pedido. La Vica la tomó como una reina puede tomar el cetro y empezó a hacerse viento y a aspirar la fragancia del aroma dulce y campestre que enseguida se expandió por el cuarto. Miraba las moscas nerviosas y porfiadas, insistentes, ir y venir de la ventana a su cama y huir en un alboroto instantáneo cada vez que sacudía la rama. El reflejo de la caliente luz exterior incidía en la sutil membrana de las alas arrancándoles brillos de verdor metálico y cambiante, haciendo que la Vica se distrajera en ese ir y venir restallante y fatigoso. Y detrás de esas rutas abúlicas y sin sentido dejaba recorrer la memoria dispersa tras torrentes de pensamientos llenos de antañonas resonancias. «¡Ah cargosas y sucias —les decía a los bichos— seguro que están marcando el tiempo!». Y ella tendría que hacer las compras antes de que vinieran las lluvias y empezara el invierno, porque si dejaba pasar el tiempo, todo el mundo tiraba para su lado y en una casa en donde cada uno tiene sus intereses, esa casa seguro que se va al pique. Se estaba necesitando, ¡ay Dios!, ropa para todos, hacerles calzoncillos, pantalones y bombachas para los más chicos que siempre están creciendo como terneros, pero, después de todo era mejor que crecieran así que tenerlos enfermos como habían nacido muchos de los nietos de la Cheppa Rossa, con esa enfermedad que les hacía colgar el labio y babearse todo el día, y salvarse del servicio, que cuando uno se salva del servicio seguramente no es por sano, sino todo lo contrario y en una casa hombres enfermos no traen ningún beneficio y no sirven tampoco para formar una familia como tienen la obligación de hacerlo los cristianos.

Ella y Bernardo habían formado su familia, sí señor, aunque no había permitido Dios que él viviera hasta llegar a viejo a su lado para verlos a todos crecidos y ver a sus hijos con hijos y sus nietos también con hijos, como tenía la dicha de poder verlos ella que había llegado a esa edad por la gracia de Dios. Seguramente que si Bernardo viviera la vida de ella ahora sería distinta, tendría un compañero con quien hablar y consultarse el uno con el otro cuando había que

tomar una decisión, porque con sus ochenta y pico de años en el lomo, todavía le tocaba a ella decir sí o no en todo. Vino la nuera Fina a preguntarle qué iban a hacer de comer hoy.

—Si tienen todavía esa carne dura que les trajo el Pitingo, el lunes, no hagan asado ni estofado, que no la van a comer ni los perros; la ponen a hervir temprano y hacen sopa y puchero —le dijo, y la nuera Fina, a la que hoy le tocaba cocinar para las doce, se fue a hacer la sopa y el puchero como mare le había ordenado y eso era necesario hacerlo rápido y darle con el fuego rápido para que esa carne de porquería se pudiera comer después. La Vica movía su rama de cedrón y se decía: «Ay, ay, qué triste la vida de un viejo enfermo cuidando que todo marche bien como debe». Bernardo sabía decirle que los viejos molestan en cualquier parte, que cuando se llega a una edad, todo lo que una persona de años opina suena siempre como campana de palo y que por eso había que tener un respaldo para esos momentos difíciles cuando los jóvenes poco se acuerdan de los viejos. Pero ¡ay!, a él Dios se lo había llevado joven por más que el recuerdo de ella era permanente como si ayer nomás hubiera faltado. Sin embargo, ya no podía hablar con los hijos recordando cosas del padre porque hacía tanto tiempo que había muerto que ellos casi no guardaban memoria.

2

La memoria es una cosa que se va y el tiempo la hace cada vez más débil como un hilito que un día se corta y ya no puede arrastrar los recuerdos. Sin embargo, yo hago memoria de lo de antes, de todo lo que nos podemos acordar los viejos, que a veces vivimos solamente con las cosas que pasaron y no podemos decir nada de lo que ocurrió ayer o en la mañana misma, porque a la noche está todo olvidado. ¡Vea sin embargo cómo me acuerdo que usted estaba triste cuando tomó el barco y me decía: «Me voy, me voy Ludovica y en un año estoy de vuelta y te busco»! Yo tenía doce años y me dijeron: «Bernardo te quiere, por eso es tu novio, se va a la Argentina a buscar el pan y prometió hacer la casa allá y venir a buscarte porque en Buenos Aires las calles son de oro y uno no tiene más que trabajar un poco y se consigue todo de la misma forma en que se arranca la fruta de un árbol». La tía Italia me decía: «Ahora tenés que dejarte de hacer muñecas y pensar en cambio en hacerte tu propia ropa porque Bernardo Racca es un buen hombre y si prometió volver a buscar a la que va a ser su esposa, él va a cumplir con su palabra, y una huérfana como vos no puede desperdiciar la oportunidad de irse a América con un hombre cuando aquí se es tan pobre y la tierra es tan poca para tantos». Y yo le tenía miedo a usted, me asustaba la gente de más años, pero tampoco conocía a las muchachas de mi edad porque nunca había jugado con nadie, y era triste tener que pensar en prepararme la ropa que

me había dejado mi madre al morir para esperar a un novio que iba a venir para llevarme nadie sabía a dónde, por más oro que hubiera en las calles y por más plata que pudiera conseguirse con solo estirar el brazo. Yo no quería que pasara el tiempo, y el tiempo pasaba aunque los días parecían largos con tanta nieve ese año y con tantos trabajos detrás de la vaca que tenían la tía Italia y el tío Germano en Cúneo, el pueblo donde nací y donde nació usted y de donde salió gente buena y trabajadora por más que todos tuvieran allí fama de estúpidos y porfiados. Si se decía que había un solo tonto en el mundo, seguro que todos nos miraban a nosotros los de Cúneo y nos preguntaban si lo conocíamos. La nieve fue larga ese año y yo esperaba el momento en que reverdecían los campos, pero también tenía miedo de que todo eso pasara demasiado rápido aunque desde los vidrios de la ventana espiaba para ver si ese día la nieve se derretía y dejaba paso al verdor del pasto que brotaba. A mí, ese pasto —yo se lo conté después muchas veces— me parecía una linda sobrecama de lujo, como esas de seda que tenían los ricos y me gustaba tirarme y girar sobre ella imaginándome que las campanillas silvestres eran verdaderas campanitas de plata o de oro. «Será por eso Bernardo —le dije una vez— que hice esta sobrecama verde con campanillas bordadas, porque me hace acordar tanto de lo que son aquellas primaveras después de tanta nieve».

Le decía recién que yo tenía mucha ansiedad por el compromiso que habían atado mis tíos con usted, y si bien quería que se fuera pronto el invierno, más quería que el tiempo no pasara. ¡Ay Bernardo, cuánto tiene que sufrir un cristiano para poder cumplir con lo que Dios dispone! Como me iba a casar con usted, la tía Italia me explicó de a poco de qué manera son las cosas entre un hombre y una mujer y me decía que, como mi madre estaba muerta, le tocaba a ella prepararme para hacerme mujer. Yo le tenía miedo a todo, y más que a nadie le tenía miedo a usted que iba a venir a buscarme un día para casarse conmigo y llevarme a la Argentina de donde se decía que las vacas las tenían en los campos para comer nomás, porque cada uno mataba las que quería, y que regalaban a todos los países del mundo porque en los campos de la Argentina había más vacas que gente. Y pasó el año nomás; usted me hacía escribir algunas cartas y las firmaba con su dedo debajo de las palabras lindas que me ponía y yo las hacía leer hasta que aprendí a leer y a escribir para contestar a las suyas y por lo mucho que se afanó el cura con un poco de lecciones que me daba todos los domingos después que los más chicos salíamos de la misa. Un día llegó una carta con el pasaje del vapor para que me fuera a la Argentina, que allí me iba a estar esperando para casarse conmigo y hacer nuestra familia. «¡No señor —decía mi tía Italia—, no vas a salir nunca soltera de esta casa!». Ella decía que no era la forma de proceder, créame que tanto me lo dijo que yo sentí rabia por usted que había prometido venir a buscarme y sin embargo le importó más quedarse en la Argentina y mandarme el pasaje. «¡No señor —seguía diciendo mi tía—, sola no te vas de aquí, se devuelve

el pasaje y se le dice que si te quiere, él debe venir a Cúneo y llevarte, porque un hombre nacido aquí, por más que la gente diga que es estúpido, siempre cumple con su palabra!». Yo le escribí con mucha vergüenza, poniéndole lo que ella me decía que le escribiera, y hasta esperé que usted me mandara una carta, que no me quería más y que me quedara donde estaba por pretenciosa, pero una tarde, cuando bajé de la colina con la vaca para ponerla en el establo, usted estaba ahí en la puerta, esperándome y se reía mucho y desde lejos me gritaba que era cierto que la gente de Cúneo se moría por porfiada, pero las mujeres más que los hombres. Usted estaba más alto, parecía más fuerte y se había dejado los bigotes y me asusté todavía más porque era tan mayor comparado conmigo que apenas tenía trece años. «¡Ay qué hombre, qué hombre! —decía la tía Italia cada vez que lo miraba—, ¡ay qué marido que te conseguiste Ludovica, si yo fuera vos y con tu juventú, bailarías en una pata!». Me fui con usted, con mis ropas, con muchas lágrimas por detrás y muchas por delante, porque nadie podía decirme lo que me esperaba tan lejos. Mi cuarto, arriba, desde donde miraba la nieve, quedó vacío y el tío Germano dijo que lo iba a llenar de manzanas, aunque siempre quedaría allí mi cama por si un día pensaba volver. Adiós tía Italia, adiós tío Germano, adiós al patio y a la vaca y al corral. Muchos, muchos adioses a Cúneo, al cura que estaba también en la puerta despidiéndonos porque él nos había casado y bendecido. «Así sí —decía yo—, nadie debe quedarse sin mi adiós, tal vez el último», para nunca más volver a verlos como esa tierra que brotaba con los primeros calores para que yo me tirara colina abajo y rodara encima pensando en una cama de lujo, con colcha de seda verde y campanillas de oro y plata que hicieran din dín, dilín din hasta que el sueño viniera. «Oh sí —también me decía yo—, quizá si algún día no podría volverse a mirar todo otra vez para recorrer los cuartos de la casa, el huerto con los manzanos, el establo con la vaquita...». Pero yo nunca volví a Cúneo, ni usted tampoco, porque después el tiempo empezó a correr más rápido y siempre había que afanarse más por el trabajo y por los hijos que nunca dejaban de nacer. Un día llegó la noticia de que había muerto la tía Italia y ya teníamos a Bernardín y no había ni plata ni tiempo, ni nada que pudiera llevarme de vuelta a Cúneo habiéndose muerto mi tía querida. Yo ya estaba acostumbrada a la Argentina, con tantas vacas, con tanta tierra para hacer crecer el trigo, con tantos campos para dejar las fuerzas en el surco. Pero claro, todo eso era siempre de los otros. Cuando yo le decía a usted, en los malos momentos, que me mostrara en dónde estaban las calles de oro, en dónde estaba toda esa plata de que hablaban allá, usted me enseñaba sus brazos y los brazos de Bernardín diciéndome que allí estaba todo el oro que la Argentina les daba a los que venían de Italia, pero claro, me decía, siempre depende de cada uno tener lo que se sueña y se ponía a cantar como a mí me gustaba tanto porque con esa tristeza suavecita del canto me hacía acordar cuando en Cúneo los domingos se juntaban todos y cada uno o cada familia entonaba lo suyo:

«Felice chi sa fé ra soi pulenta
a pï chi ra sa tajari:
felice chi ra men-nha, chi ra tucca.
e pï felice chi sra betta an bucca!».

«Así es Ludovica —me decía usted—, feliz es el que tiene algo que llevarse a la boca, feliz el que puede ver, tocar, comer, oler su pulenta porque por más que se tenga todo el oro del mundo si no hay salud y si el cristiano no se sabe conformar con poco, la vida no sirve para nada...». Y a mí en esos momentos me parecía que usted era el hombre más sabio de la Tierra.

3

La Vica dio muchas vueltas en la cama; el calor se sumaba y el chirrío de las cigarras y de las tucuras saltarinas, que parecían estar de fiesta por tanta luz, le hacían mal a los oídos. Ahora ya era necesario entornar los postigos porque el sol que subía por las paredes de los galpones de enfrente hacía demasiado intensa la claridad de la mañana. Llamó a sus nueras porque quería saber cómo marchaban las cosas en la otra parte de la casa. Tenía que ver si entre ellas no habían armado alguna pelea por cosas de mujeres a las que parecían darles más importancia que al trabajo que tienen que hacer para que una casa salga adelante y para conservar la armonía de los matrimonios y conseguir una buena crianza de los hijos. Ella tenía que estar segura de que si era cierto que la Eda vendía al verdulero los pollos que criaba la Fina, y si era verdad que se gastaba la plata sin decirle nada al marido. Eso era algo que no comprendía bien; lo había sospechado por media palabra escuchada de casualidad y otra media palabra que le trajo una de las nietas, pero la Vica estaba segura de que si no intervenía a tiempo iba a perder la oportunidad de hacer algo por la unión de la familia. Ya una vez, hacía mucho tiempo, había sucedido una cosa muy fea y tuvo que dar permiso para que Marcos y la Rosa se fueran a vivir por su cuenta en las piezas del lado norte y hacer la cocina aparte, todo porque ella no había podido intervenir a tiempo y no había parado las cosas antes de que se hicieran más graves. Pero Marcos no pudo aguantar mucho eso de estar solos y consideró lo que había ocurrido, con lo que consiguió que las mujeres hicieran las paces y volvieran a cocinar y a comer todos juntos. Llamó con su bastón golpeando los barrotes de bronce y cuando llegó la Chun pidió que la llevaran a la cocina porque quería hablar con todas y de paso ordenar que le lustraran la cama por si venía el cura a visitarla, como hacía todos los meses para confesarla y darle la comunión. Entonces la Chun llamó en auxilio a las otras y solo quedó la Fina a espumar el puchero porque la sopa ya estaba hirviendo. Entre las cua-

tro llevaron la cama a la cocina y la colocaron en el medio, como la Vica quería, de manera que pudiera ver todo al mismo tiempo que hablaba.

—Mare —le dijo la Chun—, usted debería dar permiso para cambiar esta cama de dos plazas y encima de bronce, que no es cosa fácil de llevar de un lado al otro.

Sin embargo la Chun sabía que su suegra le iba a contestar lo de siempre:

—Mirá —le dijo la Vica con la mirada cargada de reconvencción—, en esta cama dormí con mi marido y en esta cama Dios me mandó los hijos; es lo primero que pensó en comprar el finado cuando hizo unos pesos y me la trajo para cambiarla con la que teníamos clavada en la tierra y que él había hecho con unos troncos de ñandubay y unos tientos. Ustedes nunca durmieron en cama de palo ¿no?, si hubieran dormido no estarían pensando cambiar esta cama por otra más chica para comodidad de ustedes. En esta cama, sépanlo, dormí con mi marido y en esta cama voy a morir.

La Eda quería hacer la quinta hoy; desde unos días atrás venía pensando en unos lindos canteros con perejil, otros con endibias, otros para las zanahorias y el almácigo más grande, de una punta a la otra, para las cebollas, y ya era tiempo también de ir pensando en los repollos y renovar la achicoria. Le quedaba media mañana por delante para empezar, pero aunque le preguntó a la Vica ella le dijo que no valía la pena sembrar nada, que todo se iba a ir en vicio, porque no era la luna, que esperara hasta el 27 y si no que mirara el Bristol.

—Más vale que te pongas a lustrarme la cama, Eda, y después echás la pata en las casitas del sur, pero tenés que ponerle el salario al pato viejo porque no la deja tranquila y vos Otilia prepará para planchar; esa ropa hace dos días que esta juntada y nadie tuvo la iniciativa todavía de alistarla y la Clotilde si quiere hacer el dulce de duraznos que lo haga, pero no le vayas a poner tanta azúcar que, si lo hacés a tu manera, se pone negro y los hombres no quieren ese dulce oscuro que ahora que se está con el corte del alfa hay que servirlo con la merienda.

4

Usted dijo que Ismael y Pedro le fiaban la cama hasta cobrar el giro grande de la cremería, pero cuando voy y me fijo en la libreta, la había comprado al contado y eran quince pesos y que había estado guardando usted para cuando naciera el Bernardín. Así que estaba usted pensando en comprarla desde hacía tanto tiempo y yo no sabía nada. Un día veo venir de lejos la volanta de Ismael y Pedro con la cabecera y el pie de la cama colgando a los costados y que brillaban al sol como si fueran de oro. Yo me pregunté para quién sería tanta belleza y quién iba a ser la reina que ahora tendría esa cama para dormir. «Si Dios me manda una cosa así —pensaba yo— seguro que no sabría qué hacer». Por eso, cuando la bajaron yo no podía creer lo que estaban viendo mis ojos, y usted me decía: «Es

nuestra Vica, la vamos a cambiar por la que tenemos», y yo le hacía ver que esa era cama para gente rica y no para dos pobres como nosotros que esperaban un hijo. Fue entonces cuando más lo quise y me dije que no tenía que estar triste porque mi marido era el más bueno de Corda. Porque créame, yo no lo quería a usted; hasta ese momento no lo había podido querer nunca y cuando me encontraba llorando, si alcanzaba a verme, yo le decía que era porque extrañaba a Cúneo y a mi tía Italia, aunque eso era solamente verdá en parte; yo lloraba sobre todo porque no podía quererlo a usted a pesar de que rezaba y le pedía a Dios que me mandara fuerzas para soportar su compañía. Pero yo me di cuenta que lo quería mucho cuando hizo venir la cama, cuando entendí el sacrificio que había hecho solamente para que naciera nuestro hijo en un lugar como la gente y que pudiéramos descansar los dos de todo el trabajo que hacíamos en el día. Pero de todos modos Bernardín no nació en la cama —fíjese como son las cosas—, nació en la parva y no por culpa suya que me decía que yo ya no estaba para atender la horquilla, Dios hizo que naciera en la parva porque así aprendía de cerca lo que era el trabajo, y Batistín nació en el corral y Juan por el camino, y seguro que si usted hubiera vivido, los mellizos nacían en la chacra, en la rastra, encima del arado, o qué se yo, porque créame que siempre fue mi gusto acompañarlo en el trabajo hasta el último momento, aunque después tuviera esa cama de oro para hacer dormir a los hijos y para darles el pecho. Yo siempre pensé que cada uno tiene su destino. El suyo fue morir joven, el de nuestros hijos nacer en la tierra que usted vino a buscar para ellos. Yo le tenía miedo al principio, como le dije, mi tía Italia me había dicho, cuando me enseñaba, qué es lo que piensan los hombres de la mujer que tienen, pero con el tiempo yo me di cuenta de que usted era diferente y que no me maltrató nunca como a veces la maltrataba el marido a mi tía Italia. Usted quería tener hijos para hacer la familia grande porque decía que yo criaba los hijos más lindos del mundo y, cuando yo le pregunté cuántos hijos pensaba que íbamos a tener, usted me dijo que muchos. «¿Pero cuántos Bernardo?», le dije yo y usted me contestó que como quince o veinte y me asusté entonces por lo que había sufrido en la parva cuando me nació el Bernardín. «Eso es con el primero, Ludovica —me conformaba usted—, los demás nacen solos y todas las mujeres se acostumbran». Así vinieron al mundo los ocho primeros y después los mellizos, pero cuando los mellizos nacieron usted ya no estaba en esta tierra porque Dios había querido llevárselo con él.

5

Mientras comían todos alrededor de la mesa larga y ella en su cama, la Vica pensó que por ley Bernardín tenía que tomar el mando cuando ella se muriera, y su corazón un poquito débil y otro poquito cansado le decía que el Señor del

Cielo la iba a llamar pronto a su lado. Hacía más de sesenta años que estaba gobernando su casa y era hora de que le diera paso a quien tenía más fuerzas que ella; de allí en adelante todos tendrían por costumbre que acordarse de sus enseñanzas y de cómo había que obedecer a quien tenía el mando, para que una familia no se viniera abajo. Ella le había dicho a don Cresencio las últimas veces que le traía la comunión, de cómo estaba queriendo que Dios le mandara el descanso eterno.

—¡Ah Ludovica —le decía el cura—, nadie puede disponer ni de la vida ni de la muerte, solamente el Rey del universo es el que decide y usted, que ha hecho tanto sobre esta tierra, debe esperar con resignación que los últimos días sean ejemplo para todos, como lo fue siempre!

Así hablaba don Cresencio, cura como ese no habían tenido nunca, tan sabio, tan lleno de consuelo, siempre que un corazón precisara paz y resignación. ¡Cuántos casamientos, cuántos bautizos, cuántas muertes había asistido él, día tras día en su santa misión; cuánto había aprendido del bien y del mal de tanto andar caminos y confortar a los cristianos! Por eso, tales palabras le habían hecho bien; y ella esperaba, pero en el fondo tenía también la idea de lo que había hablado con Ismael y Pedro un día que vinieron a vender y se quedaron a pasar la noche. Como hacía calor habían puesto su cama de bronce en el patio y miraban la luna y miraban las estrellas y esas bolas de fuego que tenían la costumbre de cambiarse de un lugar a otro en el cielo como si estuvieran jugando entre ellas para ver quién corría más rápido sobre la profunda noche de la inmensidad. Los hijos cantaban, los nietos se dormían en la falda de las madres y, lejos, como sucede siempre en el campo, las voces de los animales se hacían lerdas y tristonas. Ella tenía a Ismael y Pedro sentados cerca de la cama y hablaban también —entre otras cosas— de la vida y de la muerte como si al lado de la tristeza que venía de las chacras, del silencio que nacía de los árboles quietos, de los galpones sombríos y de los corrales dormidos, ellos tuvieran la necesidad de certificar, por contraste, que estaban vivos. Y fue entonces cuando Ismael le dijo que, si uno ha vivido en paz como cristiano, si se ha llevado siempre una vida honesta, Dios da la oportunidad y el tiempo necesario para poder prepararse. Y no solo se llama ser honesto cuando uno no le roba al vecino, o no teje mentiras para dejar tranquilo al corazón. Ser honesto es mucho, mucho más inmenso que eso.

—Ah sí —suspiró Ismael mirando esa dulce grandeza ensombrecida— se es honesto únicamente cuando no se tejen calumnias, cuando se estira la mano al vencido y se olvidan sus yerros de antaño, cuando se sonríe y alivia al enfermo, cuando se siente tanta piedad por el sufrimiento de todos los hombres del mundo como la compasión que uno le dedica al hijo, al esposo o al hermano. Entonces, cuando llega el momento supremo, el alma vuela al cielo en un carro de luz —había agregado Pedro que medía con profunda mirada azul la imposible

distancia entre la Tierra y el firmamento—; en un carro que manejan Cristo y San Pedro —seguía diciendo— y el trayecto es tan largo como la vida que se vivió, pero ya no se sufre, no, y, por último se llega a la presencia del Rostro Divino. —Y esa noche ella supo también tantas cosas acerca de las leyes de Dios y de sus designios, tanto como nunca en su largo camino había tenido oportunidad de conocer. Claro que ella hubiera querido valerse por sí misma y andar como cuando era joven por la casa, y darles consejos y el ejemplo a sus hijos, a sus nueras, a sus nietos, en pie, fuerte y derecha como había sido hasta el momento de su enfermedad, pero ¿qué podía pretenderse a los ochenta años ya largamente pasados si la vejez viene para todos?, hasta un árbol se tuerce con el tiempo, hasta una casa se derrumba cuando suma días y días, hasta un animal se cae y espera la muerte como vencido, y ella pretendía andar como si fuera joven todavía, como si no hubiera dejado muy, muy atrás los tiempos en que al verla la gente le decía: «Esa es Ludovica Racca, se precisa más de una desgracia para echarla al suelo». «En un carro de luz se atraviesa el cielo más allá de la vida y, por último, se llega a la presencia del Rostro Divino», se decía a veces la Vica, recordando la conversación que había tenido con Ismael y Pedro. Después pidió a los nietos que la llevaran a la pieza para dormir un rato porque quería estar descansada ya que había decidido ir al corral para ver la lechada de sus buenas vacas y el estado de los animales y, en la penumbra del cuarto, con el olor que venía de las brocamelias florecidas al pie de la ventana y ese poco de olor a bálsamo que exhalaba la humedad genésica del verano, la Vica pensaba en un carro flotante entre luces que la llevaba en presencia del Señor a rendir cuentas de sus pecados y sus virtudes, y se iba adormeciendo despacio con lueñes resonancias que le aleteaban sobre el alma y con ese sueño sutil y corto que tienen todos los viejos.

6

Usté hablaba de Ismael y Pedro y yo no sabía al principio por qué les tenía tanto respeto pero con el tiempo supe también yo que ellos, de tanto recorrer caminos y el mundo, eran más sabios que los libros. Usté me decía que ya los había conocido antes, cuando estuvo por primera vez aquí, y muchas veces lo habían ayudado prestándole el carro para dormir, o poniéndolo entre los dos para calentarlos cuando la garúa y el frío se hacían difíciles para los pobres y para los que tenían que andar por esos caminos sin un techo. Hasta don Crescencio Colomba, que los había conocido todavía antes que nosotros, nos decía entonces que cada vez que Ismael y Pedro pasan por Corda traen un poco de alivio para todos nosotros arrinconados en esta gran soledad de las chacras. Nos contaba que ellos son pobres y que los pobres vienen a ser como los representantes de Jesucristo en la Tierra y que Jesucristo les indica el camino

para que vayan y vengán llevando su volanta de lata, también pobre, por todos los rincones del mundo, aunque nadie sepa nunca de dónde vienen y adónde van. Pero cuando pasan por Corda todos tienen de qué hablar. Las muchachas esperan con alegría su presencia porque pueden comprarles puntillas y jabones y telas, y les traen suerte puesto que muchas veces encuentran el hombre que les conviene y son felices con ellos. Hasta les traen cartas, les traen un poquito de esa dicha que no cuesta nada con un mensaje del novio para su novia, o una prueba de que las recuerdan, con un regalo que los mercachifles colocan en las propias manos de la dulce soñada. A veces una sola palabra, o dos nomás con que se dice todo, todo lo que sus enloquecidos corazones esperan escuchar: que no te olvida, que te visita; que te espera en el baile. Los hombres les compran semillas y cinturones, algún material para la herrería, botines brillantes para la misa y las fiestas, remedios milagrosos para aliviar las pobres bestias que se consumen en alguna enfermedad empedernida y hasta los mismos regalos que con vergüenza y hasta un poco a escondidas les hacen llegar a las muchachas. Y en la volanta de lata que parece tan pobrecita, se encuentra siempre lo que uno precisa. Ahí está todo, todo lo que uno justamente estaba pensando en tener, aunque nadie pueda explicarse de cómo ellos son capaces de saber qué es lo que uno anda necesitando cada momento. A veces, cuando Bernardín y la Yola eran chicos, usted les contaba la historia de la Clorinda Borla, que era tan fea la pobrecita que no tenía paz cada vez que se miraba en el espejo, pero más que nada, fea por dentro, fea del alma porque su envidia era peor que su nariz y su boca finita de dientes separados. Acuérdesse de cómo les gustaba a los chicos esa historia y cada vez que veían un lechuzón decían: «Miren, miren, la Clorinda Borla anda rondando», porque en la historia, ella se había metido una noche en el carro de Ismael y Pedro para robarles jabones, perfumes y puntillas, así podría estar mejor adornada que todas las otras muchachas del pueblo, pero en el carro solamente encontró —una vez adentro— una cueva larga, larga que no tenía fin y, cuando ella salió de allí, ya no era la Clorinda Borla, sino un lechuzón de ojos amarillos y cara de vinagre. «Vaya a saber las cosas que son capaces de hacer Ismael y Pedro», decía usted, y cuando se estaba precisando algo en la casa me pedía que tuviera un poco de paciencia hasta que apareciera la volanta. Y aunque hubiera que aguantar meses, un día cualquiera la volantita aparecía con sus bártulos haciendo reflejos bajo el sol y entonces se le compraba lo necesario y siempre traían lo que se les había encargado, por más difícil de encontrar que hubiera sido; tal vez lo traían desde lejos, de Buenos Aires, de Italia, vaya a saber de dónde, pero lo cierto era que ellos siempre cumplían con la palabra dada y ninguno tenía oportunidad de sufrir con una esperanza quebrantada. Yo conservo el recuerdo de usted hablándome de la honradez de los mercachifles y que por eso prefería comprarles a ellos y a ningún otro aunque hubiera distintas oportunidades de mirar la mercadería con que algunos —también venidos

de lejos—aparecían a veces por Corda. También conservo el recuerdo de usted hablándome de todo para abrirme los ojos y porque yo había vivido poco —según iba diciendo—, y no sabía entonces lo que era necesario de lo bueno y de lo malo del mundo. Por eso sé que si me hubiera tocado otro hombre, no habría aprendido tanto de la vida como he aprendido a su lado, en los pocos años en que el Señor permitió que fuera mi compañero. «Don Cresencio —le dije al cura cuando usted falleció—, cómo es que Bernardo Racca, bueno y trabajador como era, se ha muerto dejando a sus hijos que tanto lo hubieran precisado; pero yo no me puedo consolar porque Dios ha sido injusto conmigo». «¡Ay Ludovica, usted está muy triste y no quiere pensar que el Señor dispone de la vida de sus criaturas por cosas que no conocemos, pero de lo que tiene que estar segura es que Bernardo va a tener su lugar en el cielo!». Después, con el tiempo pensé que sí, que tenía razón, ¿adónde puede estar un hombre bueno como usted, sino al lado de los honrados y de los trabajadores? Al lado suyo me di cuenta de que también había alegría en el mundo porque usted me enseñó a cantar y quería que me riera cuando las cosas se ponían lindas para los dos, en medio de tantas necesidades, por lo que me acostumbré a esta tierra que nunca pensé en volverme y en extrañar nuestro pueblo, sino pensar que la única tierra que habíamos tenido siempre era esta en donde yo lo quise y en donde nacieron los hijos. Usted, poco tiempo antes, me tocaba la barriga y me decía: «Esta vez van a ser dos, porque la guerra en Europa va a traer trabajo a este país y vamos a necesitar brazos para sembrar todo el trigo y el maíz que van a servir para dar de comer a tantas bocas hambrientas. Sí, sí —decía usted—, los campos de allá ya no sirven más de podridos que están con tantos cadáveres y tanta pólvora y tanta miseria que trajo esta guerra; por eso el pan tiene que salir de esta tierra y se van a necesitar muchos brazos y muchos corazones fuertes para eso». Y fueron dos, nomás, pero cuando ellos nacieron usted se había muerto y yo vi, por más que ahora digan que son cosas de vieja, cómo usted salía de la tumba y se subía al carro de Ismael y Pedro que lo esperaban para llevarlo a recorrer el largo camino a la otra vida. Pero usted ya no sufría, ya no tenía trabajos ni apuros, ni tristezas como cuando vivía en este mundo, sino que su camino era todo de alegría como a usted le hubiera gustado que hubiera sido la vida.

7

—Marinna, Marinna —susurraba una de las nietas cerca de la cama—, dice papá si quiere ir al corral, que ya están con el ordeño.

—Sí, sí, ella quería, ya lo había dicho antes, ¿o no habían entendido?, ¿cómo era que se habían demorado si antes de dormir les había informado a todos que su deseo era estar ahí esa tarde?

Vinieron a buscarla. Ella pidió su sombrilla de antiguo color de rosa y fue colocada en medio del corral y cubierta con el mosquitero para que no la molestaran ni las moscas ni los alguaciles. Miró las vacas, los terneros, la novillada que abrevaba y esforzó sus ojos gastados para elevarlos a la luminosidad de la tarde azul y a ese cielo sin nubes en donde giraban lerdas y magníficas las aves que ansiaban las alturas. Allá arriba un celaje peregrino plateaba la inmensidad como si el viento se hubiera entretenido en desparramar efímeros tisúes en el aire, mientras chispazos de oro en las alas de las mariposas salpicaban el retemblor del éter. Era una tarde calma y ardiente; sin embargo la Vica se sentía bien junto al ruido del trabajo y aspirando el olor intenso de la boñiga que fermentaba en los corrales. Desde lejos venían a envolverla vaharadas frescas de alfalfa recién cortada que llegaban hasta ella con el ruido de una máquina distante ocupada en hacer gavillas sobre las chacras abiertas y pródigas. Las abejas enloquecidas de polen zumbaban sobre las benéficas flores de la borraja y las grandes corolas del zapallar que, junto a los tejidos del huerto, trepaba feraz sin medir obstáculos para su afán de crecimiento. Más lejos, el sávido perfume de las artemisas y el poleo remedaban el calmo ambiente del monte para gozo de los restallantes saurios que ahora adoraban al sol. Los perros de la casa guitoneaban entre las patas de los vacunos y, de tanto en tanto, por cumplir con su compromiso de alertas guardianes, lanzaban algunos ladridos que más parecían bostezos de pereza. Ella miró lentamente el viejo mundo de la tierra, animales y simientes y luego contó mentalmente las vacas que esperaban con paciencia el turno de la lechada. Entonces pensó si no era una exageración ordeñar tantos animales por más que el esfuerzo estuviera compartido por todos los de la casa.

—Bernardín —llamó—, ¿no convendrá más poner en pastaje que ordeñar tanto?

Bernardín le dijo que no le parecía, porque ahora había muchos más brazos para el corral ya que dos estaban de vuelta de la conscripción, y se estaba pagando bien la grasa, en cambio el pastaje no pronosticaba demasiada ganancia.

—¿Qué hicieron tus cuñados? —preguntó ella.

—Pusieron otra vez en pastaje mare —le dijo él.

—¿Havisto que sos un porfiado?, cuando esta vieja dice algo es porque sabe y no comprendo por qué todavía no aprendiste a hacerme caso; ya sos viejo vos también y sin embargo pensás menos que un chico; ¡se ponen cincuenta animales en pastaje y se merma el ordeño!

Él bajó la cabeza y, por el rubor que tenía en su cara oscura, se hubiera pensado realmente que reaccionaba como un chico. Bernardín miró toda la amplitud del día, el cielo tan alto, tan nítido, tan supremo; miró la distancia en chacras lejanas y, después, muy cerca, la casi vergonzosa realidad de sus alpargatas gastadas. Pero no podía mirarla a su madre en la cara: la presencia de ella era radiante y domeñosa, como una imagen sagrada que no da respuestas.

—No tenemos tanto, mare —se atrevió a opinar con la voz contenida—, vendimos el resto en la feria, se acuerda.

—Ah sí —dijo ella—, pero compren lo que vendieron —y miró el cielo—, hay agua para estos meses y el Bristol dice que va a llover hasta agosto que es la época más peligrosa; entonces, ¿conviene o no conviene poner en pastaje?, además tus cuñados, que hablan con el diablo, nunca se equivocan. Estoy cansada Bernardín, háganme caso en todo, especialmente vos que vas a ocupar mi puesto, porque un día de estos el Señor me va a mandar a llamar para pedirme cuentas.

—No diga eso mare —le pidió Bernardín con tristeza.

—¡No, no lo digo más, pero hacé llevarme adentro!

8

Usted me faltó entonces y el mundo ya no era nada para mí, la casa era negra sin su persona y, por más que abriera las puertas y las ventanas, parecía como si en ninguna parte entrara un chiquito de luz; la cama era muy grande, créame, para dormir sola. Bernardín, el pobrecito, con sus trece años ocupó su lugar mientras yo esperaba que nacieran los últimos y, por eso, él aprendió hasta a hacer la comida. Era muy difícil no tenerlo, Bernardo Racca, créame lo que le digo, era muy difícil no poder pedirle un consejo cuando necesitaba a un hombre que me guiara y cuando las cosas se hacían más complicadas; por eso, la muerte suya no terminó en el momento en que se cayó de boca en la cancha de bochas, sino que para mí, la muerte suya duró muchos años, usted se me fue muriendo todos los días, porque en cada mañana nueva en que me despertaba, era pensar que ya no estábamos juntos, que ya no comíamos juntos, que ya no podíamos tener un solo hijo más para llegar a formar esa gran familia que tanto le habría gustado. Y me tocó con Bernardín y después con los otros y las muchachas mayores, también pobrecitas, a hacer venir grandes a los más chicos y enseñarles a trabajar la tierra, arar, sembrar, hacer las parvas, sacar leche, manejar los carros, decidir las compras, pensar en las ventas, mandar el trigo, elegir la ropa, enfrentar las desgracias que mandaba el tiempo, mantener la fe en todos. ¡No voy a saber yo más que nadie cómo tuvimos que hacernos fuertes todos a costa de rigor nomás! En las mañanas tan frías que ponían como troncos los dedos, llevarlos al corral, envolver a los mellizos para que estuvieran cerca de nosotros y del calor de las vacas, y después Bernardín o yo llevar los tachos a la cremería encima de la chata bajo el cielo que escarchaba o la lluvia helada que ardía en la carne. «Hay que casarse Vica, vos sos joven», me decían las otras, y yo no les contestaba ni que sí ni que no, pero pensaba que ya tenía muchos hombres en mi casa y que mis hijos eran míos y de usted, y no podían ser de ninguno más; para eso usted había cruzado el mar tres veces, y para eso

usté se había muerto forzando el corazón en el trabajo. Yo no iba a querer ningún hombre que no fuera usted; el que me había ido a buscar tan lejos, el que me había dado el apellido y, estoy segura de que eso lo supo siempre porque no por otra cosa se hizo querer y se cruzó el mar cuando todo era tan difícil y usted era tan pobre.

9

La tarde en agonía estaba escurriéndose en el patio y arrastraba sus sombras púrpuras por sólidos recovecos de penumbras estancadas. Se iba, se desleía como un polvo ferroso en el aire y teñía sin ton ni son la cimera de los árboles más altos y los techos de la casa, favoreciendo el bello esplendor de las nubes bajas con un incendio vertiginoso. Alguna curruca que, de tan pequeña, parecía hecha solo de sonidos, protegía a sus pichones de la rapiña nocturna y dejaba oír los reclamos de su ansiedad maternal como pidiendo auxilio al mundo tan grande, pero tan sordo al mismo tiempo. Algunas buidas flechas, que eran murciélagos recién despiertos, chillaban en la persecución de insectos que flotaban en el aire. De la lejanía llegaban el rumor de la floresta en crecimiento, los sonidos palustres al borde de las aguas bermejas, el murmullo de las fuerzas genésicas bajo la tierra húmida. Frente a la cocina que reflejaba su luz anaranjada a través de la ventana abierta, estaba la cama de bronce recién lustrada y que chisporroteaba como si ella fuera el único oro legítimo de toda esa fanfarria de reflejos. Ludovica Racca tenía a toda su familia alrededor como siempre que hacía calor y se iban a esperar la cena en el patio. Sin embargo, los huesos de los viejos se hielan antes, las carnes les tiritan al menor soplo y a veces hasta sin saber por qué. Ella, con un ligero temblor, acomodó alrededor de su garganta el viejo fichú desteñido que pedía siempre para envolverse cuando la noche caía. La tela desgastada de la prenda era como su piel misma. Tantos años de compañía habían producido esa asimilación entrañable que la llenaba de una menuda y placentera quietud cuando sobrevenían casi ritualmente esos instantes de retremblor. Miró a los nietos, a los biznietos; se parecían tanto unos a otros como si uno solo hubiera sido el padre y una sola la madre, productos de un maternal y gigante vientre que los revelaba idénticos en sus rasgos, generación tras generación. «¡Esa es mi raza y la raza de Bernardo Racca!», se dijo silenciosamente, apenas moviendo los labios. Los mayores recibían mates, los más chicos hacían dibujos enormes con un palo sobre la tierra dura recién barrida, eran vacas enormes con panzas desmesuradas, perros gigantes de ojos saltones, hombres con botas tan altas como personas. ¡Cuánto misterio en esas figuras rasantes sobre el límite de la luz y de las sombras! ¿Cuántas palabras ahorran esos monigotes grotescos e inquietantes? Pero ¿quién era capaz de

saber la verdad total de esos trazos, a menos que fueran los niños mismos que guardaban, sin embargo, celosamente el secreto? Los mayores tenían el pelo mojado después del aseo mostrando la frente clara y hermosa y la cara oscura por el sol que les había marcado el límite preciso en el lugar hasta donde llegaba el sombrero de todos los días. Olían a cosa buena como el pan, a tierra, a boñiga; era un sudor crepuscular y letífico como el silencio que habían creado. Uno de ellos trajo el acordeón y al primer son acudieron todos los gatos de la casa, y de los pajonales; los gatos domésticos y los de más allá; los que vivían en los gratos rincones de la cocina y los que anidaban en los árboles como si se sintieran más aves que felinos. Los gatos, más de mil, tal vez —o quizá les parecía a ellos—, miraban al mágico ejecutante tan capaz de atraerlos en una mansedumbre arrobadora que durante el día no se creaba ni por milagro y, allá, detrás del límite luminoso de la ventana, muy quietos en la oscuridad, todos los gatos del contorno escuchaban el canto de los hombres que, dentro de un instante, se iba a producir, y otros sonos quizá únicamente percibidos por ellos con sus finos oídos. El acordeón sollozó, hizo una pausa, estiró el arpegio y los que sabían cantar cantaron, entrando en el momento justo con la historia que tanto deleitaba a los más chicos, quienes todavía no la habían aprendido para enseñarla, muchos años más tarde a sus propios hijos:

«María Magdalena - asi vòl cunverti,
a va piche le porte - le porte del Paradis,»

Los inocentes han dejado de dibujar, quedaron quietos y expectantes como si la historia archiconocida les fuera relatada por primera vez:

«Gesù manda San Pietro - va veddi chi i' è li
-Maria Magdalena - ca si vòl cunverti.-
Gesù manda San Paulu - o vala a cunfessè
-Maria Magdalena, - o cunta i to pechè.
-I me pecà sun tanti - che mi 'j pöss pa cunté.
La tera che mi porta - duvria sprofundé.
-Maria Magdalena - penitensa bsogna fè;
Sett' ani 'n t'un deserto - ti 't deveràs passé,»

Y esperan con la ansiedad en los ojos y en los gestos detenidos el final encantado que los retorna nuevamente al principio para rehacer la canción con el mismo argumento y prolongarla así desde el primer canto hasta el infinito... La pobre María Magdalena tras siete años de dura, durísima penitencia, vuelve a pecar y es por eso que la estricta sentencia se reitera:

«Maria Madalena, - penitensa bsogna fè
Sett' ani 'n t -el deserto- ti 't duvrà turné».

Don Cresencio Colomba había venido a darle la comunión y entonces habló con todos repitiéndoles algunas historias del Evangelio en las que Jesús entraba en el estrecho y mezquino mundo de los mortales para arreglar con un milagro la desesperación, el delirio, la muerte, y hacerles ver a los pobrecitos de carne y hueso cuán grande era la munificencia de Dios Padre y cuánto podían prodigarse los cielos para socorrer a los efímeros. «Que todos sean como las palomas, o como las hierbas del camino, o como las flores silvestres que son perfectas en su humildad. Viven de lo que reciben —decía don Cresencio— no piden nada y si Dios les manda la lluvia, todas resucitan mostrando sus colores y la alegría de sus cantos para ejemplo de los hombres de esta tierra». «Ah —pensaba Ludovica—, quién pudiera ser igual a las palomas, a las hierbas del campo y a las florcitas silvestres para no tener que vivir en una lucha permanente con el bien y con el mal». Tal vez ella no debiera ser tan severa con los más jóvenes, admitiendo, sobre todo, que tanto camino les quedaba por recorrer y que a veces necesitaban un poco de alegría para seguir adelante con el trabajo, con las penurias, con su propia vida; en fin, con todo lo que el destino les anclaría reservando.

—¿Qué día es hoy? —preguntó de pronto—; es sábado, ¿nocierto?—. Vio venir desde muy lejos el carro de Ismael y Pedro con sus latas brillantes, los vio venir antes que nadie. Los perros ladraron y fueron acercándose como a los viajeros queridos que han estado ausentes por mucho tiempo. Dentro de un momento el carro estaría en el patio y todos se irían a rodearlo para ver qué podían sacar los mercachifles de su interior dudoso y sorprendente. Ludovica pensó en las ansiedades de sus nietas, los deseos de sus nueras que todavía querían presumir de bellas y frescas ante sus hombres y ser más hermosas que las otras. Ah, cuántas veces las había visto dudar entre una puntilla de deliciosos diseños y un par de medias sutil con cuchillas de encaje apenas obtenido el permiso de la compra. Cuántas veces había tenido que verlos sufrir en postergaciones, tanto a los hombres como a las mujeres, y ella misma se había conmovido pero haciéndose más fuerte para no ceder, en procura del bien de cada uno y el bien de la familia entera. Llamó al nieto que miraba con mirada triste algún resplandor del atardecer como si estuviera buscando respuestas en las últimas luces y le dijo:

—Gabriel, hoy hay baile en el pueblo, ¿y cómo es que no me pidieron permiso?

10

Usted me decía a veces: «Vica, vamos al baile, ponete el vestido más lindo, ese que me gusta y peínate con las dos ondas sobre la frente que esta noche necesitamos estar contentos y tenemos derecho de buscar un poco de diversión aunque seamos pobres». Y yo me ponía entonces el vestido de color de cereza que me había traído de Cúneo ya que sabía que ese era el más lindo para usted, porque me miraba de arriba a abajo cuando salía de casa y usted me estaba esperando en la volanta para ir a bailar, y por eso nomás parecía ponerse contento, mientras nos íbamos de fiesta usted gritaba como un chico, se golpeaba el pecho, castigaba a los caballos para hacerlos ir más rápido y me miraba a los ojos mientras en medio de la noche decía con todo lo que daban sus pulmones que Bernardo Racca tenía la mujer más linda del mundo.

11

—¿Cómo es que no me pidieron el permiso?— les decía la Vica a sus nietos y ellos se miraron; seguramente estaban pensando que la abuela, de lo vieja que era, ya no se acordaba por la tarde de lo que había dicho por la mañana—. Si quieren el permiso lo tienen —le dijo a Gabriel— pero no olviden de pedírmelo si no yo no puedo adivinar.

12

El 10 de setiembre usted se peleó por mí porque el tal Lisandro Almada había entrado con copas encima y quería pedirme para bailar y todos estaban mirándonos y usted me decía: «Ludovica, no te fastidies que un marido debe hacer respetar a su mujer, si no, no es hombre». Y yo tenía miedo y al mismo tiempo estaba contenta de lo que usted era capaz de hacer por mí que, cuando lo trajeron de afuera con la nariz reventada yo lloré mientras lo limpiaba y le decía que tuviera juicio porque las cosas podían terminar mal. «Callate, Ludovica, callate —me decía—, que ese y muchos otros no se van a meter nunca más con la mujer de Bernardo Racca». Yo estaba con el vestido de color de cereza, el que le gustaba a usted, ¿se acuerda? y ni siquiera sabía si iba a nacer Bernardín, y cómo cantó y se rió por el camino de vuelta mientras los caballos trotaban sabiendo

que muy pronto iban a estar sueltos en el alfa bajo el fresco suavequito de esa madrugada de setiembre.

13

Cuando Ismael y Pedro con su pobre carro de lata llegaron al patio y saludaron a todos, desde el pescante cruzaron una mirada luminosa con Ludovica que comprendió el saludo, aunque solamente hubiera existido nada más que un gesto. Ella permitió que todos corrieran y, aunque los hijos mayores se hubieran acercado pausadamente y con mirada ciscona a ocupar su lugar frente a las puertas cerradas del carro, Ludovica los conocía demasiado bien como para no saber que caminaban así para aparentar, pero que en el fondo estaban tan ansiosos como los jóvenes para ver los prodigios que adentro traía la volanta.

14

Ah, mire, cómo vengo a acordarme ahora de aquella botella de garnacha que usted compró a Ismael y Pedro y que tomamos los cuatro juntos mientras cantábamos apoyados en la mesa porque había nacido Bernardín y usted estaba contento que decía a cada rato, entre trago y trago, y mirando a su hijo dormido: «Este es el hombre que va a cuidar de su madre cuando yo muera», en tanto sabíamos que afuera crecía y crecía ese trigo como si ese año hubiera tenido en las raíces más fuerza que nunca para que las espigas macollaran como si fuera un milagro.

15

Las sombras se iban espesando y el mundo se hacía más hueco y sonoro. Qué temblores de alas en las frondas adormecidas, qué de lejanas brillazones multiplicaban los trémulos chispazos de los bichos de luz y de alguna mariposa que cortaba el resplandor de las ventanas con su claridad azafranada. La lejanía se ampliaba negra y precisa con gritos nocturnos y remotos perfumes vegetales. Los mil gatos de la noche habían ganado los techos de los galpones, el alero de la casa, las ramas de los árboles y maullaban ominosos llamados de eternidad para consumir el perpetuo reclamo de la vida; los perros, en cambio, desorientados por tantos indicios bullangueaban con ladridos inútiles hasta que alguno los mandaba callar. Vio que Bernardín se apartaba del grupo y, con la cabeza gacha, el ademán sumiso y tardos pasos de onerosa autoridad, frente a la ex-

pectación de todos, venía a pedirle permiso para comprar. ¡A veces se parecía tanto a aquel chico que a los trece años había perdido al padre! Ella lo recibió como reciben las estatuas la devoción de los suplicantes pero le dijo que sí con los ojos y Bernardín midió la infinitud de ese ademán mientras se volvía con una respuesta a todos los suyos. En la cama de bronce, que era en ese momento de oro y plata, y también de hierro, de tierra, y de cielo y de madera, y de todas las sustancias nobles que se podrían pensar, ella esperó que Ismael y Pedro vieran por fin a hablarle del largo, largo viaje, mientras la casa entera se agitaba para presenciar las maravillas que se verían cuando se abrieran las puertas de lata del viejo carruaje que echaba luces.

RELATOS INÉDITOS

EL NACIMIENTO

El Elbio se puso su sombrero de trapo y salió a la mañana buscando, con su perro Moño, el rastro que pudiera llevarlo a la verdad del ruido aquel escuchado en la noche. Era esa una mañana de su gusto, con el cielo dulce, redondo y frío sobre charcos de escarcha que el solcito iba a convertir pronto en espejuelos de estaño pintados de celeste infinitud.

—¡Moño! ¡Moño! ¡venga para acá! —le gritó cuando el perro demasiado embuido en su tarea investigadora había errado el rumbo y ya estaba escandalizando a las cluecas del gallinero que Marinna había puesto en los últimos días de agosto, con los huevos de las Rhode Island criadas en la chacra de los Frumento.

—¡Qué gallinas esas! —decía la abuela codiciosa— son carnudas como ninguna y las más ponedoras de todo Corda.

Siempre que hablaba de esas gallinas tan productivas y de tanta carne delante de la mare Frumento, lo hacía con un suspiro hondo. Hasta que doña Yudita, la dueña de esos portentos comprendió y le hizo llegar de regalo las dos docenas para que pusiera a cluecar.

—¡Moño, que si usted le rompe uno de esos huevos a Marinna, sepa que en esta casa no pisa nunca más!...y acuértese de la pata, sino...

El perro comprendió muy bien. El Elbio tenía razón: aquello pudo ser grave y le pidió disculpas.

—Perdoname hermano, fue sin querer —y salió del área entretejida tratando de quitarse una pluma reveladora que se le había quedado pegada en el hocico durante el rastreo, mientras que agregaba con desprecio señalando la nidada— solamente que esas hacen bochinche por nada que ni de lejos se las puede mirar, como si fueran las princesas de la casa...

—¡De atropellado nomás, como siempre! —sentenció el Elbio— y ¡lejos de aquí ahora, que si es por usted las cosas hoy no caminan!

El muchacho no quería que pasara como la otra vez, cuando, al parecer, espantó la pata rosada que Marinna apreciaba tanto, y la pata se fue y nadie supo decir si vivía o estaba muerta, por lo que Marinna nunca le quiso perdonar a Moño ese zafarrancho.

Caminaron un buen trecho en la mañana explorando los alrededores: el patio de pizarra, duro por el frío de la noche y barrido por el viento de los primeros días de setiembre que, desde el norte, iba como queriendo empujar el invierno remolón hasta el fin del mundo, allá donde crecen las montañas de hielo. Buscaron en los galpones que almacenaban todavía el recuerdo fragante de las semillas del verano; en los depósitos de correas y arneses que —en una mezcla de grasa y sudores— agriaban el olor del sebo rancio con que habían untado sus tientos para que aguantaran las recias sobadas del maromeo y la labranza.

«Prrr...prrr...» se quejaba por ahí un gorrión que llevaba una pajita de un lado a otro sin decidir cuál sería, por último, el rincón elegido para asentarse. El Elbio lo conocía bien: un gorrión porfiado, con medicitas de seda sobre las patas vinosas de frío. Hacía como una semana que al menor descuido se ganaba la cornisa de la galería y, allí, debajo de un tirante, se hacía el desentendido y empezaba a preparar su nido.

—¡Nada de bichos aquí abajo! —bramaba la Chana, y el Elbio, que compartía la idea de su madre, buscaba una caña y ¡abajo con las miserables ramitas por las que el pájaro hacía tanto alboroto! De cualquier manera, cuando salía con el Moño para el campo a boyerear un poco, o a buscar una pollada de teros, o se iba a la escuela montado en su petizo, seguro de que a la vuelta el gorrión ya se había ganado el tirante y tenía media casa hecha. Lo demás se sabe. La historia se repetía, pero un día, ayer nomás, el gorrión había decidido abandonar la galería y ahora andaba dando lástima por los alrededores con una gramilla en el pico. Pero el Elbio y el Moño no lo descuidaban: ese gorrión, por más compasión que supiera arrancar con su mustia hierbecita flotante, a la casa no iba a entrar.

—¡Aquí hay algo! —ladraaba el Moño detrás de los galpones— ¡aquí hay algo que puede ser el ruido de anoche!

El muchacho corrió hacia la pila de hierros viejos que, tocados por el sol rasante, convertían su orín de años en una roja y chispeante algarabía de cobres fastuosos. El perro levantaba sutiles nubecitas de tanto olfateo que hacía contra el suelo siguiendo una huella fragante y esquivaba bajo la inútil metalería arrumbada. A la vista no había nada. Ni una muestra siquiera de que algo hubiera pasado por allí. Miró sobre su cabeza con la seguridad de una presencia entre el escaso follaje de la falsa caoba y vio la gordezuela silueta de un lechuzón que recién había empezado su sueño después del holgorio nocturno. Sin embargo ya tenía los párpados tan pegados que hubiera sido inútil tratar de saber si él había visto algo o no había notado nada. El Moño, por indicación de su amo, le ladró un poco, pero el lechuzón —tal vez ahído de ingenuos ratones que confiaron en las sombras— esponjó las plumas de su ala derecha y allí metió su cabeza para todo el resto del día.

—Usted no sabe nada —le decía entonces el Elbio a su perro para azuzarlo— no se siente el propio olor de carroña que lleva encima y pretende rastrear.

Y con esas palabras de su amo, el Moño quedaba con el ánimo por el suelo y buscaba debajo de los hierros oxidados porque tenía una corazonada. Pero lo único que encontró fue un sapo viejo, todavía dormido de pies a cabeza, arrugado como una bota y que, al sentir el tibio aliento del Moño cerca de su pálida barriga enflaquecida por la larga invernada hizo ¡puaaaajjj! bostezando cual si un rayo de sol le anunciara la primavera. Mas el sapo no podía ser el origen del ruido, seguro que no. El dormilón no iba a dar señales de vida en una noche fría como la pasada y, muchacho y perro, siguieron revisando los rincones de la mañana detrás de una ardorosa ansiedad por encontrar el origen del inquietante ruido de las sombras.

—¿A qué hora decís vos Moño que lo escuchaste?

—Yo no he hablado de ninguna hora —le contestó el perro resoplando por su nariz ansiosa pegada a un rastro que se esfumaba hacia la huerta— yo dije solamente que el ruido no me dejó dormir.

—¡No sé qué clase de perro son algunos que ni saben vigilar!...—dijo el Elbio como al descuido, pero seguro de que el aludido no iba a dejar de advertir la indirecta.

—Si hoy se ha levantado chocador, vaya a la cancha de bochas nomás, que ahí puede chocar a su gusto —completó el Moño de malhumor y herido en lo más recóndito de su honra canina. Porque eso sí, a pesar de que se le pudiera criticar su gusto por la muelle tibieza de los cuartos, sobre todo cuando las noches eran todavía frescas, al Moño no se le podía, de ninguna manera, echar en cara que no fuera vigilante. Su sueño era sutil como un hilo de seda. Bastaba un suspiro para cortarlo y, por más dormido que estuviera, se ponía atento para escuchar y hacer algún rezongo de entrenamiento a fin de advertir que algo estaba sucediendo en las sombras. Así había sido anoche. De tanto en tanto el Elbio escuchó el aviso de su perro y el ruido: pic...pic...pic...pac...;paaac!

***En el perímetro de la huerta, el Moño se detuvo cual si hubiera recibido una orden poderosa, y su amo, al ver la brusca inmovilidad del perro, corrió hacia el almacigo de endivias, al borde del cual, el animal miraba con ojos duros de vigilancia. Su atención estaba atada a un largo palillo verde, tan verde y resallante como la succulenta espiga de la grama que, cercana, saludaba al viento. Al Elbio le pareció que Moño iba a revelar el origen de sus ansiedades. Pero ya junto a él supo enseguida que una mamboretá no podía hacer el milagro de aquel ruido. El animalejo, eternizado en una acción que se había paralizado, a su vez, con la mirada del perro, tenía suspendidos sus dos bracitos en el aire como reclamando la blanda paz tan cruelmente perturbada. Pero el reclamo era amenazante y enérgico: tan minúscula criatura había detenido el avance de un perrazo como Moño.

—¡Una Catalina voladora! —dijo el Elbio burlándose de su sabueso...—¡Y tanto susto por eso! ¡Mirá de dónde te viene el miedo, perro zonzo!

Tomó entre sus dedos la bestezuela aprisionándola por el largo tórax, fino y liviano como un cañuto de gramilla haciendo retroceder a Moño al fingir que iba a prendérsela de su narizota de goma negra y húmeda. El perro se quejaba con desconfianza por la cercanía de esas tenazas punzantes y coriáceas disfrazadas de inocentes hojuelas verdes, mientras el Elbio se reía en tanto el pobre torturado barbotaba sus quejas:

—No se aproveche mi amigo, no se aproveche que las cosas pueden cambiar y ya va a ver quién es el más corajudo aquí.

De pronto, en la cercanía del cañaveral susurrante, lejos de la casa, un silencio intermedio, entre difusos acordes de viento y hojarasca, bisbiseos, balidos, gorjeos y pipíos locos de pajarillos que iban y venían en un guirigay desmesurado, se oyó un indicio que decidió el cambio de rumbo: pic...pic...pic...

Allá corrieron perro y muchacho. ¡Moño, Moño!, azuzaba el Elbio, y el animal prendido de olores magnéticos rastreaba sobre los terrones espantando palomitas blancas de pecho de amaranto, ratonas saltarinas de plumaje como bronce, tordos indianos con levitas de humo, caseritos diligentes de hábitos torrados, y nubes de insectos solferinos que volaban sorprendidos en sus búsquedas y en sus delirios entre el cárdeno herbazal del potrero.

—¡Mooooño, espérame! —gritaba el muchacho— ¡Qué tanto apuro ahora.... capaz que para nada, como siempre!

Y el buenazo de Moño, por no hacer ver que corría más rápido que su amo y para darle la gloria de ser el descubridor de lo que habría de revelarse en el cañaveral, reducía un poco su carrera para no sacarle demasiada ventaja al demorado. —¡Solamente para que vea quién es el mejor de los dos merecería que lo deje atrás, solamente para eso y no para otra cosa! —mascullaba Moño, pero en su corazón blando y grandote no entraba tanta felonía.

Pic...pic...pic...pac... ¡Paaac! La muralla de cañas les tendió un frente enérgico con la trabazón de su alta empalizada.

—¡¿No oís?!—ladraba Moño con ansiedad— es el mismo ruido de anoche. ¡Así hacía debajo de la ventana y alrededor de las casa y vas a ver que de ahí no se nos escapa!

De modo que Moño parecía tener razón en definitiva. ¡Qué perrazo éste! se decía con orgullo el Elbio en tanto seguía la señal de la cola que se adelantabacallado. Moño ya no avanza, su quietud es presagiente. El amo, como réplica, hace más muelle su pisada para descubrir en qué lugar de esa ínsula se ha detenido el perro. Camina menudamente, en cuidadoso ralentí, abriendo con ademanes cautelosos el follaje que se le derrama sobre la cabeza, sobre los hombros, sobre el rostro ardido ya por los numerosos navajazos de las hojas. En lo más apretado del cañaveral —que es como decir en su mismo corazón— donde macollan las plantas de raíces antañonas y cañutos duros como el hueso, al apartar la cortina verde, encuentra a Moño como en un estado de arrobó mirando un con-

junto palpitante y glorioso de cuyo arrebujaado montón de plumas esponjadas, de ojos que otean, de ansiedades y desconfianzas, surge la revelación de toda una noche crecida en el misterio: pic, pic, pic...pac ¡paaac!

—¡La pata! —grita el Elbio en conmoción tramante de cuerpo y alma mientras el perro recobra la vida— ¡la pata que se le había perdido a Marinna, Moñoito!

—¿Viste? ¿No te decía yo? —ladra el Moño dichoso de haber borrado con este acto reciente la mala impresión de aquel otro dudoso que la vieja abuela le achacaba.

Allí, a los pies de ambos, los patitos recién nacidos aún tienen el testimonio de su origen inmutable en los cascarones quebrados junto al nido y, casi con audacia se diría por el ínfimo, breve tiempo que llevan de vida, rebullen bajo el tibio plumaje de la madre como si fueran ya avezados ciudadanos del mundo. Se pican entre sí, lanzan bravuconadas ofensivas a una mosca zumbona de metálica armadura que viene a explorar las concavidades de las cáscaras ambarinas, o desdeñan con actitudes de príncipes las sorpresas del inmenso mundo al que han nacido. En tanto la pata, tonta y dulce de tanto amor por sus hijos, mira al muchacho y después al perro con expectante felicidad, como diciéndoles que su ronda de anoche ha tenido éxito.

Apenas un momento más tarde, el Elbio corre a la casa y delante va el Moño diciéndoles a todos que él mismo ha encontrado el nido.

—¡Yo encontré la pata, sí señor, con este olfato que Dios me dio y con estos ojos que no se pierden nada!... —y va muy orgulloso de su nariz y de su hazaña.

—¡Callate espamentoso! Ni que hubieras cazado un zorro en el monte— le dice su amo que lleva con engolada protección la pata bajo el brazo y los polluelos acomodados en el hueco de su sombrero— ¡No sé de dónde saqué yo un perro tan creído!...

Pero en el íntimo repliegue de su corazón, allí donde probablemente nace la felicidad, y el deseo de vivir, y el regocijo por el mundo lleno de aves y de luz y de anuncios de primavera, y donde toma cuerpo la conciencia de las delicias matinales y el olor de la tierra que cobija la simiente y la fragancia de la simiente hecha granos y cosecha, el Elbio va sintiendo también que su perro merece con todos los honores, la gloria que en la casa le espera.

DANILO

Danilo encontró en esa mañana de frío, sobre los pastos escarchados, una liebrequita de pelaje pardo, que muchas veces, seguramente, había brincado de alegría en el herbazal lozano del último verano. Pero en esos momentos, el pobre animalito sembraba otro terrón olvidado sobre el suelo desnudo y pétreo que los vientos helados del invierno venían castigando sin piedad. El pálido rubor del horizonte anunciaba el tardío despertar del sol, y si no hubiera sido por ese brillo fugaz del alba, Danilo no se daba cuenta de que esas formas inertes, eran en realidad un montoncito de carne abatida. Primero notó el hocico de la bestezuela precisamente por un chasquido de luz rasante, y enseguida reconoció todo el cuerpecito helado que en algún momento de la madrugada había sido vencido por el rigor del frío. Yacía ahora sin otro destino que ser pisoteada por los animales o devorada por alguna bestia rapaz, de esas que ubican la presa desde una legua de distancia.

—¡Pobrecita! debe de estar muerta —le comentó Danilo a su caballo Lorenzo, que se había detenido brevemente, y lo instó con las riendas a que siguiera el habitual camino. Con la gorra hasta las cejas, envuelto en su tibia bufanda y abrigado como estaba dentro de su campera, tenía pocas ganas de apearse allí en medio del campo abierto, siendo que aún debían andar un buen trecho antes de llegar al cálido ambiente de la escuela.

El aire gélido provocaba nubecitas de vapor frente a su cara y algo parecido sucedía con la respiración de su caballo tardo y manso que lo llevaba a clase como todos los días. La escarcha albeaba con su harina de cristal sobre la hierba amarilla y, a esa hora, todo se mostraba dulcemente apacible prometiendo una mañana pura y transparente. El cielo transformaba lenta pero con eficaz alquimia, su rosa violado del amanecer en un nítido azul de loza antigua. De tanto en tanto algún tero embrollón rezongaba al ser perturbado por el paso del caballo con su jinete, y el eco redoblaba en la inmensidad de la mañana, esos gritos agudos con todos los sonidos rurales que empezaban a poblar el mundo.

Danilo marchaba, como siempre, contento a la escuela para encontrarse con su maestro y sus compañeros; juntos compartirían horas de estudio y de jue-

gos. Y con esa acostumbrada alegría, iba explorando también las maravillas del alba campestre, tan imbuido en la sorprendente naturaleza, que ya ni recordaba la liebrequita inerte que habían descubierto unos momentos antes. Por eso su alma como su corazón volaban de gozo por el aire gayado de luz atrapando la visión lejana de los densos vahos que se levantaban de la tierra, el delirio brincador de alguna tacuara deseosa de estirar las patas, o esas tiesas florecillas de invierno que, a pesar de ser tan blancas y sutiles, sabían arrostrar el rigor de la helada para alegrar al mundo. Pero de pronto, en un instante brevísimo, con mirada inquisidora divisó arriba, muy arriba, el vuelo alto y solemne de un milano que parecía querer tocar el cielo.

El planeo del ave por el aire lo subyugaba, pero como Danilo conocía las costumbres de todos los pájaros del campo, algo le llamó la atención.

—Si este anda rondando por la zona, algo habrá visto —le comentó a su caballo.

Lorenzo le contestó que él también pensaba lo mismo y por eso se detuvo. Era curioso que el vuelo circular del ave se hiciera cada vez más bajo y una idea se le cruzó al instante: el milano había visto la liebrequita helada y no tardaría en despeñarse sobre ella para levantarla con sus patas garrientas y llevársela al nido.

—Después de todo el pajarraco consiguió carne fresca —se dijo Danilo, y se estremeció pensando en el pico corvo y sangrante hurgando en las entrañas de la liebre. Por eso no pudo retener un nuevo comentario que le hizo a Lorenzo:

—¿Y si no estuviera muerta?

Lorenzo pareció meditar un instante. El vapor que nacía de sus ollares casi le velaba la expresión de los ojos, pero así y todo Danilo comprendió que su caballito tenía ahora la misma duda.

—Pero no pudo pasar la noche a la intemperie sin helarse... yo creo que no vale la pena volver... ¿eh Lorenzo? —dijo Danilo para tranquilizar su conciencia.

Sin embargo el caballo parecía persistir en su palpito y no se movió del lugar. Estaba como atascado en el sendero.

—¡Andando, Lorenzo! —azuzó el chico fastidiado—. ¡Vamos a llegar tarde a la escuela y ya sabes cómo se enoja el maestro!...

Tenía razón; el tiempo se acortaba. Por el aire de cristal venían llegando ahora los sonos bronceíneos de la campana ¡y estaban todavía a mitad camino!

—¡Lorenzo!... ¡la llamada!... Total esa liebre no puede estar viva... —y lo instó con los talones.

Pero el caballo apenas si amusgó las orejas restando importancia a la sugerencia de su amo y siguió como esperando, en el mismo lugar, una actitud desenvuelta y heroica de quien tenía la responsabilidad de las decisiones. Fue inútil que Danilo le rogara y le hiciera la promesa de soltarlo en la cebada recién brotada cuando regresaran a casa. Lorenzo era muy porfiado.

—¡Ufa, cabeza dura! ¡El maestro me va a dar una penitencia por tu culpa y por una liebre muerta de frío! ¡A la escuela, matungo! —le decía poniéndole la fusta delante de los ojos y presionándole los ijares con las piernas.

Pero Lorenzo tampoco se movió. Por fin Danilo tiró de las riendas para hacerlo volver sobre el camino que habían andado y pareció que el caballo solo estaba esperando esta acción para reemprender una marcha rápida y jocunda hacia el sitio donde habían avistado la liebre.

Pero no todo les iba a ser tan simple como ir y volver: el milano con giros cada vez más estrechos y más bajos parecía querer ganarle a Lorenzo que trotaba hacia el mismo lugar en donde él tenía puestas sus aviesas intenciones. Entre tanto Danilo iba comprendiendo ya que si la liebre estaba viva corría otro peligro más cruel y fatídico que el de las inclemencias del frío.

—¡Dale Lorenzo! —instaba ahora ansioso a su caballo— ¡más rápido, patadura, que te va a ganar de mano!

Y el buenazo de Lorenzo hacía todo el esfuerzo que podía para contentar a su amo y llegar a tiempo.

Por su lado el milano, que era un pajarraco pero que no era tonto, había comprendido cuál debía ser la meta del caballo y del chico, y se prometió que nadie le quitaría la presa, y con ese propósito comenzó contra ellos una batalla de vuelos rasantes en procura de debilitar los ánimos salvadores de Danilo y de Lorenzo.

—¡Cuidado! —advirtió el muchacho a su caballo— se viene en picada y va a querer clavarte el
pico.

Pero el milano, en cambio, desvió sobre la cabeza de Danilo y le arrebató la gorra con las
patas.

—¡Así voy a hacer con tu liebre! —chillaba burlonamente el pajarraco mientras remontaba otra vez dejando caer la prenda a lo lejos.

Al volver, ahora sí las tomó con Lorenzo a picotazos y era precisamente en el momento en que Danilo saltaba de su caballo junto a la liebre inmóvil, ¿alcanzaría a librarla de la rapiña del ave? y en ese caso ¿estaría viva aún?

Danilo sintió honda ternura por la indefensa bestezuela, y pensó que la mañana fría era demasiado hermosa, demasiado apacible, y aún demasiado prometedora para pensar en la muerte; en tanto que el milano graznaba con furioso encono y se precipitaba al lugar en pugnaz arremetida. Se cubrió con ambas manos para evitar los garfios del ave y cerró los ojos resignándose a lo peor.

—¡Así no, tonto! —bufó Lorenzo— con las manos ocupadas en querer atajarle la cabeza, nadie puede levantar una liebre.

Su caballito tenía razón. Bajó los brazos y Lorenzo más duro y más fuerte que él, protegió a su amo en el salvataje con su cabezota. Y así nomás pudo Da-

nilo recoger la liebre que seguía ajena a todo el horror que casi se precipitaba sobre ella.

Cuando apenas la tuvo en sus brazos, palpando, Danilo sintió que un latido de vida, quizá entibiaba aún las entrañas de ese cuerpecito ya helado por fuera ¿qué era lo que convenía hacer entonces?

Y en ese momento fue rápido y preciso como un verdadero héroe. Levantó amenazadoramente la fusta hacia el milano enfurecido que no había abandonado la lid, y cruzando el aire con dos o tres sonoros mandobles, le dio a entender qué le sucedería si se empeñaba en insistir. El milano se puso razonable y, dignamente derrotado, volvió a perderse en las alturas para poder otear desde la inmensidad, todo el campo que abajo se extendía.

Danilo y Lorenzo se quedaron ahora solos mirando el animalito inmóvil que habían alzado y al que hubieran querido devolverle la vida.

—Lorenzo, ¡el corazón le palpita! Es casi nada pero se me hace que no está muerta todavía.

El viejo caballo lo miró con ojos de quien ha visto mucho en la vida y que es, por eso, muy sabio: intentaba decirle que si el frío había sido la causa del abatimiento, sería entonces el calor lo que recuperaría al animalito.

—...Algo tibio, más bien tirando a caliente...

—¿Cómo qué? —le preguntó Danilo.

—Como tu propio cuerpo.

Y Danilo comprendió. Se quitó la espesa bufanda, envolvió con amoroso cuidado la liebre y colocó el montoncito que hacían sobre su pecho, debajo de la campera que tan bien lo salvaba del frío.

En tanto, un sobresalto: dos toques bronceados, dos solamente, breves y tajantes les llegaron por el aire ¡Las campanas de entrada!

—¡Ahora es tarde del todo, Lorenzo! —dijo Danilo— el maestro se va a enojar mucho... Mejor que nos volvamos a las casas como si nos hubiera agarrado de golpe dolor de barriga... ¿qué te parece?...

Pero a Lorenzo no le pareció bien. Sin consultar con su amo, retomó el rumbo hacia la escuela con más prisa que la de todos los días. El era de la idea de que el maestro debía conocer lo que Danilo había hecho para salvar una liebre casi abatida por el frío; y no habría enojo de parte de él, seguro que no. En tanto, el muchacho comenzaba a percibir con felicidad entre la campera y su pecho, los leves movimientos del cuerpecito que revivía.

Desde su camino eterno, el sol de la mañana ya entibiaba los surcos húmedos y expectantes de las chacras, que guardaban sus sagradas semillas prontas a reventar cuando el calor lo ordenara.

ÍNDICE

La verdad	6
El creciente dolor del abandono	10
Morir en domingo	18
Detrás de un largo sábado	24
¿Quién oyó gritar a Elsa?	30
Usted está allí	33
Por última vez	40
La estación oeste	46
Margarita, Armando y su gallo	55
Las hijas del Rey	64
La casa de los serafines	73
Las lluviosistas	94
El mundo de munda	98
Su última tierra	108
Una cama de oro	115
Los perros de Miguelito	120
Adiós adiós Ludovica	143
Relatos inéditos	
El nacimiento	165
Danilo	170

Balbi, Lermo

Los días siguientes y otros relatos.. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.

E-Book. - (Relatos clásicos santafesinos)

ISBN 978-987-45658-5-3

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta biblioteca digital:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías

Coordinación y textos: Agustín Alzari

Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye

Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio

Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-45658-5-3

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además *Los días siguientes y otros relatos*, de Lermo Balbi, los siguientes títulos: *Cuentos del comité*, de Alcides Greca; *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.